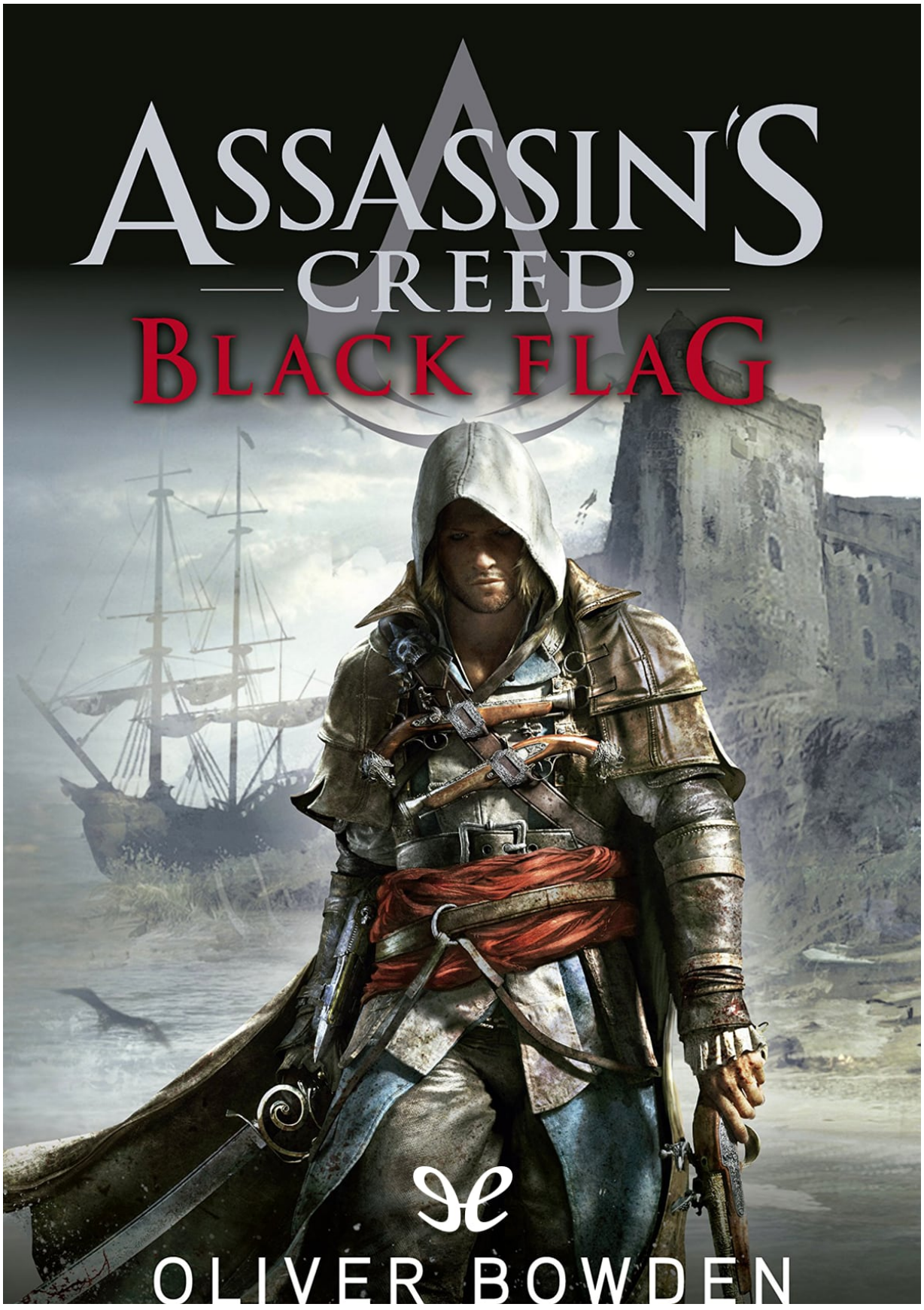
Assassin's Creed

Black Flag

OLIVER BOWDEN


ASSASSIN'S
CREED
BLACK FLAG
OLIVER BOWDEN

Estamos en la edad de oro de la piratería y el Nuevo Mundo está en plena efervescencia. Edward Kenway —el intrépido hijo menor de un comerciante de lana que sueña con hacerse rico— se siente profundamente atraído por la gloria de la vida en altamar. Cuando la finca de su familia sufre un terrible ataque, llega para él el momento de escapar y, muy pronto, Kenway se convierte en uno de los corsarios más temibles de su tiempo. Pero la avaricia, la ambición y la traición le siguen muy de cerca y cuando la evidencia de una gigantesca conspiración sale a la luz, amenazando con destruir aquello que más ama, Kenway no puede vencer sus ansias de venganza. Así es como Edward se sumergirá en la eterna batalla entre Asesinos y Templarios.

Oliver Bowden

Assassin’s Creed: Black Flag

Assassin’s Creed - 6

ePub r1.2
Titivillus 27.10.2022

Título original: *Assassin's Creed: Black Flag*
Oliver Bowden, 2013
Traducción: Noemí Risco
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Segunda parte
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Tercera parte
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Cuarta parte
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Lista de personajes

Agradecimientos

Sobre el autor

PRIMERA PARTE

1

1719 (más o menos)

Una vez le corté la nariz a un hombre.

No recuerdo cuándo fue: en 1719 más o menos. Ni dónde. Pero sucedió durante el asalto a un bergantín español. Queríamos sus provisiones, por supuesto. Me enorgullezco de mantener la *Grajilla* bien abastecida, pero había algo más a bordo. Algo que no teníamos pero necesitábamos. Alguien, para ser exacto. El cocinero del barco.

El cocinero de nuestro barco y su ayudante estaban muertos. Habían pillado al ayudante del cocinero meando en el lastre, lo que yo no permitía, por lo que fue castigado a la manera tradicional: se le obligó a beber una jarra llena de meados de la tripulación. Debo admitir que nunca me había encontrado a un hombre que hubiera muerto por el castigo de las meadas, pero eso fue lo que le ocurrió al ayudante del cocinero. Se bebió la jarra de meados, se fue a dormir aquella noche y nunca más se levantó. El cocinero se las apañó solo durante un tiempo, pero bien le gustaba un trago de ron; y después del trago de ron era propenso a tomar el aire nocturno en la toldilla. Le oía pisar fuerte por el techo de mi camarote, bailando una giga. Hasta que una noche le oí pasar por el techo de mi camarote y bailar una giga, pero a continuación hubo un grito y un chapoteo.

Sonó la campana y la tripulación corrió a la cubierta, donde tiramos el ancla y encendimos faroles y antorchas, pero no había ni rastro del cocinero.

Tenían a unos muchachos trabajando con ellos, desde luego, pero no eran más que unos críos; ninguno poseía ningún talento culinario aparte de remover la olla o pelar patatas, y llevábamos viviendo de comida cruda

desde entonces. No había ningún hombre entre nosotros que supiera hacer algo más que poner agua a hervir.

Hacía poco habíamos tomado un buque de guerra. Un viajecito buenísimo en el que nos hicimos con el último modelo de cañones para la batería de un costado y una bodega llena de artillería: alfanjes, picas, mosquetes, pistolas, pólvora y proyectiles. Gracias a uno de los capturados de su tripulación, que luego pasó a formar parte de mi tripulación, me enteré de que los señores tenían un barco con una reserva excepcional en el que servía un cocinero especialmente hábil. Se decía que había cocinado para la corte, pero ofendió a la reina y fue desterrado. No creí ni una palabra de aquel rumor, pero no por ello dejé de repetirlo y le dije a mi tripulación que le tendríamos preparando nuestra comida antes de que terminara la semana. En efecto, nos encargamos de perseguir a aquel particular bergantín y, cuando lo encontramos, no perdimos tiempo en atacarlo.

Nuestra nueva batería de costado resultó muy útil. Nos acercamos y acribillamos la embarcación a cañonazos hasta hacerla pedazos, destrozamos las velas y el timón quedó astillado en el agua.

Ya estaba escorando cuando mi tripulación amarró y subió a bordo. Corrían a toda prisa, como ratas, por los laterales, con el ambiente cargado por el hedor a pólvora, el sonido de los mosquetes disparando y los alfanjes ya repiqueteando. Yo me hallaba entre ellos como siempre, con un alfanje en una mano y la hoja oculta fuera; el alfanje para la melé y la hoja para terminar a corta distancia. Dos de ellos se abalanzaron sobre mí y despaché al primero llevando el alfanje a la parte superior de su cabeza para cortarle el tricornio por la mitad al tiempo que la hoja partía su cabeza casi en dos. Cayó de rodillas con mi espada entre los ojos, pero el problema era que la había clavado demasiado y, cuando fui a sacarla, arrastré el cuerpo que todavía se retorcía. Entonces se me echó encima el segundo hombre, con terror en la mirada; sin duda, no estaba acostumbrado a luchar y, con un movimiento rápido de la hoja, le amputé la nariz, consiguiendo el efecto deseado de hacerle retroceder, salpicando sangre que salía del agujero donde había estado su napia, mientras yo usaba ambas manos para por fin sacar mi alfanje del cráneo de mi primer atacante y continuar la batalla. Terminó pronto, matamos lo mínimo posible, puesto que yo había dado la

orden especial de no hacer daño al cocinero bajo ningún concepto. Había dicho que, pasara lo que pasase, teníamos que llevarnos al cocinero vivo.

Y mientras su bergantín desaparecía bajo el agua y nosotros nos alejábamos, dejando atrás la niebla por el humo de la pólvora, un casco astillado y trozos del barco destrozado que se mecían en el mar, reunimos a su tripulación en la cubierta principal para hacer salir al cocinero; apenas había un hombre entre nosotros sin salivar, sin que sus tripas no rugieran. Sabíamos detectar el aspecto de alguien bien alimentado. Por supuesto.

Fue Caroline la que me enseñó a apreciar la buena comida. Caroline, mi único amor verdadero. En el tiempo demasiado breve que pasamos juntos, refinó mi paladar y me gustaría pensar que habría aprobado mi política respecto a la comida y cómo le pasé a mi tripulación ese amor por las cosas buenas; una tripulación que sabía como yo, en parte debido a lo que ella me había enseñado, que un hombre feliz es un hombre menos propenso a cuestionar la autoridad del barco, razón por la que durante todos estos años en el mar nunca he llegado a oler un motín. Ni uno.

—Aquí estoy —dijo, dando un paso al frente, aunque sonó más bien «caqui soy», al llevar la cara vendada porque algún idiota le había cortado la nariz.

2

1711

Pero, bueno, ¿por dónde iba? Caroline. Querías saber cómo la conocí.

Bien, tiene su historia, como dicen. Tiene su historia. Puesto que tengo que remontarme al pasado, a una época en la que yo era un simple criador de ovejas, antes de saber nada de Asesinos, de Templarios, de Barbanegra, de Benjamin Hornigold, de Nasáu o del Observatorio; y no habría sabido nada de todo eso si no hubiera sido por un encuentro casual en la Auld Shillelagh, en un día caluroso de verano de 1711.

El asunto es que yo era uno de aquellos alborotadores a los que les gustaba beber, aunque eso me metiera en unos cuantos líos. Bastantes… incidentes, a decir verdad, de los que no estoy demasiado orgulloso. Pero esa es la cruz que tienes que soportar si tienes debilidad por la bebida; es raro encontrar a un borracho con la conciencia tranquila. La mayoría de nosotros habrá considerado dejarlo en una u otra ocasión, para reformarnos y tal vez encomendarnos a Dios o hacer algo con nuestra vida. Pero entonces llega el mediodía y sabes que lo mejor es otro trago, así que vas directo a la taberna.

Las tabernas a las que me refiero estaban en Bristol, en la costa suroeste de la querida vieja Inglaterra, donde estábamos acostumbrados a inviernos extremos y veranos magníficos, y aquel año, aquel año en particular, el año en que la conocí, 1711, como digo, no tenía más que diecisiete años.

Y sí, sí, estaba borracho cuando sucedió. Por aquel entonces, me pasaba borracho la mayor parte del tiempo. Quizá…, bueno, no exageremos, no quiero hablar mal de mí mismo. Pero quizá sí la mitad del tiempo. Tal vez un poco más.

Mi casa estaba en las afueras de un pueblo llamado Hatherton, a unos once kilómetros de Bristol, donde éramos propietarios de una pequeña granja de ovejas. A mi padre le interesaba el ganado. Siempre le había interesado, así que, al tenerme, se había liberado del aspecto del negocio que más despreciaba, es decir, los viajes a la ciudad con la mercancía, regatear con los comerciantes y vendedores, negociar, llegar a acuerdos. En cuanto alcancé la mayoría de edad, lo que quiere decir en cuanto fui lo suficientemente hombre para mirar a los ojos de nuestros socios del negocio y comerciar como un igual. Bueno, eso era lo que hacía y mi padre estaba encantado de dejarme hacerlo.

Mi padre se llamaba Bernard. Mi madre, Linette. Eran de Swansea pero se trasladaron al suroeste de Inglaterra cuando yo tenía diez años. Todavía tenemos acento galés. Supongo que no nos importaba mucho que nos hiciera diferentes. Era criador de ovejas, no una de las ovejas.

Padre y madre solían decir que tenía un pico de oro, y mi madre en particular opinaba que era un buen mozo y que con mi encanto podía conseguir cualquier cosa que me propusiera; y es cierto, hasta yo me digo a mí mismo que tengo buena mano para las mujeres. Pongámoslo así: tratar con las esposas de los comerciantes era un terreno de caza donde tenía más éxito que al regatear con sus maridos.

El modo en que pasaba el día dependía de la estación. De enero a mayo, era la época del parto de las ovejas, cuando estábamos más ocupados, cuando permanecía en los establos desde el amanecer, tuviera resaca o no, porque tenía que comprobar si alguna oveja había parido durante la noche. En tal caso, las llevábamos a uno de los establos más pequeños para ponerlas en los rediles, que llamábamos chironas del parto, donde mi padre se encargaba de ellas mientras yo limpiaba los comederos, volvía a llenarlos, y cambiaba el heno y el agua; y mi madre anotaba aplicadamente los detalles de los nuevos nacimientos en un diario. Por aquel entonces, yo no sabía escribir. Ahora sí, por supuesto, Caroline me enseñó, junto con muchas más cosas que me convirtieron en un hombre, pero no entonces, porque ese deber recaía en mi madre, cuyos conocimientos no eran mucho mejores que los míos, pero sí bastaban al menos para llevar un registro.

A mis padres les encantaba trabajar juntos. Más razón aún para que a padre le gustara mandarme a la ciudad. Mi madre y él eran uña y carne. Nunca he visto a dos personas tan enamoradas y que tuvieran menos necesidad de demostrarlo. Se apoyaban el uno al otro. Era bueno para el alma verlo.

En otoño llevábamos los carneros por los prados a pastar con las ovejas, para que pudieran continuar produciendo más corderos para la siguiente primavera. Los campos exigían un mantenimiento y debían construirse y repararse vallas y muros.

En invierno, si el tiempo era muy malo, llevábamos las ovejas a los establos, las manteníamos calientes y a salvo, listas para enero, cuando comenzaba la época de los partos.

Pero era en verano cuando mejor me lo pasaba. La temporada de esquileo. Mis padres realizaban la mayor parte del trabajo mientras yo viajaba más a menudo a la ciudad, no con la carne de res, sino con el carro cargado de lana. Y era en verano cuando tenía cada vez más oportunidad de frecuentar las tabernas de la zona. En realidad, podía decirse que era un habitual de estos locales, con mi chaleco abotonado, un calzón corto, medias blancas y un tricornio marrón ligeramente estropeado del que me gustaba pensar que era mi distintivo, porque mi madre decía que me quedaba bien con mi pelo (que siempre necesitaba un corte, pero cuyo color rubio era muy llamativo, si se me permite decirlo).

Fue en las tabernas donde descubrí que mi don de la palabra mejoraba tras unas cuantas cervezas al mediodía. La bebida tiene ese efecto, ¿no? Suelta la lengua, las inhibiciones, la moral… No es que yo fuese precisamente tímido ni retraído cuando estaba sobrio, pero la cerveza me daba esa ventaja. Y al fin y al cabo, el dinero que conseguía de las ventas adicionales como resultado de mi labia gracias a la bebida cubría de sobra los gastos de la cerveza. O al menos eso era lo que me decía para mis adentros por aquel entonces.

Y había algo más, aparte de la ridícula idea de que el Edward borracho era mejor vendedor que el Edward sobrio. Se trataba de mi estado mental.

Porque la verdad era que me creía diferente. No, sabía que era diferente. Había veces en las que me sentaba solo por la noche y sabía que veía el

mundo de una manera que nadie más lo veía. Ahora sé lo que es, pero entonces no lo podía expresar con palabras aparte de decir que me sentía diferente.

Y ya fuera por eso o a pesar de eso, había decidido que no quería ser criador de ovejas durante toda mi vida. Lo supe desde el primer día, cuando puse el pie en la granja como un empleado, y no como un niño, y me vi a mí mismo, después miré a mi padre y comprendí que ya no estaba allí para jugar; no tardaría en irme a casa a soñar con un futuro en el que zarpaba a alta mar. No, ese era mi futuro, y pasaría el resto de mi vida criando ovejas, trabajando con mi padre. Me casaría con una chica del pueblo, tendríamos niños y les enseñaríamos a cuidar las ovejas, como habían hecho sus padres, igual que sus abuelos… Vi el resto de mi vida preparada, como las prendas de trabajo que se dejan arregladas sobre la cama, y en vez de invadirme un cálido sentimiento de satisfacción y felicidad, me aterroricé.

Así que la verdad era, y no hay modo de suavizarlo —lo siento, padre, descansa en paz—, que odiaba mi trabajo. Y lo único que puedo decir es que tras unas cuantas cervezas, bueno, lo odiaba menos. ¿Estaba olvidando mis malditos sueños con la bebida? Probablemente. Lo cierto es que no pensaba en eso por aquel entonces. Lo único que sabía era que en mi hombro, posado como un gato sarnoso, había un profundo resentimiento por cómo estaba acabando mi vida o, peor aún, por cómo había acabado.

Tal vez fuese un poco indiscreto respecto a algunos de mis sentimientos verdaderos. Puede que de vez en cuando le hubiera dado a mis compañeros beodos la impresión de que en la vida me aguardaban cosas mejores. ¿Qué puedo decir? Era joven, arrogante y un bebedor empedernido. Una combinación letal en el mejor de los casos. Y sin duda este no era el mejor de los casos.

—Crees que estás por encima de los que son como nosotros, ¿no?

Oía eso a menudo. O, al menos, variaciones de lo mismo.

Quizás habría sido más diplomático por mi parte responder con una negativa, pero no lo hacía y me metía en unas cuantas peleas. Quizás era para demostrar que era mejor que ellos en todo, incluidas las peleas. Quizá porque a mi manera estaba defendiendo el nombre de mi familia. Puede que

fuera un bebedor. Un mujeriego. Arrogante. De poca confianza. Pero no era un cobarde. Oh, no. No me asustaba luchar.

Y fue durante el verano cuando mi temeridad alcanzó su punto álgido; cuando estuve más borracho y monté más escándalo, y sobre todo cuando más resulté ser un incordio. Pero, por otra parte, también había más probabilidades de que ayudase a una joven en apuros.

3

Ella estaba en Auld Shillelagh, una taberna a medio camino entre Hatherton y Bristol, que yo frecuentaba a menudo y, a veces, en verano, cuando mis padres trabajaban sin descanso en el esquileo y yo viajaba con más regularidad a la ciudad, la visitaba varias veces al día.

Admito que al principio no me fijé mucho en la joven, lo que era raro en mí, porque me enorgullecía de saber la ubicación exacta de cualquier mujer guapa de los alrededores. Además, la Shillelagh no era la clase de sitio donde esperabas encontrarte a una mujer hermosa. Una mujer, sí. Cierto tipo de mujer. Pero se veía que aquella chica no era de esas: era joven, más o menos de mi edad, y llevaba una cofia de lino blanco y un sayo. Me pareció una sirviente.

Pero no fue su vestimenta lo que atrajo mi atención, sino el volumen de su voz, que contrastaba totalmente con su aspecto. Estaba sentada con tres hombres, todos mayores que ella, que reconocí enseguida: Tom Cobleigh, su hijo Seth y un tal Julian, cuyo apellido no recordaba, pero que trabajaba con ellos. Tres hombres con los que había intercambiado palabras e incluso golpes. De los que me despreciaban porque creían que yo les despreciaba, a los que les gustaba tan poco como ellos a mí. Estaban sentados en unos taburetes, contemplando a la joven con miradas lascivas y voraces que revelaban un propósito más oscuro, aunque no dejaran de sonreír mientras aporreaban la mesa y la animaban a que bebiera de un sorbo una jarra de cerveza.

No, no se parecía a ninguna mujer de las que normalmente frecuentaban la taberna, pero por lo visto estaba decidida a actuar como una de ellas. La jarra era casi tan grande como la muchacha, y al limpiarse la boca con la mano y dejarla sobre la mesa, los hombres respondieron con vítores y gritaron para que se tomara otra; sin duda, les alegraba ver cómo se

tambaleaba un poco en su taburete. Probablemente no creían en la suerte que habían tenido al encontrar a una cosita tan hermosa como aquella.

Observé mientras dejaban que la chica bebiera todavía más cerveza con el mismo revuelo acompañando su logro y, entonces, cuando la joven hizo lo mismo que antes, al limpiarse la mano con la boca y tambalearse aún más en el taburete, los hombres se miraron entre ellos como diciendo: «El trabajo está hecho».

Tom y Julian se levantaron y empezaron a, según sus palabras, «acompañarla» hasta la puerta porque «Ya has bebido demasiado, preciosa, te llevaremos a casa, ¿vale?».

—A la cama —añadió Seth con una sonrisa de complicidad, creyendo que lo decía para sus adentros aunque le oyera toda la taberna—. Vamos a llevarte a la cama.

Le lancé una mirada al camarero, que bajó los ojos y se sonó la nariz con el delantal. Un cliente sentado en la barra, a mi lado, me dio la espalda. Cabrones. Más me valía haberle pedido ayuda al gato, pensé, y después, con un suspiro, engullí mi cerveza, me bajé del taburete y seguí a los Cobleigh hasta la calle.

Parpadeé al salir de la oscuridad de la taberna a la brillante luz solar. Mi carro estaba allí, tostándose al sol, junto a otro que pensé que pertenecía a los Cobleigh. Al otro lado de la calle, había un corral con una casa al fondo, pero sin rastro del granjero. Estábamos solos en la vía pública: el padre y el hijo Cobleigh, Julian, la chica y yo, claro.

—Vaya, Tom Cobleigh —dije—, las cosas que se ven de buena tarde. Cosas como a ti y a tus amigotes emborrachándoos y emborrachando aún más a una pobre joven indefensa.

La chica se inclinó cuando Tom Cobleigh le soltó el brazo y se dio la vuelta para dirigirse a mí con el dedo ya levantado.

—No te metas en esto, Edward Kenway, zoquete. Estás tan bebido y eres tan libertino como yo; no necesito sermones de los de tu calaña.

Seth y Julian también se habían dado la vuelta. La chica tenía los ojos vidriosos, como si su mente se hubiera ido a dormir aunque su cuerpo siguiese despierto.

—Bueno. —Sonreí—. Puede que sea un libertino, Tom Cobleigh, pero no me hace falta echar cerveza por el gaznate de las muchachas para llevármelas a la cama, y desde luego no necesito que dos amigos me ayuden en dicha tarea.

Tom Cobleigh se enrojeció.

—Menudo cabrón descarado estás hecho. La voy a subir a mi carro y la voy a llevar a casa.

—No me cabe la menor duda de que pretendes subirla a tu carro y acompañarla a casa. Lo que me preocupa es lo que tienes planeado hacer entre subirla al carro y llevarla hasta allí.

—Así que eso es lo que te preocupa, ¿eh? Una nariz y un par de costillas rotas sí te preocuparán como no te metas en tus propios asuntos.

Eché un vistazo con los ojos entrecerrados a la calle, donde los árboles que bordeaban el camino de tierra brillaban con tonos verdes y dorados bajo el sol, y a lo lejos vislumbré una sola figura a lomos de un caballo, reluciente y poco definida.

Di un paso hacia delante y, si había estado amable o de buen humor hasta entonces, desapareció esa actitud, casi por sí misma. Cuando hablé a continuación, mi voz sonó dura.

—Deja en paz a la chica, Tom Cobleigh, o no me haré responsable de mis acciones.

Los tres hombres se miraron entre sí. Del mismo modo que lo habían hecho mientras se lo pedía. Soltaron a la muchacha y ella pareció casi aliviada de ponerse en cuclillas, mientras apoyaba una mano en el suelo y nos miraba con ojos adormilados, sin duda ajena a todo lo que se estaba hablando en su nombre.

Entretanto yo miraba a los Cobleigh y consideraba mis probabilidades de ganar. ¿Alguna vez había luchado contra tres a la vez? Bueno, no. Porque si peleabas con tres a la vez, entonces, más que luchar, te daban una paliza. Pero «vamos, Edward Kenway», me dije para mis adentros. Sí, bien mirado, eran tres hombres, pero uno de ellos era Tom Cobleigh, que ya no era ningún chaval, puesto que rondaba la edad de mi padre. El otro era Seth Cobleigh, el hijo de Tom Cobleigh. Y si eres capaz de imaginar qué tipo de persona ayudaría a su padre a emborrachar a una joven, entonces puedes

hacerte una idea de la clase de persona que era Seth, un gusano taimado que probablemente saldría huyendo de una pelea con los calzones mojados en vez de mantenerse firme. Y encima, estaban borrachos.

Por otro lado, yo también lo estaba. Además, contaban con Julian que, a juzgar por su aspecto, podía apañárselas solo.

Pero yo tenía otra idea. Ese jinete solitario que alcanzaba a ver a lo lejos. Si lograba entretener a los Cobleigh hasta que llegara, era probable que la balanza se inclinase a mi favor. Al fin y al cabo, si el jinete solitario tenía buen carácter, seguro que se detendría para ayudarme.

—Bien, Tom Cobleigh —dije—, tenéis ventaja sobre mí, eso lo puede ver cualquiera, pero ¿sabes? No sería capaz de volver a mirar a mi madre a los ojos sabiendo que he dejado que tú y tus amigotes raptéis a esa preciosidad.

Miré la calle y vi que el jinete estaba acercándose.

«Vamos —pensé—. No le esperes».

—Así que —continué—, aunque terminéis dejándome lleno de sangre a un lado del camino y consigáis llevaros a la muchachita de todas maneras, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ponéroslo lo más difícil posible. Y a lo mejor hasta os vais con un ojo morado y un buen dolor de huevos por las molestias.

Tom Cobleigh escupió y me miró entornando sus ojos arrugados.

—Eso es todo, ¿no? Bueno, ¿vas a quedarte ahí parado hablando de ello todo el día, o vas a cumplir con tu deber? Porque el tiempo es oro… —Sonrió con malicia—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Sí, es cierto, y cuanto más tiempo pase, más probabilidades hay de que la pobre muchacha recupere la sobriedad, ¿no?

—No me importa decirte que me estoy hartando de esta conversación, Kenway. —Se volvió hacia Julian—. ¿Y si le damos una lección a este cabroncete? Ah, y una cosa más antes de empezar, Kenway, no sirves ni para lustrar los zapatos de tu madre, ¿entiendes?

Eso me llegó al alma, he de reconocerlo. Que alguien como Tom Cobleigh, con la moral de un perro baboso y la mitad de su inteligencia, fuera capaz de llegarte al alma como si mi culpabilidad fuese una herida

abierta y luego meterte el dedo en la llaga para causar aún más dolor, bueno, sin duda fortaleció mi resolución, como mínimo.

Julian sacó pecho y se adelantó con un gruñido. A dos pasos de mí, levantó los puños, bajó el hombro derecho e intentó golpearme. No sé con quién estaba acostumbrado a pelearse fuera de las tabernas, pero seguro que tenían menos experiencia que yo, porque ya me había dado cuenta de que era diestro y no podría haber dejado más claras sus intenciones ni aunque lo hubiera intentado.

La tierra se levantó en una nube alrededor de mis pies mientras le esquivaba con facilidad y le propinaba un derechazo. Gritó de dolor cuando le di bajo la mandíbula. Y si hubiera estado él solo, habría ganado la batalla. Pero Tom Cobleigh ya estaba encima de mí. Lo vi por el rabillo del ojo y tardé demasiado en reaccionar. Lo siguiente que recuerdo es que unos nudillos me golpearon la sien y me dejaron aturdido.

Me tambaleé un poco mientras me daba la vuelta para atacar, y mis puños se movieron con más furia de lo que hubiera querido. Esperaba poder asestar un golpe de suerte, ya que necesitaba al menos derribar a otro hombre para igualar la pelea. Pero ninguno de mis puñetazos alcanzó a Tom Cobleigh mientras este retrocedía; además, Julian se había recuperado de mi ataque a una velocidad alarmante y se abalanzaba sobre mí de nuevo.

Lanzó un derechazo que me dio en la barbilla y me hizo dar vueltas hasta casi perder el equilibrio. El sombrero salió volando, se me puso el pelo en la cara y me hallaba en un estado de gran confusión. ¿Y adivina quién empezó a darme patadas? El gusano de Seth Cobleigh, que animaba a gritos a su padre y a Julian al mismo tiempo. Ese cabronazo tuvo suerte. Su bota me alcanzó el estómago y, como ya había perdido el equilibrio, caí al suelo.

Lo peor que puede pasarte en una pelea es caerte. En cuanto te caes, se acabó. A través de sus piernas vi en la calle al jinete solitario, quien ahora era mi única oportunidad de salvación y probablemente de escapar con vida. Pero lo que vi hizo que me diera un vuelco el corazón. A lomos del caballo no iba un hombre, no se trataba de un comerciante dispuesto a bajarse de su montura para correr en mi ayuda. No, el jinete solitario era una mujer. Montaba en el caballo a horcajadas en vez de a mujeriegas, pero

no cabía duda de que se trataba de una dama. Llevaba un sombrero y un vestido veraniego de colores claros, y lo último que pensé antes de que las botas de los Cobleigh taparan mi vista y una lluvia de patadas cayera sobre mí fue que era hermosa.

Pero ¿y qué? Su buen aspecto no iba a salvarme.

—Eh —oí—, vosotros tres. Dejad ahora mismo lo que estéis haciendo.

Se dieron la vuelta para mirarla y se quitaron el sombrero, colocándose en fila para que la mujer no me viera en el suelo, tosiendo.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber.

Por el sonido de su voz, supe que era joven y, aunque no era de alta alcurnia, sin duda era muy distinguida, demasiado para ir cabalgando sin compañía.

—Solo estábamos enseñándole a este joven algunos modales —respondió Tom Cobleigh con voz ronca, sin aliento.

Le había dejado exhausto darme patadas hasta casi matarme.

—Bueno, para eso no hacen falta tres hombres, ¿no? —replicó ella.

Ahora la veía, era el doble de hermosa de lo que había pensado al principio, mientras fulminaba con la mirada a los Cobleigh, que por su parte parecían muy avergonzados.

—Es más, ¿qué estáis haciendo con esta señorita?

Señaló a la muchacha, que seguía sentada en el suelo aturdida y embriagada.

—Ay, señora, le pido disculpas, señora, pero esta joven es una amiga nuestra que ha bebido demasiado.

El rostro de la dama se ensombreció.

—Esta joven no es vuestra amiga, desde luego, sino mi doncella, y si no la llevo a casa antes de que mi madre descubra que se ha fugado, pronto se quedará sin empleo.

Miró fijamente a cada uno de los hombres.

—Conozco a los hombres y creo que sé exactamente lo que ha pasado aquí. Ahora vais a dejar en paz al muchacho y a continuar vuestro camino antes de que decida llevar esto más lejos.

Con excesivas reverencias, los Cobleigh treparon a su carro y desaparecieron enseguida. Mientras tanto, la mujer desmontó y se arrodilló

para hablarme. Había cambiado la voz. Ahora hablaba dulcemente. Oí preocupación.

—Me llamo Caroline Scott. Mi familia vive en Hawkins Lane, en Bristol. Deje que le lleve a mi casa para curarle las heridas.

—No puedo, mi señora —respondí, incorporándome y tratando de esbozar una sonrisa—. Tengo trabajo que hacer.

Ella se puso de pie y frunció el entrecejo.

—Entiendo. ¿He evaluado bien la situación?

Cogí mi sombrero y comencé a sacudirle el polvo. Ahora estaba incluso más estropeado.

—Sí, mi señora.

—Entonces le doy las gracias y también se lo agradecerá Rose cuando recobre la sobriedad. Es una chica de conducta descuidada y no siempre es fácil de tratar; sin embargo, no quiero verla sufrir por su impetuosidad.

En ese momento decidí que ella era un ángel y, mientras las ayudaba a montar, mientras Caroline sujetaba a Rose, que se apoyaba tambaleándose sobre el cuello del caballo, tuve un pensamiento repentino.

—¿Puedo volver a verla, mi señora? Para darle las gracias cuando tenga un aspecto un poco más presentable, quizá.

Me lanzó una mirada de pena.

—Me temo que mi padre no lo aprobaría —respondió, y, tras sacudir las riendas, se marchó.

Esa noche me senté bajo el tejado de paja de nuestra cabaña, contemplando los pastos alejados de la granja mientras el sol se ponía. Normalmente mis pensamientos se centraban en cómo escapar de mi futuro.

Pero esa noche pensé en Caroline. Caroline Scott de Hawkins Lane.

4

Dos días más tarde me desperté al oír un grito. Me apresuré a ponerme los pantalones y salí de la habitación con la camisa desabrochada, todavía calzándome las botas. Conocía ese grito. Era mi madre. Unos instantes más tarde, sus gritos se habían convertido en sollozos, que fueron sustituidos por los improperios de mi padre. Las suaves palabras malsonantes de un hombre que había demostrado ser correcto.

Después de mi pelea en la Auld Shillelagh, regresé a la taberna para hacer algo con mis cortes y moratones. Para anestesiar el dolor, por así decirlo. ¿Y qué mejor manera de conseguirlo que con uno o dos tragos? Por lo tanto, cuando al final llegué a casa, estaba un poco hecho polvo. Y cuando digo «hecho polvo», quiero decir tan «hecho polvo» como lo estaría un hombre después de haber estado años en la guerra porque tenía morados en la cara y en el cuello, y la ropa hecha jirones. Pero también estaba hecho polvo como un hombre que se había pasado mucho bebiendo.

Cualquiera de las dos cosas era suficiente para disgustar a padre, así que discutimos, y me avergüenza decir que elegí ciertas palabras delante de mi madre. Por supuesto padre se puso furioso también por eso y me pegó un revés. Pero lo que de verdad le encolerizó fue que la refriega (como la llamaba porque se negaba a aceptar que yo estuviera protegiendo el honor de una dama y que él habría hecho lo mismo en mi lugar) hubiera sido durante la jornada laboral. Lo que mi padre veía era que ellos estaban agotados de tanto trabajar y yo, en cambio, me emborrachaba y me metía en peleas, mancillando el buen nombre de los Kenway, y en este caso en particular, haciendo acopio de más problemas para el futuro.

—Los Cobleigh. —Alzó las manos, exasperado—. ¡Esas malditas manzanas podridas! —exclamó—. Tenían que ser ellos, ¿no? No nos dejarán en paz y lo sabes, ¿verdad?

En efecto, salí corriendo al patio delantero aquella mañana y allí estaba padre, con su ropa de trabajo, consolando a madre, que estaba con la cabeza hundida en su pecho, sollozando en silencio, de espaldas a lo que estaba en el suelo.

Me llevé la mano a la boca al ver con lo que se habían encontrado: dos ovejas muertas, con el cuello cortado, la una junto a la otra sobre la tierra oscurecida por la sangre. Las habían colocado así para que supiéramos que no eran víctimas de un zorro o un perro salvaje. Para que supiéramos que habían matado las ovejas por una razón.

Una advertencia. Venganza.

—Los Cobleigh —espeté, sintiendo que la furia comenzaba a bullir como agua hirviendo en mi interior, acompañada de una punzante culpabilidad.

Los tres sabíamos que eran mis acciones las que habían provocado aquello.

Mi padre no me miró. Su rostro reflejaba toda la tristeza y preocupación que era de esperar. Como digo, era un hombre respetado y disfrutaba de las ventajas de ese respeto; sus relaciones hasta con su competencia se llevaban con buena educación y respeto. No le gustaban los Cobleigh, por supuesto que no —¿y a quién sí?—, pero nunca había tenido problemas, ni con ellos ni con nadie. Esta era la primera vez. Era algo nuevo para nosotros.

—Sé lo que estás pensando, Edward —dijo.

Me di cuenta de que no soportaba mirarme y se limitó a quedarse abrazando a mi madre con los ojos clavados en algún punto a lo lejos.

—Pero recapacita —añadió.

—¿En qué estoy pensando, padre?

—Estás pensando que eres tú el que nos ha traído esta desgracia. Estás pensando en ir a hablar del asunto con los Cobleigh.

—Bueno, ¿y qué estás pensando tú? ¿Dejarles que se salgan con la suya? —Señalé a las dos ovejas ensangrentadas que yacían en el suelo. El ganado sacrificado. El sustento perdido—. Tienen que pagar por ello.

—No puede hacerse nada —dijo, simplemente.

—¿A qué te refieres con que no puede hacerse nada?

—Hace dos días se me acercaron para que me uniera a una organización. Me dijeron que era una organización de comerciantes.

Al mirar a mi padre, me preguntaba si veía una versión mayor de mí mismo, y que me partiera un rayo por pensarlo, pero esperaba fervientemente que no. En su época había sido un hombre apuesto, pero ahora tenía el rostro lleno de arrugas y demacrado. El ala ancha de su sombrero de fieltro cubría unos ojos que siempre estaban cansados y miraban al suelo.

—Querían que me uniera —continuó—, pero les dije que no. Como la mayoría de los comerciantes de la zona, los Cobleigh han dicho que sí. Disfrutan de la protección de la organización de comercio, Edward. ¿Por qué si no crees que harían algo tan despiadado? Están protegidos.

Cerró los ojos.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Continuaremos como antes, Edward, y esperemos que acabe aquí, que los Cobleigh sientan que se les ha devuelto su honor. —Me miró con sus viejos ojos cansados por primera vez. No había nada en ellos, ni enfado ni reproche. Solo derrota—. ¿Puedo contar con que limpiarás todo esto mientras yo me encargo de tu madre?

—Sí, padre —respondí.

Mi madre y él comenzaron a caminar hacia la cabaña.

—Padre —le llamé cuando llegaban a la puerta—, ¿por qué no te uniste a la organización de comerciantes?

—Lo comprenderás algún día, si alguna vez maduras —contestó sin darse la vuelta.

5

Mientras tanto mis pensamientos volvieron a Caroline. La primera cosa que hice fue averiguar quién era y, al preguntar por Hawkins Lane, me enteré de que su padre, Emmett Scott, era un mercader acaudalado que comerciaba con té, quien sin duda sería considerado un nuevo rico por la mayoría de sus clientes, pero no obstante parecía creer él mismo que pertenecía a la alta sociedad.

Un hombre menos obstinado que yo, menos engreído, bien podría haber escogido un camino diferente al que opté yo para alcanzar el corazón de Caroline. Al fin y al cabo, su padre proveía de excelentes tés a las personas adineradas del suroeste de Inglaterra; tenía dinero suficiente para tener sirvientes a su servicio en una casa grande en Hawkins Lane. No se trataba de un pequeño agricultor ni se levantaba a las cinco de la mañana para dar de comer al ganado. Era un hombre con recursos económicos e influencia. Lo que debería haber hecho —hasta saberlo era inútil— era intentar haberle conocido. Y mucho de lo que sucedió posteriormente —mucho— podría haberse evitado si al menos lo hubiera intentado.

Pero no lo hice.

Era joven, ¿sabes? Y no era de extrañar que los semejantes a Tom Cobleigh me odiaran. Era muy arrogante. A pesar de mi estatus social, creía que ganarme el favor de un comerciante de té era rebajarme.

Algo que sé es que si amas a las mujeres —tal es mi caso y no me avergüenza confesarlo—, encuentras cierta belleza en todas ellas, sin importar si son o no lo que se entiende por belleza clásica. Pero con Caroline tuve la mala suerte de enamorarme de una mujer cuya belleza exterior igualaba a la interior, y por supuesto sus encantos seguramente atraían la atención de otros. Así que lo siguiente que averigüé de ella fue que había atraído la mirada de Matthew Hague, hijo de Sir Aubrey Hague,

el terrateniente más importante de Bristol, y un ejecutivo de la Compañía Británica de las Indias Orientales.

Según lo que entendí, el joven Matthew tenía nuestra edad y era un presumido y engreído donde los haya, que se creía mucho más de lo que era. Le gustaba dárselas de hombre de negocios astuto, como su padre, aunque era evidente que no poseía la aptitud de su padre en ese terreno. Además, le gustaba considerarse una especie de filósofo y a menudo le dictaba sus pensamientos a un delineante que le acompañaba a todas partes, con la pluma y la tinta preparadas para anotar, fueran cuales fuesen las circunstancias, las ideas de Hague, como por ejemplo: «Una broma es una piedra lanzada al agua, las risas las ondas que deja».

Tal vez sus frases eran muy profundas. Lo único que sé es que no hubiera prestado mucha atención —en realidad, me habría unido a las risas y burlas generalizadas que parecían acompañar a la mención de su nombre — si no hubiera sido por el hecho de que había mostrado interés en Caroline. Tal vez no me habría preocupado tanto si no hubiera sido por otros dos factores. Que el padre de Caroline, Emmett Scott, al parecer había prometido a Caroline al chico de Hague; y también el hecho de que el chico de Hague, posiblemente debido a su actitud condescendiente, su tendencia a cometer errores fundamentales hasta en las transacciones comerciales más sencillas, y su habilidad para provocar a la gente, tuviera un guardaespaldas, un hombre llamado Wilson, que era un bruto inculto, pero muy corpulento, con un ojo ligeramente cerrado, del que decían que era muy duro.

—La vida no es una lucha, puesto que las luchas son para ganar o perder. La vida es para vivirla —habían oído que le dictaba Matthew Hague a su delgado delineante.

Bueno, por supuesto, para Matthew Hague no había mucho por lo que luchar. En primer lugar, porque era el hijo de Sir Aubrey Hague, y, en segundo lugar, porque tenía un guardaespaldas amenazador que le seguía a todas partes.

De todos modos, me puse a investigar dónde estaría Caroline en una tarde soleada. ¿Cómo? Bueno, podríamos decir que esa era una buena ocasión para cobrarme un favor. ¿Te acuerdas de Rose, la doncella a la que

ayudé a salvar de un destino peor que la muerte? Bueno, pues se lo recordé un día en que la seguí de Hawkins Lane al mercado, y me presenté mientras ella atravesaba los puestos, evitando hábilmente los gritos de los vendedores con un cesto que sujetaba con el brazo.

No me reconoció, por supuesto.

—Estoy segura de no tener ni idea de quién es usted, señor —dijo con unos ojos un poco asustados que se movían en todas direcciones, como si sus patronos fueran a aparecer de repente por alguno de los pasillos entre los puestos.

—Bueno, pues yo sé exactamente quién eres, Rose —respondí—, y fui yo el que me llevé una paliza por defenderte en la puerta de la Auld Shillelagh la semana pasada. A pesar de lo borracha que estabas, espero que recuerdes la presencia de un buen samaritano.

Asintió a regañadientes. Y, sí, tal vez no fuera lo más propio de un caballero utilizar a lo mercenario las circunstancias desafortunadas de una jovencita para… bueno, no querría pasarme diciendo «chantajear», pero sí me aproveché de ello. Estaba enamorado y, dado que la escritura no era mi fuerte, había decidido que un encuentro cara a cara con Caroline era la mejor manera de empezar el proceso de ganarme su corazón.

Con mi encanto podía conseguir cualquier cosa que me propusiera. Bueno, funcionaba con los comerciantes y de vez en cuando con las muchachas que me encontraba en las tabernas. ¿Por qué no iba a valer también con las de alta cuna?

Gracias a Rose supe que a Caroline le gustaba ir a tomar el aire a los muelles de Bristol los martes por la tarde. Pero añadió, con un rápido vistazo a izquierda y derecha, que debía tener cuidado con el señor Hague. Con él y su criado, Wilson. El señor Hague tenía devoción por Caroline, según Rose, y era muy protector con ella.

Así que a la mañana siguiente me aseguré de hacer un viaje a la ciudad, moví la mercancía lo más rápidamente posible y después me dirigí al puerto. El ambiente allí estaba cargado con el olor al salitre del mar, estiércol y brea hirviendo; se oían los graznidos de las gaviotas, así como los incesantes gritos de los que trabajaban en los muelles: los miembros de

las tripulaciones llamándose mientras cargaban y descargaban los barcos cuyos mástiles se mecían ligeramente en la suave brisa.

Entendía por qué a Caroline podía gustarle estar allí. El puerto estaba lleno de vida. Desde hombres con cestos de manzanas recién cogidas o faisanes con cordeles alrededor del cuello, hasta comerciantes que meramente depositaban sus cestos en el muelle y gritaban a los marineros visitantes, y las mujeres con telas que trataban de convencer a los demás de que estaban llevándose una ganga. Había niños que vendían flores o yesca, o que corrían entre las piernas de los marineros y esquivaban a los comerciantes, casi tan anónimos como los perros que deambulaban por los muros del puerto y husmeaban en los montones de basura y la comida podrida que se había barrido hasta allí el día anterior.

Entre todos ellos estaba Caroline que, con un lazo en el sombrero y una sombrilla sobre el hombro, y Rose detrás de ella, a unos cuantos pasos respetuosos, parecía toda una dama. Y aun así, advertí —yo mismo guardaba las distancias mientras tanto, debía escoger el momento adecuado — que no miraba con desprecio la actividad que se desarrollaba a su alrededor, aunque habría sido fácil para ella hacerlo. Por su comportamiento sabía que ella, al igual que yo, disfrutaba viendo la vida en todas sus formas. Me pregunté si ella, al igual que yo, alguna vez había contemplado un mar que brillaba lleno de tesoros, mástiles de barcos que se inclinaban ligeramente, gaviotas que volaban hacia donde comenzaba el mundo, y si se preguntaría qué historias tenían que contar los horizontes.

Soy un romántico, es cierto, pero no un romántico imbécil, y había habido momentos desde aquel día fuera de la taberna en los que me preguntaba si mis sentimientos cada vez más fuertes por Caroline no eran en parte una invención de mi mente. Al fin y al cabo, había sido mi salvadora. Pero ahora, mientras paseaba por el puerto, volví a enamorarme de ella.

¿Esperaba hablar con Caroline vestido con mi ropa de criador de ovejas? Por supuesto que no. Así que había tomado la precaución de cambiarme. En vez de mis botas sucias, llevaba un par de zapatos con hebilla de plata, unas medias blancas limpias y un calzón negro, un chaleco recién lavado sobre la camisa y un sombrero de tres picos a juego en vez del

mío marrón. Tenía el aspecto de todo un caballero, si se me permite decirlo: era el hijo de un respetado comerciante de la zona, joven, apuesto, y estaba lleno de confianza. Un Kenway. El nombre decía algo al menos (a pesar de mis intentos de conseguir lo contrario), y también me acompañaba un joven pillo llamado Albert, al que había sobornado para que hiciera un trabajo en mi favor. No hace falta ser muy inteligente para suponer la naturaleza de dicho trabajo: iba a ayudarme a impresionar a la hermosa Caroline. Una operación con la chica de las flores poco después y ya tenía los medios para lograrlo.

—Bien, ¿recuerdas el plan? —le dije a Albert, que me miró desde debajo del ala de su sombrero con unos ojos viejos para su edad y una expresión en el rostro de «ya lo he oído antes»—. Sí, amiguito, vas a darle este ramillete de flores a esa belleza de ahí. Se detendrá y te dirá: «Ah, joven, ¿por qué razón te presentas con estas flores?». Y señalarás hacia aquí.

Le indiqué dónde me colocaría, orgulloso como un pavo real. Caroline me reconocería del otro día o al menos desearía darle las gracias a su misterioso admirador. Albert debía invitarme a acercarme y en ese momento comenzaría a atacar con mi encanto.

—¿Y yo qué saco de esto? —preguntó Albert.

—¿Tú qué sacas de esto? ¿Qué tal la suerte de que no te dé un tortazo?

Frunció el labio.

—¿Qué tal si te vas a la porra?

—Muy bien —contesté, dándome por vencido—, aquí tienes medio penique.

—¿Medio penique? ¿Eso es lo único que puedes ofrecerme?

—A decir verdad, hijo mío, es lo único que puedo ofrecerte, y diría que cruzar el puerto y darle una flor a una bella mujer es el trabajo más fácil que ha habido por medio penique.

—¿No va con ella un pretendiente?

Albert estiró el cuello para mirar.

Y, por supuesto, pronto quedaría claro exactamente por qué Albert quería saber si Caroline iba acompañada. Pero en ese momento en particular me tomé su interés como simple curiosidad. Nada más que un

cotilleo. Un poco de cháchara. Así que mi respuesta fue no, que no la acompañaba su pretendiente; le di el ramillete de flores y su medio penique, y le envié a su cometido.

Mientras el muchacho caminaba, un objeto que sujetaba con la otra mano atrajo mi atención y entonces me di cuenta de mi fallo.

Era una pequeña navaja. Y el chico tenía los ojos clavados en el brazo de Caroline, del que colgaba un monedero.

«¡Ay, Dios! Un ratero».

El joven Albert era un cortabolsas.

«Cabroncete», dije para mis adentros e inmediatamente eché a correr por el puerto tras él.

Estaba a medio camino entre nosotros, pero, al ser pequeño, se escabullía con rapidez entre el hervidero de personas. Localicé a Caroline, ajena al peligro inminente, un peligro que le había enviado yo sin darme cuenta.

A continuación vi a tres hombres, que también se dirigían hacia Caroline. Tres hombres que conocía: Matthew Hague, su delgado compañero que tomaba notas, y su guardaespaldas, Wilson. Me encogí por dentro. Más aún cuando vi que los ojos de Wilson se apartaban de Caroline para mirar a Albert y luego volvían a ella. Se veía que era bueno. En un santiamén se había dado cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir.

Me detuve. Durante un segundo quedé totalmente desconcertado. No sabía qué hacer.

—¡Eh! —gritó Wilson, atravesando su tono brusco el parloteo y los chillidos incesantes de la venta callejera del día—. ¡Oye, tú!

Y salió disparado. Pero Albert había llegado a Caroline y, con un gesto increíblemente rápido y fluido, acercó la mano a la cinta del monedero de la joven para cortarla y el minúsculo bolso de seda cayó cuidadosamente en la otra mano de Albert.

Caroline no advirtió la presencia del ladrón, pero no pudo evitar ver la enorme figura de Wilson echándosele encima, por lo que gritó de sorpresa, incluso mientras el hombre se lanzaba más allá de ella para agarrar a Albert por los hombros.

—Este joven bribón tiene algo que le pertenece, señorita —bramó Wilson, zarandeando a Albert tan fuerte que el monedero de seda cayó al suelo del puerto.

Los ojos de Caroline se posaron sobre el bolso y luego miraron a Albert.

—¿Es eso cierto? —preguntó, aunque la prueba la tenía delante y, de hecho, ahora se hallaba sobre un montón de boñiga de caballo a sus pies.

—Cógelo, cógelo —estaba diciéndole Hague a su compañero delgado; acababa de llegar y ya estaba comportándose como si hubiera sido él el que hubiese apresado al joven que blandía una navaja en vez de su guardaespaldas de dos metros—. Dale una lección a ese rufián, Wilson.

Hague hizo un gesto con la mano como si intentara repeler una nociva flatulencia.

—Será un placer, señor.

Todavía nos separaban unos metros. Tenían a Albert bien agarrado, pero sus ojos aterrorizados dejaron de mirar a Wilson para dirigirse a donde yo me hallaba entre la multitud, y cuando nuestras miradas se cruzaron, se quedó mirándome con aire suplicante.

Apreté los dientes. Aquel cabroncete había estado a punto de arruinar todos mis planes y ahora me miraba en busca de ayuda. ¡Menudo caradura!

Pero entonces Wilson le cogió por el pescuezo con una mano y llevó el puño al estómago de Albert. Con eso tuve suficiente. Volvió a encenderse la misma sensación de injusticia que había tenido en la taberna y al cabo de un segundo me abría paso a empujones entre la muchedumbre para ayudar a Albert.

—¡Eh! —grité.

Wilson se volvió para mirarme y, aunque era más grande que yo, y mucho más feo que yo, acababa de verle pegar a un niño y me había hervido la sangre. No es una manera especialmente caballerosa de llevar a cabo una pelea, pero sabía por experiencia tanto del que da como del que recibe que no había modo más rápido y limpio de tumbar a un hombre, así que lo hice. Le asesté un golpe con la rodilla. Con la rodilla en los huevos, para ser preciso. Tan rápido y tan duro que el gigantesco matón gruñón que estaba a punto de atacarme se convirtió al instante en una piltrafa, con las manos en la entrepierna mientras lloriqueaba y caía al suelo.

Haciendo caso omiso de los gritos de indignación de Matthew Hague, cogí a Albert.

—Pídele perdón a la dama —le ordené, señalándole con un dedo.

—Perdón, señorita —dijo Albert obedientemente.

—Ahora lárgate —dije y le indiqué con la mano que se marchara del puerto.

No le hizo falta una segunda invitación y desapareció en un periquete, lo que provocó incluso más protestas por parte de Matthew Hague, y di gracias a Dios por que al menos Albert estuviera fuera de escena y no me delatara.

Había salvado al muchacho de una paliza peor, pero mi victoria era efímera y desde luego no tuve tiempo de disfrutarla. Wilson ya estaba de pie y, aunque el dolor de sus pelotas debía de estar descomponiéndole, en ese momento no sentía nada más que furia. Él también era rápido y, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, me agarró y me sujetó con fuerza. Intenté apartarme, bajé un hombro y llevé el puño hacia su plexo solar, pero no logré la velocidad necesaria y él utilizó su cuerpo para bloquearme; gruñía más por satisfacción que por el esfuerzo mientras me arrastraba totalmente por el puerto y la gente se dispersaba ante su presencia. En una pelea justa habría tenido una oportunidad, pero entre sus ventajas se encontraban una fuerza superior y la repentina velocidad alimentada por la cólera. A continuación mis pies dieron patadas en el aire mientras él me arrojaba al mar desde el muelle.

Bueno, siempre había soñado con que me llevaran a alta mar y, con el sonido de unas carcajadas sonando en mis oídos, me dirigí a la escalera de cuerda más cercana para salir del agua. Caroline, Rose, Hague y sus dos hombres ya se habían marchado, pero vi que alguien me tendía una mano para ayudarme a subir.

—Amigo, deja que te ayude —dijo una voz.

Alcé la mirada con gratitud, a punto de aceptar la mano de mi samaritano, cuando vi el rostro malicioso de Tom Cobleigh asomando por el borde del puerto.

—¡Vaya, las cosas que se ven cuando sales sin tu mosquete! —exclamó y no pude hacer nada para evitar que me propinara un puñetazo en la cara,

que me apartó de la escalera de cuerda y me hizo caer de nuevo al agua.

6

Tom Cobleigh se había esfumado, pero Wilson debía de haber vuelto sobre sus pasos. Resultó que tras asegurarse de que Hague y Caroline estaban bien, se había apresurado a regresar al puerto y me había encontrado sentado en unas escaleras, curándome las heridas. Me tapó la luz y al alzar la mirada, me dio un vuelco el corazón.

—Si has vuelto para volver a intentarlo —dije—, no te lo pondré tan fácil esta vez.

—No me cabe duda —respondió con un ligero estremecimiento de dolor—, pero no he venido a arrojarte de nuevo al mar, Kenway.

Al oír esas palabras, le miré con dureza.

—Eso es, chico, tengo mis espías, y me han contado que un joven caballero de nombre Edward Kenway ha estado haciendo preguntas sobre Caroline Scott. Ese mismo joven caballero de nombre Edward Kenway estuvo implicado en una pelea fuera de la Auld Shillelagh, en el camino a Hatherton, la semana pasada. Ese mismo día la señorita Scott se hallaba en el camino a Hatherton porque su doncella se había fugado, y tú y la señorita Scott hablasteis después del altercado.

Se acercó tanto que olía el café rancio en su aliento. Prueba, si es que hacía falta alguna, de que no estaba para nada intimidado por mí ni por mi temible reputación.

—¿Voy bien encaminado hasta ahora, Kenway?

—Puede que sí.

Él asintió.

—Eso creía. ¿Cuántos años tienes, chico? ¿Qué? ¿Diecisiete? Más o menos la misma edad que la señorita Scott. Me da a mí que estás cultivando cierta pasión por ella, ¿verdad?

—Puede que sí.

—Yo creo que sí. Bueno, voy a decirlo una vez y nada más que una vez: la señorita Scott está prometida con el señor Hague. Esta unión tiene la bendición de sus padres…

Me levantó del suelo, pegándome los brazos a los costados. Demasiado mojado, sucio y agotado para resistirme, y de todas formas sabía lo que sucedería a continuación.

—Si te veo rondándola de nuevo o intentando lograr más proezas para llamar su atención, no te darás solo un chapuzón en el mar. ¿Ha quedado claro?

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué hay del rodillazo en las pelotas que estás a punto de darme?

Sonrió forzadamente.

—Ah, ¿eso? Es personal.

Fue fiel a su palabra, y tardé un rato en poder ponerme de pie para volver a mi carro. No solo me habían hecho daño en las bolas, sino que también me habían herido el orgullo.

7

Aquella noche estaba tumbado en mi cama, maldiciendo mi suerte. Había arruinado cualquier oportunidad con Caroline. La había perdido. Todo gracias a ese golfillo codicioso de Albert, por no mencionar a Hague y compañía. Había sufrido una vez más a manos de Tom Cobleigh, y mi padre me miró con recelo cuando llegué a casa, un poco más tarde de lo habitual, y, aunque me había cambiado de ropa, por si fuera poco, todavía iba mojado.

—¿No habrás estado otra vez en esas tabernas? —preguntó con tono amenazante—. Dios me ayude si oigo que has estado manchando nuestro buen nombre…

—No, padre, no es nada de eso.

Se equivocaba, no había pasado por la taberna de camino a casa. De hecho, no había asomado el hocico por una cervecería desde la pelea fuera de la Auld Shillelagh. Me decía a mí mismo que el encuentro con Caroline había tenido un efecto sobre mí. Un *sobrio* efecto, literalmente.

Bueno, no lo sabía. Empecé a preguntarme que tal vez mi vida estaba allí, entre espuma de cerveza, alrededor de sonrisas descuidadas de mujeres facilonas sin apenas dientes y aún menos moralidad, y al trigésimo verano transportando lana a Bristol me volvería indiferente; habría perdido cualquier esperanza que albergara de ver mundo algún día. Poco a poco la tentación de las tabernas se reafirmó una vez más.

Y entonces sucedieron dos cosas que lo cambiaron todo. La primera fue un caballero que se sentó a mi lado en la barra de la George and Dragon de Bristol en una tarde soleada. Un caballero vestido elegantemente con unos puños de camisa llamativos y una pañoleta colorida, que se quitó el sombrero, lo dejó en la barra y señaló mi bebida.

—¿Puedo invitarle a otra, señor? —me preguntó.

Era muy distinto al «hijo», «muchacho» o «chico» que tenía que soportar no diariamente, sino a todas horas.

—¿Y a quién tengo que darle las gracias por la bebida? ¿Qué querría a cambio? —pregunté con cautela.

—Tal vez la oportunidad de hablar, amigo. —El desconocido sonrió y me ofreció la mano para que se la estrechase—. Me llamo Dylan Wallace, encantado de conocerle, señor… Kenway, ¿verdad?

Por segunda vez en cuestión de días se me presentaba una persona que conocía mi nombre, aunque no tenía ni idea de por qué.

—Ah, sí —dijo, sonriendo (al menos era más simpático que Wilson, reflexioné)—. Sé cómo se llama. Edward Kenway. Menuda reputación tiene por estos lares. De hecho, yo mismo le he visto en acción.

—¿En serio?

Le miré con los ojos entrecerrados.

—Vaya que sí —respondió—. La gente con la que he hablado me ha dicho que está un poco acostumbrado a las trifulcas, pero aun así no puede haber olvidado la pelea en la Auld Shillelagh el otro día.

—No creo que me permitan olvidarla —suspiré.

—Bien, señor, iré directo al grano, porque parece un joven que sabe lo que quiere y es poco probable que lo que vaya a decirle le convenza de un modo u otro. ¿Alguna vez ha pensado en hacerse a la mar?

—Bueno, ahora que lo menciona, señor Wallace, una vez consideré marcharme de Bristol y dirigirme en esa dirección, así es.

—Y ¿qué le detiene?

Negué con la cabeza.

—Esa es una buena pregunta.

—¿Sabe lo que es un corsario, señor Kenway?

Antes de que pudiera contestar, ya estaba diciéndomelo.

—Son bucaneros a los que la Corona les da una patente de corso. Verá, la nobleza y los portugueses están ayudándose con los tesoros del Nuevo Mundo; están llenando sus cofres y el trabajo de los corsarios es detenerlos o coger lo que están cogiendo. ¿Entiende?

—Sé lo que es un corsario, muchas gracias, señor Wallace. Sé que no te pueden juzgar por piratería, a menos que ataques a barcos que pertenezcan a

tu propio país. Es así, ¿no?

—Oh, sí, es así, señor Kenway. —Dylan Wallace sonrió abiertamente —. ¿Qué le parecería que me inclinara y me sirviera yo mismo una jarra de cerveza? Eso sería robar, ¿no? El camarero intentaría detenerme, pero ¿y si estuviera haciéndolo con impunidad? ¿Y si mi robo tuviera el sello real de aprobación? De eso estamos hablando, señor Kenway. De la oportunidad de salir a alta mar y servirse de tanto oro y tesoros como pueda llevar el barco de su capitán. Y al hacerlo, no solo estará trabajando con la aprobación de Su Majestad la reina Ana, sino que estará ayudándola. Habrá oído hablar del capitán Christopher Newport, Francis Drake o el almirante Sir Henry Morgan. Todos ellos son corsarios. ¿Qué le parecería añadir el nombre de Edward Kenway a esa ilustre lista?

—¿Qué está diciendo?

—Le estoy proponiendo convertirse en corsario, señor.

Le miré detenidamente.

—Y si le prometo pensar en ello, ¿qué saca usted de esto?

—Me llevo comisión, por supuesto.

—¿No obligan normalmente a los hombres para este tipo de cosas?

—No a los hombres de su calibre, señor Kenway. No a los hombres que consideramos que tienen madera de oficial.

—¿Todo porque prometo luchando?

—Por el modo de comportarse en esa pelea, señor Kenway, en todos los sentidos.

Asentí.

—Si prometo pensármelo, ¿significa que no tengo que devolverle la cerveza?

8

Esa noche me fui a la cama sabiendo que le tenía que decir a mi padre que mi destino no era criar ovejas, sino que iba a embarcarme en una aventura de capa y espada como corsario.

Se sentiría decepcionado, desde luego, pero quizá también en cierto modo aliviado. Sí, por un lado, había sido una ventaja haber desarrollado habilidades comerciales y haberlas aprovechado para el beneficio de la familia. Pero, por otro lado, estaba la bebida, las peleas y, claro, las desavenencias con los Cobleigh.

Poco después de que depositaran los dos cadáveres en nuestro patio delantero, hubo otro incidente: al despertar, descubrimos que habían soltado el rebaño por la noche. Mi padre pensó que habían roto deliberadamente las cercas. No le había contado a mi padre lo que sucedió en el muelle, pero era evidente que Tom Cobleigh todavía me guardaba rencor, un rencor que probablemente no iba a desaparecer en un futuro próximo.

Era yo quien había cargado a mi padre con todo aquello. Y si yo desaparecía, tal vez terminaría la *vendetta*.

Y así, tendido en mi lecho aquella noche, mi única decisión era cómo comunicarle la noticia a mi padre. Y cómo le comunicaría mi padre la noticia a mi madre.

Y entonces oí algo en la ventana. Unos golpecitos.

Me asomé, agitado. ¿Qué esperaba ver? No estaba seguro, pero el recuerdo de los Cobleigh estaba todavía fresco en mi mente. Pero en vez de a ellos, vi a Caroline Scott, sentada a horcajadas en un caballo, bajo la pálida luz de la luna, en el patio, como si el mismísimo Dios estuviera alumbrando su belleza.

Iba vestida para acudir a la escuela de equitación. Su ropa era oscura. Llevaba un sombrero alto, una camisa blanca y una chaqueta negra. Con

una mano sujetaba las riendas y la otra estaba alzada, a punto de lanzar el segundo puñado de grava a mi ventana.

Yo mismo era conocido por usar el mismo truco para llamar la atención de alguna amiga y recordaba muy bien el temor de despertar a toda la casa. Así que cuando tiraba piedras a la ventana, normalmente lo hacía tras la seguridad de un muro de piedra. Caroline no. Esa era la diferencia de nuestra posición social. Ella no temía salir corriendo de la propiedad porque la echaran con cajas destempladas y una bota en el trasero. Ella era Caroline Scott de Hawkins Lane en Bristol, a la que acompañaba el hijo de un directivo de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Fuera o no una cita clandestina —y no cabía duda de que esta era clandestina—, esconderse detrás de muros de piedra no era para ella.

—Bueno… —susurró. Vi que sus ojos se movían bajo la luz de la luna —. ¿Va a dejarme aquí fuera sentada toda la noche?

No. Al cabo de unos instantes me hallaba en el patio, a su lado, cogiendo las riendas del caballo, alejándola de la propiedad mientras hablábamos.

—Sus acciones del otro día —dijo—. Se puso en gran peligro para protegerme de aquel joven ladrón.

(Sí, sí, ya sé lo que estás pensando. Y sí, sí, me sentí un poco culpable al oír sus palabras).

(Pero no demasiado).

—No hay nada que odie más que un abusón, señorita Scott —contesté.

Al menos tenía la ventaja de que era verdad.

—Eso creía yo. Esta es la segunda vez que me ha impresionado la galantería de sus acciones.

—Han sido dos ocasiones entonces en las que he tenido el placer de que estuviera presente.

—Me interesa, señor Kenway. Y su interés por mí tampoco pasa desapercibido.

Permanecí callado y paseamos durante un rato. Y aunque no pronunciamos palabra, nuestro silencio significaba algo. Como si conociéramos los sentimientos que albergábamos el uno por el otro. Sentí la proximidad de su bota de montar. Por encima del calor y el olor del caballo,

creí poder oler los polvos que llevaba. Nunca antes había sido tan consciente de una persona, de la cercanía de una persona.

—Espero que le hayan dicho que estoy prometida con otro —dijo.

Nos detuvimos en el camino. Había muros de piedra a ambos lados del sendero y los verdes pastos más allá estaban salpicados por el blanco de los rebaños de ovejas. El aire era cálido y seco a nuestro alrededor, ni siquiera una brisa perturbaba los árboles que se alzaban delimitando el paisaje. En algún lugar se oyó el grito de un animal, que sufría mal de amores o estaba herido, pero desde luego era salvaje, y un repentino alboroto en los arbustos nos sobresaltó. Nos sentíamos como intrusos. Unas visitas no deseadas en la casa de la naturaleza.

—Vaya, no creo que…

—Señor Kenway…

—Puede llamarme Edward, señorita Scott.

—Bien, tú puedes seguir llamándome «señorita Scott».

—¿En serio?

—Bueno, venga, puedes llamarme Caroline.

—Gracias, señorita Scott.

Me miró de soslayo, como si estuviera comprobando si estaba o no burlándome de ella.

—Bueno, Edward —continuó—, sé muy bien que has estado haciendo preguntas sobre mí. Y aunque no pretendo saber lo que te han dicho, creo que conozco lo esencial: que Caroline Scott está prometida a Matthew Hague; que Matthew Hague la bombardea con poemas de amor y que la unión tiene la bendición de su padre y, por supuesto, del mío. ¿Estoy en lo cierto?

Admití que había oído lo mismo.

—Tal vez en el poco tiempo que hemos pasado juntos te hayas percatado de cómo me siento acerca de ese acuerdo en particular.

—No sabría decirte.

—Pues entonces te lo contaré. La idea de casarme con Matthew Hague me revuelve el estómago. ¿Crees que quiero vivir en la casa de los Hague? Se espera de mí que trate a mi marido como a un rey, que haga la vista gorda a sus aventuras, que lleve la casa, que grite a los sirvientes, elija las

flores, escoja los tapetes, vaya de visita, tome el té y cotillee con las otras esposas.

»¿Crees que quiero esconderme bajo las preocupaciones triviales de los modales y la etiqueta hasta que ya no me encuentre a mí misma? En este momento vivo entre dos mundos, Edward, y puedo ver ambos. El mundo que contemplo en mis visitas al puerto es el mundo que es más real para mí, Edward. El que está más vivo. Y en cuanto a Matthew Hague, le desprecio casi tanto como a su poesía.

»No creas que soy una damisela en apuros, indefensa, porque no lo soy. Pero no he venido hasta aquí en busca de ayuda. He venido a ayudarme a mí misma.

—¿Has venido a por mí para ayudarte a ti misma?

—Si tú quieres. El siguiente paso te toca a ti, pero si lo das, hazlo sabiendo esto: cualquier relación entre nosotros no tendrá la bendición de mi padre, pero sí tendrá la mía.

—Perdón, pero no me preocupa tanto tu padre como la elección que ha hecho por ti.

—Y la idea de enemistarte con los Hague, ¿te desalienta?

Sabía que en aquel momento nada me desalentaría.

—No, Caroline.

Nos despedimos, acordando que volveríamos a vernos. Y después de eso, nuestra relación comenzó en serio. Éramos capaces de guardar un secreto. Durante algunos meses, de hecho, nuestros encuentros fueron totalmente privados: momentos robados paseando por los senderos entre Bristol y Hatherton, cabalgando por los prados.

Hasta que un día anunció que Matthew Hague planeaba pedir su mano en matrimonio a la mañana siguiente, y el corazón se me paró.

Estaba decidido a no perderla. Por mi amor por ella, porque no podía pensar en otra cosa sino en ella, porque cuando estábamos juntos, saboreaba cada momento. Cada palabra, cada gesto que hacía Caroline era como néctar para mí; todo en ella, cada curva, su perfume, su risa, sus modales refinados, su inteligencia.

Y todo eso pasó por mi mente mientras me apoyaba sobre una rodilla y la tomaba de la mano, porque lo que estaba contándome quizá no era una

invitación sino una despedida y, en ese caso, bueno, al menos no se conocería mi humillación a lo largo y ancho de este mundo, sino que se limitaría a los pájaros en los árboles y las vacas en los campos que nos observaban con ojos somnolientos y masticaban pensativamente.

—Caroline, ¿quieres casarte conmigo? —le pregunté.

Contuve la respiración. Durante nuestro noviazgo, todas las veces que habíamos quedado, todos los besos robados que habíamos compartido, habían estado acompañados por la sensación de no creer en la suerte que tenía. Era como si me estuvieran gastando una broma. Medio esperaba que Tom Cobleigh saliera saltando de entre las sombras, riéndose a carcajadas. Y si no era eso, si no se trataba de una broma vengativa a mi costa, entonces tal vez yo era una simple diversión para Caroline, una última aventura antes de dedicarse a las obligaciones familiares.

—Ah, Edward. —Sonrió—. Creí que nunca me lo pedirías.

9

Sin embargo, no podía aceptarlo y al día siguiente me encontraba viajando a la ciudad, dirigiéndome a Hawkins Lane. Lo único que sabía era que Matthew Hague tenía planeado hacerle una visita aquella mañana, y mientras avanzaba furtivamente por la carretera y pasaba por una fila de casas entre las que se hallaba la de ella, me pregunté si estaría allí ahora, tal vez haciendo su proposición.

Si una cosa caracterizaba a Caroline era su valentía, era una de las mujeres más valientes que había conocido, pero aun así estaba dejando pasar la oportunidad de vivir el resto de sus días rodeada de lujos; y peor aún, iba a escandalizar a sus padres. Yo mismo conocía muy bien la presión de intentar complacer a un padre, lo tentador que era seguir ese camino. Un alma descontenta o un alma atormentada por la culpa, ¿cuál era la cruz más difícil de soportar?

Conmigo delante —y estoy seguro de que me quería— tal vez la decisión era más fácil de tomar. Pero ¿y por la noche, cuando rondaban las dudas y venían a visitarte? Quizás había cambiado de opinión y estaba, en ese mismo momento, sonrojándose al aceptar la proposición de Matthew Hague, y escribiéndome mentalmente una carta.

Y si eso sucedía, bien, suponía que siempre me quedaba Dylan Wallace.

Pero entonces, por el rabillo del ojo, vi la puerta principal abierta y apareció Wilson, seguido rápidamente por el delineante, y detrás de ellos iba Matthew Hague, que le ofrecía su brazo a Caroline, con Rose a la retaguardia mientras empezaban sus paseos.

A cierta distancia, les seguí durante todo el camino hasta el puerto, dándole vueltas a sus intenciones. Seguro que no iban al puerto. El puerto era sucio, nauseabundo y estaba abarrotado de gente, hedía a boñiga, brea

ardiente, pescado recién cogido y hombres que acababan de regresar de meses en el mar sin darse demasiados baños.

Se dirigían a lo que parecía una goleta amarrada al muelle, alrededor de la que había reunidos varios hombres. No obstante, costaba verlo porque de la parte trasera del barco colgaba una especie de lona, que tapaba el nombre de la nave. Sin embargo, al acercarse el grupo creí saber de qué se trataba. Creí conocer su plan.

Como era de esperar, se detuvieron delante y, aunque la embarcación seguía fuera de mi vista, observé como los ojos de Caroline se movían nerviosos de Matthew Hague a la goleta y supuse que ella también había averiguado el propósito de su visita.

Lo siguiente que supe fue que Hague se había arrodillado; el personal de la goleta, Wilson y el delineante estaban de pie con las manos a la espalda, preparados para la ronda de aplausos mientras Matthew Hague se declaraba:

—Querida, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Caroline tragó saliva y tartamudeó.

—Matthew, ¿te… tenemos que hacer esto aquí?

Le lanzó una mirada condescendiente y luego, con un gesto efusivo de la mano, ordenó que retiraran la lona de la parte trasera de la goleta. Allí grabado en una lámina de oro estaba el nombre del barco: *Caroline*.

—¿Qué otro sitio iba a ser mejor, querida?

Y si no hubiera sido por la situación hasta habría disfrutado un poco al ver a Caroline desconcertada. Normalmente estaba siempre muy segura de sí misma. La duda y la expresión cercana al pánico que vi en sus ojos, sospecho que era tan nuevo para ella como lo era para mí.

—Matthew, debo decir que me estás abochornando.

—Cariño, querida Caroline, mi preciosa flor… —dijo y le hizo un pequeño gesto a su delineante, que inmediatamente empezó a buscar su pluma para anotar las palabras poéticas de su señor—. Pero ¿de qué otra manera podría haberte revelado mi regalo marital? Bueno, debo insistir en que me des una respuesta. Por favor, con toda esta gente mirando…

Y sí, al echar un vistazo, me di cuenta de que parecía que el puerto entero se había detenido, todos esperaban las palabras de Caroline, que

fueron…

—No, Matthew.

Hague se levantó de forma tan brusca que obligó a su delineante a retroceder rápidamente y este estuvo a punto de perder el equilibrio. El rostro de Hague se oscureció y frunció los labios mientras intentaba guardar la compostura y forzaba una sonrisa.

—¿Es una de tus bromitas, quizá?

—Me temo que no, Matthew, estoy prometida a otro.

Hague terminó de ponerse de pie hasta alcanzar toda su altura, como si pretendiera intimidar a Caroline. Al final del grupo de espectadores, sentí que la sangre me hervía y comencé a avanzar.

—A otro —repitió con voz ronca—. Y ¿quién resulta ser ese otro hombre?

—Yo, señor —anuncié cuando llegué al frente de la multitud y me presenté a él.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Tú —espetó.

Por atrás Wilson ya empezaba a acercarse y en sus ojos vi la furia por haber hecho yo caso omiso de su advertencia. Y porque aquello se convertía en su fracaso.

Hague extendió un brazo para detenerle.

—No, Wilson —dijo y añadió lanzando una clara indirecta—: Aquí no. Ahora no. Estoy seguro de que mi señora querrá reconsiderarlo…

Una oleada de sorpresa y supongo que la ausencia absoluta de gracia se había apoderado del gentío, que volvía a agitarse mientras Caroline decía:

—No, Matthew, Edward y yo vamos a casarnos.

Se acercó a ella.

—¿Y tu padre lo sabe?

—Todavía no —respondió y después añadió—: Aunque me da la impresión de que pronto lo sabrá.

Durante un momento, Hague se limitó a temblar de furia y, cuando se dio la vuelta, me compadecí de verdad de él por primera vez; pero no sería la última. Al instante, se puso a ordenar a voces a los que estaban por allí que volvieran a su trabajo, después le gritó a la tripulación de la goleta que

colocaran de nuevo la lona, luego les dijo a Wilson y al delineante que abandonaban el puerto, le dio la espalda a Caroline de forma deliberada y a mí me lanzó una mirada de odio al marcharse. Detrás de él iba Wilson y nuestros ojos se encontraron. Lentamente se pasó un dedo por el cuello.

La verdad era que no debería haberlo hecho; Wilson no era un hombre al que provocar, pero no pude contenerme y le devolví su amenaza de muerte con un guiño descarado.

10

Y así fue como Bristol se enteró de que Edward Kenway, un criador de ovejas que no ganaba más de setenta y cinco libras al año, iba a casarse con Caroline Scott.

¡Menudo escándalo! El hecho de que Caroline Scott se casara con alguien de clase inferior daría bastante de que hablar. Que hubiera rechazado a Matthew Hague en el proceso constituía un revuelo, y me pregunté si el escándalo a la larga jugaría en nuestro favor, porque no llegaron las represalias aunque yo me armaba de valor para recibirlas. Durante un tiempo busqué a Wilson en cada esquina y el primer vistazo con el que todas las mañanas miraba mi patio desde la ventana estaba lleno de temor. No vi a Wilson por ninguna parte ni oí nada de Matthew Hague.

Al final, nadie de fuera amenazó nuestra boda. No fueron los Cobleigh, Emmett Scott, Matthew Hague ni Wilson. Fue alguien de dentro. Fui yo.

He tenido tiempo de sobra para pensar en las razones, por supuesto. Y el problema fue que seguía dándole vueltas a mi encuentro con Dylan Wallace y sus promesas de riquezas en las Antillas. Quería partir y regresar a casa con Caroline siendo un hombre adinerado. Empezaba a verlo como mi única oportunidad de convertirme en un hombre de provecho. Mi única oportunidad de ser digno de ella. Porque, claro, sí, estaba la gloria inmediata, o tal vez podría llamarse «importancia», por haber convertido a Caroline Scott en mi esposa, por haberla sacado de las garras de Matthew Hague, pero a esa sensación pronto le siguió una especie de… bueno, solo puedo calificarlo como «estancamiento».

Emmett Scott había dado un golpe cortante en la boda. Supongo que deberíamos haber agradecido que él y la madre de Caroline se dignaran a asistir a la celebración. Aunque por mi parte no estuviera nada agradecido. Habría preferido que los dos se hubieran mantenido al margen. Odiaba ver a

mi padre, con la gorra en la mano, inclinándose y arrastrándose frente a Emmett Scott que al fin y al cabo no era un noble precisamente, sino un simple comerciante, separado de nosotros no por rango aristocrático, sino únicamente por el dinero. Sin embargo, me alegré de que estuvieran allí por Caroline. No aprobaban el matrimonio, en absoluto, pero al menos no estaban dispuestos a perder a su hija por ello.

Una vez oí a su madre decir: «Solo queremos que seas feliz, Caroline», y supe que hablaba por ella sola. Los ojos de Emmett Scott no albergaban tal deseo. Veía la mirada de un hombre al que habían negado la oportunidad de ascender en la escala social, un hombre al que habían truncado sus sueños de gran poder. Fue a la boda de mala gana o tal vez por el placer de proferir su declaración a la salida de la iglesia, después de que se hubieran hecho los votos.

Emmett Scott tenía el pelo negro, peinado hacia delante, unas oscuras mejillas hundidas y una boca con la forma perenne del ano de un gato. Su rostro, de hecho, tenía la expresión permanente de un hombre que muerde la pulpa de un limón.

Salvo en esta ocasión, cuando sus labios esbozaron una ligera sonrisa y dijo:

—No habrá dote.

Su mujer, la madre de Caroline, cerró los ojos con fuerza, como si fuese un momento que había temido y hubiera tenido la esperanza de que no ocurriera. Imaginé que habían discutido sobre el asunto, pero la última palabra la tenía Emmett Scott.

Así que nos mudamos a una construcción anexa a la granja de mi padre. La decoramos como mejor pudimos, pero al fin y al cabo era un cobertizo junto a la casa familiar: las paredes estaban hechas de palos y barro, y el tejado de paja necesitaba con urgencia un arreglo.

Nuestra unión había empezado en verano, por supuesto, cuando nuestro hogar era un fresco refugio lejos del sol abrasador, pero en invierno, con la humedad y el viento, dejaba de ser un refugio. Caroline estaba acostumbrada a las casas de la ciudad, hechas de ladrillo, con el bullicio de Bristol a su alrededor, con sirvientes que le lavaran la ropa, que cocinaran,

que atendieran todos sus caprichos. En cambio, aquí no era rica. Era pobre. Y su marido era pobre. Sin porvenir.

Comencé a visitar otra vez las tabernas, pero ya no era el mismo hombre que antes, no el que era cuando estaba soltero, el borracho escandaloso, el alegre bufón. Ahora tenía el peso del mundo sobre los hombros y me sentaba de espaldas al local, encorvado, dándole vueltas a la cabeza junto a una cerveza, con la sensación de que todos hablaban sobre mí, como si dijeran: «Ahí está Edward Kenway, que no puede mantener a su esposa».

Se lo había sugerido a Caroline, claro. Lo de convertirme en corsario. Y aunque no había dicho que no —era mi mujer después de todo—, tampoco había dicho que sí, y en sus ojos encontraba duda y preocupación.

—No quiero dejarte sola, pero me marcharía pobre y podría volver rico —le dije.

Bueno, si iba a marcharme, sería sin su bendición. Me iría sin su consentimiento y la dejaría sola en la choza de un corral; su padre diría que la había abandonado y su madre me despreciaría por haberla hecho desdichada.

No podía ganar.

—¿Es peligroso? —preguntó una noche en la que yo hablaba de ser corsario.

—No se pagaría tan bien si no lo fuera —respondí y, claro, aceptó a regañadientes que fuese.

¿Qué otra opción le quedaba? Pero no quería dejarla con el corazón roto.

Una mañana desperté del aletargamiento de la embriaguez, parpadeando por la luz solar, y me encontré a Caroline ya vestida para el día que teníamos por delante.

—No quiero que te marches —dijo, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Otra noche estaba sentado en la Livid Brews. Me gustaría decir que no era yo mismo mientras estaba de espaldas a los demás en la taberna, encorvado sobre mi jarra, tomando grandes tragos entre pensamientos

oscuros, observando como bajaba el nivel. Siempre observando como bajaba el nivel de cerveza.

Pero lo triste del asunto era que así era yo entonces. Había desaparecido el joven que siempre tenía una sonrisa y una ocurrencia. Seguía siendo un hombre joven, pero ahora tenía las preocupaciones del mundo sobre mis hombros.

En la granja, Caroline ayudaba a mi madre, a la que al principio le horrorizaba la idea y afirmaba que la muchacha era demasiado fina para trabajar en una granja. Caroline se rio e insistió. Cuando la vi cruzar a zancadas el mismo patio donde la había visto por primera vez montada a horcajadas en su caballo, con un sombrero blanco recién lavado, las botas de trabajo, un sayo y un delantal, me sentí orgulloso. Pero verla con la ropa de trabajo ahora me recordaba mi propio fracaso como hombre.

En cierta manera lo empeoraba el hecho de que a Caroline no parecía importarle; era como si fuese la única persona de por allí que no veía que su posición actual estaba muy por debajo en la escala social. El resto sí se había dado cuenta y yo era el que más profundamente lo sentía.

—¿Quieres otra cerveza?

Reconocí la voz detrás de mí y me di la vuelta para verle: se trataba de Emmett Scott, el padre de Caroline. La última vez que le había visto había sido en la boda cuando le negó la dote a su hija. Ahora le ofrecía a su odiado yerno un trago. Aunque eso es lo que tiene la bebida. Cuando bebes tanto como yo, cuando observas cómo baja el nivel de tu cerveza y te preguntas de dónde ha salido la siguiente, aceptas una jarra de cualquiera. Hasta de Emmett Scott. Tu enemigo acérrimo. Un hombre que me odiaba casi tanto como le odiaba yo a él.

Así que acepté su oferta de cerveza, él pidió otra y, al acercar el taburete, lo arrastró por las piedras del suelo antes de sentarse.

¿Recuerdas la expresión de Emmett Scott? ¿La del hombre que chupaba un limón? Ahora que hablaba conmigo, el odiado Edward Kenway, dirías que casi parecía sufrir más. La taberna era un lugar en el que me sentía totalmente como en casa, un ambiente en el que podía perderme, pero a él no le pegaba nada. De vez en cuando miraba por encima de un hombro, luego del otro, como si temiera que de repente fuesen a atacarle por detrás.

—No creo que hayamos tenido nunca oportunidad de hablar —dijo, y yo me reí burlonamente como respuesta.

—Su aparición en la boda acabó con eso, ¿no?

La bebida desde luego me había soltado la lengua, me había dado valor. Eso y que en la batalla por su hija yo había ganado. Su corazón, después de todo, me pertenecía. Y no había mayor muestra de su devoción por mí que el hecho de haber dejado tanto para estar conmigo. Hasta él debía de haber visto eso.

—Ambos somos hombres de mundo, Edward —se limitó a decir, y se notaba que intentaba parecer llevar las riendas de la conversación.

Pero yo le había calado. Veía lo que era en realidad: un hombre ruin y asustado, intimidado en los negocios, que pateaba a los demás, que probablemente pegaba a sus criados y a su esposa, que suponía que mis semejantes tenían que hacerle reverencias y besarle los pies como habían hecho mis padres en la boda, lo que me provocaba una punzada de ira cada vez que me acordaba.

—¿Y si hacemos un trato como los hombres de negocios?

Le di un buen trago a mi cerveza y le miré a los ojos.

—¿Qué tiene en mente, suegro mío?

Su rostro se endureció.

—Que la abandones. Que la eches. Lo que quieras. Pero déjala libre, envíala de vuelta a casa conmigo.

—¿Y si lo hago?

—Te convertiré en un hombre rico.

Terminé lo que me quedaba de cerveza. Señaló la jarra con la cabeza y unos ojos inquisitivos. Yo respondí que sí, esperé a que fuera a por otra y luego me la bebí casi de un trago. La sala empezaba a dar vueltas.

—Bueno, imagino que ya sabe lo que puede hacer con su oferta, ¿verdad?

—Edward —dijo, inclinándose hacia delante—, tú y yo sabemos que no puedes mantener a mi hija. Tú y yo sabemos que estás aquí sentado, desesperado, porque no puedes mantener a mi hija. La amas, eso lo sé, porque antes yo era como tú, un hombre sin cualidades.

Le miré con los dientes apretados.

—¿Sin cualidades?

—Ah, es verdad —espetó, recostándose—. Eres criador de ovejas, chico.

—¿Qué ha pasado con «Edward»? Creía que estaba hablándome como a un igual.

—¿Un igual? Nunca llegará el día en que seas un igual para mí y lo sabes.

—Se equivoca. Tengo planes.

—Ya he oído cuáles son. Convertirte en corsario, en un hombre de fortuna en alta mar. No tienes lo que hace falta, Edward Kenway.

—Sí lo tengo.

—No tienes la fibra moral. Estoy ofreciéndote un modo de salir del agujero que has cavado tú mismo, chico; te sugiero que lo reflexiones bien.

Bebí el resto de mi cerveza.

—¿Y si me lo pienso mientras me tomo otra?

—Como quieras.

Una nueva jarra apareció en la mesa delante de mí y comencé a convertirla en historia mientras la cabeza me daba vueltas. Tenía razón. Esto era lo más abrumador de toda la conversación. Emmett Scott tenía razón. Amaba a Caroline pero no podía mantenerla. Y si realmente era un marido responsable, aceptaría su oferta.

—No quiere que me vaya —dije.

—¿Y tú quieres irte?

—Quiero que apoye mis planes.

—Nunca lo hará.

—Me queda una esperanza.

—Si te ama como afirma, nunca te dejará marchar.

Hasta en mi estado de embriaguez no podía negar su lógica. Sabía que tenía razón. Él sabía que tenía razón.

—Has hecho enemigos, Edward Kenway. Muchos enemigos. Algunos de ellos son poderosos. ¿Por qué crees que esos enemigos no se han vengado de ti?

—¿Les doy miedo?

En mi voz, la arrogancia del borracho.

El hombre se burló.

—¡Por supuesto que no les das miedo! Te dejaron en paz por Caroline.

—Así que si aceptara su oferta, ¿no le impediría nada a mis enemigos atacarme?

—Nada salvo mi protección.

No estaba seguro de eso.

Terminé otra cerveza y él se hundió más en el abatimiento. Seguía allí al final de la noche y su mismísima presencia me recordaba lo mucho que se habían reducido mis opciones.

Cuando intenté ponerme en pie para marcharme, las piernas casi me fallaron y tuve que agarrarme a un lado de la mesa para mantener el equilibrio. El padre de Caroline, con una expresión de asco en el rostro, se acercó a ayudarme y antes de darme cuenta estaba acompañándome a casa, pero no porque quisiera verme a salvo, sino porque quería asegurarse de que Caroline me viera en ese estado de embriaguez, y terminó viéndome mientras yo llegaba riéndome.

—Este borracho es un hombre arruinado, Caroline —dijo Emmett Scott con engreimiento—. No es capaz de vivir en tierra y mucho menos en el mar. Si se va a las Antillas, serás tú la que sufra.

—Padre…, padre.

Ella sollozaba, estaba muy disgustada, y después, cuando ya estaba tumbado en la cama, vi sus botas alejarse y se marchó.

—Viejo gusano —logré decir—. Se equivoca conmigo.

—Eso espero —respondió mi mujer.

Dejé que mi imaginación de embriaguez se me llevara.

—Me crees, ¿verdad? ¿No me ves en la cubierta de un barco, entrando en el puerto? Y sí que soy un hombre con cualidades… Miles de doblones caen de mis bolsillos como gotas de lluvia. Lo veo.

Cuando la miré estaba sacudiendo la cabeza. Ella no lo veía.

Y al día siguiente, cuando recobré la sobriedad, yo tampoco.

Era solo cuestión de tiempo, supongo. Mi falta de porvenir comenzó a interponerse en nuestro matrimonio. Repasé mis opciones. Por un lado, Emmett Scott me ofrecía dinero a cambio de devolverle a su hija. Por otro, mis sueños de navegar.

Ambas suponían romperle el corazón a Caroline.

11

Al día siguiente volví a ver a Emmett Scott: regresé a Hawkins Lane, donde llamé a su puerta para solicitar audiencia. ¿Quién iba a responder sino Rose?

—Señor Kenway —dijo, sorprendida y algo sonrojada.

Hubo un momento violento y después me pidió que esperara. Poco después, me llevaron al despacho de Emmett Scott, una habitación dominada por un escritorio en el centro, con un artesonado que le otorgaba una atmósfera seria y oscura. Él estaba delante del escritorio y, en la penumbra, con su pelo oscuro, su expresión cadavérica y sus mejillas ahuecadas parecía un cuervo.

—¿Has pensado en mi oferta, entonces? —preguntó.

—Sí —contesté—, y creía que lo mejor era comunicarle mi decisión cuanto antes.

Se cruzó de brazos y su rostro esbozó una sonrisa triunfante.

—¿Has venido, pues, a decirme lo que quieres a cambio? ¿Cuánto vale mi hija?

—¿Cuánto estaba dispuesto a pagar?

—¿Estaba?

Me tocaba a mí sonreír, aunque fui prudente de no pasarme. Emmett Scott era peligroso. Estaba jugando a un juego peligroso con un hombre peligroso.

—Eso es. He decidido marcharme a las Antillas.

Sabía dónde podía encontrar a Dylan Wallace. Le había dado a Caroline la noticia.

—Entiendo.

Pareció pensar mientras golpeaba rítmicamente las yemas de los dedos.

—Pero no pretendes irte para siempre, ¿verdad?

—No.

—Esas no eran las condiciones de mi oferta.

—No son exactamente las condiciones de su oferta, no —respondí—. De hecho, se trata de una contraoferta. Una medida que espero que acepte. Soy un Kenway, señor Scott; tengo mi orgullo. Espero que lo entienda. Entienda también que amo a su hija, a pesar de lo que eso le pueda afectar, pero no deseo más que lo mejor para ella. Me propongo regresar rico de mis viajes y con mi fortuna darle a Caroline la vida que se merece. Una vida, estoy seguro, que usted desearía para ella.

El hombre asentía, aunque el fruncimiento de sus labios revelaba su total desprecio hacia esa idea.

—¿Y?

—Le doy mi palabra de que no regresaré a estas costas hasta que sea un hombre acaudalado.

—Entiendo.

—Y le doy mi palabra de que no le contaré a Caroline que intentó comprarla.

Se le oscureció el rostro.

—Entiendo.

—Lo único que pido es que me den la oportunidad de hacer fortuna, de darle a Caroline la vida a la que ella está acostumbrada.

—Seguirás siendo su marido. Eso no es lo que yo quería.

—Usted me considera un inútil, cree que no soy un buen marido para ella. Espero demostrarle lo contrario. Mientras esté fuera, sin duda verá más a Caroline. Tal vez su odio hacia mí sea tan fuerte que aproveche la oportunidad para ponerla en mi contra. La verdad es que tendrá muchas oportunidades. Además, puedo morir en el mar y en tal caso volverá con usted para siempre: una joven viuda, todavía en edad de merecer. Ese es mi trato. A cambio le pido que me permita intentar convertirme en un hombre de provecho sin ponerme obstáculos.

Asintió con la cabeza, considerando la idea, quizá saboreando la imagen de que yo muriese en el mar.

12

Dylan Wallace me asignó a la tripulación del *Emperador*, que estaba atracado en el puerto de Bristol y partía al cabo de dos días. Regresé a casa y se lo conté a mi madre, a mi padre y a Caroline.

Hubo lágrimas, desde luego, recriminaciones y súplicas para que me quedara, pero fui firme en mi decisión, y tras dar la noticia, Caroline, consternada, se marchó. Necesitaba tiempo para pensar, dijo, y nos quedamos en el patio, observando como se alejaba al galope; con su familia, donde al menos le daría la noticia a Emmett Scott, quien sabría que estaba cumpliendo mi parte del trato. Solo podía esperar —o debería decir que esperaba por aquel entonces— que él también cumpliera con su parte del trato.

Aquí sentado, hablando contigo ahora, después de tantos años, bueno, tengo que decir que no sé si lo hizo. Pero yo sí. En breve, lo haré. Y ajustaré las cuentas…

Pero no fue entonces. En aquella época era joven, estúpido, arrogante y fanfarrón. Eran tan presuntuoso que en cuanto Caroline se marchó, volví a las tabernas y tal vez creí que había vuelto algo de mi antigua vivacidad mientras le contaba a todo aquel que escuchaba que me iba a navegar, y que el señor y la señora Kenway pronto serían una pareja rica gracias a mis esfuerzos en alta mar. Disfrutaba mucho de sus miradas burlonas, sus réplicas de que sacaba los pies del tiesto o que no tenía suficiente carácter para ese cometido; que pronto volvería con el rabo entre las piernas; que estaba decepcionando a mi padre.

Ni una vez dejé que se me escapara una sonrisa. Mi sonrisa de seguridad. Una sonrisa que habría dicho: «Ya veréis».

Pero incluso con la bebida dentro de mí y a un día de mi partida —o tal vez por esos motivos—, sus palabras aún me afectaban. Me preguntaba a

mí mismo si sería lo bastante hombre como para sobrevivir a la vida de corsario, si regresaría con el rabo entre las piernas. Y, sí, sabía que a lo mejor moría.

Y también que ellos tenían razón: estaba defraudando a mi padre. Había visto la decepción en sus ojos en el momento en que di la noticia y allí había permanecido hasta entonces. Era tristeza, quizá porque su sueño de llevar juntos la granja, que iba desvaneciéndose, se había roto para siempre. No me marchaba para adoptar una nueva vida, sino que rechazaba totalmente la antigua. La vida que mi padre había construido para sí mismo, para mi madre y para mí. Estaba rechazándola. Había decidido que me merecía algo mejor que eso.

Tal vez nunca pensé demasiado en cómo afectaría aquella situación a la relación que tenía Caroline con mis padres, pero, ahora que miro al pasado, era absurdo esperar que la chica se quedara en la granja.

Una noche, cuando regresé a casa, me la encontré vestida elegantemente.

—¿Adónde vas? —dije arrastrando las palabras, pues había pasado la mayor parte de la noche en una taberna.

Fue incapaz de mirarme a los ojos. A sus pies había una sábana atada para formar un petate muy lleno, que no se correspondía con su atuendo, y, al fijarme bien, me di cuenta de que iba más arreglada de lo habitual.

—No, es que… —Al final me miró a los ojos—. Mis padres me han pedido que vaya a vivir con ellos y a mí me gustaría.

—¿A qué te refieres con «vivir con ellos»? Tú vives aquí. Conmigo.

Me dijo que no debería haber dejado de trabajar con mi padre, que debería estar contento con lo que tenía.

Debería haber estado contento con ella.

A través de la confusión de la cerveza intenté decirle que era feliz con ella. Que todo lo que hacía era por ella. Había hablado con sus padres cuando se había marchado, claro, y aunque esperaba que su padre la pusiera en mi contra, no pensaba que ese gusano empezara a hacerlo tan pronto.

—¿Un sueldo decente? —bramé—. Ese trabajo era casi un maldito robo. ¿Quieres estar casada durante toda tu vida con un campesino?

Había hablado demasiado alto. Nos miramos y me encogí al pensar que mi padre podría estar oyéndonos. Entonces se marchó y yo salí detrás de ella para intentar convencerla de que se quedara.

Fue en vano, y a la mañana siguiente, cuando recobré la sobriedad y recordé los acontecimientos de la noche anterior, mis padres estaban sobre mí, mirándome fijamente, con expresiones recriminatorias. No solo les gustaba Caroline —hasta diría que la querían—, porque mi madre había perdido a una hija hacía muchos años, por lo que Caroline para ella era la hija que nunca había tenido, sino que también echaba una mano en la granja a cambio de un salario mínimo. Para ayudarnos, decía mi madre…

—¿Quizás antes de que llegue el bebé? —decía mi madre y le daba a mi padre sonriente un codazo en las costillas.

Caroline se ponía coloradísima al escuchar esas palabras y contestaba:

—Quizá.

Bueno, estábamos intentándolo. Pero eso se acabaría cuando me marchara de viaje, claro. Y aparte de que les gustara y echara una mano en la granja, era una mujer más en casa y había estado ayudando a mi madre con sus números y sus letras.

Ahora no estaba, se había ido porque yo no estaba contento con mi suerte. Se había ido porque yo quería correr aventuras. Porque la bebida ya no hacía nada por evitar el aburrimiento.

Mi mujer se preguntaba por qué no podía ser feliz con ella. Pero yo sí era feliz con ella.

Fui a verla, intenté convencerla de que cambiara de opinión. Por lo que a mí respectaba, seguía siendo mi esposa, yo seguía siendo su marido, y lo que estaba haciendo era por el bien del matrimonio, por el bien de los dos, no solo mío.

(Y creo que me engañaba a mí mismo. A lo mejor en cierta medida era verdad, pero sabía, y probablemente ella también, que, aunque desde luego yo quería mantenerla, también quería ver mundo más allá de Bristol).

No sirvió de nada. Me dijo que estaba preocupada por que me hicieran daño. Le contesté que tendría cuidado; que regresaría con dinero o se lo enviaría. Le dije que necesitaba que creyera en mí, pero mis argumentos cayeron en saco roto.

Llegó el día en que tenía que partir, el día en que les dejaba. Empaqueté mis cosas, las eché sobre el lomo del caballo y me fui, con esas mismas miradas de recriminación que me perforaban la espalda y se clavaban en mí como flechas. Cabalgué hacia la oscuridad mientras caía la noche, con gran tristeza, hasta encontrar el *Emperador*. Pero en vez de la esperada laboriosidad, me encontré con el barco que debía zarpar a la mañana siguiente casi desierto. Las únicas personas presentes era un grupo de seis hombres que supuse que serían mozos de cubierta. Estaban sentados sobre barriles, apostando, con petacas de piel llenas de ron cerca de la mano, y un cajón de fruta como mesa para los dados.

Aparté los ojos de ellos para mirar al *Emperador*. Se trataba de un buque mercante reparado, que flotaba alto en el agua. Las cubiertas se hallaban vacías, ninguna de las lámparas estaba encendida y las barandillas brillaban a la luz de la luna. Era un gigante dormido y, a pesar de sentirme perplejo ante la falta de actividad, seguía asombrándome su altura y su tamaño. Serviría en aquellas cubiertas. Dormiría en las hamacas de las dependencias bajo cubierta. Subiría a los mástiles. Estaba contemplando mi nuevo hogar.

Uno de los hombres me miró con detenimiento.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

Tragué saliva, al sentirme muy joven y sin experiencia, y de pronto empecé a preguntarme trágicamente si todo lo que habían dicho sobre mí —el padre de Caroline, los borrachos de las tabernas y hasta la misma Caroline— era cierto. Que, en realidad, tal vez no estaba hecho para la vida en el mar.

—He venido a unirme a vosotros —dije—. Me envía Dylan Wallace.

El grupo de hombres se rio y todos me miraron incluso con más interés.

—Dylan Wallace, el hombre de reclutamiento, ¿eh? —dijo el primero —. Ya nos mandó un par antes que tú. ¿Qué es lo que sabes hacer, chico?

—El señor Wallace pensó que tenía madera suficiente para servir —respondí, con la esperanza de sonar más seguro y capaz de lo que me sentía.

—¿Qué tal tienes la vista? —quiso saber uno.

—La tengo bien.

—¿Tienes cabeza para las alturas?

Supe a qué se referían cuando señalaron el punto más alto de la jarcia del *Emperador*, la cofa, el puesto de vigía.

—El señor Wallace me veía más bien como un mozo de cubierta, creo.

De hecho había dicho que tenía madera de oficial, aunque no iba a decírselo a aquellos tipos. Estaba nervioso y era joven, pero no estúpido.

—Bueno, ¿sabes coser, muchacho? —fue la respuesta.

Estaban burlándose de mí, seguro.

—¿Qué tiene que ver coser con ser corsario? —pregunté, sintiéndome un poco insolente a pesar de las circunstancias.

—El mozo de cubierta tiene que saber coser, chico —contestó uno de los hombres. Como los demás, tenía coleta y tatuajes que aparecían debajo de las mangas y por encima del cuello de su camisa—. También tiene que ser bueno con los nudos. ¿Se te dan bien los nudos, chico?

—Esas son cosas que puedo aprender —respondí.

Me quedé mirando al barco con las velas recogidas, el cordaje colgando en lazadas bien hechas desde los mástiles, y el casco tachonado de cañones de latón que asomaban desde la cubierta de artillería. Me vi a mí mismo como los hombres que estaban sentados sobre unos toneles delante de mí, con los rostros curtidos y bronceados por el tiempo que pasaban en el mar, y unos ojos brillantes de amenaza y aventura. Los guardianes del barco.

—Además tendrás que acostumbrarte a muchas otras cosas —apuntó un hombre—, raspar los percebes del casco o calafatear el barco con alquitrán.

—¿Tienes cuerpo para el mar, hijo? —preguntó otro. Ahora se reían de mí—. ¿Podrás controlar tu estómago cuando las olas y los vientos huracanados azoten la embarcación?

—Me imagino que sí —respondí, añadiendo con un arranque de ira precipitada—: De todos modos, esa no es la razón por la que el señor Wallace creyó que sería un buen tripulante.

Se miraron entre ellos y el ambiente cambió un poco.

—¿Ah, no? —dijo uno de ellos, girando las piernas. Llevaba unos pantalones de tela sucia—. Y entonces, ¿por qué creía el oficial de reclutamiento que serías un buen tripulante?

—Cuando me vio en acción, creyó que podía resultar útil en una batalla.

Se levantó.

—Un luchador, ¿eh?

—Eso es.

—Bueno, pues tendrás muchas oportunidades de demostrar tus habilidades en ese campo, chico, y empezarás mañana. A lo mejor hasta yo me ofrezco para un combate, ¿no?

—¿A qué te refieres con «mañana»? —pregunté.

Se había sentado de nuevo y había vuelto a concentrarse en el juego.

—Mañana es cuando partimos.

—Me dijeron que zarpábamos esta noche.

—Partimos mañana, muchacho. El capitán ni siquiera ha llegado. Saldremos a primera hora.

Les dejé, sabiendo que bien podrían ser ellos mis primeros enemigos en el barco; aun así, me quedaba algo de tiempo, un poco de tiempo para hacer las cosas bien. Recuperé mi caballo y me dirigí a casa.

13

Galopé hacia Hatherton, hacia casa. ¿Por qué regresaba? Tal vez para decirles que lo sentía. Tal vez para explicarles lo que estaba pasando por mi cabeza. Al fin y al cabo, era su hijo. Quizá mi padre reconocía en mí algún vestigio de él mismo. Y quizá si lo veía, me perdonaba.

Porque mientras cabalgaba de vuelta, caí en la cuenta de que lo que más deseaba era que él me perdonase. Que ambos me perdonaran.

¿Era de extrañar que estuviera distraído, que hubiese bajado la guardia?

Me hallaba cerca de casa, donde los árboles formaban un paseo estrecho, cuando noté un movimiento en el seto. Paré en seco y escuché. Cuando vives en el campo, percibes los cambios y había algo distinto. De arriba provenía un fuerte silbido que solo podría haber sido una advertencia y al mismo tiempo vi más movimiento delante de mí, salvo que esta vez fue en el patio de nuestra granja. Me latía el corazón con fuerza mientras espoleaba al caballo y me dirigía al corral. En ese mismo instante vi el inconfundible resplandor de una antorcha. No era un farol, sino una antorcha. El tipo de antorcha que usarías al intentar prender fuego a algo. En ese mismo instante vi unas figuras corriendo y bajo la luz de la antorcha distinguí que llevaban capuchas.

—¡Eh! —grité, intentando despertar a mis padres, pero también para ahuyentar a los atacantes—. ¡Eh! —volví a gritar.

Una antorcha trazó un arco en el aire y giró sobre sus extremos, dejando un rastro naranja en el cielo nocturno antes de caer en una lluvia de chispas sobre el tejado de paja de nuestra casa. Estaba seco, muy seco. Intentábamos mantenerlo empapado en verano porque el riesgo de incendio era elevado, pero siempre había algo más importante que hacer y supongo que no se había mojado durante una semana porque estalló con un gran ¡pum!

Vi más figuras. Tres, tal vez cuatro. Y entonces, justo cuando entraba en el patio y me detenía, una forma saltó sobre mí desde un lateral, me agarraron la túnica con las manos y me arrastraron desde la parte trasera de mi caballo.

Se me cortó la respiración al caer violentamente contra el suelo. Cerca había unas rocas del muro de piedra. Armas. Después apareció sobre mí una figura que tapaba la luna, encapuchada, como las otras. Antes de poder reaccionar, se inclinó y alcancé a ver brevemente como se movía la tela de su capucha por su respiración dificultosa; después me dio un puñetazo en la cara. Me retorcí y su segundo golpe fue en el cuello. A su lado apareció otra figura, vi un destello de acero y, al saber que no podía hacer nada, me preparé para morir. Pero el primer hombre detuvo al recién llegado espetando un simple «No»; al menos me salvé del cuchillo, pero no de la paliza, y una bota en el estómago me dobló por la mitad.

Esa bota… Reconocía esa bota.

Volvió a golpearme, una y otra vez, hasta que por fin paró y mi atacante salió corriendo. Me llevé las manos al vientre herido, me hice una bola y tosí, mientras la oscuridad amenazaba con envolverme. Quizá se lo permitía. La idea de sumirme en el olvido resultaba tentadora. Dejar que la inconsciencia se llevara el dolor, que me lanzara al futuro.

El sonido de unos pies corriendo mientras mis atacantes escapaban. Algunos gritos poco claros. Los balidos de las ovejas inquietas.

Pero no. Estaba todavía vivo, ¿verdad? A pesar de haber estado a punto de besar el acero, se me había dado una segunda oportunidad, que era demasiado buena para dejarla pasar. Tenía que salvar a mis padres. E incluso en ese instante supe que aquella gente lo pagaría. El dueño de esas botas iba a lamentar no haberme matado cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. De eso estaba seguro.

Me incorporé. El humo flotaba por el patio como un banco de niebla que se acercaba. Uno de los establos ya estaba en llamas. La casa, también. Tenía que despertarlos, tenía que despertar a mi madre y a mi padre.

La tierra a mi alrededor estaba bañada por el resplandor naranja del fuego. Al ponerme de pie, oí unos cascos de caballo y me di la vuelta para ver retirarse a varios jinetes, que se alejaban de la casa, su trabajo

terminado, la finca en llamas. Cogí una roca y consideré arrojarla a uno de los jinetes, pero había otros asuntos más importantes de los que preocuparse y, con un gruñido en parte por el esfuerzo y en parte por el dolor, la lancé a la ventana más alta de la granja.

Di en el blanco y recé por que bastara para despertar a mis padres. El humo ahora era más denso en el patio y el rugido de las llamas, como un infierno desatado. Las ovejas gritaban en los establos mientras se quemaban vivas.

Aparecieron en la puerta: mi padre se esforzaba por salir entre las llamas con mi madre en brazos. Tenía el rostro congelado y la mirada perdida. En lo único que podía pensar era en asegurarse de que su mujer estuviera a salvo. Tras sacar a mi madre del alcance de las llamas y dejarla con cuidado en el patio cerca de donde yo me encontraba, se puso derecho y como yo se quedó mirando boquiabierto al edificio incendiado. Corrimos hacia el establo, donde los gritos de las ovejas habían disminuido. Nuestro ganado, el ganado de mi padre, había muerto. Y entonces, con el rostro caliente y encendido por la luz del fuego, mi padre hizo algo que nunca le había visto hacer. Comenzó a llorar.

—Padre…

Llevé una mano hacia mi padre, pero él retiró el hombro con un gesto furioso, y al volverse hacia mí, con la cara ennegrecida por el humo y surcada de lágrimas, tembló por la violencia contenida, como si requiriera todo su autocontrol impedir darme una paliza. Molerme a golpes.

—Veneno. Eso es lo que eres —dijo con los dientes apretados—, veneno. La ruina de nuestras vidas.

—Padre…

—Vete de aquí —espetó—. Vete de aquí. No quiero volver a verte.

Mi madre se movió como si estuviera a punto de protestar, pero en vez de enfrentarme a más disgustos, en vez de causar más disgustos, monté en mi caballo y me marché.

Sería la última vez que los viera a ambos.

14

Galopé en la noche con el sufrimiento y la ira como compañeros, dirigiéndome a la ciudad, y paré en la Auld Shillelagh, donde todo aquello había comenzado. Entré tambaleándome, con un brazo aún sujetándome el pecho herido y el rostro palpitando por los golpes recibidos.

Cesaron las conversaciones de la taberna. Había captado su atención.

—Estoy buscando a Tom Cobleigh y a la rata que tiene por hijo —logré decir, respirando con dificultad, fulminándolos con la mirada por debajo de mi frente—. ¿Han estado aquí?

Me dieron la espalda. Encorvaron los hombros.

—No queremos problemas aquí dentro —dijo Jack, el dueño, desde detrás de la barra—. Ya nos has dado suficientes problemas para toda una vida, muchas gracias, Edward Kenway.

Pronunció «muchas gracias» como si fuera una sola palabra. *Muchasgracias*.

—Sabrás lo que son problemas de verdad si estás protegiendo a los Cobleigh —le advertí y me acerqué a la barra a zancadas mientras él iba a buscar algo que yo sabía que estaba allí, una espada que colgaba de un clavo fuera de la vista. Llegué primero y me estiré con un gesto que activó el dolor en mi estómago, pero la cogí y la saqué de la funda con un rápido movimiento.

Todo sucedió demasiado deprisa para que Jack reaccionara. Mientras se planteaba coger la espada, le habían colocado esa misma espada en el cuello, *muchasgracias*.

La luz de la taberna era tenue. El fuego ardía en la chimenea, unas sombras oscuras se movían por las paredes y los borrachos me miraban con los ojos entrecerrados y atentos.

—Bueno, dime —dije, dirigiendo la espada hacia la garganta de Jack, haciendo que se estremeciera—, ¿han estado esta noche aquí los Cobleigh?

—¿No se suponía que esta noche zarpabas en el *Emperador*?

No fue Jack, sino otra persona la que habló. Alguien que no veía en la penumbra. No reconocía la voz.

—Sí, bueno, cambiaron los planes y tuve suerte de que así fuera; de lo contrario, mi madre y mi padre se habrían quemado en sus camas. —Alcé la voz—. ¿Acaso es lo que queríais todos vosotros? Porque eso habría pasado. ¿Lo sabíais?

Se podría haber oído caer un alfiler en esa taberna. Desde la oscuridad me observaban: los ojos de unos hombres con los que había bebido y luchado, de unas mujeres con las que me había acostado. Guardaban secretos. Continuarían guardándolos.

Fuera se oyó un ruido metálico y el traqueteo de un carro que llegaba. Todos los demás lo oyeron también. La tensión en la taberna pareció aumentar. Podrían ser los Cobleigh, que estaban allí para demostrar su coartada, tal vez. Aún con la espada en el cuello de Jack, le arrastré desde detrás de la barra hacia la puerta del local.

—Que nadie diga ni una palabra —les advertí—. Que nadie diga ni una puñetera palabra o le abriré la garganta a este hombre. La única persona que va a salir herida esta noche es la que prendió fuego a la granja de mi padre.

Se oyeron voces fuera. Oí a Tom Cobleigh. Me coloqué detrás de la puerta justo cuando se abrió, con Jack como escudo, con la punta de la espada clavada en su cuello. El silencio era sepulcral e inmediatamente evidente para los tres hombres que fueron una fracción de segundo demasiado lentos para darse cuenta de que algo ocurría.

Cuando entraron oí la risa gutural de Cobleigh que se cortaba en sus labios y vi un par de botas que reconocí, las botas que pertenecían a Julian. Así que salí de detrás de la puerta y le atravesé con la espada.

«Deberías haberme matado cuando tuviste la oportunidad», pondría en mi lápida.

Detenido en el umbral de la puerta, Julian se quedó embobado, con los ojos abiertos de par en par mientras miraba primero abajo, a la espada incrustada en su pecho, y luego a mis ojos. Lo último que vio fue a su

asesino. Su último insulto fue salpicarme la cara de sangre al toser mientras moría. No sería el último hombre al que mataría en mi vida. De ninguna manera. Pero sí el primero.

—¡Tom! ¡Es Kenway! —se oyó que alguien gritaba dentro de la taberna, pero no era necesario hasta para alguien tan estúpido como Tom Cobleigh.

Los ojos de Julian se pusieron vidriosos y se apagó la luz en ellos cuando retiré la espada y cayó en el umbral de la puerta como un borracho ensangrentado. Detrás de él se hallaban Tom Cobleigh y su hijo Seth, boquiabiertos, como hombres que habían visto un fantasma. Su idea de una jarra refrescante y el alarde satisfactorio del entretenimiento nocturno se olvidaron cuando salieron por piernas de la taberna.

El cuerpo de Julian estaba en medio y ganaron unos valiosos segundos mientras le pasaba por encima y salía a la oscuridad de la calle. Seth se había tropezado y estaba levantándose del suelo mientras Tom, sin esperarle, sin pararse a ayudar a su hijo, cruzaba la carretera corriendo para dirigirse a la granja de enfrente. Al instante, me eché encima de Seth, con la espada manchada de sangre todavía en la mano, y se me pasó por la cabeza convertirle en el segundo hombre que mataba. Me hervía la sangre y, después de todo, dicen que el primero es el más difícil. Y ¿no estaría haciéndole al mundo un favor al deshacerme de Seth Cobleigh?

Pero no. Hubo clemencia. Y además de piedad, tenía dudas. Cabía la posibilidad —escasa, pero aun así posibilidad— de que Seth no hubiera estado allí.

Al pasar a su lado, le golpeé fuertemente la parte trasera de la cabeza con la empuñadura de la espada y fui recompensado con un grito de indignación y dolor, y el sonido de su cuerpo al derrumbarse, afortunadamente inconsciente, mientras yo echaba a correr, moviendo enérgicamente brazos y piernas al cruzar la calle en busca de Tom.

Sé lo que estás pensando. Tampoco tenía pruebas de que Tom hubiera estado allí. Pero simplemente lo sabía. Lo sabía.

Al otro lado de la calzada, se arriesgó a echar un vistazo rápido por encima del hombro antes de colocar ambas manos sobre el muro de piedra para impulsarse. Al verme, emitió un pequeño gemido de terror y tuve

tiempo de pensar que, a pesar de ser un hombre enérgico para sus años —sin duda el miedo ayudaba a su velocidad—, estaba alcanzándole, y lancé la espada de una mano a otra para saltar el muro, aterrizar sobre los dos pies al otro lado y salir corriendo tras él.

Estaba lo bastante cerca para oler su hedor, pero el hombre había llegado a un cobertizo y había desaparecido de mi vista. Oí cerca el roce de una bota en la piedra, como si una tercera persona estuviera en el patio y me pregunté vagamente si sería Seth. O tal vez el propietario de la granja. A lo mejor era uno de los borrachos de la Auld Shillelagh. Como estaba concentrado en encontrar a Tom Cobleigh, no le di importancia.

Me agaché junto a la pared del cobertizo a escuchar con atención. Dondequiera que estuviese Cobleigh, había dejado de moverse. Miré a izquierda y derecha, y no vi más que edificios de la granja, unos bloques negros en contraste con la noche gris, y oí solo el balido esporádico de una cabra y el sonido de los insectos. Al otro lado de la calle había luz en la ventana de la taberna, pero por lo demás estaba tranquila.

Entonces, en aquel silencio casi opresivo, oí un crujido en la grava al otro lado del edificio. Estaba allí esperándome.

Pensé en nuestras posiciones. Esperaría que saliera corriendo temerariamente del lateral del cobertizo. Así que, muy despacio y tan callado como pude, avancé sigilosamente hasta la esquina contraria. Hice un gesto de dolor cuando mis botas movieron las piedras y esperé que el ruido no se oyera. Luego empecé a acercarme por el lateral del edificio y al final me detuve a escuchar. Si estaba en lo cierto, Tom Cobleigh estaría al acecho, al otro lado. Si me equivocaba, podía esperar un cuchillo en el vientre.

Contuve la respiración y después me arriesgué a asomarme por el lateral del cobertizo.

Había calculado bien. Cobleigh se hallaba en la otra esquina. Estaba de espaldas a mí, con un cuchillo en su mano levantada. Agachado, esperaba que yo apareciera. Podría haberle alcanzado con tres zancadas rápidas y clavarle la espada en la columna vertebral antes de que le diera tiempo a tirarse un pedo.

Pero no. Le quería vivo. Quería saber quién le había acompañado. Quién era el hombre alto que llevaba un anillo, capaz de impedir que Julian me matase.

Así que le desarmé. Literalmente. Me abalancé sobre él y le corté el brazo.

O al menos esa fue la intención, porque mi falta de experiencia como espadachín era muy evidente o ¿es que la espada estaba muy poco afilada? En cualquier caso, al llevarla con ambas manos al antebrazo de Tom Cobleigh, le cortó la manga y se abrió camino en la carne, pero no le amputó el brazo. Al menos soltó el cuchillo.

Cobleigh gritó, se apartó y agarró su brazo herido que salpicó de sangre el suelo y la pared del cobertizo. Al mismo tiempo vi un movimiento en la oscuridad y recordé el ruido que había oído, aquella otra presencia posible. Demasiado tarde. De entre las sombras salió una figura bajo la luz de la luna y vi unos ojos inexpresivos tras una capucha, ropa de trabajo y unas botas que no sé por qué estaban demasiado limpias.

Pobre Tom Cobleigh. No se lo esperaba y prácticamente se echó sobre la espada del desconocido, que lo inmovilizó al empujar su hoja por la espalda y atravesarle la caja torácica de tal modo que la punta salió por delante chorreando sangre. Bajó la vista y emitió un gruñido, su última expresión en este mundo, antes de que el extraño moviera la espada a un lado y el cadáver se apartara de la hoja para caer al suelo con un fuerte golpe.

Hay un dicho, ¿no? El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Algo así. Pero siempre hay una excepción que confirma la regla y en mi caso se trataba de un hombre con capucha y una espada manchada de sangre. Todavía me escocía el cuello de la marca de su anillo. Aún me dolía la cara por sus puñetazos. No tenía ni idea de por qué había matado a Tom Cobleigh, pero tampoco me importaba, así que con el rugido de un guerrero me lancé hacia delante y nuestras espadas sonaron como campanas en el silencio de la noche.

Esquivaba los golpes con facilidad. Uno. Dos. Cuando iba hacia delante, ya estaba llevándome hacia atrás y me obligaba a defenderme de mala manera. ¿Un espadachín sin experiencia? Ni siquiera era espadachín.

Bien podría estar blandiendo un garrote o una porra por la destreza que tenía con la hoja. Con un movimiento sibilante de la punta de su espada abrió un corte profundo en mi brazo y noté que la sangre caliente bajaba por el bíceps y empapaba la manga, antes de quedarme sin fuerzas en la mano que sostenía la espada. No estábamos luchando. Ya no. Estaba jugando conmigo. Jugaba conmigo antes de matarme.

—Muéstrame tu rostro —dije, jadeando, pero no contestó.

La única señal de que lo había oído fue una ligera sonrisa en sus ojos. Después el arco de su espada me engañó y fui demasiado lento —no solo un poco lento, sino muy lento— para impedir que me hiciera un segundo corte en el brazo.

Volvió a atacar. Otra vez. Entonces me di cuenta de que cortaba con la precisión de un médico, suficiente para herirme, pero no para provocar daños irreparables. Sí para desarmarme, desde luego. Y al final no noté que la espada resbalaba por la yema de mis dedos. Solo oí que caía al suelo y bajé la vista para verla manchada con la sangre de mi brazo herido que goteaba sobre la hoja.

Tal vez esperaba que se quitase la capucha. Pero no lo hizo. En su lugar, llevó la punta de su espada por debajo de mi barbilla y con la otra mano me indicó que me pusiera de rodillas.

—No me conoces suficiente si crees que voy a morir de rodillas, forastero —le dije. Me sentía extrañamente tranquilo ante la derrota y la muerte—. Si no te importa, me quedaré de pie.

Respondió con un tono grave y rotundo, posiblemente cambiado.

—No morirás esta noche, Edward Kenway. Por desgracia. Pero te digo una cosa: a menos que el *Emperador* zarpe contigo mañana, esta noche no es más que el comienzo para todos los que lleven el apellido Kenway. Márchate a primera hora y no se hará más daño a tu madre ni a tu padre. Pero si ese barco parte sin ti, sufrirán. Todos sufriréis. ¿Lo he dejado claro?

—¿Puedo conocer la identidad de mis corteses enemigos? —pregunté.

—No. Solo deberías saber que existen fuerzas en el mundo más poderosas de lo que posiblemente podrías llegar a comprender, Edward Kenway. Esta noche las has visto en acción. Has sufrido por su culpa. Que

esto sea el final. No vuelvas jamás a estas costas. Y ahora, Edward Kenway, arrodíllate.

Alzó la espada y me golpeó en la sien con la empuñadura.

Cuando desperté, me hallaba en el *Emperador*.

15

Al menos creía que estaba en el *Emperador*. O eso esperaba de todos modos. Y con un fuerte dolor de cabeza, me incorporé en la hamaca, me puse las botas para caminar por la cubierta y salí disparado hacia delante.

Se interrumpió la caída… por mi cara. Me quedé gruñendo sobre los tablones unos instantes, preguntándome por qué me sentía tan ebrio cuando no recordaba haber bebido nada en realidad. Salvo, por supuesto, que no estuviera borracho.

Pero si no estaba borracho, ¿por qué se movía el suelo? Se inclinaba a un lado y a otro, y pasé un rato esperando a que se estuviera quieto hasta que me di cuenta de que el constante balanceo era precisamente eso. Constante. No iba a parar.

Sin equilibrio sobre el serrín intenté ponerme derecho, con las manos extendidas como un hombre pasando por la cuerda floja. Todavía me dolía el cuerpo por la paliza que me habían dado, pero estaba recuperándome, puesto que mis heridas ya tenían uno o dos días.

Lo que me llegó a continuación fue el ambiente cargado por un olor. No, no era un olor, sino un hedor.

¡Oh, Dios santo! Apestaba. Era una mezcla de mierda, meados, sudor y agua de mar. Un olor que luego supe que era propio de la zona del barco bajo cubierta. Igual que todas las carnicerías y tabernas tenían un olor particular, también sucedía lo mismo bajo cubierta. Lo más aterrador era lo rápido que te acostumbrabas a ello.

Era olor a hombre, y en el *Emperador* había ciento cincuenta tipos, que cuando no estaban en sus puestos, colgando de la jarcia o hacinados en las cocinas, dormían acurrucados contra las cureñas en la cubierta de artillería, o en hamacas parecidas a esa en la que me había despertado.

En esos momentos se oía a un miembro de la tripulación, riéndose por lo bajo en las sombras mientras el barco daba bandazos y yo salía disparado contra un soporte de madera para luego golpearme con violencia contra la columna de enfrente. Cuerpo para el mar, lo llamaban. Tenía que conseguir mantener el equilibrio.

—¿Estamos en el *Emperador*? —pregunté a la penumbra.

El crujido del barco. Tenía que acostumbrarme a eso, igual que al olor y al movimiento.

—Sí, estás en el *Emperador* —me respondieron.

—Soy nuevo en el barco —dije a la oscuridad, agarrándome como si me fuera la vida en ello.

Se oyó una risita áspera.

—No me digas.

—¿A qué distancia estamos de tierra?

—A un día. Te trajeron dormido o inconsciente. Demasiada bebida, diría yo.

—Algo así —contesté, sin dejar de agarrarme a donde podía para no caerme.

Mi mente retrocedió a los acontecimientos del día anterior, pero era como juguetear con una herida abierta. Demasiado pronto, demasiado doloroso. Necesitaba encontrarle sentido a lo que había pasado. Necesitaba enfrentarme a la culpa y tenía cartas que escribir. (Cartas que no hubiera podido escribir sin las clases de Caroline, me recordé a mí mismo, con una nueva sensación de arrepentimiento). Pero todo aquello tendría que esperar hasta más tarde.

Detrás de mí oí un sonido chirriante y desgarrador. Me di la vuelta y me esforcé por ver en la penumbra; cuando mis ojos se adaptaron, distinguí un cabrestante. Arriba oí unos pasos y voces alzadas de hombres trabajando en la cubierta superior. El cabrestante crujía, chirriaba y giraba.

—¡Tirad! —gritaban arriba—. ¡Tirad!

A pesar de todo, aquel sonido me convirtió de nuevo en un niño inocente.

Eché un vistazo a mi alrededor. A cada lado tenía las formas redondas de las cureñas. Los cañones brillaban débilmente en la oscuridad. En el otro

extremo de la cubierta vi una escalera de cuerda colgando de un cuadrado con luz del día. Me dirigí allí y subí al alcázar.

Pronto descubrí cómo mis compañeros de tripulación habían conseguido tener cuerpo para el mar. No solo vestían con un estilo distinto a los hombres en tierra —chaqueta corta, camisa de cuadros y calzón largo de lona—, sino que también caminaban de manera diferente. El cuerpo entero parecía moverse con el barco, algo que sucedía por puro instinto. Pasé el primer par de días a bordo lanzado de un pilar a un poste por las agitadas olas bajo nosotros, y tuve que acostumbrarme al sonido de las risas cada vez que quedaba despatarrado sobre la cubierta.

Pero cuando me acostumbré al olor bajo las cubiertas, al constante crujido del casco y a la sensación de que el mar entero se mantenía a raya por unos cuantos tablones de madera insignificantes y capas de calafateo, aprendí a moverme con el movimiento del agua, con el *Emperador*; y no tardé en caminar como cualquier otro hombre a bordo.

Mis compañeros de tripulación eran morenos, hasta el último de ellos. La mayoría llevaban un pañuelo atado sin apretar al cuello, tenían tatuajes, barba y pendientes de oro. Había también entre los compañeros hombres mayores, con los rostros morenos y curtidos como velas derretidas, con ojos cautos de párpados caídos, pero la mayoría tenían unos diez años más que yo.

Enseguida me enteré de que procedían de todas partes: Londres, Escocia, Gales y el sur de Inglaterra. Muchos de los nuestros, alrededor de un tercio, eran negros; algunos esclavos fugitivos que habían encontrado la libertad en el mar, a los que el capitán y el resto de la tripulación trataban como a iguales o debería decir a los que el capitán y el resto de la tripulación trataban tan mal como al resto. También había hombres de las colonias americanas, de Boston, Charleston, Newport, Nueva York y Salem. La mayoría parecían llevar armas unidas al cuerpo: alfanjes, puñales, trabucos de chispa. Siempre algo más que una pistola, al parecer, y pronto averigüé que era debido al peligro de que fallase el primero por la humedad de la carga.

Les gustaba beber ron, eran increíblemente ordinarios hablando, sobre todo de las mujeres, y nada les complacía más que una discusión acalorada.

Pero lo que más les unía era el código del capitán.

El capitán Alexander Dolzell era escocés. Un hombre corpulento que rara vez sonreía. Cumplía con el código del barco y nada le gustaba más que recordárnoslo. De pie en el puesto de mando, con las manos en la baranda mientras estábamos reunidos en el alcázar, la cubierta principal y el castillo de proa, nos advertía que a cualquier hombre que se durmiera de servicio se le cubriría de brea y plumas. A cualquier hombre al que se encontrara con otro hombre se le castigaría con la castración. No se permitía fumar bajo cubierta. Ni orinar en el lastre. (Y, por supuesto, como ya te he contado, ese artículo del código en particular lo dictaban mis propias órdenes).

No obstante, era nuevo en el barco. En aquel punto de mi carrera no creo que ni siquiera se me hubiera ocurrido romper las normas.

Pronto comencé a hacerme al ritmo de la vida en el mar. Conseguí mantener el equilibrio, aprendí a usar un lado u otro del barco dependiendo del viento y a comer con los codos en la mesa para impedir que el plato se deslizara por ella. Mis días consistían en estar en el puesto de vigilancia o de guardia. Aprendí cómo hacer sondeos en aguas poco profundas y lo básico en navegación. Y también aprendí de escuchar a la tripulación, que, cuando no exageraba historias de batallas contra los españoles, no le gustaba nada más que transmitir pedacitos de sabiduría náutica: «Si el cielo de noche es anaranjado, el marinero no estará enojado. Si es naranja al amanecer, alerta por lo que pueda caer».

El clima. Los vientos. Éramos esclavos de ellos. Cuando era malo, al ambiente alegre de siempre le sustituía uno de carácter serio puesto que la tarea diaria de mantener la embarcación a flote se convertía en un asunto de simple supervivencia con los vientos huracanados, y comíamos algo rápidamente entre cuidar las velas, arreglar el casco y achicar agua del barco. Todo se hacía con la desesperación silenciosa y concentrada de hombres que trabajaban para salvar sus propias vidas.

Esas temporadas eran agotadoras, nos consumían físicamente. Me mantenían despierto, me decían que subiera a los flechastes o que me encargara del bombeo bajo cubierta, y cualquier momento de descanso era bajo cubierta, acurrucado contra el casco.

Entonces el tiempo mejoraba y continuábamos la vida. Observaba las actividades de los miembros más viejos de la tripulación, cómo bebían, apostaban y corrían detrás de las faldas, y comprendí lo relativamente aburridas que habían sido mis hazañas en Bristol. Algunos de los que solía encontrarme en las tabernas del suroeste de Inglaterra creían ser unos matones y bebedores empedernidos, pero deberían haber visto a mis compañeros de barco en acción. Se ponían a pelear por cualquier cosa. Se caía un sombrero, sacaban los cuchillos y se derramaba la sangre. En mi primer mes en el mar, oí que aplastaban más huesos que en los anteriores diecisiete años de mi vida. Y no olvidemos que me crie en Swansea y Bristol.

Aun así la violencia se desvanecía tan rápido como había estallado; los hombres que hacía unos momentos sostenían cuchillos contra los cuellos de los otros se reconciliaban con una ronda de fuertes abrazos que parecían doler tanto como la pelea, pero por lo visto tenían el efecto deseado. El código establecía que las peleas entre hombres debían terminar en tierra en un duelo con espada o pistola. En realidad nadie quería eso, claro. Una cosa era una riña, pero la posibilidad de morir era algo muy diferente. Así que las peleas tendían a acabar tan rápido como empezaban. Estallaba la furia y después se calmaba.

Por este motivo los auténticos agravios sucedían muy esporádicamente a bordo. Yo tuve la suerte de ser la víctima en uno de ellos.

Fui consciente en mi segundo o tercer día en el barco, porque me di la vuelta al sentir una mirada penetrante que devolví con una sonrisa. Una sonrisa amistosa o eso creía yo. Pero lo que para un hombre es una sonrisa amistosa para otro es chulería, y lo único que logré fue enfurecerlo aún más, porque me fulminó con la mirada.

Al día siguiente, mientras caminaba por el alcázar, me golpearon en el codo tan fuerte que caí de rodillas y, al levantar la vista, esperando ver un rostro sonriente de «¡Te pillé!», me encontré con la sonrisita de suficiencia del mismo hombre mientras miraba por encima del hombro de camino a su puesto. Era un tipo corpulento. Con el que no te gustaría enemistarte. Aunque para él yo parecía ya un enemigo.

Más tarde hablé con Friday, un mozo de cubierta negro que a menudo ocupaba la hamaca junto a la mía. Cuando le describí al hombre que me había derribado, supo enseguida de quién estaba hablándole.

—Ese es Blaney.

Blaney. Así era como le llamaban. Y desgraciadamente —desgraciadamente para mí— Blaney me odiaba. Me odiaba a muerte.

Lo más probable era que hubiese una razón. Puesto que nunca habíamos hablado, no podía ser una buena razón, pero lo fundamental era que existía en la cabeza de Blaney, así que, al fin y al cabo, eso era lo que importaba. Eso y el hecho de que Blaney era enorme y, según Friday, un experto espadachín.

Blaney, tal vez te lo hayas imaginado ya, era uno de los caballeros con los que me encontré la noche que llegué pronto para la salida del *Emperador*. Bueno, sé lo que estás pensando, que era con el que hablé y quería darme una lección por mi insolencia.

Pues si pensabas eso, te has equivocado. Blaney era uno de los otros hombres sentados en un barril, jugando a las cartas. Un hombre bruto y simple, del que se diría que tenía una frente prominente y unas cejas espesas que estaban permanentemente juntas, fruncidas, como si siempre estuviera confundido por algo. Apenas advertí su presencia aquella noche y, ahora que lo pienso, tal vez fuera ese el motivo de su enfurecimiento; tal vez por eso nació la rencilla: se sentía ignorado por mí.

—¿Qué debe de tener en mi contra? —pregunté, a lo que Friday solo pudo responder encogiendo los hombros y mascullando: «Ignóralo», para después cerrar los ojos, indicando que nuestra conversación había finalizado.

Y eso hice. Lo ignoré.

Obviamente eso provocó que Blaney se enfureciera aún más. A Blaney no le gustaba que le ignorasen. Blaney quería que le prestaran atención. Quería que le temieran. El hecho de que yo no mostrase miedo, bueno…, avivó su odio hacia mí.

16

Entretanto, había otras cosas en las que pensar. Por ejemplo, un rumor que circulaba entre la tripulación sobre que el capitán se sentía excluido del botín. No había asaltos desde hacía dos meses; habíamos ganado una miseria y había murmullos de descontento, la mayoría de los cuales salían de su camarote. Era de dominio público que nuestro capitán sentía que estaba cumpliendo con su parte del trato, pero recibiendo muy poco a cambio.

¿Qué trato?, te preguntarás. Bueno, como corsarios, garantizábamos la presencia de Su Majestad; era como si fuésemos soldados no alistados a su guerra contra los españoles. A cambio, desde luego, nos permitían asaltar sus barcos con impunidad, lo que significaba todos los que quisiéramos, y durante mucho tiempo eso había sido exactamente lo que había sucedido.

Sin embargo, cada vez había menos naves españolas en el mar. En el puerto, comenzamos a oír rumores de que la guerra tal vez estaba terminando; que pronto se firmaría un pacto.

El capitán Dolzell, en cambio, bueno, había que reconocerle el mérito de ser capaz de adelantarse en el tiempo y ver en qué dirección soplaba el viento. Ya que nos quedábamos sin botín, decidió tomar unas medidas que se salían de nuestro cometido según la patente de corso.

Trafford, el primer oficial, se hallaba junto al capitán Dolzell, que se quitó el tricornio para secarse el sudor de la frente, antes de volver a colocárselo y dirigirse a todos nosotros:

—Este asalto nos hará ricos, muchachos; se os romperán los bolsillos. Pero debo advertiros, de lo contrario no estaría cumpliendo con mi deber de capitán, de que es una aventura muy arriesgada.

Arriesgada. Sí. Existía el riesgo del apresamiento, el castigo y la muerte al caer del cadalso del verdugo.

Me habían dicho que se le aflojaban las tripas al colgado. Los pantalones del pirata se ataban a los tobillos para impedir que se escapara la mierda. Lo que más me asustaba de todo era tal humillación. No era como quería que me recordara Caroline, colgando de una soga, apestando a mierda.

No había dejado Bristol para convertirme en un fugitivo de la ley, en un pirata. Y si me quedaba en el barco y seguíamos el plan del capitán, así sería. Los propios marines de la Compañía Británica de las Indias Orientales sin duda unirían fuerzas con la armada de Su Majestad para ir detrás de nosotros.

No, no me había alistado como corsario para convertirme en pirata, pero al mismo tiempo, si iba a regresar a casa, no podía hacerlo sin dinero. Tenía la idea de que si volvía rico podría pagar el precio de mi cabeza y apaciguar a mis enemigos.

Así que no, no me había alistado para convertirme en pirata. El dinero que ganase lo iba a ganar legalmente.

Y, por favor, deja las risitas. Sé lo extraño que resulta ahora, pero por aquel entonces todavía tenía pasión en las entrañas y sueños en la cabeza. Así que cuando el capitán expuso su oferta, cuando dijo que sabía que no todos los que estaban a bordo querrían formar parte de aquello, que el que no quisiera formar parte debía decirlo en ese momento o callar para siempre, para que él pudiera organizar su desembarco, di un paso adelante.

Friday me detuvo con una mano subrepticia. Sin mirarme. Se limitó a impedir que avanzara y se quedó con la vista clavada al frente. Por el lateral de la boca dijo: «Espera» y no tuve que esperar mucho para averiguar por qué. Cinco miembros de la tripulación se habían separado del resto, unos buenos hombres que no querían participar en la piratería. Cuando el capitán dio la orden, el primer oficial arrojó a esos cinco hombres por la borda.

En ese instante decidí mantener el pico cerrado. Y decidí que seguiría al capitán, pero solo hasta cierto punto. Le seguiría, cogería mi parte del botín y saltaría del barco. Después de saltar del barco, me uniría a otros corsarios —al fin y al cabo, ahora era un marinero con experiencia— y negaría haber estado en el *Emperador* cuando se cometió ese delito terrible.

En cuanto al plan, no era especialmente complejo. Tenía sus fallos, tengo que admitirlo, pero de nuevo me hallaba atrapado entre la espada y la pared, ninguna de mis opciones era muy atractiva.

Mientras las súplicas de los hombres arrojados por la borda se alejaban detrás de nosotros, el capitán continuó resumiendo sus planes de piratería. No fue tan lejos como para sugerir que atacáramos a la Armada Real, aquello habría sido un suicidio, pero conocía un objetivo que se encontraba en la costa oeste de África. Así que, en enero de 1713, allí se dirigió el *Emperador*.

17

Enero de 1713

Mientras navegábamos entre las islas echábamos el ancla en alguna bahía protegida o en el estuario de una ría, y enviábamos a hombres a tierra para conseguir suministros: madera, agua, cerveza, vino y ron. Podíamos estar allí días y pasábamos el tiempo cogiendo tortugas para comer, disparando al azar a los pájaros y cazando reses, cabras o cerdos si podíamos.

Una vez tuvimos que carenar el *Emperador*, lo que incluía encallarlo y usar poleas para darle la vuelta. Utilizamos antorchas encendidas para quemar las algas y los percebes, lo calafateamos y cambiamos los tablones podridos, todo bajo la dirección del carpintero del barco, que solía ansiar ocasiones como aquella. Lo que no nos sorprendía mucho, la verdad, porque nosotros también aprovechamos la oportunidad para hacer reparaciones en los mástiles y las velas, así que tuvo el placer de dar órdenes al intendente, así como al primer y segundo oficial, a los que no les quedó más remedio que mantener la boca cerrada y seguir con la tarea.

Fueron días felices: pescando, cazando, disfrutando de la incomodidad de nuestros superiores. Fue casi una decepción tener que zarpar otra vez. Pero zarpamos igualmente.

El barco tras el que íbamos era un buque mercante de la Compañía Británica de las Indias Orientales y nos topamos con él en la costa oeste de África. Había habido muchos comentarios en voz queda bajo cubierta acerca de si la iniciativa era acertada. Sabíamos que, al atacar una nave tan prestigiosa, nos convertiríamos en hombres en busca y captura. Pero el capitán había dicho que solo había tres barcos de guerra y dos balandros

patrullando todo el mar Caribe, y que se rumoreaba que la nave de la Compañía Británica de las Indias Orientales, la *Galera Amazona*, portaba tesoros y, si deteníamos la *Galera* en mar abierto, lejos de tierra firme, deberíamos ser capaces de saquear la embarcación a nuestro antojo y conseguir escapar de allí.

Aunque ¿no nos podría identificar la tripulación de la *Galera*?, me pregunté en voz alta. ¿No le dirían a la armada que les atacó el *Emperador*? Friday acababa de mirarme. No me preocupó esa mirada que me había lanzado.

La encontramos al tercer día de búsqueda.

—¡Barco a la vista! —oímos que gritaban arriba.

Estábamos acostumbrados a oírlo, así que no nos hicimos ilusiones. Nos limitamos a observar cómo deliberaban el capitán y el intendente. Un rato más tarde confirmaron que se trataba de la *Galera* y partimos cruzando las aguas hacia ella.

Al acercarnos, alzamos una enseña roja, la bandera británica, y como era de esperar la *Galera* permaneció donde estaba, creyendo que éramos corsarios ingleses de su bando.

Y así era. En teoría.

Los hombres cebaron sus pistolas y comprobaron la acción de sus espadas. Prepararon los ganchos de abordaje y se dispusieron a manejar los cañones. Al colocarnos junto a ellos y darse cuenta la tripulación de la *Galera* de que estábamos listos para el combate, nos hallábamos lo suficientemente cerca para ver como cambiaban la expresión de su rostro y el pánico avanzaba al galope por la embarcación como una yegua asustada.

Les obligamos a virar. Nuestros hombres corrieron a las bordas, donde se prepararon para la acción, apuntando las pistolas, colocándose en los cañones giratorios o con los alfanjes desenvainados, enseñando los dientes. Yo no tenía pistola y mi espada era una cosa vieja y oxidada que el intendente había encontrado en el fondo de un arcón… Apretado entre dos hombres que me doblaban la edad y eran diez veces más temibles, hice el máximo esfuerzo para fruncir el entrecejo con tanta ferocidad como ellos. Para tener su mismo aspecto salvaje.

Los cañones de abajo estaban enfocados hacia la *Galera* de enfrente. Estábamos a una palabra de abrir fuego con una descarga de cañonazos, suficiente para romper su nave por la mitad y mandarlos a todos al fondo del mar. En los rostros de su tripulación se veía la misma expresión de preocupación y terror. Eran las caras de unos hombres a los que habían pillado por sorpresa y que tenían que enfrentarse a las terribles consecuencias.

—Que vuestro capitán se identifique —dijo nuestro primer oficial por el hueco que quedaba entre las dos embarcaciones. Sacó un reloj de arena y lo arrojó violentamente sobre la banda de la borda—. Traed aquí a vuestro capitán antes de que se agote la arena o abriremos fuego.

Tardaron hasta que el tiempo casi se había agotado, pero al final el hombre apareció en la cubierta, vestido con sus mejores galas y mirándonos fijamente con lo que él creía que era una expresión de desafío, aunque no podía ocultar el temor en sus ojos.

Hizo lo que le mandaron. Obedeció, ordenó que lanzaran un bote, luego subió a bordo y le llevaron remando hasta nuestro barco. En secreto no pude evitar sentir lástima por él. Se puso a nuestra merced para proteger a su tripulación, lo que era admirable, y mantuvo la cabeza alta cuando, mientras ascendía por la escalera desde su bote, fue abucheado por los hombres a cargo de los cañones montados bajo cubierta, antes de que lo agarraran bruscamente de los hombros para tirarlo por la baranda de la borda y que cayera en el alcázar.

Cuando le pusieron de pie se apartó de los hombres que le agarraban de las manos, echó los hombros hacia atrás y, tras colocarse bien la chaqueta y los puños, exigió ver al capitán.

—Sí, estoy aquí —dijo Dolzell, que bajó del puesto de mando con Trafford, el primer oficial, a la zaga.

El capitán llevaba su tricornio con una badana atada debajo y tenía el alfanje desenvainado.

—¿Cuál es su nombre, capitán? —preguntó.

—Me llamo capitán Benjamin Pritchard —contestó agriamente el capitán de la marina mercante— y exijo saber qué significa esto.

Se puso derecho hasta alcanzar toda su altura pero no igualaba la estatura de Dolzell. Pocos hombres lo conseguían.

—Qué significa esto —repitió Dolzell.

El capitán sonreía ligeramente, posiblemente era la primera vez que le veía hacerlo. Lanzó una mirada en arco a los hombres reunidos en la cubierta y una risita cruel recorrió nuestra tripulación.

—Sí —contestó el capitán Pritchard remilgadamente. Hablaba con un acento de clase alta. Por extraño que parezca, me recordó a Caroline—. Qué significa esto exactamente. ¿Es consciente, o no, de que mi barco es propiedad de la Compañía Británica de las Indias Orientales y está regido por ella, además de que disfrutamos de la total protección de la armada de Su Majestad?

—Igual que nosotros —respondió Dolzell y al mismo tiempo señaló la enseña roja que ondeaba en la gavia.

—Me parece a mí que perdieron ese privilegio en el instante en que nos ordenaron parar a punta de pistola. A menos que, por supuesto, tenga una razón excelente para haberlo hecho.

—Así es.

Miré hacia donde la tripulación de la *Galera* estaba inmovilizada por nuestros cañones, pero tan cautivada por los acontecimientos en cubierta como nosotros. Se podría haber oído el vuelo de una mosca. El único sonido era el de las olas del mar chocando contra los cascos de nuestros barcos y el susurro de la brisa en nuestros mástiles y jarcias.

El capitán Pritchard se sorprendió.

—¿Tiene una buena razón?

—Sí.

—Entiendo. Entonces quizá deberíamos oírla.

—Sí, capitán Pritchard. He obligado a su nave a virar para que mis hombres puedan robar todo lo que tengan de valor. Verá, las ganancias en el mar han sido más bien escasas últimamente. Mis hombres se están inquietando y se preguntan cómo les pagarán en este viaje.

—Usted es un corsario, señor —replicó el capitán Pritchard—. Si continúa con esta línea de actuación, se convertirá en pirata, estará en busca y captura. —Se dirigió a la tripulación entera—. Todos estaréis en busca y

captura. La armada de Su Majestad os atrapará y arrestará. Acabaréis en la horca y vuestros cuerpos se expondrán encadenados en Wapping. ¿Es eso lo que de verdad queréis?

«Te meas al morir. Hueles a mierda», pensé.

—Según he oído, Su Majestad está a punto de firmar tratados con los españoles y los portugueses. Mis servicios como corsario pronto no serán necesarios. ¿Cuál cree que será mi línea de actuación entonces?

El capitán Pritchard tragó saliva, puesto que no había respuesta para aquella pregunta. Y en ese momento, por primera vez en la vida, vi sonreír de verdad al capitán Dolzell, lo suficiente para revelar una boca llena de dientes rotos y ennegrecidos, como un cementerio saqueado.

—Bueno, señor, ¿y si nos retiramos para hablar del paradero del tesoro que pueda tener a bordo?

El capitán Pritchard estaba a punto de protestar cuando Trafford se movió para agarrarlo y obligarle a subir los escalones hasta la sala de navegación. Los hombres, entretanto, centraron su atención en la tripulación de la nave de enfrente y reinó un silencio incómodo y amenazador.

Entonces comenzamos a oír los gritos.

Me sobresalté y dirigí los ojos hacia la puerta del camarote en el que se habían metido. Le lancé una mirada a Friday y vi que él también tenía la vista clavada en la puerta de la sala de navegación, con una cara inexpresiva.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Calla. Mantén la voz baja. ¿Qué crees tú que está pasando?

—¿Están torturándole?

Puso los ojos en blanco.

—¿Qué esperabas, ron y pepinillos?

Los gritos continuaron. En el otro barco las expresiones de los hombres habían cambiado. Hacía un momento nos miraban con resentimiento, con hostilidad, como si estuvieran haciendo tiempo antes de lanzar un ingenioso contraataque. Como si fuéramos unos sinvergüenzas y truhanes, a los que pronto darían una paliza por ser unos perros despreciables. Ahora en sus ojos había puro terror, porque podían ser los próximos.

Era extraño. Me sentía avergonzado pero a la vez envalentonado por lo que estaba sucediendo. Había causado mi parte de dolor y había dejado pena a mi paso, pero nunca había sido capaz de soportar la crueldad porque sí. Dolzell habría dicho: «No es porque sí, chico, sino para averiguar dónde está escondido el tesoro». Pero habría estado diciendo una verdad a medias. Porque el hecho era que, en cuanto nuestros hombres irrumpieran en su nave, enseguida localizarían el botín que hubiese a bordo. No, el auténtico propósito de torturar al capitán era cambiar las caras de los hombres que estaban enfrente. Tenía que infundir terror en su tripulación.

Entonces, después de no sé cuánto tiempo, tal vez un cuarto de hora o así, cuando los gritos alcanzaron un pico, cuando las risitas crueles de los mozos de cubierta se agotaron y hasta el hombre más despiadado había empezado a preguntarse si, tal vez, se había infligido suficiente dolor por un día, la puerta de la sala de navegación se abrió de golpe. Y Dolzell y Trafford aparecieron.

Con una expresión adusta de satisfacción, el capitán contempló a los hombres de nuestro propio barco y después los rostros inquietos de la otra tripulación, antes de señalar y decir:

—Tú, chico.

Estaba apuntándome a mí.

—S… sí, señor —tartamudeé.

—Al camarote, chico. Vigila al capitán mientras averiguamos qué vale la pena de la información que nos ha dado. Tú también.

Señaló a alguien más. No vi de quién se trataba porque fui corriendo hacia la parte delantera del alcázar, abriéndome camino entre una marea de gente hacia la borda mientras los hombres se preparaban para subir a la otra nave.

Y entonces tuve el primero de dos impactos al entrar en la sala de navegación y ver al capitán Pritchard.

El camarote tenía una gran mesa de comedor que se había colocado a un lado. Como la mesa del intendente, sobre la que estaban colocados sus instrumentos de navegación, mapas y cartas.

En medio del camarote, el capitán Pritchard estaba sentado, atado a una silla, con las manos a la espalda. Había un olor salobre que no podía

identificar.

La cabeza del capitán Pritchard colgaba y la barbilla se apoyaba en el pecho. Al oír la puerta, la levantó y me miró con sus ojos nublados y atormentados por el dolor.

—Las manos —dijo con voz ronca—. ¿Qué me han hecho en las manos?

Antes de que pudiera averiguarlo, tuve la segunda sorpresa cuando mi compañero carcelero entró en la habitación. No era otro que Blaney.

«Oh, mierda». Tiró de la puerta para cerrarla. Apartó de mí la vista para mirar al herido capitán Pritchard y luego volvió a fijarse en mí.

Fuera se oían los gritos de nuestra tripulación mientras se preparaban para subir a la otra nave, pero parecía como si estuviéramos aislados, como si sucediera muy lejos y participara gente a la que no conocíamos. Sostuve la mirada de Blaney mientras me colocaba detrás del capitán, donde tenía las manos atadas a la espalda. Y me di cuenta de dónde venía el olor. Era el olor de la carne quemada.

18

Dolzell y Trafford habían puesto mechas encendidas entre los dedos del capitán Pritchard para hacerle hablar. Estaban desperdigadas sobre los tablones, junto a una jarra de algo que cuando acerqué la nariz creí que era agua de mar que habían usado para verterla en sus heridas, para que le doliera aún más.

Tenía las manos llenas de ampollas, carbonizadas por algunas partes, en carne viva y sangrando por otras, como si las hubieran ablandado con una maza.

Busqué una botella de agua, todavía cauteloso respecto a Blaney, preguntándome por qué no se había movido. Por qué no había hablado.

Terminó con mi tortura.

—Vaya, vaya, vaya —bramó—, mira quiénes estamos aquí.

—Sí —respondí secamente—. Qué suerte, ¿eh, amigo?

Vi una jarra de agua en la mesa larga y fui a cogerla.

Él ignoró mi sarcasmo.

—¿Qué tramas exactamente?

—Voy a buscar agua para echarla en las heridas de este hombre.

—El capitán no ha dicho nada de que tengamos que atender las heridas del prisionero.

—Está sufriendo, hombre, ¿no lo ves?

—A mí no me hables así, chaval —espetó Blaney con tal furia que me heló la sangre.

No obstante, no iba a demostrarlo. Era muy bravucón. Siempre duro por fuera.

—Suenas como si estuvieras buscando pelea, Blaney.

Esperaba haber dado la impresión de estar más seguro de mí mismo de lo que en realidad estaba.

—Sí, tal vez.

Llevaba una pistola en el cinturón y un alfanje a la cintura, pero la plata que parecía asomar por su mano, casi de la nada, era un puñal curvo.

Tragué saliva.

—¿Y qué planeas hacer, Blaney, con el barco a punto de montar una incursión y nosotros aquí vigilando al capitán? Bueno, no sé qué es lo que tienes contra mí, por qué me guardas rencor, pero tendrá que resolverse en otro momento, me temo, a menos que se te ocurra algo mejor.

Cuando Blaney sonrió abiertamente, destelló un diente de oro.

—Oh, tengo otras ideas, chico. Se me ocurre que tal vez el capitán intente escapar y se te lleve por delante en el proceso. ¿Y qué tal esta otra? La idea de que fuiste tú el que ayudó al capitán. Que desataste al prisionero, trataste de escapar y fui yo quien te detuvo, y terminé con ambos en el proceso. Creo que esa idea me gusta aún más. ¿Qué me dices?

Lo decía en serio, lo sabía. Blaney estaba dispuesto a hacerlo esta vez. Sin duda quería evitar los azotes que recibiría por darme una paliza. Pero ahora me tenía donde quería.

Entonces sucedió algo que me indicó lo que debía hacer. Me arrodillé para mirar al capitán y algo atrajo mi atención. El anillo que llevaba. Un sello grueso con un símbolo que conocía.

El día que me desperté en el *Emperador* me había encontrado un espejo bajo cubierta y me había examinado las heridas. Tenía cortes, moratones y arañazos; parecía lo que era: un hombre al que habían pegado una paliza. Una de las marcas era del puñetazo que me había propinado el hombre de la capucha. Su anillo me había dejado una señal en la piel. El símbolo de una cruz.

Ahora veía ese mismo símbolo en el anillo de Pritchard.

A pesar de la incomodidad del pobre hombre, no pude contenerme.

—¿Qué es esto?

Mi voz, un poco demasiado aguda y demasiado alta, bastó para levantar sospechas en Blaney, que se apartó de la puerta cerrada del camarote y avanzó por la habitación para mirar.

—¿Qué es qué? —decía Pritchard, pero Blaney ya nos había alcanzado.

Y él también había visto el anillo, aunque su interés en él tenía bien poco que ver con su significado y más bien con su valor. Sin vacilación, haciendo caso omiso del dolor de Pritchard, se lo arrancó, despellejando el dedo de piel quemada y chamuscada al mismo tiempo.

Los gritos del capitán tardaron un rato en calmarse y, cuando se calló, la cabeza quedó colgando sobre el pecho y un largo hilo de saliva chorreó al suelo del camarote.

—Dame eso —le dije a Blaney.

—¿Por qué debería dártelo a ti?

—Vamos, Blaney… —comencé a decir y entonces oímos algo.

Un grito proveniente de fuera.

—¡Barco a la vista!

No era que nos hubiéramos olvidado de nuestra riña, más bien la habíamos dejado a un lado un momento mientras Blaney decía: «Espera aquí», y señalando con su puñal se marchó de la habitación para ver qué pasaba.

La puerta abierta enmarcaba una escena de pánico fuera y, cuando el barco dio un bandazo, se cerró de golpe. Aparté la vista de allí para mirar al capitán Pritchard que se quejaba de dolor. Nunca quise ser pirata. Era un criador de ovejas de Bristol. Un hombre en busca de aventura, es cierto. Pero de forma legal, no ilegal. No era un delincuente, un forajido. Yo no quería formar parte de la tortura de hombres inocentes.

—Desátame —dijo el capitán con una voz seca por el dolor—. Puedo ayudarte. Puedo garantizarte el perdón.

—Si me cuenta lo del anillo.

El capitán Pritchard movía la cabeza despacio de un lado a otro como si quisiera deshacerse del dolor.

—El anillo, ¿qué anillo…? —decía, confundido, intentando averiguar por qué demonios aquel joven mozo de cubierta estaba preguntándole por algo tan irrelevante.

—Un hombre misterioso que considero mi enemigo llevaba un anillo como el suyo. Tengo que conocer su trascendencia.

Se recompuso. Su voz era reseca pero moderada.

—Su trascendencia es un gran poder, amigo mío, un gran poder que puede usarse para ayudarte.

—¿Y si ese gran poder se usó en mi contra?

—Eso también podría solucionarse.

—Creo que ya lo han usado contra mí.

—Libérame y usaré mi influencia para solucionarlo. Sea cual sea el daño que te hayan hecho, puedo arreglarlo.

—Incluye a la mujer que amo y a algunos hombres poderosos.

Sus siguientes palabras me recordaron algo que el hombre encapuchado había dicho aquella noche en el corral.

—Hay hombres poderosos y hombres poderosos. Te juro por la Biblia, chico, que lo que sea que te haya sucedido puede arreglarse. Lo que sea que te hayan hecho puede solucionarse.

Ya estaba toqueteando los nudos, pero justo cuando las cuerdas se soltaron y se escurrieron hacia el suelo del camarote, la puerta se abrió de repente. En el umbral se hallaba el capitán Dolzell. Con ojos de loco. Tenía la espada desenvainada. Detrás de él había un gran alboroto. Los hombres que hacía un momento estaban preparados para subir a la *Galera Amazona*, con una unidad de combate organizada como era propio de los corsarios, de repente se encontraban inmersos en el caos.

El capitán Dolzell dijo una palabra, pero fue suficiente.

La palabra fue «corsarios».

19

—¿Señor? —dije.

Y gracias a Dios, Dolzell estaba demasiado preocupado por los acontecimientos como para preguntarse qué estaba haciendo detrás de la silla del capitán Pritchard.

—Vienen los corsarios —gritó.

Lleno de terror aparté la vista de Dolzell para mirar las manos que acababa de desatar.

Pritchard revivió. Y aunque tuvo la astucia de mantener las manos a la espalda, no pudo resistirse y provocó a Dolzell.

—Es Edward Thatch, que viene a nuestro rescate. Será mejor que corra, capitán. A diferencia de usted, Edward Thatch es un corsario fiel a la Corona y cuando le cuente lo que ha tenido lugar aquí…

Con dos grandes zancadas, Dolzell avanzó rápidamente y empujó la punta de su espada contra el vientre de Pritchard. Pritchard se tensó en su asiento, atravesado por la hoja. Echó la cabeza hacia atrás y sus ojos al revés se clavaron en los míos un segundo, antes de que su cuerpo se desplomara en la silla.

—No le dirás nada a tu amigo —gruñó Dolzell mientras retiraba la espada.

Las manos de Pritchard cayeron sin vida a sus costados.

—Tiene las manos desatadas.

Los ojos acusadores de Dolzell se apartaron de Pritchard para clavarse en mí.

—Su espada, señor, cortó la cuerda —contesté y pareció satisfacerle.

Se dio la vuelta y salió corriendo del camarote. Al mismo tiempo el *Emperador* se agitó. Más tarde descubriría que el barco de Thatch nos había dado de lado. Hubo algunos que dijeron que el capitán había corrido hacia

la lucha y que el impacto de la nave de los corsarios le había tirado de la cubierta por la borda al agua. Había otros que afirmaban que el capitán, al tener la horca en mente, se había tirado por un lateral para evitar su captura.

De la sala de navegación cogí un alfanje y una pistola que me metí en el cinturón y salí corriendo del camarote hacia la cubierta.

Me encontré con un barco en guerra. Los corsarios habían abordado por estribor, mientras a babor la tripulación de la *Galera Amazona* había aprovechado la oportunidad para contraatacar. Nos superaban en número e incluso cuando corría hacia la refriega blandiendo mi espada, veía que la batalla estaba perdida. Por la cubierta corría a raudales lo que parecía un río de sangre y por todas partes veía hombres con los que había servido muertos, tendidos por la regala, con los cuerpos llenos de cortes sangrantes. Otros seguían luchando. Se oía el estruendo de los mosquetes y las pistolas, los alaridos agonizantes de los moribundos, los gritos de los guerreros en los bucaneros atacantes.

Y aun así, yo me encontraba extrañamente fuera de la batalla. La cobardía nunca había sido un problema para mí, pero no estoy seguro de si intercambié más de dos estocadas con uno de los enemigos antes de que el combate pareciera haber terminado. Muchos de nuestros hombres estaban muertos. El resto comenzaba a caer de rodillas y dejaban caer las espadas sobre la cubierta, deseando, sin duda, la clemencia de nuestros invasores. Algunos todavía luchaban, incluyendo al primer oficial, Trafford, al que acompañaba otro hombre que no conocía —Melling, creo que se llamaba —, y mientras yo observaba, dos de los corsarios atacantes se abalanzaron sobre él a la vez, moviendo las espadas con tanta fuerza que, a pesar de la destreza que se tuviera en el combate, nada podía detenerlos y le empujaron hacia la baranda, abriéndole cortes en la cara, gritando mientras ambos le clavaban las espadas.

Vi que Blaney se encontraba allí. No muy lejos, también estaba el tercer capitán, un hombre que más tarde sabría que se llamaba Edward Thatch y que al cabo de unos años el mundo conocería como Barbanegra. Era igual que lo describía la leyenda, aunque entonces no tuviera la barba tan larga: alto y delgado, con el pelo moreno y abundante. Había estado en la refriega, tenía la ropa salpicada de sangre que goteaba de la hoja de su espada. Él y

uno de sus hombres habían avanzado por la cubierta y yo me hallaba con dos de mis compañeros de barco, Trafford y Blaney.

Blaney. Tenía que ser él.

Y ahora la batalla había terminado. Vi que Blaney me miraba a mí, luego a Trafford y después a Thatch. Formó un plan y al instante llamó a Thatch.

—Señor, ¿puedo acabar con ellos por usted?

Giró su espada para apuntarnos a Trafford y a mí, y me dedicó una sonrisa maliciosa.

Ambos nos quedamos mirándole sin dar crédito. ¿Cómo podía hacer eso?

—¡Menudo cabrón despreciable estás hecho! —gritó Trafford, indignado por la traición, y se abalanzó sobre Blaney blandiendo su alfanje más con esperanza que con expectativa, a menos que su expectativa fuera morir, porque eso fue exactamente lo que sucedió.

Blaney se apartó sin problemas a un lado y al mismo tiempo le clavó la espada en el pecho a Trafford con un movimiento poco limpio. La camisa del primer oficial se rasgó y la sangre empapó la parte delantera. Lanzó un gruñido de dolor y sorpresa, pero eso no le impidió atacar por segunda vez, incluso con más furia, aunque lamentablemente. Blaney le castigó por ello, cortándole de nuevo con el alfanje, estocada tras estocada, alcanzando a Trafford una y otra vez en la cara y el pecho, incluso después de que Trafford hubiera dejado caer su propia espada. Cayó de rodillas y, con un espantoso quejido y la sangre borbotando de los labios, salió despedido por la cubierta y se quedó inmóvil. Cogí una espada y me abalancé sobre Blaney, pero mi ataque fue tan descuidado como el del pobre Trafford, y Blaney apenas se esforzó para desarmarme.

El resto de la cubierta había quedado en silencio. Todos los hombres que quedaban vivos ahora miraban hacia nosotros, cerca de la entrada al camarote del capitán, donde solo quedábamos Blaney y yo entre los invasores y la puerta.

—¿Acabo con él, señor? —preguntó Blaney con la punta de su espada en mi cuello y volvió a sonreír burlonamente.

La multitud pareció apartarse alrededor de Edward Thatch mientras este avanzaba.

—Bueno… —Señaló a Blaney con su alfanje, que seguía goteando sangre de nuestra tripulación—. ¿Por qué me llamas «señor», muchacho?

La punta de la espada de Blaney me hacía cosquillas en el cuello.

—Esperaba unirme a usted, señor —respondió—, y demostrarle mi lealtad.

Thatch centró su atención en mí.

—Y tú, joven, ¿qué tienes en mente? Me refiero además de morir a manos de un compañero. ¿Te gustaría unirte a mi tripulación como corsario o morir como pirata, ya sea a manos de tu compañero o de vuelta a casa, a Inglaterra?

—Yo nunca quise ser pirata, señor —respondí enseguida. (Deja de sonreír)—. Lo único que quería era ganar algo de dinero para mi esposa en Bristol, señor, pero ganado honradamente.

(Un Bristol del que me habían desterrado y una esposa a la que me impedían ver. Pero decidí no molestar a Thatch con los pequeños detalles).

—Sí. —Thatch se rio y extendió un brazo para señalar detrás de él a la gran cantidad de hombres capturados—. Y supongo que podemos decir lo mismo de cada miembro de tu tripulación que ha quedado con vida. Todos los hombres jurarán que nunca tuvieron intención de convertirse en piratas. Dicen que se lo ordenó su capitán. Que les obligaron en contra de su voluntad.

—Gobernaba con mano de hierro, señor —dije—. Todos los que han hecho esa afirmación estaban diciendo la verdad.

—Te ruego que me cuentes cómo consiguió vuestro capitán convenceros de entrar en este acto de piratería —exigió Thatch.

—Diciéndonos que pronto seríamos piratas de todos modos, señor, cuando se firmara un acuerdo.

—Bueno, lo más probable es que tuviera razón —susurró Thatch pensativamente—. No voy a negarlo. Aun así, eso no es excusa. —Sonrió abiertamente—. No mientras yo siga como corsario. Juré proteger y ayudar a la armada de Su Majestad, lo que incluye vigilar embarcaciones como la *Galera Amazona*. Bueno, no eres un espadachín, ¿verdad, chico?

Negué con la cabeza.

Thatch se rio.

—Sí, eso es evidente. Aunque no te ha impedido abalanzarte sobre este hombre, ¿no? Sabiendo que encontrarías la muerte en la punta de su espada. ¿Por qué lo hiciste, entonces?

Me ericé.

—Blaney se había vuelto un traidor, señor; me sacó de mis casillas.

Thatch metió la punta de su alfanje en la cubierta, apoyó ambas manos en la empuñadura y apartó los ojos de mí para mirar a Blaney, que había añadido recelo a su cara habitual de enfado por incomprensión. Sabía cómo se sentía. Por la conducta de Thatch era imposible saber por quién se inclinaba. Se limitó a mirarme a mí y después a Blaney y luego a mí otra vez.

—Tengo una idea —bramó al fin y todos los hombres en cubierta parecieron relajarse de inmediato—. Arreglemos esto con un duelo. ¿Qué decís, muchachos?

Como en una balanza, el ánimo de la tripulación se elevó mientras el mío se hundía. Apenas había usado una espada. Blaney, por el contrario, era un experto espadachín. Resolvería el asunto en un abrir y cerrar de ojos.

Thatch se rio.

—Ah, pero no con espadas, muchachos, porque ya hemos visto que este de aquí tiene cierta destreza con la hoja. No, sugiero una pelea limpia. Sin armas, ni siquiera cuchillos. ¿Te va bien, chico?

Asentí con la cabeza, pensando que prefería no pelear, pero una pelea limpia era lo mejor que podía esperar.

—Bien. —Thatch dio una palmada y su espada vibró en la madera—. Vamos, muchachos, formad un círculo para que puedan empezar estos dos caballeros.

Era el año 1713 y me hallaba al borde de la muerte, de eso estaba seguro.

Ahora que lo pienso, eso fue hace doce años, ¿no? Sería el año en que naciste.

20

—Entonces comencemos —ordenó Thatch.

Los hombres subieron por las jarcias y se colgaron de los mástiles. Había hombres en los flechastes, las barandas y las cubiertas superiores de los tres barcos. Todos y cada uno de ellos estiraban el cuello para verlo mejor. Actuando para el público, Blaney se arrancó la camisa para quedarse solo con los pantalones. Consciente de mi torso enclenque, hice lo mismo. Entonces bajamos los codos, alzamos los puños y nos estudiamos detenidamente.

Mi oponente sonrió con sorna tras sus antebrazos alzados. Los puños eran tan grandes como jamones y el doble de duros. Los nudillos eran como narices de estatuas. No, este no era el duelo de espadas que Blaney probablemente quería, pero era lo siguiente mejor. La oportunidad de pulverizarme con el consentimiento del capitán. De darme una paliza de muerte sin arriesgarse a probar el látigo de nueve colas.

En las cubiertas y las jarcias se oían los gritos de la tripulación, interesados en presenciar un buen combate. Con lo que quiero decir un combate sangriento. Solo por los silbidos costaba saber si tenían un favorito, pero me puse en su lugar: ¿qué querría ver si fuera ellos? Querría ver deporte.

«Pues démoselo», pensé. Alcé más los puños y pensé en que Blaney había sido como un enorme grano en el culo desde que yo había puesto el pie a bordo. Nadie más. Solo él. Ese imbécil retrasado. Todo mi tiempo en el barco lo había pasado esquivando a Blaney y preguntándome por qué me odiaba, dado que no era estirado ni arrogante como lo había sido en casa. La vida en el mar había dominado esa parte de mí. Me atrevería a decir que había madurado un poco. Lo que estoy diciendo es que no tenía ningún motivo real para odiarme.

Pero entonces se me ocurrió. La razón. Me odiaba porque sí. Solo porque sí. Y si no hubiera estado por allí para que me odiara, habría encontrado a otra persona que me sustituyera. Uno de los mozos de camarote, quizás. Uno de los negros. Simplemente le gustaba odiar.

Y por eso le odiaba yo, y canalicé ese sentimiento, ese odio. ¿Perplejo por su hostilidad? Lo transformé en odio. ¿Le evitaba día tras día? Lo transformé en odio. ¿Tenía que mirar su estúpida cara de burro día tras día? Lo transformé en odio.

Y por esa razón el primer golpe fue mío. Avancé y pareció salir explotando de mí. Me aproveché de mi velocidad y mi tamaño, me agaché bajo sus puños protectores y le machaqué el plexo solar. Soltó un «uf» y retrocedió tambaleándose. La sorpresa más que el dolor le hizo bajar la guardia, lo que me bastó para moverme rápidamente a la izquierda, llevar hacia delante el puño izquierdo y encontrar un lugar encima de su ojo derecho que, durante un delicioso segundo, creí que podría ser perfecto para terminar con él.

Los hombres lanzaron un rugido de aprobación y sed de sangre. Había sido un buen puñetazo. Lo suficiente para abrir un corte que empezó a gotear un chorro continuo de sangre por su rostro. Pero no, no había bastado para matarle y su cara reflejaba aún más desconcierto que su expresión de enfado habitual por no comprender nada. Estaba incluso más furioso. Le había propinado dos golpes y él ninguno a mí. Ni siquiera se había movido del sitio.

Retrocedí. No es que fuera muy hábil con el juego de piernas, pero comparado con Blaney era ágil. Además, tenía ventaja. Había vertido la primera gota de sangre y tenía al público de mi lado. David contra Goliat.

—¡Vamos, gordo asqueroso! —le provoqué—. Vamos, esto es lo que querías hacer desde el primer momento en que pisé el barco. Veamos lo que tienes, Blaney.

La tripulación me había oído y gritaba su aprobación, tal vez por mis agallas. Por el rabillo del ojo, vi a Thatch echar hacia atrás la cabeza y reírse, con la mano en la barriga. Para guardar las apariencias, Blaney tenía que actuar. Tengo que reconocérselo. Y actuó.

Friday me dijo que Blaney era un experto con la espada y era un miembro esencial del pelotón de abordaje del *Emperador*. Pero no había mencionado que Blaney también era bueno con los puños. Se le había olvidado. Y yo, por alguna razón, nunca supuse que supiera boxear. Pero uno de los consejos náuticos que había aprendido era que nunca se debía suponer nada y, en esta ocasión al menos, lo ignoré. Una vez más mi arrogancia me había metido en problemas.

¡Qué rápido se volvió la multitud cuando Blaney atacó! Nunca caigas en una pelea. Esa era la regla de oro. Nunca caigas en una pelea. Pero no me quedó más remedio cuando me dio un puñetazo y comenzaron a sonar campanas en mi cabeza mientras iba a gatas por la cubierta y escupía dientes acompañados de un hilo de sangre y flemas. Mi vista tembló y se nubló. Me habían golpeado antes, claro, muchas veces, pero nunca, nunca tan fuerte como entonces.

Entre el torrente de dolor y el bramido de los espectadores —bramaban su deseo de sangre y Blaney iba a dársela, con gusto—, se inclinó hacia mí, acercando la cara lo suficiente para que oliera su aliento rancio, que salía como niebla sobre unos dientes negros y podridos.

—«Gordo asqueroso», ¿eh? —dijo y escupió una flema verde.

Noté la bofetada del esputo en mi rostro. Una cosa que se ha de decir sobre la provocación de «gordo asqueroso» es que siempre les hace moverse.

Entonces se puso derecho y su bota se acercó tanto a mi cara que vi las grietas en el cuero y, todavía intentando deshacerme del dolor, levanté una mano patética como si quisiera parar la inevitable patada.

La patada, en cambio, cuando vino hacia mí no iba dirigida a mi cara, sino directamente al vientre, y fue tan fuerte que me levantó del suelo y caí de espaldas sobre la cubierta. Por el rabillo del ojo vi a Thatch y quizá si había pensado que estaba a favor de mí en el combate, había sido un error, porque se reía con las mismas ganas de mi desgracia que cuando sacudí a Blaney. Rodé débilmente hasta ponerme de lado mientras veía que Blaney venía hacia mí. Alzó la bota para aplastarme y miró a Thatch.

—¿Señor? —preguntó.

A la mierda, no iba a quedarme esperando. Con un gruñido, le agarré el pie, se lo retorcí y le tumbé sobre la cubierta. Los espectadores se estremecieron con nuevo interés. Silbaron y gritaron. Aclamaron y abuchearon.

No les importaba quién ganara. Solo querían espectáculo. Pero ahora Blaney había caído y con una oleada de fuerza renovada me abalancé sobre él, aporreándole con los puños al mismo tiempo que llevaba las rodillas a su entrepierna y estómago, atacándole como un niño en medio de una pataleta, confiando contra toda esperanza en poder derribarlo con un golpe de suerte.

No lo conseguí. Ese día no había golpes de suerte. Blaney me agarró los puños y los llevó hacia un lado para golpearme con la palma de la mano en la cara y enviarme volando hacia atrás. Oí como se me rompía la nariz y noté que la sangre salía a borbotones del labio superior. Blaney se acercó con pesadez y en esta ocasión no esperó el permiso de Thatch. Esta vez iba a matarme. En su mano destellaba una hoja…

Se oyó el estruendo de una pistola y un agujero apareció en su frente. Se quedó boquiabierto y el gordo asqueroso cayó de rodillas, muerto, en la cubierta.

Cuando se me aclaró la vista, vi que Thatch me tendía una mano para ayudarme a levantarme del suelo. En la otra sostenía un trabuco de chispa, todavía caliente.

—Tengo una vacante en mi tripulación, muchacho —dijo—. ¿Quieres ocuparla?

Asentí con la cabeza mientras me ponía en pie y bajé la vista hacia el cuerpo de Blaney. Una voluta de humo se elevó del agujero sangrante de su frente. «Deberías haberme matado cuando tuviste la oportunidad», pensé.

21

Marzo de 1713

A kilómetros de distancia, en un lugar que nunca había visitado y nunca visitaría —aunque, después de todo, nunca era demasiado tarde— un grupo de representantes de Inglaterra, España, Francia, Portugal y Holanda estaban sentados para redactar el borrador de una serie de tratados que terminarían cambiando todas nuestras vidas, nos obligarían a tomar una nueva dirección, romperían nuestros sueños.

Pero eso aún estaba por llegar. Antes me hallaba adaptándome a una nueva vida, una vida que me gustaba mucho.

Era afortunado, supongo, porque Edward Thatch me había acogido. Decía que era un luchador. Y creo que le gustaba tenerme por allí. Solía decir que conmigo tenía a una persona de confianza y estaba en lo cierto, así era; porque Edward Thatch me había rescatado de embarcarme en una vida de delincuencia bajo las órdenes del capitán Dolzell; bueno, de eso o de terminar arrojado por la borda como alguno de aquellos pobres tipos. Gracias a su intervención, y gracias a contar con su protección, podría convertirme en un hombre de provecho, regresar a Bristol con Caroline como un hombre de calidad, con la cabeza bien alta.

Y, sí, solo porque tú y yo sepamos que no salió de esa manera, no lo hace menos cierto.

La vida en el mar era muy parecida a como había sido antes, pero con ciertas diferencias atractivas. No había ningún Blaney, claro. Lo último que vi de ese lastre en mi vida fue su cuerpo deslizándose hacia el mar como una ballena muerta. Y tampoco estaba el capitán Alexander Dolzell. Acabó condenado a muerte por los británicos en 1715. Sin esos dos, la vida en el

barco mejoró inmediatamente; era la vida de un corsario. Y de ese modo entablábamos combate cuando podíamos con los españoles y los portugueses, nos llevábamos el botín cuando podíamos, y junto con las habilidades de un marinero comencé a perfeccionar el arte del combate. Thatch me puso bajo su protección. De él aprendí a mejorar mi destreza con la espada y me enseñó a usar la pistola.

Y gracias a Edward Thatch también aprendí cierta filosofía de vida, una filosofía que él en su época aprendió de otro bucanero mayor, un hombre al que servía Edward, que también sería mi mentor. Un hombre llamado Benjamin Hornigold.

¿Y dónde iba a conocer a Benjamin si no era en Nasáu?

No estoy seguro de que alguna vez consideráramos realmente «nuestro» el puerto de Nasáu en la isla Nueva Providencia, porque no éramos así. Pero era una especie de paraíso para nosotros, con los abruptos acantilados a un lado, su larga playa en pendiente que bajaba hacia un mar poco profundo —demasiado poco profundo para los buques de guerra de Su Majestad—, el muelle donde descargábamos el botín y las provisiones, y la fortaleza en la ladera de la colina, que daba a una colección variopinta de casuchas, cabañas y destartaladas terrazas de madera. Por supuesto, tenía un puerto maravilloso, donde las embarcaciones disfrutaban de un refugio frente a los elementos y frente a nuestros enemigos. Dificultaba aún más el ataque el cementerio de barcos, donde los restos de las estructuras de embarcaciones quemadas y encalladas eran una advertencia para los incautos. Había palmeras, olor a agua de mar y brea en el aire, tabernas y ron abundante. Y Edward Thatch estaba allí. Al igual que Benjamin Hornigold.

Me gustaba Benjamin. Había sido el mentor de Barbanegra, igual que Barbanegra era el mío, y no había mejor marinero que Benjamin Hornigold.

Y aun así, aunque creas que solo digo esto por lo que sucedió posteriormente, vas a tener que creerme cuando te juro que es verdad. Siempre pensé que había algo único en él. No era solo que tuviese un porte más militar y una nariz aguileña como un encopetado general inglés, sino que se vestía también diferente, más como un soldado que como un bucanero.

Pero aun así, me gustaba; si no me gustaba tanto como Edward, bueno, entonces le respetaba igual que a él, si no más. Al fin y al cabo, Benjamin era el que había ayudado a fundar Nasáu. Solo por eso, me gustaba.

Estaba navegando con Edward en julio de 1713, cuando asesinaron al intendente en un viaje a tierra. Dos semanas más tarde recibimos un mensaje y me llamaron a las dependencias del capitán.

—¿Sabes leer, hijo?

—Sí, señor —respondí, y pensé un instante en mi esposa que estaba en casa.

Edward estaba sentado en un lado de su mesa de navegación en vez de detrás de ella. Tenía las piernas cruzadas y llevaba unas largas botas negras, un fajín rojo en la cintura y cuatro pistolas en una gruesa correa de cuero que le atravesaba el pecho. Junto a él había mapas y cartas, pero algo me decía que no era eso lo que quería que leyese.

—Necesito un nuevo intendente —dijo.

—Oh, señor, no creo que…

Soltó una carcajada y se dio con las palmas en los muslos.

—No, hijo, yo tampoco lo «creo». Eres demasiado joven y no tienes la experiencia necesaria para ser intendente. ¿No es cierto?

Me miré las botas.

—Ven aquí —dijo— y lee esto.

Hice lo que me pidieron y leí en voz alta una breve comunicación con noticias de un tratado entre los ingleses, los españoles, los portugueses…

—¿Significa eso…? —pregunté al acabar.

—Así es, Edward —contestó, y fue la primera vez que me llamó por mi nombre en vez de dirigirse a mí con un «hijo» o un «muchacho». En realidad, creo que no volvió a llamarme «hijo» ni «muchacho»—. Eso significa que tu capitán Alexander Dolzell tenía razón y que los días de gloria de los corsarios han terminado. Más tarde daré a conocer la noticia a la tripulación. ¿Me seguirás?

Le habría seguido hasta el fin del mundo, pero no se lo dije. Me limité a asentir, como si tuviera muchas más opciones.

Me miró. Todo ese pelo negro y la barba le conferían a sus ojos un brillo extra penetrante.

—Serás pirata, Edward, un hombre en busca y captura. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

A decir verdad, no, pero ¿qué remedio me quedaba? No podía regresar a Bristol. No me atrevía a volver sin un buen montón de dinero y la única manera de hacerme rico era convirtiéndome en pirata.

—Zarparemos hacia Nasáu —dijo Thatch—. Prometimos reunirnos con Benjamin si esto sucedía alguna vez. Me atrevería a decir que uniremos fuerzas, puesto que ambos perderemos tripulación tras este anuncio. Me gustaría tenerte a mi lado, Edward. Tienes valor, corazón y destreza en el campo de batalla, y siempre puedo usar a un hombre de letras.

Asentí, halagado.

Aunque al volver a mi hamaca y estar solo, cerré los ojos por miedo a que pudieran brotar las lágrimas. No había ido al mar para ser pirata. Oh, por supuesto, no veía ninguna otra opción sino seguir ese camino. Otros estaban haciéndolo, incluido Edward Thatch. Pero aun así, no era lo que quería hacer. Nunca quise ser un forajido.

Sin embargo, como digo, no me quedaba más remedio. Y a partir de ese momento, abandoné mis planes de regresar a Bristol como un hombre de calidad. Lo mejor que podía esperar era regresar a Bristol como un hombre acaudalado. A partir de ese momento, mi objetivo fue la adquisición de riquezas. A partir de ese momento, me convertí en pirata.

SEGUNDA PARTE

22

Junio de 1715

No hay nada que suene tan fuerte como el estallido de un cañón. Sobre todo cuando explota junto a tu oído.

Es como si te golpearan con nada. Una nada que parece querer aplastarte. Y no estás seguro de si se trata de un efecto óptico, por el impacto y el mareo que provoca la explosión, o si el mundo de verdad está temblando. Probablemente ni siquiera importe.

En alguna parte impacta el cañonazo. Los tablones del barco se astillan. Hay hombres con los brazos y las piernas mutilados, y hombres que bajan la mirada y en los pocos segundos que les quedan antes de morir se dan cuenta de que ya no tienen cuerpo y empiezan a gritar. Lo único que oyes a continuación son los chirridos de un casco dañado y los desgarradores alaridos de los moribundos.

Nunca te acostumbras al estallido de un cañón, al modo en que abre un agujero en tu mundo, pero el truco está en recuperarse rápidamente. El truco está en recuperarse más deprisa que tu enemigo. Así es como sobrevives.

Nos encontrábamos en la costa del cabo Buena Vista, en Cuba, cuando los ingleses atacaron. Los llamábamos ingleses por el bergantín, aunque los ingleses constituían el centro de nuestra tripulación y yo mismo era inglés de nacimiento e inglés de corazón. Pero no contaba para nada como pirata. Eras enemigo de Su Majestad (el rey Jorge había sucedido a la reina Ana), enemigo de la Corona. Lo que te convertía en enemigo de la armada de Su Majestad. De ese modo, cuando se oía: «¡Barco a la vista!» y veíamos la enseña roja en el horizonte, al ver una fragata haciendo espuma mientras

avanzaba en nuestra dirección y figuras corriendo de un lado a otro en la cubierta, lo que decíamos era: «¡Los ingleses están atacando! ¡Los ingleses están atacando!», sin tener en cuenta pequeños detalles como cuáles eran nuestras verdaderas nacionalidades.

Y esta venía con rapidez hacia nosotros. Intentábamos dar la vuelta para poner distancia entre nuestro barco y sus cañones de seis libras, pero se nos echaron encima, cortándonos el paso por la proa; los teníamos tan cerca que veíamos el blanco de los ojos de la tripulación, el brillo de sus dientes de oro, el destello del sol en el acero que sostenían sus manos.

Las llamas brotaron en sus laterales cuando estallaron los cañones. El acero rasgó el aire. Nuestro casco chirrió y crujió cuando los disparos encontraron su objetivo. Se había pasado el día lloviendo. Y gracias al humo de la pólvora se iba a pasar la noche lloviendo. Nos llenó los pulmones, nos hizo toser, nos asfixió, resoplamos, y nos envió aún más hacia la confusión y el pánico.

Y entonces llegaba aquella sensación del mundo quebrándose, esa impresión, esos momentos en los que te preguntabas si te habían alcanzado, si quizás estabas muerto, y tal vez así era como te sentías en el cielo. O lo más probable —en mi caso al menos—, en el infierno. Y desde luego debía de serlo, porque el infierno es humo, fuego, dolor y gritos. Así que en realidad, estuvieras o no muerto, no había diferencia. Fuera como fuese, estabas en el infierno.

Al primer estallido, levanté los brazos para protegerme. Por suerte. Noté que se me clavaban en el brazo fragmentos de madera astillada que de otro modo me habrían perforado la cara y los ojos, y el impacto bastó para hacerme retroceder tambaleándome, tropecé y caí.

Usaban palanquetas, unas grandes barras de hierro que dejaban un agujero en prácticamente todo, siempre y cuando estuvieran lo bastante cerca. En este caso, funcionaron. A los ingleses no les interesaba abordarnos. Como piratas causaríamos el menor daño posible en nuestro objetivo. Nuestro propósito era subir a bordo de la embarcación y saquearla, durante varios días si era necesario. Era difícil saquear un barco que se hundía. Sin embargo, los ingleses —o este mando en particular, al menos—

o sabían que no teníamos ningún tesoro a bordo o no les importaba; simplemente querían destruirnos. Y estaban realizando un buen trabajo.

Me obligué a ponerme de pie y sentí algo caliente que corría por mi brazo. Al mirar, vi que salía sangre por una astilla que manchaba los tablones de la cubierta. Con un gesto de dolor, me arranqué la madera del brazo y la lancé por la cubierta, sin apenas darme cuenta del dolor mientras intentaba ver a través del humo de la pólvora y la fuerte lluvia.

Se alzó una ovación en la tripulación de la fragata inglesa cuando pasó rápidamente junto a nuestro estribor. Se oyó el estallido y el silbido de los mosquetes y los trabucos de chispa. Las granadas y los tarros malolientes nos caían encima, explotaban en la cubierta y se añadían al caos, a los destrozos y al humo asfixiante que nos envolvía como una mortaja. Los tarros malolientes en particular soltaban un atroz gas sulfuroso que ponía a los hombres de rodillas y dejaba el aire tan denso y negro que costaba ver, calcular las distancias.

Aun así, vi la figura encapuchada que se hallaba en la cubierta del castillo de proa. Tenía los brazos cruzados y seguía vestido con su túnica, comportándose como si los acontecimientos que se desarrollaban ante él no le preocuparan lo más mínimo. Eso lo sabía por su postura y sus ojos que brillaban debajo de la capucha. Unos ojos que durante un segundo se clavaron en mí.

Entonces a nuestros atacantes se los tragó el humo. Un barco fantasma apareció en medio del aire viciado por el polvo, la lluvia sofocante y los gases asfixiantes de los tarros malolientes.

A mi alrededor solo oía el sonido de la madera al partirse y los alaridos de los hombres. Había muertos por todos lados, que inundaban con su sangre los tablones destrozados. A través de una hendidura en la cubierta principal vi agua bajo cubierta y arriba oí los quejidos de la madera y el desgarre del velo de humo. Alcé la vista para ver nuestra vela mayor medio destrozada por las balas encadenadas. Un vigía muerto con la mayor parte de la cabeza desprendida colgaba de los pies de la cofa y ya había hombres subiendo por los flechastes para intentar cortar el mástil roto, pero llegaron demasiado tarde. Ya estaba escorando, bamboleándose en el agua como una mujer gorda que se daba un baño.

Por fin se aclaró bastante el humo y vimos que la fragata inglesa estaba rodeándonos para utilizar sus cañones de estribor. Pero ahora no corría tanta suerte. Antes de apuntar al barco, el mismo viento que había disipado el humo amainó, sus velas hinchadas se aplanaron y perdió velocidad. Nos habían dado una segunda oportunidad.

—¡A los cañones! —grité.

Los miembros de la tripulación que aún quedaban de pie echaron a correr a los cañones en cureña. Preparé un cañón giratorio y lanzamos una andanada contra la que no pudo hacer nada la fragata que nos atacaba. Nuestros disparos causaron casi tantos daños como los que nos habían ocasionado ellos. Y ahora nos tocaba a nosotros alegrarnos. La derrota se había convertido si no en una victoria, al menos en una huida con suerte. Tal vez algunos de los nuestros incluso se preguntaban qué tesoros habría en la nave británica, y vi a uno o dos, los pocos optimistas, con ganchos de abordaje, hachas y punzones, dispuestos a atacar el barco y cogerlos de uno en uno.

Pero cualquier plan se truncó por lo que sucedió a continuación.

—¡El almacén! —gritó alguien.

—Está ardiendo.

La noticia fue seguida de gritos, y mientras miraba desde mi puesto en el cañón giratorio hacia proa, vi las llamas alrededor de la brecha en el casco. Entretanto, en la popa se oían los gritos de nuestro capitán, el capitán Bramah, mientras en la cubierta de popa del barco de enfrente, el hombre de la túnica entró en acción. Literalmente. Descruzó los brazos y con un salto corto se colocó sobre la barandilla de la cubierta y al instante cruzó a nuestro barco.

Durante un momento, me dio la impresión de que era un águila, con la túnica extendida a su espalda y los brazos abiertos como unas alas.

A continuación vi caer al capitán Bramah. Agachado sobre él, el hombre encapuchado retiró el brazo y de su manga salió una hoja oculta.

Esa hoja. Me dejó paralizado un segundo. Las llamas de la cubierta ardiendo la iluminaron y entonces el hombre encapuchado se la clavó al capitán Bramah.

Me quedé mirándole fijamente, con mi alfanje en la mano. Detrás apenas oía los gritos de la tripulación mientras intentaban en vano impedir que el fuego se propagara por el polvorín.

«Se incendiará —pensé distraídamente—. El polvorín explotará». Pensé en los barriles de pólvora que había allí almacenados. El barco inglés estaba lo bastante cerca para que la explosión agujereara seguramente el casco de ambas embarcaciones. Eso lo sabía, pero solo eran pensamientos distantes. El hombre encapuchado me tenía embelesado con su trabajo. Cautivado por aquel agente de muerte, que había ignorado la matanza a su alrededor mientras aguardaba el momento oportuno y esperaba para atacar.

Había terminado, el capitán Bramah estaba muerto. El asesino alzó la mirada del cadáver del capitán y una vez más nuestros ojos se encontraron, solo que en esta ocasión algo estalló en sus facciones; al instante se puso de pie de un solo salto ágil que dio sobre el muerto y se abalanzó sobre mí.

Alcé mi alfanje, decidido a no entrar fácilmente en el gran misterio. Y entonces en la popa —de hecho, en el polvorín, donde nuestros hombres no habían sido capaces de sofocar el fuego cuyas llamas habían encontrado el almacén de pólvora— se oyó una gran explosión.

Del estallido, salí volando por la cubierta, describiendo un círculo en el aire y encontrando un momento de perfecta paz, sin saber si estaba vivo o muerto, si seguía teniendo todos mis miembros, aunque en ese momento no me importara. Sin saber dónde había ido a parar: si me había estrellado contra la cubierta de un barco y me había roto la espalda, si había aterrizado empalado sobre un mástil partido o si me había lanzado hacia el ojo del infierno en el almacén.

O lo que en realidad me había pasado: caer al mar.

A lo mejor estaba vivo, a lo mejor estaba muerto, a lo mejor estaba consciente, a lo mejor no. Fuera como fuese, parecía estar no muy lejos de la superficie, observando el mar que tenía encima: una mancha cambiante de tonos negros, grises y naranjas por las llamas de los barcos que ardían. Junto a mí pasaron cadáveres con los ojos muy abiertos, como si estuvieran sorprendidos a pesar de estar muertos. Descoloraron el agua en la que se hundieron, dejando un reguero de tripas y tendones fibrosos como

tentáculos. Vi un palo de mesana roto girando en el agua y cuerpos atrapados en las jarcias que les arrastraban hasta las profundidades.

Pensé en Caroline. En mi padre. Luego en mis aventuras a bordo del *Emperador*. Pensé en Nasáu, donde solo había una ley: la ley de los piratas. Y, por supuesto, pensé en cómo Edward —Edward Thatch— me había guiado de corsario a pirata.

23

Pensé en todo eso mientras me hundía, con los ojos abiertos, consciente de todo lo que sucedía a mi alrededor: los cadáveres, los restos de los barcos… Era consciente, aunque no me preocupaba. Como si estuviera ocurriéndole a otra persona. Al mirar atrás, sé por qué fue en ese breve instante —y fue breve— mientras me hundía en el agua. En ese momento había perdido la voluntad de vivir.

Al fin y al cabo, Edward me había advertido respecto a esta expedición. Me dijo que no fuera. «Ese capitán Bramah es un problema —me había dicho—. Recuerda lo que te digo».

Tenía razón. Y yo iba a pagar con mi vida por mi codicia y estupidez.

Y entonces la encontré de nuevo. La voluntad de aguantar. La encontré. La agarré. La zarandeé. La llevé cerca de mi pecho y desde aquel momento nunca más volví a soltarla. Di patadas, moví los brazos y me dirigí a toda velocidad hacia la superficie, atravesando el agua y respirando entrecortadamente. Impresionado por la matanza que me rodeaba, contemplé como se hundía lo último que quedaba de la fragata inglesa que aún estaba en llamas. Por todo el mar había fuegos pequeños que el agua pronto apagaría, escombros flotando por todas partes y hombres, claro, supervivientes.

Entonces, tal como había temido, los tiburones empezaron a atacar y comenzaron los gritos, gritos de terror al principio y luego, mientras los tiburones investigaban con más detenimiento, gritos de agonía que se intensificaban cuantos más depredadores se reunían y comenzaban a alimentarse. Los gritos que había oído durante la batalla, aunque eran de angustia, no tenían nada que ver con los alaridos que desgarraban aquella tarde llena de hollín.

Fui uno de los afortunados, cuyas heridas no bastaron para atraer la atención de los tiburones, y nadé hasta la orilla. En algún momento me golpeó un tiburón al pasar, pero por suerte estaba demasiado preocupado por unirse a la comilona como para detenerse. El pie se me enganchó en lo que parecía una aleta en el agua y recé para que la sangre que goteaba no fuera suficiente para tentar a que el tiburón se alejara de la carnada más abundante en algún otro lado. Era una cruel ironía que los más gravemente heridos fueran los primeros en ser atacados.

Digo «atacados», pero ya sabes a qué me refiero. Se los comieron. Los devoraron. No tenía modo de saber cuántos sobrevivieron a la batalla. Lo único que puedo decir es que vi a la mayoría de los supervivientes acabando como comida para los tiburones. Yo nadé a la seguridad de la playa en cabo Buena Vista y allí me desplomé aliviado y agotado, y si la tierra firme no hubiera estado hecha totalmente de arena, probablemente la habría besado.

Había perdido el sombrero. Mi querido sombrero de tres picos, que había estado en mi cabeza tanto de hombre como de niño. Lo que no sabía entonces, claro, era que se trataba del primer paso para liberarme del pasado, para despedirme de mi antigua vida. Además, aún tenía mi alfanje, y si me daban a elegir entre perder mi sombrero o el alfanje…

Y bien, después de dar las gracias por la suerte que había tenido y prestar atención por si oía a otro superviviente, aunque solo sonaban gritos débiles a lo lejos, me puse bocarriba y entonces oí algo a mi izquierda.

Era un gruñido. Al echar un vistazo, vi que la fuente era el asesino con túnica. Había ido a parar a muy poca distancia de mí y había tenido suerte, mucha suerte, de que los tiburones no se lo hubieran comido, porque, cuando rodó sobre su espalda, dejó una mancha carmesí en la arena. Y mientras yacía allí, con el pecho subiendo y bajando, su respiración era entrecortada y se llevó las manos al estómago. A un estómago que evidentemente estaba herido.

—¿También tuviste suerte? —pregunté, riéndome.

Había algo en la situación que me resultaba gracioso. Incluso después de aquellos años en el mar, todavía seguía existiendo algo del camorrista de Bristol, que no podía evitar quitarle importancia a la situación, por oscura que fuera. Me ignoró. O al menos ignoró la ocurrencia.

—La Habana —gruñó—. Tengo que llegar a La Habana.

Esas palabras me sacaron otra sonrisa.

—Bueno, construiré otro barco, ¿no?

—Puedo pagarte —dijo con los dientes apretados—. ¿No es eso lo que más os gusta a los piratas? Mil escudos.

Eso había despertado mi interés.

—Sigue hablando.

—¿Me ayudarás o no? —quiso saber.

Uno de nosotros estaba gravemente herido y no era yo. Me levanté para echarle un vistazo, para ver la túnica en la que supuestamente estaba escondida su hoja. Me había gustado la pinta de aquella hoja. Tenía la impresión de que un hombre en posesión de esa arma en particular podría llegar lejos. Sobre todo en la profesión que había elegido. No olvidemos que antes de que el polvorín de mi barco explotara ese hombre estaba a punto de usar esa misma hoja contra mí. Tal vez creas que era un insensible. Tal vez creas que era cruel y despiadado. Pero, por favor, comprende que en tales situaciones un hombre debe hacer lo que sea necesario para sobrevivir, y una buena lección que aprendes si estás en la cubierta de un barco en llamas es dar el golpe final: terminar el trabajo.

Segunda lección: si no consigues terminar el trabajo, lo mejor es no esperar ayuda de tu objetivo previsto.

Y tercera lección: si de todas formas le pides ayuda al objetivo previsto, probablemente es mejor no enfadarse con él.

Por todos estos motivos te pido que no me juzgues. Te pido que comprendas por qué le miré tan fríamente.

—No tienes ese oro contigo, ¿verdad?

Me miró, sus ojos centellearon un instante y en un segundo, más rápido de lo que podría haber previsto, hasta imaginado, sacó una pistola del bolsillo y la empujó contra mi estómago. El susto más que el impacto del cañón del arma me hizo retroceder tambaleándome hasta caerme de culo a unos pasos de distancia. Con una mano agarrándose la herida y la otra apuntándome con la pistola, se puso de pie.

—Malditos piratas —gruñó con los dientes apretados.

Vi su dedo emblanquecerse en el gatillo. Oí el chasquido del percusor de la pistola y cerré los ojos esperando un disparo.

Pero no llegó. Y desde luego no lo oí. Sin duda había algo excepcional en ese hombre —su gracia, su velocidad, su atuendo, su elección de armas —, pero seguía siendo solo un hombre, y ningún hombre podía mandar al mar. Ni siquiera él pudo evitar que se le mojara la pólvora.

Cuarta lección: si vas a ignorar la primera, segunda y tercera lección, seguramente sea mejor que no saques un arma llena de pólvora mojada.

Al perder su ventaja, el asesino se dio la vuelta y se dirigió directamente al límite forestal, sujetándose aún con un brazo el estómago herido y con el otro apartando la maleza. Entró y desapareció. Durante un segundo, me quedé sentado, incapaz de creer en mi suerte: si hubiera sido un gato habría usado al menos dos de mis siete vidas, y eso solo había sido hasta entonces.

Luego, sin pensármelo dos veces —bueno, quizá tal vez sí lo pensé dos veces porque, después de todo, le había visto en acción y, con herida o sin ella, era peligroso—, salí detrás de él. Tenía algo que yo quería. Su hoja oculta.

Oí como atravesaba la selva más adelante, así que, ignorando las ramas que me golpeaban la cara y esquivando las raíces a mis pies, le perseguí. Aparté una hoja verde y gruesa del tamaño de un banjo y vi la huella de sangre que había dejado allí una mano. Bien. Iba por buen camino. Más adelante se oyó el sonido de unos pájaros inquietos atravesando las copas de los árboles, y consideré que apenas debía preocuparme por perderle porque la jungla entera se agitaba por el sonido de su torpe avance. Por lo visto, su gracilidad había desaparecido, se había perdido en la descuidada lucha por la supervivencia.

—Te mataré si me sigues —oí que decía delante.

Lo dudaba. Por lo que podía ver, sus días de matar habían terminado.

Y así resultó. Llegué al claro donde se hallaba, doblado por el dolor en la herida del estómago. Estaba intentando decidir qué camino tomar, pero al oír que yo salía de entre la maleza, se volvió hacia mí con un giro lento y doloroso, como un anciano sufriendo un dolor de barriga.

Recuperó algo de su viejo orgullo y cierto ánimo de lucha se reflejó en sus ojos al oírse el sonido del metal deslizándose. De su manga derecha

salió la hoja, que brilló en la penumbra del claro.

Se me ocurrió que la hoja debía de haber inspirado temor en sus enemigos y, si conseguías que tus enemigos te tuvieran miedo, tenías media batalla ganada. La clave era lograr asustarlos. Desgraciadamente, igual que habían terminado sus días de matar, lo mismo ocurría con su habilidad para inspirar terror en sus oponentes. Agotado y encorvado por el dolor que sufría, su túnica, la capucha e incluso su hoja parecían baratijas. No me produjo ningún placer matarlo y posiblemente él tampoco merecía morir. Nuestro capitán había sido un hombre cruel y despiadado, al que le gustaban las flagelaciones. De hecho, le gustaban tanto que era propenso a revelar su secreto y administrarlas él mismo. Disfrutaba haciendo lo que llamaba «hacer a un hombre gobernador de su propia isla», lo que en otras palabras era abandonarlo en una isla desierta. Nadie más que su madre iba a llorar la muerte de nuestro capitán. El hombre de la túnica prácticamente nos había hecho un favor.

Pero el hombre de la túnica también había estado a punto de matarme. Y la primera lección era que si te dispones a matar a alguien, será mejor que termines el trabajo.

Estoy seguro de que él era consciente de ello mientras moría.

Después revolví entre sus cosas. Y sí, el cuerpo todavía estaba caliente. Y no, no estoy orgulloso, pero, por favor, no olvides que era —y soy— un pirata. Así que rebusqué entre sus cosas. Del interior de su túnica saqué una cartera.

«Hummm —pensé—, un tesoro escondido».

Pero cuando la volqué en el suelo para que el sol secara el contenido lo que vi fue…, bueno, no se trataba de un tesoro. Era un extraño cubo de cristal, con una abertura en un lado. ¿Un adorno, tal vez? (Más tarde descubriría lo que era, por supuesto, y me reiría de mí mismo por pensar que no era más que un adorno). También había unos mapas que dejé a un lado, así como una carta con un sello roto que cuando empecé a leerla me di cuenta de que contenía la clave para todo lo que quería del misterioso asesino…

Señor Duncan Walpole:

Acepto su generosa oferta y espero su llegada con impaciencia.
Si de verdad posee la información que deseamos, tenemos los medios para recompensárselo espléndidamente.
Aunque no le he visto la cara, creo que reconoceré el traje tristemente célebre de su orden secreta.
Por tanto, venga a La Habana deprisa y confíe en que se le tratará como a un hermano. Será un gran honor conocerle por fin, señor; ponerle rostro a su nombre y estrecharle la mano mientras le llamo amigo. Su apoyo a nuestra secreta y más noble causa es alentador.
Su más humilde servidor,

El gobernador Laureano Torres y Ayala.

Leí la carta dos veces. Y una tercera vez por si acaso.
«El gobernador Torres de La Habana, ¿eh?», pensé.
«Le recompensaremos espléndidamente, ¿eh?».
Un plan había empezado a tomar forma.

Enterré al señor Duncan Walpole. Al menos le debía eso. Se fue de este mundo tal como había llegado —desnudo— porque necesitaba su ropa para comenzar mi engaño y, aunque me lo diga a mí mismo, me quedaba perfectamente. Tenía buen aspecto con su túnica. Se me veía bien en el papel.

Representar aquel rol, en cambio, sería una cuestión muy distinta. ¿Quién era el hombre por el que iba a hacerme pasar? Bueno, ya te he hablado del aura que parecía rodearlo. Cuando até su hoja oculta a mi antebrazo e intenté expulsarla como él había hecho, bien…, no pasó nada. Retrocedí al momento en que le vi hacerlo e intenté imitarle. Un movimiento de muñeca. Se trataba de algo especial, evidentemente, para evitar que la hoja se activara por accidente. Sacudí la muñeca. Giré el brazo. Moví los dedos. Todo fue inútil. La hoja permanecía tercamente en su armazón. Era preciosa y a la vez aterradora, pero si no se engranaba no beneficiaría en nada a un hombre ni a una bestia.

¿Qué iba a hacer? ¿Llevarla encima y seguir intentándolo con la esperanza de dar con el secreto finalmente? Por algún motivo decidí que no.

Me daba la impresión de que esa hoja estaba relacionada con algún conocimiento arcano. Si descubrían que la llevaba encima, podía traicionarme.

Con tristeza la tiré y luego me dirigí a la tumba que había preparado para mi víctima.

—Señor Walpole… —dije—, vayamos a recoger su recompensa.

24

Me encontré con ellos a la mañana siguiente en la playa del cabo Buena Vista: había una goleta anclada en el puerto, botes que llegaban a tierra y cajones desembarcados y arrastrados a la playa, donde habían sido apilados por los hombres alicaídos, sentados en la arena con las manos atadas, o tal vez por los soldados ingleses aburridos que los vigilaban. Cuando yo llegué, estaba acercándose un tercer barco y desembarcaron más soldados que lanzaban miradas a los prisioneros.

No estaba seguro de por qué estaban atados aquellos hombres. Definitivamente no parecían piratas. Por su aspecto, más bien comerciantes. En cualquier caso, mientras se acercaba otra barca de remos iba a averiguarlo.

—El comodoro ha seguido hacia Kingston —anunció uno de los soldados. Tenía en común con los otros que llevaba un tricornio, un chaleco y un mosquete—. Tenemos que requisar el barco de este palurdo y seguirle.

Así que era eso. Los ingleses querían su barco. Eran igual de malos que los mismísimos piratas.

A los comerciantes les gustaba comer casi tanto como beber. Así que tendían a ser robustos. Uno de los cautivos, sin embargo, estaba incluso más colorado e hinchado que sus compañeros. Ese era el «palurdo» del que hablaban los ingleses, el hombre que más tarde conocería como Stede Bonnet, y al oír la palabra «Kingston», pareció espabilar y levantó la cabeza, que antes estaba gacha mientras contemplaba la arena con la mirada de un hombre que se preguntaba cómo había acabado allí y cómo iba a salir de aquella situación.

—No, no —estaba diciendo—, nuestro destino es La Habana. No soy más que un comerciante…

—¡Calla, maldito pirata! —respondió un soldado furioso, que arrojó arena con el pie a la cara del desgraciado.

—Señor —dijo el hombre acobardado—, mi tripulación y yo tan solo hemos anclado para recoger agua y provisiones.

Entonces, por alguna razón conocida únicamente por ellos, los compañeros de Stede Bonnet eligieron aquel momento para escapar. O tratar de escapar. Con las manos aún atadas, se pusieron de pie con dificultad y echaron a correr hacia el límite forestal donde yo estaba escondido observando la escena. Al mismo tiempo los soldados, al ver su huida, alzaron los mosquetes.

Las balas comenzaron a silbar hacia los árboles a mi alrededor y vi caer a uno de los comerciantes en una explosión de sangre y sesos. Cayó otro con un alarido. Mientras tanto uno de los soldados había colocado la boca de su rifle en la cabeza de Bonnet.

—Dame una razón por la que no tenga que reventarte el cráneo —gruñó.

Pobre Bonnet, acusado de piratería, a punto de perder un barco, al que le faltaban unos segundos para que una bola de acero le atravesara el cerebro. Hizo la única cosa que un hombre en su posición podía hacer. Tartamudeó. Farfulló. Posiblemente hasta mojó los pantalones.

—Hummm… Hummm.

Entonces desenvainé mi alfanje y salí de entre los árboles con el sol a mi espalda. El soldado se quedó boquiabierto. No sé qué aspecto tendría al salir bajo la luz del sol con mi túnica al viento, moviendo el alfanje, pero bastó para detener al fusilero. Un segundo en el que vaciló. Un segundo que le costó la vida.

Alcé mi arma, le abrí el chaleco, sus tripas se derramaron sobre la arena y giré en el mismo movimiento para arrastrar mi hoja por el cuello de otro soldado que había allí cerca. Dos hombres muertos en un abrir y cerrar de ojos, y un tercero a punto de correr su mismo destino al atravesarle con el alfanje; retiré la hoja de su cuerpo y murió retorciéndose en la playa. Cogí el puñal de mi cinturón con la otra mano, lo lancé al ojo de un cuarto, que cayó de espaldas con un grito de sorpresa mientras la sangre salía a

borbotones de la empuñadura incrustada en su rostro, manchando los dientes de la boca que chillaba.

Los soldados apenas habían dado a alguno de los comerciantes que escapaban y, aunque no eran lentos volviendo a cargar las armas, seguían sin ser rivales para un espadachín. Ese es el problema de los soldados de la Corona. Confían demasiado en sus mosquetes: estupendos para las mujeres nativas asustadas, pero no tan efectivos a corta distancia con un luchador que había aprendido su oficio en las tabernas de Bristol.

El siguiente hombre estaba todavía apuntando con el mosquete cuando lo despaché con dos golpes decisivos. El último de los soldados fue el primero que consiguió disparar por segunda vez. Lo oí romper el aire junto a mi nariz y me asustó; comencé a golpearle el brazo con furia hasta que soltó el mosquete y cayó de rodillas, suplicando por su vida con una mano levantada hasta que le acallé con la punta de mi alfanje en su cuello. Dejó de hablar con un último balbuceo, con la sangre inundando la arena a su alrededor, y yo me coloqué sobre su cuerpo con los hombros subiendo y bajando mientras recuperaba el aliento; tenía calor vestido con la túnica, pero sabía que me las había apañado bien. Y cuando Bonnet me lo agradeció diciendo: «¡Gracias a Dios, señor, que me ha salvado! ¡Mil gracias!», no le dio las gracias a Edward Kenway, el granjero de Bristol. Había comenzado una nueva vida. Era Duncan Walpole.

Resultó que Stede Bonnet no solo había perdido a su tripulación sino que además no sabía navegar. Había impedido que los ingleses requisaran su barco, pero a tal efecto yo me lo había quedado. Teníamos una cosa en común: ambos nos dirigíamos a La Habana. Su barco era rápido y él era hablador pero buena compañía, así que viajamos juntos en lo que era una asociación que nos beneficiaba mutuamente, al menos de momento.

Mientras estaba al timón le pregunté sobre él. Me enteré de que era rico pero inquieto y sin duda le atraían, digamos, otras maneras cuestionables de ganar dinero. Por algo siempre estaba preguntando por piratas.

—La mayoría está en El Paso de los Vientos entre Cuba y La Española —le dije, conteniendo una sonrisa mientras dirigía su goleta.

—No debería preocuparme por que me atacaran los piratas, a decir verdad —añadió—. Mi barco es pequeño y no tengo nada de gran valor.

Caña de azúcar y su producción. Melaza, ron y esas cosas.

Me reí al pensar en mi propia tripulación.

—No hay pirata sobre la Tierra que le dé la espalda a un barril de ron.

La Habana era un puerto pequeño rodeado de un bosque y palmeras altas, cuyas hojas verdes y exuberantes se movían suavemente por la brisa, recibiéndonos mientras nuestra goleta avanzaba hacia el muelle. En la concurrida ciudad los edificios de piedra blanca con tejados de pizarra roja parecían ruinosos, erosionados, descoloridos por el sol y atacados por el viento.

Atracamos y Bonnet se puso con su negocio, el negocio que había ayudado a mantener lazos amistosos con nuestros antiguos enemigos los españoles, y lo llevaba a cabo utilizando la antiquísima técnica diplomática de venderles cosas.

Parecía conocer la ciudad, así que, en vez de irme solo, esperé a que terminara su misión diplomática y después acepté acompañarle a una posada. Mientras nos dirigíamos allí, se me ocurrió que el antiguo yo, Edward Kenway, habría estado ansioso por encontrar una taberna. Ya estaría sediento en ese instante.

Pero no tenía ganas de beber y reflexioné sobre eso mientras atravesábamos La Habana, esquivando a los habitantes que se apresuraban por las calles bañadas por el sol, observados por viejos suspicaces que nos miraban con ojos entrecerrados desde las puertas. Lo único que había hecho era cambiarme de nombre y ropa, pero era como si me hubieran dado una segunda oportunidad al convertirme…, bueno…, en un hombre. Como si Edward Kenway fuese un ensayo para poder aprender de mis errores. Pero Duncan Walpole sería el hombre que siempre había querido ser.

Llegamos a la posada y, mientras que las tabernas del pasado de Edward habían sido lugares oscuros con techos bajos y sombras que brincaban y danzaban en las paredes, donde los hombres se encorvaban sobre las jarras y hablaban por la comisura de los labios, aquí, bajo el sol cubano, brillaba una taberna al aire libre, con marineros de cara curtida, musculosos tras meses en el mar, así como mercaderes corpulentos —amigos de Bonnet, claro— y gente de la ciudad: hombres y niños con las manos llenas de fruta para vender, y mujeres intentando venderse a sí mismas.

Un mozo de cubierta sucio y borracho me miró mal cuando me senté mientras Bonnet desaparecía para encontrarse con su contacto. A lo mejor al marinero no le gustaba mi aspecto —después del asunto con Blaney estaba acostumbrado a esas cosas— o quizás era un hombre honrado y no aprobaba el hecho de que le hubiera birlado la cerveza a un borracho que dormía.

—¿Puedo ayudarte, amigo? —pregunté sobre el borde del vaso que acababa de agenciarme.

El marinero emitió un chasquido con la boca.

—¡Mira tú por dónde encontrar a un galés en estas tierras godas! —dijo arrastrando las palabras—. Yo también soy inglés y estoy haciendo tiempo hasta que la próxima guerra requiera mis servicios.

Fruncí el labio.

—Qué suerte tiene el rey Jorge, ¿eh? Al tener a una letrina como tú ondeando su bandera.

Aquello le hizo escupir.

—Eh, tú —dijo. La saliva brilló en sus labios al inclinarse hacia delante y echarme el aliento agrio de la bebida de una semana—. He visto esa cara antes, ¿no? Ibas con esos piratas de Nasáu, ¿verdad?

Me quedé helado, miré enseguida hacia donde Bonnet estaba dándome la espalda y luego al resto de la taberna. No parecía que nadie le hubiera oído. Ignoré al borracho que tenía al lado.

Se inclinó hacia delante, acercándose más aún a mi cara.

—Eres tú, ¿no? Es…

Había empezado a subir la voz. Un par de marineros en una mesa cercana miraron en nuestra dirección.

—Eres tú, ¿no?

Ahora casi gritaba.

Me puse de pie, le agarré, levantándole de su asiento, y lo estampé contra la pared.

—Cierra esa bocaza antes de que te la llene de balas. ¿Me oyes?

El marinero me miró con cara de cansado. No mostraba señal de que hubiera oído una palabra de lo que le había dicho.

Entrecerró los ojos, se concentró y dijo:

—Edward, ¿no?

«Mierda».

La manera más efectiva de silenciar a un marinero parlanchín en una taberna de La Habana era rebanándole el pescuezo. Otras formas incluían un rodillazo en la entrepierna y el método que yo escogí. El cabezazo.

Le golpeé la cara con la frente y sus siguientes palabras murieron en una cama de dientes rotos mientras caía al suelo y se quedaba inmóvil.

—Cabrón —oí por detrás y me di la vuelta para encontrarme a un segundo marinero de cara sonrojada.

Extendí las manos. «Eh, no quiero problemas».

Pero no bastó para impedir el derechazo que recibió mi cara. Y a continuación estaba intentando ver a través de una cortina carmesí de dolor que me atravesaba la parte de atrás de los ojos mientras llegaban dos miembros más de la tripulación. Me balanceé y le di, lo que me regaló unos valiosos segundos para recuperarme. Esa parte Edward Kenway, que había enterrado tan profundamente en mí, ¿iba a exhumarla ahora? Porque dondequiera que estés en el mundo, ya sea Bristol o La Habana, una pelea en un bar es una pelea en un bar. Dicen que la práctica hace la perfección y, aunque nunca había afirmado que yo fuese perfecto, la destreza en la lucha, pulida durante mi juventud desperdiciada, prevalecía y los tres marineros no tardaron en quedar hechos un montón quejumbroso de brazos y piernas, y mobiliario roto que ahora solo servía para encender fuego.

Todavía estaba sacudiéndome el polvo cuando se oyó que gritaban: «¡Soldados!» y a continuación me hallé haciendo dos cosas: la primera, corriendo a toda pastilla por las calles de La Habana para escapar de los hombres con mosquete y las caras rojas como tomates; la segunda, intentando no perderme.

Conseguí las dos y más tarde me reuní en la taberna con Bonnet, para descubrir no solo que los soldados le habían quitado el azúcar, sino también que se habían llevado la cartera de Duncan Walpole. La cartera que iba a llevarle a Torres. «Mierda».

Podía vivir con la pérdida del azúcar de Bonnet, pero no sin la cartera.

25

La Habana es la clase de lugar donde puedes holgazanear sin llamar mucho la atención. Y en un día normal. Los días que cuelgan piratas, en la misma plaza donde tienen lugar las ejecuciones, entonces no se espera solo que pierdas el tiempo, sino que te animan a ello. La alianza entre Inglaterra y España puede que fuera precaria, pero había ciertos asuntos en los que ambos países estaban de acuerdo. Uno de ellos era que ambos odiaban a los piratas. Y el otro era que a ambos les gustaba verlos colgados.

Así que en el cadalso enfrente de nosotros se encontraban tres bucaneros con las manos atadas, mirando con ojos muy abiertos y asustados entre las sogas que tenían delante.

No muy lejos estaba el español al que llamaban El Tiburón, un hombre corpulento, con barba y ojos sin vida. Un hombre que nunca hablaba porque no podía, un mudo. Aparté la vista de él para mirar a los condenados. Entonces me di cuenta de que no podía mirarlos y pensé: «Gracias a Dios, no estoy…».

De todos modos, no habíamos ido allí por ellos. Bonnet y yo estábamos de espaldas a un muro de piedra desteñido por los elementos, mirando a todo el mundo como si observáramos con despreocupación a la gente pasar y esperáramos la ejecución, sin ningún interés en la conversación de los soldados españoles que cotilleaban a nuestro lado. Oh, no, ningún interés.

—¿Todavía te interesa echarle un vistazo al cargamento que confiscamos anoche? He oído que hay unos cajones de azúcar inglesa.

—Sí, se los han quitado a un comerciante de Barbados.

—Duncan —dijo Bonnet por el lateral de la boca—, están hablando de mi azúcar.

Le miré y asentí, agradecido por la traducción.

Los soldados continuaron hablando de la pelea en la taberna la noche anterior. Mientras tanto, en el tablado un oficial español anunciaba la ejecución del primer hombre, exponía sus crímenes y terminaba entonando:

—Por lo tanto quedas sentenciado a morir en la horca.

A su señal El Tiburón tiró de la palanca, la escotilla se abrió, los cuerpos cayeron y la muchedumbre exclamó: «Oooh».

Me obligué a mirar a los tres cadáveres que se columpiaban al darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración por si acaso era verdad lo que me habían dicho de que perdían las entrañas. Aquellos cuerpos se mostrarían colgados por toda la ciudad. Bonnet y yo ya habíamos visto esas cosas durante nuestros viajes. Por aquí no toleraban a los piratas y querían que el mundo lo supiera.

Tenía calor con la túnica, pero en ese momento me alegraba de ir disfrazado.

Nos marchamos, puesto que nuestra expedición al patíbulo nos había dado la información que necesitábamos. La carga estaba en el castillo. Así que debíamos dirigirnos allí.

26

El enorme muro de piedra gris se alzaba sobre nosotros. ¿Tapaba de verdad el sol o era tan solo una ilusión? En cualquier caso, teníamos frío y nos sentíamos perdidos en su sombra, como dos niños abandonados. Hay que reconocer que los cubanos, los españoles o quienquiera que construyera el espléndido castillo de los Tres Reyes del Morro, sabían cómo edificar una fortaleza intimidante. Tenía alrededor de ciento cincuenta años y estaba también construida para durar; parecía que seguiría allí ciento cincuenta años más. Desde sus muros contemplé el mar y me la imaginé bombardeada por el ataque de un buque de guerra. «¿Qué impresión dejarían las balas de acero de los cañones?», me pregunté. No mucha.

De todos modos, yo no tenía un buque de guerra, sino un comerciante de azúcar. Así que lo que necesitaba era poder entrar de una manera más disimulada. La ventaja con la que contaba era que nadie en su sano juicio quería estar en el interior de aquellos oscuros e inquietantes muros, puesto que allí era donde los soldados españoles torturaban a sus prisioneros para sonsacarles confesiones y tal vez hasta llevaban a cabo ejecuciones sumarias. Solo un loco querría entrar donde el sol no brillaba, donde nadie te oía gritar. Aun así, no se podía entrar así porque sí. «Eh, amigo, ¿podrías decirnos dónde está la sala con el botín? He perdido una cartera llena de documentos importantes y un cristal raro».

Gracias a Dios por las prostitutas. No porque estuviera cachondo, sino porque había encontrado el modo de entrar… Entrar en la fortaleza, quiero decir. Esas mujeres que se ganaban la vida por la noche, bueno, tenían razones para estar al otro lado de aquellos muros, así que ¿quién mejor que ellas para ayudarnos a entrar?

—¿Necesitas una amiga, gringo? ¿Necesitas una mujer? —preguntó una, acercándose furtivamente, moviendo su pecho, luciendo unos labios

rojos rubí y unos ojos muy pintados, llenos de promesas.

Tiré de ella para apartarla de los muros del castillo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—¿Mi nombre, señor? —dijo en español.

—¿Hablas inglés?

—No, inglés no.

Sonreí.

—Pero el oro es una lengua hablada por todos, ¿no?

Sí, resultó que Ruth hablaba en oro. Casi tenía fluidez en oro. Y su amiga Jacqueline, también.

Bonnet estaba merodeando por allí y parecía receloso. Se hicieron las presentaciones y unos minutos más tarde estábamos caminando, con total tranquilidad, hacia la puerta principal del castillo.

Cuando ya casi habíamos llegado, miré hacia atrás, donde estaba el ajetreo, y el calor y bullicio de La Habana parecieron alejarse, mantenidos a raya por la imponente piedra y las altas atalayas del castillo, que irradiaba una especie de malignidad, como los monstruos míticos que los marineros decían que vivían en las profundidades inexploradas de los océanos: gordos y mortíferos. «Basta», me dije a mí mismo. Estaba poniéndome nerviosísimo. Teníamos un plan. Habría que ver si se podía llevar a cabo.

En el papel de guardaespaldas musculoso, golpeé con el puño el portillo y esperamos a que se abriera. Dos soldados españoles portando mosquetes con bayonetas salieron y nos miraron a Bonnet y a mí de arriba abajo, mientras que a Ruth y Jacqueline les tenían reservadas unas miradas especialmente lascivas.

Representé mi papel. Me hice el duro. Ruth y Jacqueline representaron también su papel. Actuaron con sensualidad. El trabajo de Bonnet era hablar su idioma, que entendí en parte y el resto me lo contó más tarde.

—Hola —dijo—. Me temo que ninguna de mis dos amigas sabe español, por lo que me han pedido que hable por ellas, y mi compañero —me señaló— está aquí para garantizar la seguridad de las señoras.

(¡Mentira! Contuve la respiración. Parecía que sobre nuestras cabezas teníamos un letrero que anunciaba nuestra deshonestidad. ¡Mentira!).

Los dos soldados miraron a las chicas que, enriquecidas con oro, por no mencionar varios vasos de ron, se acicalaban y hacían pucheros de forma tan profesional que nadie hubiera creído que lo hacían para ganarse la vida. Aunque no bastó para convencer a los guardias, que estaban a punto de echarnos y ser tragados de nuevo por la bestia gris, cuando Bonnet pronunció las palabras mágicas: El Tiburón. Las chicas estaban allí porque las había llamado El Tiburón, el verdugo, les aclaró, y los guardias palidecieron e intercambiaron una mirada nerviosa.

Le habíamos visto trabajando antes, claro. No requería ninguna habilidad especial tirar de una palanca, pero sí requiere cierta —¿cómo lo diríamos?— oscuridad de carácter tirar de la palanca que abre la escotilla y manda a tres hombres directos a la muerte. El simple hecho de pronunciar el nombre de El Tiburón era suficiente para inspirar miedo.

Guiñando el ojo, Bonnet añadió que a El Tiburón le gustaban las chicas de Portugal. Ruth y Jacqueline continuaron representando bien sus papeles, soltando risitas y besos falsos, y colocándose bien los pechos de un modo insinuante.

—El Tiburón es la mano derecha del gobernador, su sicario —dijo uno de los soldados con recelo—. ¿Qué os hace pensar que está en el castillo?

Tragué saliva. Me dio un vuelco el corazón contra la caja torácica y le lancé a Bonnet una mirada de reojo. «Demasiado para su información».

—Querido. —Sonrió—. ¿En serio crees que esta cita tendría la aprobación del gobernador Torres? El Tiburón necesitaría un nuevo trabajo si el gobernador le descubriera en compañía de prostitutas. Y en cuanto a hacerlo en la propiedad del mismo gobernador…

Bonnet miró de un lado a otro y los dos soldados estiraron el cuello para oír más secretos.

—No hace falta que os diga, caballeros —continuó Bonnet—, que estar en posesión de esta información os pone en una posición muy delicada. Por una parte, ahora sabéis cosas sobre El Tiburón, el hombre más peligroso de La Habana, no nos olvidemos de eso; y él pagaría o tal vez mataría —hizo una pausa lo bastante larga para dejar que calara esa información— para protegerse. Cómo manejéis esta información sin duda dictará el nivel de gratitud de El Tiburón. ¿Lo he dejado claro, caballeros?

A mí todo aquello me sonaba a bobadas, pero pareció tener el efecto deseado en los dos centinelas, que por fin se apartaron para dejarnos entrar.

Y entramos.

—La cantina —dijo uno de los guardias, señalando un pasillo que bajaba por el patio donde nos encontrábamos en aquel momento—. Decidles que estáis buscando a El Tiburón; os indicarán la dirección adecuada. Y decidles a estas damas que se comporten si no queréis que revelen involuntariamente la verdadera naturaleza de su visita.

Bonnet le dedicó su mejor sonrisa zalamera, se inclinó al pasar y al mismo tiempo hizo un gesto pícaro en mi dirección. Habíamos dejado atrás a dos guardias totalmente engañados.

Me aparté de los demás al subir unas escaleras, con la esperanza de tener aspecto de pertenecer a la fortaleza. Al menos estaba tranquilo: aparte de los centinelas, había muy pocas tropas. Por lo visto, la mayoría se había reunido en la cantina.

Yo me dirigí directamente a la sala donde guardaban el botín y estuve a punto de gritar de alegría al encontrar la cartera con todos los documentos y el cristal presente y en buen estado. Me lo metí en el bolsillo y miré a mi alrededor. Maldita sea. Para ser la sala del botín estaba tristemente vacía, no guardaba nada de valor. Aparte de una bolsa con unas cuantas monedas de oro (que fueron a mi bolsillo), lo único que había eran los cajones de azúcar de Bonnet. Me los quedé mirando y se me ocurrió que no habíamos previsto recuperarlos. «Lo siento, Bonnet, eso tendrá que esperar a otra ocasión».

Unos minutos más tarde me reuní con ellos; habían decidido no arriesgarse a ir a la cantina y en su lugar habían estado paseando nerviosamente por los pasillos, esperando mi regreso. Bonnet se sentía demasiado aliviado al verme como para preguntarme por el azúcar —ese placer en particular tendría que esperar a más tarde— y, tras secarse el sudor de la frente por los nervios, nos llevó de vuelta al corredor para bajar los escalones al patio, donde nuestros amigos los centinelas intercambiaron una mirada cuando nos acercamos.

—¡Vaya! Volvéis pronto…

Bonnet se encogió de hombros.

—Preguntamos en la cantina, pero no había ni rastro de El Tiburón. Posiblemente haya habido un error. Tal vez sus deseos hayan sido satisfechos en otra parte…

—Le diremos a El Tiburón que estuvisteis aquí, entonces —dijo uno de los guardias.

Bonnet asintió con aprobación.

—Sí, por favor, pero recordad ser discretos.

Los dos guardias asintieron con la cabeza y uno incluso se dio unos golpecitos en el lateral de la nariz. Nuestro secreto estaría a salvo con ellos.

Más tarde, en el puerto, cerca del barco de Bonnet, le entregué la bolsa que había afanado de la sala del castillo donde guardaban el botín. Me pareció que era lo correcto, para compensar lo de su azúcar. No era tan malo, ¿sabes?

—Oh, no es una pérdida tan grande —dijo, pero cogió el dinero de todas formas.

—¿Te quedarás mucho? —le pregunté.

—Unas cuantas semanas. Luego regresaré a Barbados, de vuelta al aburrimiento del hogar.

—No te conformes con el aburrimiento —le dije—. Viaja a Nasáu. Vive la vida como creas conveniente.

Para entonces ya estaba a medio camino de la pasarela y la tripulación que acababa de adquirir se preparaba para zarpar.

—¿No he oído que Nasáu está llena de piratas? —Se rio—. Parece un lugar muy chabacano.

Lo pensé. Pensé en Nasáu.

—No, no es chabacano —contesté—, sino liberado.

Sonrió.

—Oh, Dios, eso sería una aventura. Pero no, no. Soy marido y padre. Tengo responsabilidades. La vida no puede ser todo placer y diversión, Duncan.

Durante un momento me había olvidado de la identidad que había asumido y me estremecí por la culpa. Bonnet no había hecho nada más que ayudarme. No estaba seguro de qué me había dado. Supongo que era la culpa. Pero se lo conté.

—Eh, Bonnet. Me llamo Edward en realidad. Duncan es solo un nombre.

—Ah… —Sonrió—. Un nombre secreto para tu encuentro secreto con el gobernador…

—Sí, el gobernador —dije—. Eso. Creo que ya le he hecho esperar bastante.

27

Fui directamente a la residencia del gobernador Torres, una enorme mansión tras unas paredes abruptas y puertas metálicas, muy lejos del alboroto de La Habana. Allí les dije a los guardias:

—Buenas tardes. Soy el señor Duncan Walpole de Inglaterra que viene a ver al gobernador. Creo que está esperándome.

—Sí, señor Walpole, por favor, entre.

«Eso fue fácil».

Las puertas chirriaron, un sonido diario del caluroso verano, y las atravesé para echar mi primer vistazo a cómo vivía la otra mitad. Por todas partes había palmeras y estatuas bajas sobre pedestales; y en algún sitio se oía correr el agua. Existía una clara diferencia con la fortaleza: aquí reinaba la opulencia mientras que allí lo hacía la suciedad, aquí era todo de colores vivos mientras que el otro lugar era intimidante.

Mientras avanzábamos, los dos centinelas mantenían detrás una distancia respetuosa pero aun así vigilante, y con mi español limitado pillaba fragmentos de su chismorreo: al parecer, llegaba un par de días tarde; al parecer, era un asesino y pronunciaron la palabra de un modo extraño. Con énfasis.

Mantuve los hombros atrás, la barbilla alzada, y pensaba solo que debía continuar con el subterfugio durante un rato más. Disfrutaba siendo Duncan Walpole. Había sido liberador dejar a Edward Kenway, y había ocasiones en las que consideraba despedirme de él para siempre. Por supuesto había partes de Duncan que quería mantener como recuerdo: su túnica, por ejemplo, su estilo de luchar. Su porte.

Aunque en ese momento lo que quería era mi recompensa.

Entramos en un patio, que me recordaba vagamente al de la fortaleza, salvo que mientras el otro era un cuadrado pedregoso al que iban a parar

pasillos ensombrecidos, este era un oasis de esculturas, plantas de hojas exuberantes y galerías ornamentadas del palacio que enmarcaban un cielo azul intenso y un sol que ardía a lo lejos.

Ya había allí dos hombres. Ambos bien vestidos. Evidentemente, hombres de clase y distinción. «Más difíciles de engañar». Cerca de ellos había un estante con armas. Uno de ellos apuntaba con una pistola a un objetivo. El otro limpiaba otra pistola.

Cuando me oyeron entrar en el patio con los centinelas, el tirador miró, molesto por la interrupción, y después, al sacudir un poco los hombros, se tranquilizó, miró por la línea de la pistola y apretó el gatillo.

El sonido retumbó por el patio. Recibió la aprobación de unos pájaros asustados. Una diminuta voluta de humo se elevó del centro muerto del objetivo, que se había mecido ligeramente en su trípode. El tirador miró a su compañero con una sonrisa sardónica y el otro le respondió subiendo las cejas por la impresión; aquel era el vocabulario de la gente adinerada. Y luego volvieron su atención a mí.

«Eres Duncan Walpole —dije para mis adentros e intenté no encogerme bajo su examen—. Eres Duncan Walpole. Un hombre peligroso. Un igual. Has sido invitado por el gobernador».

—¡Buenas tardes, señor! —El hombre que había estado limpiando el arma sonrió de oreja a oreja. Tenía el pelo largo y canoso, lo llevaba recogido hacia atrás, y su rostro parecía haber pasado muchas horas bajo la brisa del mar—. ¿Estoy en lo cierto si pienso que es Duncan Walpole?

Recordé cómo había hablado Walpole. Con tonos cultos.

—Ese soy yo —respondí, y soné tan falso a mis oídos que casi esperaba que el limpiador de armas me apuntase con su pistola directamente y ordenara a los guardias que me arrestasen allí mismo.

En cambio, dijo:

—Eso creía. —Aún sonriendo, cruzó a zancadas el patio para tenderme la mano, que era tan fuerte como un roble—. Woodes Rogers. Un placer.

Woodes Rogers. Había oído hablar de él y el pirata dentro de mí palideció, porque Woodes Rogers era un hostigador para los míos. Se trataba de un antiguo corsario que, desde que declaró que odiaba a los que se habían vuelto piratas, se había comprometido a dirigir expediciones cuyo

objetivo era acabar con ellos. Le gustaría ver colgado a un pirata como Edward Kenway.

«Pero eres Duncan Walpole —me dije a mí mismo y le miré a los ojos mientras le estrechaba la mano con firmeza—. No un pirata, oh, no. ¡Dios me libre! Un igual. Te ha invitado el gobernador».

El pensamiento, aunque era reconfortante, se desvaneció en mi mente cuando me di cuenta de que se había fijado en mí con una mirada curiosa. Al mismo tiempo lucía media sonrisa burlona, como si estuviera pensando algo y estuviese seguro de soltarlo.

—Debo decir que mi esposa tiene un ojo terrible para las descripciones —dijo, evidentemente dejando que su curiosidad sacara lo mejor de él.

—¿Disculpe?

—Mi esposa. La conoció hace unos años en el baile de máscaras de los Percys.

—Ah, claro…

—Decía que usted era «endemoniadamente apuesto». Sin duda una mentira para avivar mis celos.

Me reí para seguirle la broma. ¿Debería ofenderme por que él no me encontrara endemoniadamente apuesto? ¿O debería estar contento porque la conversación continuaba?

Con los ojos en su arma, opté por lo último.

Ahora me presentaban al segundo hombre, un francés oscuro, de aspecto cauto, llamado Julien DuCasse, que se refería a mí como el «invitado de honor» y hablaba de una «orden» a la que se suponía que debía unirme. Otra vez me llamaron «asesino» y volvió a ser con ese extraño énfasis que no podía descifrar.

«Asesino, asesino, asesino».

Estaba poniendo en duda la honestidad de mi «conversión» a esa «orden», y mi mente regresó al contenido de la carta de Walpole: «Su apoyo a nuestra secreta y más noble causa es alentador».

Me pregunté cuál sería entonces el secreto y la noble causa.

—No he venido para desilusionar —dije con aire vacilante.

A decir verdad, no tenía ni la más remota idea de lo que se le pasaba por la cabeza. Lo que yo quería era dar la cartera con una mano y recibir una

bolsa llena de oro en la otra.

Si eso no era posible, no quería seguir adelante, porque en ese momento me sentía como si mi engaño fuera a venirse abajo en cualquier instante. Al final fue un alivio cuando el rostro de Woodes Rogers dibujó una gran sonrisa —la misma sonrisa que sin duda pondría al pensar en las cabezas de los piratas colgando de las sogas—, me dio una palmada en la espalda e insistió en que participara en la ronda de disparos.

Acepté con gusto, cualquier cosa para que dejaran de pensar en mí, y me puse a hablar al mismo tiempo.

—¿Cómo está su esposa, capitán Rogers? ¿Se encuentra en La Habana?

Contuve la respiración, armándome de valor para oír sus próximas palabras.

«¡Sí! ¡Está aquí mismo! Cariño, te acuerdas de Duncan Walpole, ¿no?».

Pero en cambio dijo:

—Oh, no. No, llevamos dos años separados.

—Siento oír eso —respondí, pensando en la excelente noticia que era.

—Confío en que esté bien —continuó, con un toque de añoranza en su voz que me trajo un breve recuerdo de mi propio amor perdido—, pero… no sabría decir. He estado en Madagascar catorce meses, persiguiendo piratas.

Eso había oído.

—Querrá decir Libertalia, la ciudad pirata.

Era Libertalia en Madagascar. Según la leyenda, el capitán William Kidd había parado allí en 1697 y terminó marchándose con solo la mitad de su tripulación porque el resto quedó seducido por el estilo de vida de una utopía pirata cuyo lema era «por Dios y la libertad», enfatizando lo de libertad. Se decía que allí perdonaban la vida a los prisioneros, mataban el mínimo posible y compartían los botines de manera justa, sin importar el rango ni la posición.

Sonaba demasiado bien para ser del todo cierto y había muchos que creían que era un lugar mítico, pero yo estaba seguro de que existía.

Rogers estaba riéndose.

—Lo que vi en Madagascar no fue más que las consecuencias de una triste orgía. Las tierras de un rufián. Hasta los perros salvajes parecían

avergonzados del estado en el que estaba. En cuanto a los veinte o treinta hombres que vivían allí, no puedo decir que estuvieran andrajosos, puesto que la mayoría no llevaba ropa. Se habían vuelto indígenas, como dice el refrán…

Pensé en Nasáu, donde no se toleraría vivir a ese nivel, al menos no antes de que anocheciera.

—Y ¿cómo trató con ellos? —pregunté siendo el retrato de la inocencia.

—Muy sencillo. La mayoría de los piratas son tan ignorantes como los monos. Simplemente les ofrecí una opción… Aceptar el indulto y regresar a Inglaterra sin un céntimo pero libres o ser colgados en la horca hasta morir. Costó sacar de allí a los criminales, pero nos las apañamos. En el futuro, espero utilizar las mismas tácticas en las Indias Occidentales.

—Ah —dije—, me imagino que Nasáu será su objetivo.

—Muy astuto, Duncan. Sí. En realidad… En cuanto regrese a Inglaterra tengo la intención de solicitarle al rey Jorge que me convierta en emisario de las Bahamas. En gobernador, nada menos.

Así que era eso. Nasáu era el siguiente paso. El sitio que consideraba mi lugar espiritual estaba bajo amenaza, por un cañón con cureña, la bala de un mosquete o tal vez el garabato de una pluma. Pero bajo amenaza en cualquier caso.

Conseguí destacar en los disparos y estaba sintiéndome bastante satisfecho conmigo mismo en general. Así que mis pensamientos volvieron a la recompensa. En cuanto tuviera mi dinero, podría regresar a Nasáu para avisar a Edward y Benjamin de que el infame Woodes Rogers tenía en su punto de mira las Bahamas por nuestra pequeña república de piratería. Que iba a por nosotros.

Y entonces se abrió una caja y oí que Rogers decía:

—Maravilloso. Es un tirador de primera, Duncan. Tan bueno con la pistola como con su cuchilla de muñeca, imagino.

«Cuchilla de muñeca —pensé distraídamente—. ¿Cuchilla de muñeca?».

—Ojalá tuviera una —decía DuCasse mientras le echaba un vistazo a varias hojas ocultas expuestas en la caja, unas hojas como aquella de la que me había deshecho a regañadientes en la playa del cabo Buena Vista—.

Duncan, ¿dónde tiene la cuchilla de muñeca? Jamás había visto a un Asesino tan mal equipado.

Otra vez. Asesino. Un Asesino.

—Ah, se rompió. Desgraciadamente, no se pudo reparar —respondí.

DuCasse señaló la selección en la caja.

—Entonces elija una —susurró.

¿Era su marcado acento francés o quiso que sonara más como una amenaza que como una oferta?

Me pregunté de dónde habrían salido las hojas. De otros asesinos, claro. (Pero ¿eran asesinos o Asesinos?). Walpole había sido uno de ellos, pero ¿había pensado cambiar? ¿Era un traidor? ¿Qué era esa «orden» a la que planeaba unirse?

—Estos son unos recuerdos —dijo Julien.

«Las hojas de hombres muertos». Metí la mano en la caja para sacar una. La hoja brillaba y sus correas me rozaron el brazo. En ese momento caí en la cuenta. Querían que la usara. Querían verme en acción. Ya fuera como prueba o por deporte, no importaba. En cualquier caso querían una demostración de competencia en un arma que yo no había utilizado jamás.

Inmediatamente pasé de estar orgulloso por haberme deshecho de aquel maldito trasto (¡me hubiera traicionado!) a maldecirme por no habérmelo quedado (¡podía haber practicado y ahora ser capaz de usarlo!).

Me puse firme dentro de la túnica de Duncan Walpole. Un impostor. Ahora tenía que ser él. Tenía que ser él de verdad.

Observaron cómo me ataba la hoja. Un chiste malo sobre mi falta de práctica provocó unas risas de cortesía pero forzadas. Al ponérmela, dejé que cayera la manga sobre la mano y mientras caminábamos empecé a flexionar los dedos, ajustando la muñeca, intentando averiguar dónde estaba el seguro del mecanismo.

La hoja de Walpole estaba mojada el día que luchamos. ¡Quién sabe! Quizá se estropeó de verdad. Esta, engrasada y resplandeciente, ¿se mostraría más dispuesta a colaborar?

Recé por que ese fuera el caso. Imagínate sus caras si no conseguía hacerla funcionar.

«¿Está seguro de ser quien dice que es?».

«¡Guardias!».

Por instinto me encontré buscando la vía de escape más cercana. Y no solo eso, sino que deseaba haber dejado la maldita cartera con los documentos donde la había encontrado, deseaba haber dejado en paz a Walpole. ¿Qué problema tenía con la vida de Edward Kenway? Era pobre pero al menos estaba vivo. Ya podía estar de vuelta en Nasáu, planeando asaltos con Edward y comiéndome con los ojos a Anne Bonny en la Old Avery.

Edward me había advertido que no me fuera con el capitán Bramah. Desde el momento en que lo sugerí, me dijo que Bramah era problemático. ¿Por qué no le escuché? ¡Maldita sea!

La voz de Julien DuCasse interrumpió mis pensamientos.

—Duncan —pronunció con acento—, ¿sería tan amable de complacernos con una demostración de sus técnicas?

Me estaban probando. Cada pregunta, cada desafío que me lanzaban… Todo era un intento de obligarme a demostrar mi valía. Hasta ese momento lo había conseguido. No con una nota excelente, aunque sí había aprobado.

Pero ahora traspasábamos los límites del patio y me llevaban a lo que parecía una zona de entrenamiento recién construida, donde un paseo de césped estaba bordeado por altas palmeras, con objetivos en un extremo, y más allá se veía lo que parecía un lago ornamental, que brillaba azul bajo la luz del sol.

Tras el límite forestal, unas sombras se movían entre los troncos escamosos de las palmeras. Más guardias por si quería salir huyendo.

—Creamos un pequeño campo de entrenamiento al esperar su llegada —dijo Rogers.

Tragué saliva.

Mis anfitriones se apartaron, expectantes. Rogers aún llevaba la pistola, que sostenía con una mano sin apretar, pero con el dedo en el gatillo; y Julien apoyaba la palma derecha en la empuñadura de su espada. Tras los árboles, las figuras de los guardias permanecían inmóviles mientras esperaban. Hasta el zumbido de los insectos y el canto de los pájaros pareció disminuir.

—Sería una pena marcharse sin verle en acción.

Woodes Rogers sonrió pero sus ojos reflejaban frialdad.

¡Menuda suerte! La única arma que tenía no sabía cómo usarla.

«No importa. Puedo con ellos».

Para el luchador bristoliano de antes no eran más que un par de gilipollas que buscaban camorra fuera de una taberna. Pensé en Walpole luchando, perfectamente consciente de su entorno. En cómo se desharía de esos dos para luego abalanzarse sobre los guardias antes de que tuvieran ni siquiera la oportunidad de levantar sus mosquetes. Sí, podía hacerlo, les cogería desprevenidos…

«Ahora es el momento —pensé—. Ya».

Me preparé y eché hacia atrás el brazo para lanzar el primer puñetazo.

Y la hoja se activó.

28

—Oh, bien hecho, Duncan —dijo Rogers, aplaudiendo, y después de mirarle a él y a DuCasse, me fijé en mi sombra sobre la hierba.

Tenía una pose bastante buena con la hoja engranada. Además, creía saber cómo lo había hecho: tensando el músculo que iba desde la parte superior del brazo al antebrazo…

—Muy impresionante —dijo DuCasse.

Se acercó, me cogió el brazo con una mano que usó para soltar un seguro y entonces, con mucho cuidado, usó la palma de su otra mano para volver a colocar la hoja en su armazón.

—Bueno, veamos la repetición.

Sin apartar los ojos de él, retrocedí un paso y adopté la misma posición. Esta vez no intervino la suerte y, aunque no sabía muy bien lo que estaba haciendo, estaba segurísimo de que funcionaría. No me preguntes cómo lo sabía. Simplemente lo sabía. Como era de esperar: clic. La hoja saltó del soporte y brilló malvadamente bajo el sol de la tarde.

—Un poco ruidosa. —Sonreí, poniéndome chulo—. Lo ideal es que no se oiga nada. Por lo demás, está bien.

Sus retos eran interminables, pero al final sentí que estaba actuando más por placer que por reconfirmación. Las pruebas se habían acabado. Los guardias se habían alejado y hasta DuCasse, que llevaba su cautela como una vieja levita preferida, parecía haberse relajado. Para cuando dejamos la zona de entrenamiento improvisada ya se dirigía a mí como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Los Asesinos te han entrenado bien, Duncan —dijo.

«Los Asesinos», pensé. Así se llamaba aquel grupo. Walpole había sido miembro pero pretendía traicionar a sus hermanos como el gusano asqueroso que evidentemente era.

Traicionarlos para qué, era la pregunta.

—Elegiste el momento perfecto para dejarlos.

—Arriesgaste mucho —se entusiasmó Rogers—. Traicionar a los Asesinos nunca es bueno para la salud.

—Bueno —respondí con cierta pomposidad—, tampoco lo es beber alcohol, pero me atraen igualmente sus peligros.

Se rio mientras yo dirigía mi atención a DuCasse.

—¿Y qué está usted haciendo aquí, señor? ¿Cuál es su relación con el gobernador? ¿O acaba de conocerle como yo?

—Ah, yo soy… ¿Cómo lo llaman? Un traficante de armas. Trato con armamento robado.

—Es una especie de contrabandista —terció Rogers.

—Fusiles, cuchillos, granadas. Me alegra proporcionar todo lo que pueda matar a un hombre —aclaró el francés.

Habíamos llegado a la terraza, donde vi por primera vez al gobernador Torres.

Tenía unos setenta años, pero no era gordo como la mayoría de los hombres ricos. Aparte de una perilla recortada, tenía la cara morena y arrugada, coronada por un cabello blanco y fino, peinado hacia delante, y con una mano sobre la cazoleta de una pipa de boquilla larga, miraba con detenimiento a través de unos anteojos redondos la correspondencia que sujetaba con la otra mano.

No levantó la vista, no al principio. El que nos miró fue el hombre de barba espesa que esperaba pacientemente tras su hombro derecho, con los brazos cruzados, tan quieto como una de las estatuas del patio y diez veces más frío.

Le reconocí enseguida, por supuesto. El día anterior lo había visto eliminar a tres piratas. ¡Caramba! Aquella misma mañana había dicho tener unas prostitutas para él. El Tiburón era español y, aunque a estas alturas ya debería haberme acostumbrado a un examen riguroso por parte de mis anfitriones, sus ojos parecieron atravesarme. Durante un rato, mientras clavaba su mirada en mí, estuve totalmente seguro no solo de que había hablado con los guardias del castillo, sino de que le habían dado una descripción detallada de mí, y de que en cualquier momento alzaría un dedo

tembloroso, me señalaría y exigiría saber por qué había estado en la fortaleza.

—Gran Maestro Torres.

Fue Rogers el que rompió el silencio.

—El señor Duncan Walpole ha llegado.

Torres levantó la vista y me miró por encima de sus anteojos. Asintió, luego le pasó la carta a El Tiburón y gracias a Dios que lo hizo, porque significaba que por fin El Tiburón apartaría los ojos de mí.

—Le esperábamos hace una semana —dijo Torres, pero sin mucha irritación.

—Mis disculpas, gobernador —contesté—. Mi barco fue atacado por piratas y nos barrenaron. Llegué ayer.

Asintió pensativamente.

—¡Qué mala suerte! Pero ¿fue capaz de salvar de esos piratas los artículos que me prometió?

Asentí y pensé: «Una mano para darte la cartera y la otra para coger el dinero». De mi túnica cogí la bolsa y la dejé en una mesa baja junto a las rodillas de Torres. Le dio una calada a su pipa, luego abrió la cartera y sacó los mapas. Había visto antes aquellos mapas, claro, y para mí no significaban nada. Ni tampoco el cristal, de hecho. Pero sí significaban algo para Torres. No cabía ninguna duda.

—Increíble —dijo con tono de asombro—, los Asesinos tienen más recursos de los que imaginaba…

Y ahora cogía el cristal, lo miraba con los ojos entrecerrados a través de sus anteojos y le daba vueltas con los dedos. Ese adorno o lo que quiera que fuese… Bueno, para él no se trataba de un adorno.

Volvió a guardar los papeles y el cristal, y le hizo una seña con la mano a El Tiburón, que se acercó a coger la cartera. Después de eso, Torres me estrechó la mano y la movió arriba y abajo enérgicamente mientras hablaba.

—Es un placer conocerle por fin, Duncan —dijo—. Es muy bien recibido. Vamos, caballeros. —Les hizo un gesto a los demás para que le siguieran—. Tenemos mucho de que hablar. Vamos.

Empezamos a alejarnos de la terraza, todos muy amigos.

Seguía sin pronunciarse palabra sobre la maldita recompensa. «Mierda». Cada vez me metía más en algo de lo que no quería formar parte.

29

Estábamos alrededor de una gran mesa en una habitación privada: Torres, El Tiburón, DuCasse, Rogers y yo.

El Tiburón, que continuaba tras el hombro de su patrón, sostenía una caja larga y fina como una caja de puros. ¿Eran imaginaciones mías o tenía los ojos constantemente clavados en mí? ¿Veía a través de mí o había algo que le alertaba? «Señor, un hombre extraño vestido con una túnica estaba buscándole antes».

Aunque no lo creía. Aparte de él, todos los demás en la habitación parecían relajados, aceptaban bebidas de Torres y hablaban afablemente mientras él hacía lo suyo. Como cualquier buen anfitrión, se había asegurado de que sus huéspedes tuvieran las copas llenas, pero me pregunté por qué no tenía empleados que las sirvieran; y entonces creí saber la respuesta: por la naturaleza de nuestro asunto en aquella habitación. Puede que el ambiente fuera relajado —al menos de momento—, pero Torres se había asegurado de colocar a un centinela cerca de la puerta con un gesto que parecía decir: «Todo lo que se diga en esta habitación es solo para nuestros oídos», la clase de gesto que me hacía sentir menos tranquilo conforme pasaban los segundos y desear haber tomado nota de la frase de la carta sobre mi apoyo a su «secreta y más noble causa».

«Debo recordar para la próxima vez considerar el hecho de convertirme en impostor —pensé—, y eludir las causas nobles. Sobre todo si son causas nobles secretas».

Pero ahora todos teníamos nuestras bebidas, así que brindamos y Torres dijo:

—Reunidos por fin. Y con una compañía tan continental… Inglaterra, Francia, España… Ciudadanos de imperios tristes y corruptos.

Tras un gesto de Torres, El Tiburón cruzó la sala, abrió la caja que sostenía y la dejó sobre la mesa. Vi un forro de terciopelo rojo y el destello del metal en su interior. Fuera lo que fuese, parecía importante y se confirmó sin duda cuando Torres dejó de sonreír y el brillo natural de sus ojos fue reemplazado por algo más serio; empezaba lo que obviamente era una ceremonia de cierta relevancia.

—Pero ahora sois Templarios —estaba diciendo—, los secretos y verdaderos legisladores del mundo. Por favor, cogeos de las manos.

El ambiente agradable de pronto se volvió solemne. Se dejaron las bebidas. Me moví enseguida hacia un lado al ver que los demás se habían colocado a intervalos alrededor de la mesa. Lo siguiente que hice mientras me pedían y ofrecían la mano fue pensar: «Templarios». Así que eran eso.

Y ahora parece extraño decirlo, pero me relajé. Me relajé al creer que no eran nada más siniestro que una sociedad secreta. Un estúpido club como cualquier otro estúpido club, lleno de tontos engañados y pedantes, cuyos presuntuosos objetivos (¡«los secretos y verdaderos legisladores del mundo» nada menos!) eran palabrería, tan solo una excusa para discutir sobre baratijas y títulos sin sentido.

Me pregunté cuáles serían sus preocupaciones. Y la verdad era que no me importaba. Después de todo, ¿por qué iba a interesarme? Como pirata había renunciado a toda ley salvo a la de la piratería. Mi libertad absoluta. Estaba gobernado por normas, por supuesto, pero eran las normas del mar y adherida a ellas estaba la cuestión de la necesidad, de sobrevivir, más que adquisición de una posición social e ir pavoneándose por ahí con vestidos y baratijas. Me preguntaba cuál era su disputa con los Asesinos y descubrí que también me importaba un comino.

Así que sí, me relajé. No les tomé en serio.

Torres colocó el primer anillo en el dedo de DuCasse.

—Nunca te olvides de nuestro propósito. Guiar a todas las almas rebeldes hasta que encuentren un camino tranquilo.

Se colocó un segundo anillo en el dedo de Rogers.

—Para guiar todos los caprichos hasta que los corazones apasionados se enfríen.

«Bobadas», pensé. No eran más que afirmaciones vacías y sin sentido. No tenían otra finalidad que la de conceder al orador una autoridad inmerecida. Míralos, recibiéndolo con entusiasmo, como si significase algo. Unos hombres estúpidos tan engañados al creerse su propia importancia que eran incapaces de ver que no se extendía más allá de las paredes de esa mansión.

«A nadie le importa, amigos. A nadie le importa vuestra sociedad secreta».

Ahora Torres se dirigía a mí y me colocaba el tercer anillo mientras decía:

—Para guiar todas las mentes rebeldes a un pensamiento seguro y sensato.

«Sensato», pensé. Era para mondarse de risa.

Y entonces bajé la vista al anillo que me había puesto en el dedo y de repente ya no me hacía gracia. De repente ya no pensaba en esos Templarios como una estúpida sociedad secreta sin influencia fuera de sus casas, porque en mi dedo estaba el mismo anillo que lucía el capitán Benjamin Pritchard del barco de la Compañía Británica de las Indias Orientales; el mismo anillo que llevaba el hombre encapuchado, el líder del grupo que había quemado la granja de mi padre, los dos que me habían advertido que había implicada una gran fuerza terrible. Y de pronto me puse a pensar que fuera cual fuese el problema que tenía aquella gente con los Asesinos, bueno, me ponía a mí del lado de los Asesinos.

De momento, esperaría el momento adecuado.

Torres retrocedió un paso.

—Por la luz del padre del entendimiento que comience nuestro trabajo —dijo—. Hace décadas el consejo me confió la tarea de localizar en las Indias Occidentales un lugar olvidado que nuestros precursores una vez llamaron el Observatorio. Mirad aquí…

En la mesa delante de él estaban extendidos los documentos de la cartera, que había colocado allí El Tiburón.

—Fijaos en estas imágenes y grabadlas en la memoria —añadió Torres —. Cuentan una historia muy antigua e importante. Desde hace dos décadas he intentado por todos los medios localizar este Observatorio… Se rumorea

que el lugar contiene una herramienta de increíble utilidad y poder. Alberga una especie de esfera armilar, si queréis llamarla así. Un artefacto que nos garantizaría el poder de localizar y monitorizar a todos los hombres y mujeres de la Tierra, sea cual sea su ubicación.

»Imaginaos lo que significaría tener ese poder. Con ese aparato no habría secretos entre los hombres. Ni mentiras. Ni artimañas. Solo justicia. Pura justicia. Esa es la promesa del Observatorio. Y debemos conseguirla para nosotros.

Y así fue como me enteré de la existencia del Observatorio.

—¿Conocemos su paradero? —preguntó Rogers.

—Pronto lo sabremos —respondió Torres— porque tenemos al hombre que sí lo sabe. Se llama Roberts y antes se le consideraba un Sabio.

DuCasse se burló con una risita.

—Hace cuarenta y cinco años que nadie ha visto a un Sabio de verdad. ¿Está seguro de que este es auténtico?

—Sí —respondió Torres.

—Los Asesinos vendrán a por él —dijo Rogers.

Miré los documentos que estaban extendidos delante de nosotros. Eran dibujos de lo que parecía una antigua raza de personas construyendo algo, supuestamente el Observatorio. Esclavos partiendo rocas y transportando enormes bloques de piedra. Parecían humanos, pero no eran humanos exactamente.

Una cosa sí sabía: estaba empezando a formularse un plan. Este Observatorio, que significaba tanto para los Templarios, ¿para qué serviría? Mejor dicho, ¿para qué le serviría a un hombre que planificaba vengarse de la gente que había ayudado a incendiar su hogar de la infancia?

El pequeño cubo de cristal estaba aún sobre la mesa. Le di unas cuantas vueltas, igual que había hecho en la playa del cabo Buena Vista. Ahora observaba como Torres lo cogía y contestaba al mismo tiempo a Rogers.

—Sí, los Asesinos vendrán a por nosotros, pero, gracias a Duncan y a la información que nos ha entregado, los Asesinos pronto dejarán de ser un problema. Todo se aclarará mañana, caballeros, cuando conozcáis al Sabio vosotros mismos. Hasta entonces… bebamos.

Nuestro anfitrión señaló las bebidas de la mesa y, cuando me dieron la espalda, fui hacia los documentos y me metí en el bolsillo una página del manuscrito, un dibujo del Observatorio.

Justo a tiempo. Torres se dio la vuelta para pasar las copas a los hombres.

—Busquemos juntos el Observatorio, pues con sus poderes los reyes caerán, el clero se encogerá de miedo, y los corazones y las mentes del mundo serán nuestros.

Bebimos.

Bebimos juntos, aunque yo tenía clarísimo que bebíamos en honor de cosas muy diferentes.

30

Al día siguiente me pidieron reunirme con mis «compañeros Templarios» en el puerto al norte de la ciudad, donde se decía que llegaría la flota del tesoro con mi recompensa, y podríamos seguir haciendo planes.

Asentí, con ganas de dar la impresión de ser un Templario entusiasta, maquinando con mis nuevos buenos amigos para hacer lo que los Templarios solieran tramar: el asuntillo de ser capaces de influir en «los hombres y mujeres de la Tierra». En realidad, lo que pretendía hacer —esto entre tú y yo— era coger el dinero, poner alguna excusa, la que fuera necesaria, y marcharme. Estaba deseando gastarme el dinero y compartir la información recién descubierta con mis aliados en Nasáu, luego encontraría el Observatorio, recogería el botín y contribuiría a la perdición de esos Templarios.

Pero antes tenía que coger mi dinero.

—Buenos días, Duncan —oí que Woodes Rogers me saludaba desde el muelle.

Era una mañana fresca en La Habana, el sol aún tenía que alcanzar toda su temperatura y soplaba una ligera brisa del golfo de México.

Comencé a seguir a Rogers y después oí que alguien gritaba:

—¡Edward! ¡Hola, Edward!

Durante un segundo creí que se trataba de alguien que se había equivocado, incluso miré por encima del hombro para ver a ese tal Edward. Hasta que me acordé de que Edward era yo. Yo era Edward. El estúpido Edward. Quien, por un sentido de culpa fuera de lugar, había confesado su secreto al chismoso más grande de La Habana, Stede Bonnet.

—Encontré a un hombre que compró el azúcar que me quedaba. Todo un éxito, debo decir —me dijo desde el otro lado del puerto.

Le devolví el saludo —una noticia excelente—, consciente de que tenía los ojos de Rogers clavados en mí.

—Te ha llamado Edward —dijo mi compañero, con aquella sonrisa curiosa en los labios que había visto el día anterior.

—Oh, ese es el comerciante que me trajo hasta aquí —le aclaré, con un guiño de complicidad—. Por precaución, le di un nombre falso.

—Ah… Bien hecho —replicó Rogers, sin estar muy convencido.

Di las gracias por dejar el puerto principal cuando Rogers y yo nos reunimos con el mismo grupo de Templarios que nos habíamos encontrado en la mansión de Torres el día anterior. Estrechamos las manos, con los anillos de nuestra hermandad todavía frescos en nuestros dedos, relucientes, y nos saludamos con un breve gesto de la cabeza. Hermanos. Hermanos de una sociedad secreta.

Y entonces Torres nos guio hacia una fila de pequeñas cabañas de pescadores, con botes de remos atados cerca, en el agua. No había nadie por allí, por ahora. Teníamos aquella zona del puerto para nosotros solos y esa era la intención, sin duda, cuando Torres nos llevó al final, donde unos guardias esperaban junto a una choza y dentro, sentado en una caja al revés, con barba y ropa harapienta, y una mirada abatida pero desafiante, estaba el Sabio.

Vi como cambiaron las caras de mis compañeros. Justo cuando el conflicto entre la derrota y la agresividad parecía tener lugar en el rostro del Sabio, los Templarios parecieron tener también una lucha interna, puesto que le miraban con una mezcla de lástima y respeto.

—Aquí está —dijo Torres, hablando en voz baja, casi con reverencia, fuera consciente o no—. Un hombre que tanto Templarios como Asesinos llevaban buscando más de una década. —Se dirigió al Sabio—: Me han dicho que se llama Bartholomew Roberts. ¿Es cierto?

Roberts, el Sabio, o como quiera que le llamen hoy en día, no dijo nada. Se limitó a mirar a Torres con hostilidad.

Sin apartar los ojos del Sabio, Torres abrió una mano a la altura del hombro. El Tiburón colocó en su palma el cubo de cristal. El mismo cubo de cristal por el que me había preguntado. Ahora iba a averiguar lo que era.

Torres volvió a hablarle al Sabio.

—Reconoce esto, según creo.

Bartholomew Roberts permaneció en silencio. El Sabio no decía nada. Tal vez sabía lo que pasaría a continuación. Torres hizo una seña y apareció una segunda caja al revés sobre la que se sentó de cara al Sabio, un hombre frente al otro, salvo que uno era el gobernador de La Habana y el otro estaba andrajoso, tenía ojos de loco como los de un ermitaño y las manos atadas.

Torres fue a esas manos atadas, llevó hacia ellas el cubo de cristal y lo colocó sobre el pulgar del Sabio.

Los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro durante un rato. Los dedos de Torres parecían manipular el pulgar del Sabio en cierto modo, antes de que una gota de sangre llenara el vial.

Observé sin estar muy seguro de qué estaba presenciando. El Sabio no parecía sentir dolor y aun así sus ojos iban de un hombre a otro, como si estuviera maldiciéndonos, incluyéndome a mí; me miraba con tal ferocidad que tuve que resistir el impulso de salir huyendo.

¿Por qué diantre necesitaban la sangre de aquel pobre hombre? ¿Qué tenía que ver con el Observatorio?

—Según antiguas leyendas, se necesita la sangre de un Sabio para entrar en el Observatorio —dijo DuCasse susurrando, como si me leyera los pensamientos.

La operación había terminado y Torres se levantó de su caja, un poco tembloroso, sosteniendo en una mano el vial para que todos lo viéramos. Bajo la luz el cristal lleno de sangre otorgaba a su mano un brillo rojizo.

—Tenemos la llave —anunció—. Ahora solo nos hace falta la ubicación. Tal vez Roberts desee facilitárnosla.

Les hizo una señal a los guardias para que avanzaran.

—Llevadlo a mi residencia.

Y eso fue todo. El espantoso procedimiento terminó y me alegré de abandonar aquel extraño escenario cuando regresamos al puerto principal, donde había llegado una nave. La que contenía el tesoro, esperaba. Lo esperaba con toda mi alma.

—¡Cuánto alboroto por un hombre! —le dije a Torres mientras caminábamos, intentando sonar más despreocupado de lo que estaba en

realidad—. ¿De verdad es el Observatorio una presa tan importante?

—Sí, claro —respondió Torres—. El Observatorio fue una herramienta construida por una raza precursora. Su valor es inconmensurable.

Pensé en los antiguos que había visto dibujados en la mansión. ¿Serían la raza precursora de la que hablaba Torres?

—Ojalá pudiera quedarme a ver cómo termina nuestro drama —dijo Rogers—, pero debo aprovechar estos vientos y zarpar hacia Inglaterra.

Torres asintió. Aquel brillo familiar había regresado a sus ojos.

—Por supuesto, capitán. Te deseo velocidad y fortuna.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Hermanos. Hermanos de una sociedad secreta. Y entonces Rogers y yo hicimos lo mismo, antes de que el legendario cazador de piratas se diera la vuelta y se marchara, para continuar siendo el azote de bucaneros por todas partes. Nos volveríamos a encontrar, lo sabía. Aunque esperaba que ese día llegase más tarde que pronto.

Para entonces ya había llegado uno de los mozos de cubierta del barco y le había entregado a Torres algo que sospechosamente podría contener mi dinero. Aunque la bolsa no fuese tan pesada como yo esperaba.

—Considero este el primer pago de una inversión a largo plazo —dijo Torres, entregándome la bolsa. La bolsa sospechosamente ligera—. Gracias.

La cogí cautelosamente, sabiendo por el peso que tenía que recibir más, y al decir recibir más me refería a más dinero, pero también más desafíos a los que tendría que enfrentarme.

—Me gustaría que estuvieras presente en el interrogatorio de mañana. Ven a mediodía —dijo Torres.

Eso fue todo. Para recoger el resto de mis honorarios tendría que ver cómo aterrorizaban al Sabio.

Torres me dejó y me quedé allí un momento en el muelle, reflexionando, antes de marcharme para prepararme. Había decidido que iba a rescatar al Sabio.

Y me pregunté por qué había decidido rescatarlo. Quiero decir, ¿por qué no me limité a coger el dinero que me habían dado, darme la vuelta y henchir las velas para un viaje hasta Nasáu en el noroeste? Podría haber vuelto con Edward, Benjamin y los placeres de la Old Avery.

Me gustaría decir que era un deseo noble querer liberar al Sabio, pero había algo más. Al fin y al cabo, podía ayudar a encontrar ese Observatorio, ese artefacto para seguir a la gente. Y ¿para qué serviría una cosa como esa? Si se lo vendía a la persona adecuada, sería rico, el pirata más rico del Caribe. Volvería con Caroline siendo un hombre adinerado. Así que a lo mejor fue simplemente la codicia lo que me hizo decidirme a rescatarlo. Ahora que lo pienso, probablemente una mezcla de las dos cosas.

En cualquier caso, fue una decisión de la que en breve me arrepentiría.

31

Era de noche y las paredes de la mansión de Torres formaban un límite negro bajo un cielo gris sin estrellas. El ruido de los insectos se oía más que nunca, casi ahogaba el sonido de la corriente de agua y el suave susurro de las palmeras.

Con un vistazo rápido a izquierda y derecha —había calculado mi acercamiento para asegurarme de que no hubiera centinelas—, flexioné los dedos y salté, me impulsé a la parte superior del muro y me quedé allí un segundo para controlar la respiración y aguzar el oído por si detectaba unos pasos, alguien gritando: «¡Oye!», o el silbido de las espadas al desenvainarse…

Y entonces, al no oír nada —nada aparte de los insectos, el agua y el susurro del viento nocturno azotando los árboles—, salté al otro lado, a los jardines de la mansión del gobernador de La Habana.

Como un fantasma, atravesé el terreno y entré en el edificio principal, donde me arrimé a las paredes del perímetro del patio. En mi antebrazo derecho sentí la reconfortante presencia de mi hoja oculta y atadas al pecho tenía mis pistolas. Una espada corta colgaba de mi cinturón bajo la túnica y llevaba una capucha que me cubría la cabeza. Me sentía invisible. Me sentía letal. Me sentía como si estuviera a punto de asestar un golpe a los Templarios y, aunque liberar al Sabio no equivalía, no, al daño que sus hermanos me habían hecho a mí, y tampoco iba a dejarlo en empate, representaba un comienzo. Era mi primer ataque.

Además, tendría la ubicación del Observatorio y podría llegar a él antes que ellos. Y eso era un golpe muchísimo más grande. Les dolería. Pensaría en cuánto daño les había hecho mientras contaba mi dinero.

Tuve que hacer una conjetura fundamentada para saber dónde tenía el gobernador sus cárceles estatales, pero me complace decir que estuve en lo

cierto. Se trataba de un pequeño recinto, separado de su mansión, donde hallé un muro alto y…

«¡Qué raro! ¿Por qué está la puerta abierta?».

Entré sigilosamente. Unas antorchas en soportes de pared iluminaban una matanza. Había cuatro o cinco soldados muertos en el suelo, con agujeros enormes en las gargantas, y carne pulverizada en sus pechos.

No tenía ni idea de dónde se hallaba el Sabio, pero no cabía ninguna duda de que ya no estaba allí.

Oí un ruido detrás de mí demasiado tarde para detener el golpe, pero a tiempo de impedir que me dejara inconsciente, y salí despedido hacia delante; caí mal, pero tuve la astucia de rodar al mismo tiempo. En el suelo vi clavada una vara que iba dirigida a mí. En el otro extremo había un soldado sorprendido. Me levanté, le agarré de los hombros y le di la vuelta. En ese mismo instante le di una patada al asta de la vara para partirla y se la clavé en el cuerpo.

Se sacudía como un pez fuera del agua, atravesado con el asta rota de su propia vara, pero no me entretuve a admirar cómo agonizaba. Un segundo soldado se abalanzó sobre mí, enfadado, tal y como uno se pone al ver morir a su amigo.

«Bueno —pensé—, veamos si funciona otra vez».

Clic.

La hoja oculta se activó y el acero de su hoja se encontró con el acero de la mía, me deshice de su espada y le abrí la garganta con un revés. Desenvainé la espada de mi cinturón a tiempo de encontrarme con el tercer atacante. Tras él había dos soldados con mosquetes. Cerca distinguí a El Tiburón, con la espada desenfundada, pero sostenida junto a la cadera como si observara la pelea. Vi que uno de los soldados hacía una mueca y fue una expresión que reconocí, una expresión que ya había visto antes en hombres de la cubierta de un barco amarrado al mío.

Disparó justo cuando clavaba tanto la espada como la hoja oculta en el soldado que tenía delante, le sujetaba con ambas armas y le hacía girar al mismo tiempo. Su cuerpo, ya muerto, se sacudió cuando la bala del mosquete le atravesó.

Solté a mi escudo humano y le arranqué un puñal del cinturón mientras caía, rezando por que mi puntería fuese tan buena como siempre, después de pasar incontables horas en casa atormentando troncos con cuchillos arrojadizos.

Y así fue. Eliminé no al primer mosquetero —que ya estaba haciendo un intento nervioso de recargar—, sino al segundo, que cayó con el cuchillo incrustado entre las costillas.

De un salto me abalancé sobre el primero y le di un puñetazo en el estómago con la mano de la hoja, de modo que tosió y murió sobre el mango. Unas gotas de sangre describieron un arco en la noche al retirar la hoja y me di la vuelta para encontrarme con el ataque de El Tiburón.

Aunque no hubo tal ataque.

El Tiburón calmó el ritmo de la pelea y en lugar de comenzar a atacar enseguida, simplemente se quedó allí como si nada, lanzando la espada de una mano a otra antes de dirigirse a mí con ella.

Muy bien. Al menos no habría mucha charla durante este combate.

Gruñí y avancé, describiendo semicírculos con las hojas en el aire, con la esperanza de aturdirlo, desorientarlo. Su expresión apenas cambió, y con rápidos movimientos del codo y el antebrazo bloqueó mi ataque con facilidad. Estaba concentrándose en mi mano izquierda, la mano que sostenía la espada, y antes ni siquiera de darme cuenta de que estaba haciéndolo, mi alfanje salió disparado de mis malditos dedos al suelo.

Ahora la hoja. Se concentró en ella, como si supiera que era nueva para mí. Detrás de él se habían reunido más guardias en el patio y, aunque no podía entender lo que estaban diciendo, era bastante obvio: no era rival para El Tiburón y acabaría conmigo en un abrir y cerrar de ojos.

Así resultó. El último de sus ataques terminó con un golpe en mi barbilla. Noté que se me aflojaban los dientes y que me daba vueltas la cabeza mientras caía primero de rodillas para luego acabar de bruces. Bajo mi túnica, la sangre corría por los laterales como sudor y las últimas fuerzas que me quedaban se las llevó el dolor.

El Tiburón se acercó. Una bota pisó mi hoja y me inmovilizó el brazo; me pregunté vagamente si el arma tendría una hebilla que fuera fácil de

desabrochar, aunque no me beneficiaría en nada, puesto que la punta de su espada me empujaba el cuello, preparada para el último golpe letal…

—Es suficiente —gritaron desde la puerta del recinto.

Con los ojos entrecerrados a través de un velo de sangre, vi que los guardias se apartaban para dejar paso a Torres, seguido de DuCasse. Los dos Templarios hicieron a un lado a El Tiburón con un empujón y, con una ligera irritación en los ojos —el cazador se negó a matar—, el sicario se alejó. Para serte sincero, no me entristeció verle marcharse.

Respiraba entrecortadamente. Tenía la boca llena de sangre y escupí cuando Torres y DuCasse se agacharon para estudiarme como dos médicos examinando a un paciente. Cuando el francés llegó a mi antebrazo, casi esperaba que me tomara el pulso, pero en cambio desató la hoja oculta con unos dedos expertos y luego la tiró. Torres me miró y me pregunté si de verdad estaba tan decepcionado como parecía o si solo era teatro. Me cogió la otra mano, me quitó el anillo templario y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Cuál es tu auténtico nombre, bribón? —dijo Torres.

Desarmado como estaba, me ayudaron a incorporarme.

—Es, ah…, capitán Tocahuevos.

Volví a escupir, esta vez cerca del zapato de DuCasse, y apartó la vista de la mancha de sangre para mirar con desdén.

—No es más que un sucio campesino.

Fue a golpearme, pero Torres le retuvo. Había estado echándole un vistazo a los cadáveres del patio, como si intentase evaluar la situación.

—¿Dónde está el Sabio? —preguntó—. ¿Lo has liberado?

—No he tenido nada que ver con eso, aunque deseaba hacerlo —logré decir.

Por lo que sabía, le habían soltado amigos Asesinos o había organizado una fuga él solo. En cualquier caso, se había ido; estaba fuera de peligro y en posesión del secreto que todos queríamos: la ubicación del Observatorio. Mi visita había sido inútil.

Torres me miró y debió de ver la verdad en mis ojos. Su relación con los Templarios le convertía en mi enemigo, pero había algo en el viejo que me gustaba, o al menos que respetaba. Tal vez él también viera algo en mí, la impresión de que quizá no éramos tan distintos. De una cosa estaba seguro:

si la decisión la hubiera tomado DuCasse, habría visto mis tripas caer al suelo del recinto. Pero Torres se levantó y les hizo una seña a sus hombres.

—Llevadlo al puerto y enviadlo a Sevilla con la flota del tesoro.

—¿A Sevilla? —inquirió DuCasse.

—Sí —respondió Torres.

—Pero podemos interrogarle nosotros mismos —dijo DuCasse y oí la cruel sonrisa en su voz—. De hecho… Sería un placer.

—Por eso precisamente tengo la intención de confiarle el trabajo a nuestros colegas en España —dijo Torres con firmeza—. Espero que no sea un problema para ti, Julien.

Hasta confundido por el dolor oí la irritación en la voz del francés.

—*Non, monsieur* —contestó.

Aun así, disfrutó sobremanera dejándome inconsciente.

32

Cuando desperté estaba en el suelo de un galeón, al parecer bajo cubierta. Se trataba de un galeón grande, de los que parecían usarse para transportar… gente. Tenía las piernas sujetas con unos grilletes de hierro, unos grandes grillos inamovibles, esparcidos por todo el espacio, algunos vacíos y otros no.

No muy lejos distinguí más cuerpos en la penumbra. Al fondo había más hombres, supuse que una docena aproximadamente, encadenados como yo, pero costaba saber en qué estado por sus bajos gemidos y los murmullos que llegaban a mis oídos. En la otra punta estaban apiladas las que creí que eran las posesiones de los cautivos: ropa, botas, sombreros, cinturones de cuero, mochilas y baúles. En medio de todo aquello creí ver mi túnica, todavía manchada de sangre de la pelea en el recinto de la prisión.

Recordarás que dije cómo olía bajo cubierta, ¿no? Bueno, esta olía diferente. Era el olor de la desgracia. El olor del miedo.

Una voz dijo: «Comed rápido», y un cuenco de madera cayó con un golpe sordo junto a mis pies descalzos, ante las botas de cuero negras de un guardia que se retiró, y vi la luz del sol por una escotilla y oí el ruido que hacía una escalera mientras la subían.

Dentro del cuenco había una galleta seca de harina y un manchón de avena. No muy lejos estaba sentado un hombre negro que, como yo, miraba la comida con desconfianza.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

No dijo nada ni se movió para coger el cuenco, sino que llevó las manos a los grilletes de sus pies y empezó a intentar abrirlos, con una expresión en el rostro de profunda concentración.

Al principio creí que estaba perdiendo el tiempo, pero mientras movía los dedos, deslizándolos entre los pies y los hierros, me miró y, aunque no

dijo nada, creí ver en sus ojos el fantasma de una dolorosa experiencia. Se llevó las manos a la boca y durante un momento pareció un gato lavándose, hasta que metió esa misma mano en la avena para mezclar aquel mejunje con su saliva y luego usarlo para lubricar el pie en el grillete.

Ahora sabía lo que estaba haciendo y no podía más que contemplarlo con admiración y esperanza mientras continuaba con su tarea, engrasando el pie cada vez más hasta que estuvo lo suficientemente resbaladizo para…

Intentarlo. Me miró, acalló cualquier muestra de ánimo incluso antes de que pudiera decir nada, luego se dio la vuelta y tiró al mismo tiempo.

Habría gritado de dolor si no hubiera estado tan concentrado en permanecer callado. Cuando sacó el pie del grillete, estaba cubierto de una repugnante mezcla de sangre, saliva y avena. Pero ahora era libre. Y de todas maneras ninguno de nosotros quería comer avena.

Alzó la vista hacia la escalera que subía a la cubierta, ambos nos preparamos por si aparecía un guardia, y empezó a probar con el otro pie que no tardó en liberar. Agachado sobre la madera con la cabeza ladeada, escuchaba mientras unas pisadas arriba parecían moverse hacia la escotilla y luego, por suerte, volvieron a alejarse.

Hubo un momento en que me pregunté si simplemente me dejaría allí. Al fin y al cabo, no nos conocíamos; no me debía nada. ¿Por qué iba a perder el tiempo y poner en peligro su propio intento de fuga para ayudarme?

Pero a continuación, después de unos instantes en los que vaciló —tal vez él mismo se preguntaba si era sensato ayudarme—, se acercó con dificultad hacia mí, comprobó los grilletes y corrió hacia una parte oculta detrás de mí para volver con las llaves.

Me dijo que se llamaba Adewalé mientras abría los grilletes. Le di las gracias en voz baja al tiempo que me restregaba los tobillos.

—¿Qué plan tienes, amigo? —susurré.

—Robar el barco —se limitó a decir.

Me gustaba cómo sonaba eso. Aunque primero recuperé la túnica y la hoja oculta, y añadí a mi conjunto un par de tirantes de cuero y una chaqueta de piel.

Entretanto mi nuevo amigo Adewalé usaba las llaves para liberar a los demás prisioneros. Cogí otras de un clavo en la pared y me puse a hacer lo mismo que él.

—Este favor tiene trampa —le dije al primer hombre al que me acerqué mientras abría con la llave lo que le tenía retenido—. Vas a navegar conmigo.

—Te seguiría hasta el infierno por esto, amigo…

Había más hombres de pie, ya sin grilletes, que de los que quedaban todavía apresados, y tal vez los de arriba habían oído algo porque de repente la escotilla se abrió y el primer guardia bajó las escaleras ruidosamente con su espada desenvainada.

—Eh —dijo.

Pero ese «eh» resultó ser su última palabra. Ya me había colocado la hoja oculta (a pesar del poco tiempo que la había llevado, en cierta manera me resultaba familiar, casi como si la tuviera desde hacía años) y con un movimiento del antebrazo la accioné, di un paso hacia delante y se la clavé al guardia profundamente en el esternón.

No fui precisamente sigiloso ni sutil y le apuñalé tan fuerte que la hoja le perforó la espalda y le sujetó contra los escalones hasta que la arranqué de allí. A continuación vi las botas de un segundo soldado y la punta de su espada cuando llegaron los refuerzos, pero por este no esperé. Con un revés le corté justo por debajo de las rodillas y el hombre gritó mientras se caía, perdiendo la espada, perdiendo el equilibrio. Le había cortado hasta el hueso una de las piernas por la parte inferior y le salía la sangre a borbotones mientras se reunía con su compañero sobre la madera.

A aquellas alturas ya se trataba de un motín a gran escala. Los hombres liberados corrían a las pilas de bienes confiscados para recuperar su equipo, armarse con alfanjes y pistolas y ponerse unas botas. Vi que empezaban riñas —¡tan pronto!— por de quién era cada cosa, pero no había tiempo para hacer de árbitro. Un buen tirón de orejas fue lo que hizo falta para que nuestro nuevo equipo estuviera listo para entrar en acción. Arriba oímos el sonido de unos pies corriendo y unos gritos de pánico en español mientras los guardias se preparaban para el alzamiento.

Pero entonces, sucedió algo más. El barco de pronto se sacudió por una ráfaga de viento. Miré a Adewalé y movió los labios. Dijo una palabra: huracán.

De nuevo pareció que el barco se había estrellado contra algo cuando una segunda ráfaga de viento nos alcanzó. El tiempo jugaba en nuestra contra; debíamos ganar la batalla rápidamente y necesitábamos hacernos con nuestro propio barco porque esos vientos, a pesar de su furia, no eran nada —nada— comparados con la fuerza de un huracán a gran escala.

Se podía calcular su llegada contando el intervalo entre las primeras ráfagas. Se podía ver la dirección en que venía el huracán. Y si eras un marinero experimentado, que era mi caso, podías aprovecharte del huracán. Así que siempre que zarpáramos pronto, podríamos dejar atrás a cualquiera que nos persiguiera.

Sí, eso era. El terror del huracán fue sustituido por la idea de que podíamos hacer que jugara a nuestro favor. Podíamos aprovecharnos del huracán y dejar atrás a los españoles. Le dije unas cuantas palabras a Adewalé al oído y mi nuevo amigo asintió y empezó a difundir el plan entre el resto de los hombres.

Estarían esperando que saliéramos por la escotilla. Esperarían un ataque falto de coordinación, desordenado, en el alcázar.

«Hagámosles pagar por subestimarnos».

Ordené a algunos hombres que se quedaran cerca del pie de las escaleras e hicieran el ruido de hombres que se preparaban para el ataque, llevé al resto a popa, donde irrumpimos en la enfermería y subimos a hurtadillas las escaleras que llevaban a la cocina.

En cuanto salimos a la cubierta principal, como era de esperar cogimos a los soldados españoles de improviso, de espaldas a nosotros, apuntando con los mosquetes hacia la escotilla del alcázar.

Eran idiotas. Eran unos idiotas descuidados que no solo nos habían dado la espalda, sino que llevaban mosquetes a una pelea de espadas, y pagarían por ello con acero en sus tripas, a través de sus gargantas. Por un momento, el alcázar se convirtió en el campo de batalla mientras le sacábamos partido a la ventaja que nos había brindado el ataque sorpresa, hasta que yacieron

muertos o moribundos a nuestros pies. Los últimos se tiraban por la borda presas del pánico y nosotros recuperábamos el aliento.

Aunque las velas estaban recogidas, el barco se mecía como si lo azotara otra ráfaga de viento. El huracán estaría sobre nosotros de un momento a otro. En las naves del puerto que pertenecían a la flota del tesoro vimos soldados distribuyendo picas y mosquetes mientras empezaban a prepararse para nuestro ataque.

Necesitábamos un barco más rápido que ese; Adewalé ya le había echado el ojo a uno y conducía a un grupo de hombres por la pasarela hasta el muelle. Los soldados en el puerto morían por sus espadas. Hubo un estallido de mosquetes y algunos de los nuestros cayeron, pero ya estábamos corriendo hacia el siguiente galeón detrás de nosotros, una embarcación bonita, la embarcación que pronto haría mía.

Subimos a ella justo cuando el cielo se oscurecía, un telón de fondo apropiado para la batalla y un augurio aterrador de lo que estaba por llegar.

El viento nos azotaba. Estaba haciéndose más fuerte y nos golpeaba con repetidas ráfagas. Se veía que los soldados españoles estaban desorganizados, tan asustados de la tormenta que se aproximaba como de los prisioneros que se habían escapado, incapaces de evitar el ataque de ninguno de los dos.

La batalla fue atroz y sangrienta, pero terminó enseguida y el galeón fue nuestro. Durante un instante me pregunté si Adewalé querría asumir el mando; en realidad tenía todo el derecho a hacerlo. Este hombre no solo me había liberado, sino que había liderado la carga que nos ayudó a conseguir el barco. Y si decidía capitanear su propio barco, tendría que respetarlo y encontrar el mío, ir por mi cuenta.

Pero no. Adewalé quería navegar conmigo como intendente.

Y yo estuve más que agradecido, no solo porque quería servirme, sino porque había elegido no llevarse sus habilidades a otra parte. Adewalé sería un intendente leal, un hombre que nunca alzaría un motín contra mí mientras yo fuese un capitán justo e imparcial.

Lo supe desde el principio de nuestra amistad, al igual que lo sé ahora tras todos estos años de camaradería.

(Ah, pero el Observatorio… El Observatorio se interpuso entre nosotros).

Zarpamos en cuanto desplegamos las velas y los primeros soplos de la tormenta que se avecinaba las hincharon. Nos azotaban los vientos de costado al dejar el puerto y miré atrás desde mi puesto en el timón para ver los barcos que quedaban de la flota del tesoro asaltados por el viento y la lluvia. Al principio los mástiles se movieron peligrosamente de un lado a otro, como péndulos fuera de control, y después chocaron los unos contra los otros cuando la tormenta llegó. Sin las velas preparadas eran presas fáciles y me llenó de gozo verlos hechos trizas por el huracán que se aproximaba.

El aire parecía enfriarse cada vez más a nuestro alrededor. Sobre mi cabeza vi las nubes juntándose, cruzando raudas el cielo y tapando el sol. A continuación nos azotó el viento, la lluvia y el agua del mar. A nuestro alrededor las olas parecían crecer cada vez más: eran imponentes montañas de agua con crestas espumosas que estaban a punto de ahogarnos, de lanzarnos de un enorme cañón de mar a otro.

Las aves de corral cayeron por la borda. Los hombres se agarraban de las puertas de los camarotes. Oí los gritos de los mozos de cubierta desafortunados que salían disparados del barco. El fuego de la cocina se había apagado. Todas las puertas y escotillas estaban derribadas. Tan solo los hombres más valientes y diestros se atrevían a subir a los flechastes para intentar controlar el velamen.

El trinquete se partió y temí por el mástil principal y la mesana, pero aguantaron, gracias a Dios, y alabé al Señor en silencio por aquel barco rápido y luchador que nos había dado el destino.

El cielo estaba lleno de nubes negras que de vez en cuando se separaban para permitir que pasasen los rayos de sol, como si el sol fuera un prisionero tras ellas, como si el clima se burlara de nosotros. Aun así seguimos avanzando, con tres hombres al timón y otros colgando de las jarcias como si trataran de hacer volar una enorme y abominable cometa, intentando desesperadamente llevarle la delantera a la tormenta. Disminuir la velocidad sería rendirse. Y rendirse significaría morir.

Pero no morimos, no ese día. Detrás de nosotros el resto de la flota del tesoro estaba destrozada en el puerto, pero este barco —justo el barco que contenía a los prisioneros liberados— había conseguido escapar y los hombres que teníamos —una tripulación más bien escasa— nos juraron lealtad a Adewalé y a mí, y estuvieron de acuerdo con mi propuesta de zarpar inmediatamente hacia Nasáu. Por fin iba a regresar a Nasáu, para ver a Edward y Benjamin, y reincorporarme a la república de piratas que había echado tanto de menos.

Tenía ganas de enseñarles mi barco. Mi nuevo barco. Al que había llamado la *Grajilla*.

33

Septiembre de 1715

—¿Le has puesto a tu nuevo bergantín el nombre de un ave de mierda?

Si hubiera sido cualquier otro hombre, habría desenfundado mi pistola o tal vez activado la hoja oculta para que se tragara sus palabras. Pero se trataba de Edward Thatch. No era Barbanegra todavía, oh, no. Todavía tenía que dejarse crecer el vello facial, que le otorgaría su alias más famoso, pero aún tenía toda esa fanfarronería que era tan característica de él como la barba trenzada y las mechas encendidas que llevaba en ella.

Benjamin también estaba allí. Estaba sentado con Edward bajo los toldos de la Old Avery, una taberna en la colina que daba al puerto, uno de los pocos lugares del mundo que me eran queridos y mi primera parada obligada al entrar en Nasáu. Una Nasáu que me alegraba ver apenas cambiada: el tramo de océano del más puro azul en el puerto, los barcos apresados que llenaban las costas, las banderas inglesas ondeando en sus mástiles, las palmeras, las chozas, el enorme fuerte que descollaba sobre nosotros, la bandera de la calavera ondeando bajo la brisa del este… He mentido. Sí había cambiado. Estaba más concurrida que antes. Descubrí que unos novecientos hombres y mujeres la habían convertido en su base, de los cuales setecientos eran piratas. Incluyendo a Edward y Benjamin, que planeaban asaltos y bebían, bebían y planeaban asaltos, que es lo mismo.

Cerca había otro pirata que reconocí. Sentado solo estaba James Kidd, del que algunos decían que era el hijo de William Kidd. Pero de momento centré mi atención en mis antiguos compañeros de barco y ambos se levantaron para saludarme. Aquí no había ninguna formalidad, la insistencia en la cortesía y el decoro que coartan al resto de la sociedad. No, me

recibieron con el auténtico saludo de piratas; Edward y Benjamin me dieron grandes abrazos, los azotes piratas de las Bahamas, pero en realidad eran unos buenazos, con lágrimas de gratitud en los ojos al ver a un viejo amigo.

—Por Dios, dichosos son los ojos salados —dijo Benjamin—, ven aquí a echar un trago.

Edward le lanzó una mirada a Adewalé.

—¡Vaya, Kenway! ¿Quién es este?

—Adewalé, el intendente de la *Grajilla*.

Y ahí fue cuando Edward hizo su comentario socarrón sobre el nombre de la *Grajilla*. Ninguno de ellos había mencionado la túnica que llevaba puesta, pero tal vez ese placer debía esperar. Sin duda habría un momento, después de la bienvenida, cuando ambos me pegarían un repaso, y me pregunté si se quedarían mirando embobados mi ropa o les sorprendería cómo había cambiado. Cuando nos conocimos no era más que un crío, pero había dejado de ser un adolescente irresponsable y arrogante, un chico de los recados, perdidamente enamorado pero un marido de poca confianza, para convertirme en otra cosa, un hombre lleno de cicatrices, endurecido por la batalla, que ya no era tan descuidado con sus sentimientos, ni tan liberal con sus emociones, un hombre frío en muchos aspectos, un hombre cuyas auténticas pasiones estaban enterradas muy adentro.

A lo mejor mis dos antiguos amigos veían eso. A lo mejor habían advertido esa transformación de niño a adulto.

Les comenté que estaba buscando hombres que formaran parte de mi tripulación.

—Bueno —dijo Edward—, por aquí hay muchos hombres competentes, pero ten cuidado. Unos marineros del rey aparecieron hace quince días causando problemas y creyendo que este lugar era suyo.

No me gustaba cómo sonaba eso. ¿Era obra de Woodes Rogers? ¿Había enviado un grupo de avanzada? ¿O había otra explicación? Los Templarios. ¿Quizás estaban buscándome? ¿Buscaban otra cosa? Ahora había mucho en juego. Debería saberlo. Había hecho muchas cosas para provocar aquella situación.

Resultó que al reclutar a más hombres para mi barco iba a tener un poco más de información sobre la presencia de los ingleses en las Bahamas. Los

hombres con los que Adewalé y yo hablamos nos contaron que habían visto soldados pavoneándose con los colores del rey. Los británicos nos querían fuera, bueno, claro que sí, éramos como una espina clavada en Su Majestad, una gran mancha sucia en su enseña roja, pero parecía que había aumentado más si cabe el interés de los ingleses. Así que cuando me reuní más tarde con Edward, Ben y James Kidd, que también estaba presente, en la Old Avery, desconfié más de lo habitual de los rostros desconocidos y me aseguré de hablar en voz baja para que no me oyeran.

—¿Alguna vez habéis oído hablar de un lugar llamado el Observatorio? —les pregunté.

Había estado dándole muchas vueltas. Al mencionarlo, James Kidd movió los ojos. Le lancé una mirada. Era joven, tendría unos diecinueve o veinte años, un poco más joven que yo y también un poco impulsivo. Así que, mientras Thatch y Hornigold negaban con la cabeza, fue él el que habló.

—Sí —contestó—, he oído hablar del Observatorio. Es una antigua leyenda, como El Dorado o la Fuente de la Juventud.

Les conduje a una mesa donde, con un vistazo a izquierda y derecha para comprobar si había en el local algún espía del rey, alisé el dibujo que había robado de la mansión de Torres y lo coloqué sobre la mesa. Tenía las esquinas un poco dobladas, pero aun así ahí estaba, delante de nosotros, la imagen del Observatorio, que los tres hombres miraron con interés, algunos con más interés que otros. Algunos fingían no estar tan interesados como en realidad lo estaban.

—¿Qué has oído? —pregunté a James.

—Se supone que es un templo o una tumba, que esconde un tesoro de algún tipo.

—¡Ah, joyas! —bramó Edward—. ¿Prefieres cuentos de hadas al oro?

Edward no iba a participar en la búsqueda del Observatorio. Lo supe desde el principio. Diablos, lo sabía antes siquiera de abrir la boca. Quería tesoros que pudiera pesar en balanzas; cofres llenos de reales, oxidados con la sangre de sus anteriores dueños.

—Vale más que el oro, Thatch. Diez mil veces más de lo que podríamos sacar de cualquier barco español.

Ben miraba también sin estar convencido; a decir verdad, el único oído que me prestaba atención era el de James Kidd.

—Robando al rey para pagar a los pobres fue como llegamos aquí, muchacho —dijo Ben con un tono de amonestación. Señaló con un dedo sucio y curtido mi dibujo robado—. Esto no es una fortuna, es fantasía.

Mis dos antiguos compañeros de barco eran la sal de la tierra, los dos mejores hombres con los que había navegado, pero maldije su falta de visión. Hablaban de dos o tres logros que nos darían para tirar unos meses, pero ¡yo tenía en mente una presa que nos arreglaría la vida! Por no mencionar que me convertiría en un caballero: un hombre prometedor, acomodado.

—¿Todavía sueñas con esa meretriz de Bristol? —se mofó Ben cuando mencioné a Caroline—. ¡Jesús! Déjalo ya, muchacho. Nasáu es donde tienes que estar, no en Inglaterra.

Y durante un tiempo intenté convencerme de que era verdad, de que tenían razón, y que debía poner mi atención en tesoros más tangibles. Durante los días que pasé bebiendo, planificando asaltos, llevando a cabo esos asaltos, bebiendo por el éxito y planificando más asaltos, tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre la ironía de todo aquello. Al estar sentado a la mesa con mis «amigos» Templarios había creído que eran unos ilusos, unos tontos, y ansiaba la compañía de mis compañeros piratas con su forma franca de hablar y su pensamiento libre. Sin embargo, ahora en Nasáu me encontraba con hombres que habían cerrado sus mentes, a pesar de que las apariencias reflejaran lo contrario, a pesar de lo que decían e incluso del simbolismo de la bandera negra, que me regalaron una tarde cuando el sol nos azotaba.

—No ondeamos colores aquí, pero alabamos la falta de ellos —dijo Edward mientras mirábamos hacia la *Grajilla*, donde Adewalé se hallaba junto al asta—. De este modo, dejemos que la bandera negra indique tu lealtad a la libertad natural del hombre. Esta es tuya. Ondéala con orgullo.

La bandera se agitó suavemente por el viento y me sentí orgulloso. Estaba orgulloso. Estaba orgulloso de lo que representaba y del papel que yo jugaba en eso. Había ayudado a construir algo que merecía la pena, había dado un paso hacia la libertad; la libertad de verdad. Pero aun así

seguía habiendo un profundo hueco en mi corazón, donde pensaba en Caroline y en el daño que había causado. Verás, cariño, había regresado a Nasáu siendo un hombre diferente. ¿Estaban aquellas pasiones bien enterradas? Esperaba el día en el que actuar en relación con todo eso.

Mientras tanto había otras cosas en las que pensar, concretamente la amenaza a nuestro modo de vida. Una noche nos encontrábamos sentados alrededor de una hoguera en la playa, con nuestros barcos, el *Benjamin* y la *Grajilla*, anclados cerca de la costa.

—¡Por la república pirata, muchachos! —brindó Thatch—. Somos prósperos y libres, y estamos fuera del alcance del clero del rey y los recaudadores de deudas.

—Cerca de quinientos han prometido lealtad a los hermanos de la costa de Nasáu. No está mal la cifra —apuntó James Kidd, que me lanzó una mirada de soslayo que fingí no advertir.

—Cierto. —Thatch eructó—. Aunque necesitamos unas defensas resistentes. Si el rey atacara la ciudad, nos pisotearía.

Cogí la botella de ron que me pasó, la alcé hacia la luz de la luna para examinar los trozos de sedimentos que flotaban y entonces, satisfecho, di un sorbo.

—Entonces vayamos a buscar el Observatorio —sugerí—. Si hace lo que afirman los Templarios, seremos invencibles.

Edward suspiró y fue a coger la botella. Me oían decir lo mismo muchas veces.

—No vuelvas con esas bobadas, Kenway. Es un cuento para niños. Yo me refiero a defensas de verdad. Robemos un galeón y cambiemos los cañones a un lado. Sería un bonito adorno para uno de nuestros puertos.

Adewalé intervino:

—No será fácil robar un galeón español entero. —Su voz era lenta, clara, reflexiva—. ¿Tenéis alguna nave en mente?

—Yo sí, señor —contestó Thatch arrastrando las palabras—. Y os la mostraré. Es una vaca. Una gorda y lenta.

Y así fue como lanzamos el ataque al galeón español. Entonces no lo sabía, desde luego, pero iba a toparme otra vez con mis amigos los Templarios.

34

Marzo de 1716

Pusimos rumbo sureste o por ahí. Edward dijo que había visto aquel galeón en particular merodeando por el tramo inferior de las Bahamas. Zarpamos a bordo de la *Grajilla* y mientras avanzábamos nos encontramos hablando con James Kidd, interrogándole sobre su familia.

—El hijo bastardo del difunto William Kidd, ¿eh? —A Edward Thatch le hacía mucha gracia aquella relación—. ¿Es cierto que te gusta contar esa historia?

Los tres nos hallábamos en la cubierta de popa, compartiendo un catalejo como si fuera una botella de ron, pasándonoslo para echar un vistazo a través de un muro de niebla al anochecer, tan denso que era como intentar ver a través de la leche.

—Eso me dijo mi madre —respondió Kidd remilgadamente—. Soy el resultado de una noche de pasión justo antes de que William dejara Londres…

Costaba saber por su voz si le había molestado la pregunta. Él era diferente. Edward Thatch, por ejemplo, llevaba el corazón en la manga. Se enfadaba y al momento pasaba a estar alegre. No importaba que estuviera dando puñetazos o repartiendo abrazos embriagados que rompían las costillas, siempre sabías qué esperar de Edward.

Fueran cuales fuesen las cartas de Kidd, las mantenía bien pegadas al pecho. Recordé una conversación que habíamos mantenido hacía un tiempo.

—¿Le robaste ese atuendo a un petimetre en La Habana? —me preguntó.

—No, señor —respondí—. Lo encontré en un cadáver… Uno que iba por ahí diciéndome mierdas a la cara tan solo unos instantes antes.

—Ah… —dijo y su rostro reflejó una expresión imposible de descifrar.

Sin embargo, no pudo ocultar su entusiasmo cuando por fin vimos el galeón que estábamos buscando.

—Ese barco es un monstruo. ¡Mirad qué tamaño tiene! —exclamó Kidd mientras Edward se jactaba como diciendo: «Os lo dije».

—Sí y no podemos estar mucho delante de él. ¿Has oído eso, Kenway? Mantén la distancia y atacaremos cuando la fortuna nos sonría.

—Al amparo de la oscuridad, lo más seguro —dije con el ojo en el catalejo.

Thatch tenía razón. Era una preciosidad. Un bonito adorno para nuestro puerto, sin duda, y una imponente línea de defensa en sí mismo.

Dejamos que el galeón se alejara hacia una interrupción del horizonte en la distancia que parecía ser una isla. Inagua, si me acordaba bien de las cartas de navegación, donde una cala era el lugar perfecto para anclar nuestras velas, y la vida animal y las plantas abundantes la hacían ideal para abastecernos de provisiones.

Edward lo confirmó.

—Conozco ese lugar. Es un bastión natural usado por un capitán francés llamado DuCasse.

—¿Julien DuCasse? —pregunté, incapaz de apartar la sorpresa de mi voz—. ¿El Templario?

—El nombre es correcto —respondió Edward, distraído—. No sabía que tuviera un título.

—Conozco a ese hombre —dije con tono de gravedad—. Y si ve mi barco, lo reconocerá de cuando estuvo en La Habana. Lo que significa que sabrá quién lo maneja ahora. No puedo arriesgarme.

—Y yo no quiero perder ese galeón —replicó Edward—. Pensémoslo… y quizá debamos esperar a que haya oscurecido más todavía antes de saltar a bordo.

Más tarde aproveché la oportunidad para dirigirme a los hombres. Me subí a las jarcias y miré desde arriba a todos los que estaban allí reunidos, incluidos Edward Thatch y James Kidd. Me pregunté, allí colgado unos

instantes, mientras esperaba que reinase el silencio, si Edward me miraba y se sentía orgulloso de su joven protegido, un hombre al que había enseñado las prácticas de la piratería. Eso esperaba.

—¡Caballeros! ¡Como es costumbre entre los nuestros, no nos lanzaremos precipitadamente a la locura de seguir las órdenes de uno solo, sino que actuaremos según la locura de nuestro propio colectivo!

Rieron a carcajadas.

—El objeto de nuestra atención es un galeón con aparejo de cruz que queremos por las ventajas que nos ofrecerá en Nasáu. Así que lo pongo a votación… Todos los que estén a favor de asaltar esa cala y tomar el barco que pisen fuerte el suelo y griten: «¡Sí!».

Los hombres rugieron su aprobación. No hubo ni una sola voz de disconformidad entre ellos y me levantó el ánimo oírlo.

—Y aquellos que se opongan que gimoteen: «¡No!».

No se oyó ningún «no».

—¡Nunca ha estado el consejo del rey tan unificado! —bramé y los hombres se unieron a mí.

Miré a James Kidd, y sobre todo a Edward Thatch, que sonrieron con aprobación.

Poco después de zarpar hacia la cala, se me ocurrió una idea: tenía que asegurarme de que se ocupaban de Julien DuCasse. Si veía la *Grajilla*, mejor dicho, si me veía y luego escapaba, les podía contar dónde estaba a sus aliados Templarios y yo no quería eso. No si todavía albergaba la esperanza de localizar el Observatorio. Y, a pesar de lo que decían mis compañeros, ese era el caso. Reflexioné sobre el asunto, medité las distintas posibilidades, y al final decidí hacer lo que hiciera falta: saltar por la borda.

Bueno, no directamente. Primero les conté a Edward y James mis planes, y entonces, cuando les dije a mis amigos que planeaba seguir adelante y sorprender a DuCasse antes de que empezara el ataque principal, salté por la borda.

Nadé hasta la orilla, donde me moví como un espectro en la noche, pensando en Duncan Walpole al hacerlo, recordando la noche en la que irrumpí en la mansión de Torres, y deseé de todo corazón que esta vez no tuviera el mismo resultado.

Pasé junto a un grupo de guardias de DuCasse y con mi limitado español entendí solo fragmentos de la conversación mientras se quejaban por tener que ir a buscar provisiones para el barco. Estaba anocheciendo cuando llegué a un campamento y me agaché entre la maleza. Desde ahí, escuché una conversación en el interior de una tienda. Reconocí una voz en particular, la de Julian DuCasse.

Ya sabía que DuCasse tenía una casa solariega en la isla, donde sin duda le gustaba relajarse tras regresar de sus intentos de controlar el mundo. El hecho de que no hubiera vuelto allí significaba que esto no era más que una breve visita para recoger provisiones.

Pero había un problema. En el interior de la tienda de campaña, mi antiguo colega Templario estaba rodeado de guardias. Probablemente se trataba de guardias agresivos y poco dispuestos a colaborar, a los que les molestaba tener que recoger suministros para el barco, por no mencionar sentir la punta afilada de la lengua de Julien DuCasse. Pero eran guardias de todas formas. Eché un vistazo al campamento. Al otro lado había una hoguera que se había consumido hasta casi quedar solo las brasas. Cerca de mí vi cajas y barriles, y al mirar otra vez el fuego, me di cuenta de que los habían puesto allí a propósito. Como era de esperar, cuando me acerqué para verlo mejor, vi que eran de pólvora. Me eché la mano a la nuca, donde guardaba la pistola para mantenerla seca. Mi pólvora estaba mojada, claro, pero el acceso a la pólvora ya no era un problema.

En medio del campamento había tres soldados. Supuestamente de guardia, pero en realidad farfullaban algo que no alcanzaba a oír. Lo más seguro era que estuviesen insultando a DuCasse. Había más grupos yendo y viniendo, añadiendo más provisiones a la pila: leña principalmente, astillas para encender el fuego, así como toneles de agua que salía de un abrevadero cercano. Apostaba a que no era exactamente el festín de jabalí y agua fresca de manantial que esperaba DuCasse.

En las sombras y con un ojo en el movimiento de los soldados, me acerqué sigilosamente a los barriles y abrí un agujero en el fondo de uno de ellos, lo bastante grande para llenarme las manos de pólvora y dejar un pequeño rastro mientras avanzaba por el límite del recinto hasta estar lo más cerca del fuego que me atrevía. Mi línea de pólvora trazaba un

semicírculo desde donde había estado agachado antes tras los barriles. En el otro extremo del círculo se encontraba la tienda de campaña en la que estaba sentado Julien DuCasse, bebiendo y soñando con los grandes planes que tenían los Templarios para dominar el mundo, y gritando improperios a sus renuentes hombres.

Sí. Tenía fuego. Tenía un rastro de pólvora que iba de la hoguera, pasando por la maleza, hasta llegar a los barriles. Tenía a unos hombres que volarían por los aires y a Julien DuCasse aguardando nuestro ajuste de cuentas. Ahora lo único que me quedaba por hacer era calcularlo todo para que ninguno de aquellos torpes soldados viera mi mecha improvisada antes de que detonase la pólvora.

Agachado, avancé hasta la hoguera, luego empujé una brasa hacia el rastro de pólvora. Me preparé para el sonido que iba a hacer —iba a sonar muchísimo por la noche— y le di gracias a Dios por el ruido que hacían los soldados. Y entonces, mientras la mecha se alejaba de mí silbando, esperé no haber interrumpido el rastro de pólvora sin darme cuenta; esperé no haberlo mojado con nada por accidente; esperé que ninguno de los soldados llegara justo en el instante en que…

Y entonces llegó uno. Llevaba un cuenco lleno de algo. Fruta, quizá. Pero le alertó el olor o el ruido y se detuvo al borde del claro para mirar sus botas justo cuando el chisporroteo del rastro de pólvora pasó por sus pies.

Alzó la vista y sus labios formaron una O para pedir ayuda cuando saqué un puñal de mi cinturón, eché el brazo hacia atrás y lo lancé. Agradecí de nuevo aquellas tardes perdidas destrozando árboles en Bristol y le di gracias a Dios cuando le alcanzó el cuchillo en alguna parte cerca de la clavícula; no había sido un lanzamiento especialmente certero, pero había funcionado. De modo que, en vez de alertarlos a gritos, emitió un sonido apagado, sofocado, y cayó de rodillas, rozándose con las manos el cuello.

Los hombres en el claro oyeron el ruido de su cuerpo al caer con el cuenco, de donde salió rodando la fruta, y se volvieron para ver de dónde procedía. De repente estaban alerta, pero no importaba, porque, mientras cogían los mosquetes de sus hombros y se alzaba un grito, no tenían ni idea de lo que estaba a punto de suceder.

Supongo que no sabían qué les atacaba. Me di la vuelta, me tapé los oídos con las manos y me hice un ovillo mientras la explosión sacudió el claro. Algo me dio en la espalda. Algo blando y húmedo, en lo que no quería pensar. A lo lejos oí gritos y supe que en cualquier momento llegarían más hombres, así que eché a correr hacia el claro. Pasé por cuerpos destrozados de soldados en varios estados de mutilación y desmembramiento, la mayoría muertos, uno de ellos suplicando la muerte. A través del denso humo negro que inundaba el claro, flotaban ascuas en el aire.

DuCasse salió de la tienda, maldiciendo en francés, pidiendo a gritos que alguien apagara el fuego. Tosiendo, resoplando, movía la mano enfrente de su cara para apartar el humo y las partículas asfixiantes del hollín abrasador, e intentaba ver a través de la niebla.

Y al colocarme delante de él, me vio.

Y sé que me reconoció porque así lo expresó. «Tú» fue la única palabra que dijo antes de que le clavara mi hoja.

Una hoja que no había hecho ruido.

—¿Recuerdas el regalo que me hiciste? —Hizo un ligero sonido de succión al sacársela del pecho—. Bueno, pues responde muy bien.

—Hijo de puta.

Tosió y la sangre le salpicó el rostro. A nuestro alrededor caía la descarga llameante como una nevada satánica.

—Tan enérgico como la bala de un mosquete y aun así la mitad de intenso —logró decir mientras se le agotaba la vida.

—Lo siento, amigo, pero no puedo arriesgarme a que le cuentes a tus colegas Templarios que sigo por aquí.

—Te compadezco, bucanero. Después de todo lo que has visto, después de todo lo que te mostramos de nuestra orden, sigues adoptando la vida de un bribón ignorante, sin propósito.

Alrededor de su cuello vi algo que no había advertido antes. Una llave en una cadena. Tiré de ella y se desprendió fácilmente en mis dedos.

—¿Es un hurto al alcance de tu ambición? —se mofó—. ¿No tienes cerebro para comprender hasta dónde llega la nuestra? ¡Todos los imperios del mundo, abolidos! Un mundo libre y abierto, sin parásitos como tú.

Cerró los ojos mientras moría. Sus últimas palabras fueron:

—Que el infierno que encuentres sea el de tu propia especie.

Tras de mí oí hombres que entraban en el claro y supe que era el momento de marcharse. A lo lejos oí más gritos y los sonidos de la batalla. Mis compañeros de barco habían llegado, tanto la cala como el galeón no tardarían en ser nuestros y aquel trabajo nocturno pronto terminaría. Y mientras desaparecía entre la maleza pensé en las últimas palabras de DuCasse: «Que el infierno que encuentres sea el de tu propia especie».

Ya lo veríamos, pensé. Ya lo veríamos.

TERCERA PARTE

35

Mayo de 1716

Habían pasado dos meses y estaba en Tulum, en la costa este de la península de Yucatán. ¿Cuál era el motivo de estar allí? El siempre misterioso James Kidd y lo que me había enseñado en la isla de Inagua.

Estaba esperando, ahora me doy cuenta. Esperaba el momento de pillarme a solas. Tras la muerte de DuCasse, el robo de su galeón y… bueno, digamos el «traspaso» del resto de los franceses, una operación que se redujo a «uníos a nosotros y convertíos en piratas» o «disfrutad del baño», Thatch zarpó a Nasáu con el galeón español, llevándose con él a la mayoría de los hombres.

Adewalé, Kidd y yo mismo nos quedamos con una vaga idea de cómo podíamos utilizar la cala. Lo que yo tenía en mente, por supuesto, era relajarme en la playa y beber hasta que se agotara el suministro de ron para luego regresar a Nasáu. «Oh, construisteis el puerto fortificado sin mí. ¡Qué lástima perderme la oportunidad de ayudar!». Algo así.

Lo que Kidd tenía en la cabeza… Bueno, ¿quién lo sabía? Al menos hasta que se acercó a mí aquel día, cuando me dijo que tenía algo que enseñarme y me llevó a las piedras mayas.

—Son raras, ¿verdad? —dijo.

No se equivocaba. Desde lejos parecían un montón de escombros, pero, al acercarnos, vi que en realidad se trataba de una formación cuidadosamente dispuesta de bloques tallados de manera curiosa.

—¿Pertenece esto a los que llaman «mayas»? —le pregunté, fijándome bien en la piedra—. ¿O es azteca?

Me miró. Tenía la misma mirada penetrante y burlona que siempre ponía cuando hablaba. Me hacía sentir incómodo, para ser sincero. ¿Por qué siempre me daba la sensación de que tenía algo que decir, algo que contarme? Esas cartas que sujetaba cerca del pecho había veces que quería arrancárselas de las manos y mirarlas yo mismo.

Aunque el instinto me decía que lo averiguaría a su debido tiempo. Aquel instinto demostraría tener razón y eso fue lo que ocurrió.

—¿Se te dan bien los acertijos, Edward? —me preguntó—. ¿Los rompecabezas, las reflexiones y eso?

—No soy peor que cualquier otro —respondí con prudencia—. ¿Por?

—Creo que tienes un don natural para eso. Lo percibí hace algún tiempo por tu manera de trabajar y pensar. El modo en que entiendes el mundo.

Nos estábamos acercando.

—No estoy seguro de eso. Ahora mismo estás jugando a las adivinanzas y no entiendo ni una palabra.

Asintió. Lo que fuese que fuera a contarme, no iba a salir todo de una vez.

—Trepa hasta ahí arriba, por favor. Quiero que me ayudes a resolver una cosa.

Juntos subimos como pudimos al montón de rocas al lado del que estábamos antes agachados. Cuando James puso una mano en mi pierna, la miré; estaba tan bronceada, curtida y ajada como la de un pirata, con el mismo enrejado de diminutos cortes y cicatrices ganados en el mar. Pero era más pequeña, los dedos estaban ligeramente reducidos, y me pregunté qué estaba haciendo allí. Sí… «Pero no. Seguro que no».

Entonces se puso a hablar. Sonaba más serio que antes, como un hombre santo meditando.

—Concéntrate y presta atención con todos los sentidos. Deja atrás la sombra y el sonido, profundiza en la materia, hasta que veas y oigas una especie de resplandor.

¿De qué iba aquello? Su mano agarró mi pierna con más fuerza. Me animó a concentrarme. La forma de agarrarme, toda su actitud en realidad, no toleraba la incredulidad y hacía desaparecer la renuencia, mi resistencia…

Y entonces…, entonces lo vi. No, no lo vi. ¿Cómo puedo explicarlo? Lo sentí…, lo sentí con mis ojos.

—Un resplandor —dije en voz baja.

Estaba en el aire a mi alrededor, rodeándome completamente. Era una versión más intensa de algo que había experimentado antes, sentado en el corral de mi casa de Hatherton, a altas horas de la noche cuando, en un sueño, mi mente vagó libre. Era como si de pronto el mundo se hubiera vuelto un poco más brillante y más claro. Era capaz de oír cosas con una claridad especial, ver cosas que tenía delante y antes no había podido ver; y esto era lo curioso: como si estuviera contenido en mi interior un enorme banco, una enorme cripta de conocimiento que esperase mi acceso, y lo único que necesitara para abrirla era la llave.

Y eso fue todo, allí sentado, con la mano de Kidd agarrándome la pierna.

Era como si hubiese encontrado la llave.

Sabía por qué me había sentido distinto durante todos aquellos años.

—¿Lo entiendes? —preguntó Kidd entre dientes.

—Creo que sí. Ya había visto antes algo parecido. Brillando como la luz de la luna sobre el océano. Es como utilizar todos los sentidos a la vez para ver los sonidos y oír las formas. ¡Menuda combinación!

—Todos los hombres y mujeres de la Tierra tienen una especie de intuición escondida —estaba diciendo Kidd mientras pensaba en mí mismo como un hombre que de pronto había sido transportado a otro mundo. Un ciego que de repente podía ver.

—He tenido esa sensación la mayor parte de mi vida —le dije—, solo que en cierta manera creía que estaba relacionada con mis sueños o algo así.

—La mayoría nunca la encuentran —continuó Kidd—, otros tardan años en sacarla. Pero para unos pocos fuera de lo común es tan natural como respirar. Lo que has sentido es la luz de la vida. De lo vivido en el pasado y el presente. El residuo de la vitalidad que viene y va. Práctica. Intuición. Los sentidos de cualquier hombre pueden sobrepasar aquello con lo que han nacido. Si se intenta.

Después de aquello, nos separamos y acordamos reunirnos en Tulum; esa era la razón por la que me encontraba bajo aquel calor abrasador

intentando hablar con una nativa que estaba junto a lo que parecía un palomar y que me había mirado con los ojos entornados al llegar yo.

—¿Tiene esas cosas como mascotas? —pregunté.

—Mensajeras —respondió en un inglés titubeante—. Así es como nos comunicamos entre estas islas. Como compartimos la información… y los contratos.

—¿Los contratos? —repetí, pensando «Asesinos».

«¿Los contratos de los Asesinos?».

Me dijo que Kidd estaba esperándome en un templo y seguí adelante. ¿Cómo lo sabía? ¿Y por qué, mientras andaba, tenía la sensación de que estaban esperando mi llegada? ¿Por qué, mientras cruzaba un pueblo formado principalmente por chozas bajas, me sentía como si sus habitantes estuvieran todos hablando sobre mí, mirándome boquiabiertos cuando dirigía la vista en su dirección? Algunos vestían túnicas largas y sueltas, de colores vistosos, y llevaban joyas, lanzas y palos. Otros tenían el pecho desnudo y llevaban taparrabos, tenían marcas pintadas y extraños adornos, brazaletes hechos de oro y plata, y collares de cuentas con huesos por colgantes.

Me pregunté si serían como la gente de mi mundo, sujetos a la idea del estatus y la clase social. Y al igual que en Inglaterra se reconocía a un hombre de la alta sociedad por el corte de sus prendas y la calidad de su bastón de paseo, los que aquí estaban en la parte superior de la escala simplemente llevaban túnicas más elegantes, joyería más elaborada y tenían unos dibujos más intrincados.

Tal vez Nasáu sí fuera el único sitio que de verdad era libre. O tal vez me engañaba a mí mismo respecto a eso.

Y entonces fue como si la jungla desapareciera y muy alto sobre mí apareció en forma de pirámide un inmenso templo maya escalonado, con enormes peldaños que subían por el centro de las capas de piedra.

Mientras tragaba saliva de pie entre la maleza, noté las ramas y los tallos recién cortados a mi alrededor. Hacía poco se había despejado un camino y lo seguí hasta llegar a una entrada al pie del templo.

«¿Ahí dentro? Sí. Ahí dentro».

Palpé los laterales y con esfuerzo lo crucé hasta poder entrar a lo que parecía el acceso a una cámara, pero no tan oscura como esperaba. Como si alguien ya hubiera encendido…

—Capitán Kenway —dijo una voz entre las sombras.

Era una voz que no reconocía y al instante desenfundé la pistola y me di la vuelta mirando en la oscuridad. Pero mis nuevos enemigos tenían la ventaja de la sorpresa y me quitaron la pistola de la mano en el mismo momento en que me cogían desde atrás para inmovilizarme. La antorcha titilante iluminó las figuras encapuchadas y misteriosas que me retenían, mientras que delante de mí habían aparecido dos hombres de entre las sombras. Uno de ellos era James Kidd. El otro, un indígena, encapuchado como el resto, que tenía la cara oculta en la penumbra. Y durante un segundo se limitó a mirarme fijamente. Me miró hasta que dejé de forcejear y maldecir a James Kidd, hasta que me hube calmado, y entonces dijo:

—¿Dónde está el asesino Duncan Walpole?

Le lancé una mirada a Kidd. Con sus ojos me aseguró que todo iba bien, que no corría peligro. No sé por qué confié en él. Al fin y al cabo, me había engañado para acabar en aquella reunión. Pero, no obstante, me relajé.

—Muerto y enterrado —respondí refiriéndome a Walpole, y no vi que el nativo frente a mí torciera el gesto, a pesar de lo enfadado que parecía. Enseguida añadí—: Después de intentar matarme.

El nativo hizo un gesto breve y reflexivo con la cabeza.

—No sentimos su desaparición. Pero fuiste tú el que llevó a cabo su última traición. ¿Por qué?

—El dinero era mi único objetivo —contesté insolentemente.

Se acercó, y entonces pude verle bien. Era un indígena, tenía el pelo oscuro y unos ojos penetrantes en un rostro moreno y arrugado, adornado con pintura. Realmente estaba muy enfadado.

—¿El dinero? —dijo firmemente—. ¿Debería consolarme con eso?

—Tiene el sentido, mentor —intervino James.

El sentido. Eso lo entendía. Pero había dicho «mentor». ¿Cómo es que un jefe indio era el mentor de James?

Al mencionar mi sentido, el jefe indio, el hombre que luego conocería como Ah Tabai, pareció calmarse…

—James me ha contado que conociste a los Templarios en La Habana —dijo—. ¿Viste al hombre al que llaman el Sabio?

Asentí con la cabeza.

—¿Reconocerías su cara si volvieras a verle? —preguntó Ah Tabai.

—Creo que sí —respondí.

Pensó y entonces pareció tomar una decisión.

—Debo estar seguro —dijo enseguida, y entonces él y sus hombres desaparecieron en las sombras, dejándome solo con James, que me lanzó una dura mirada y levantó un dedo que expresaba «no digas ni una palabra» antes de poder protestar.

Cogió una antorcha, haciendo una mueca por la luz cada vez más escasa que proporcionaba, y después se dirigió hacia un pasillo estrecho que se adentraba más en el templo. Allí el techo era tan bajo que íbamos casi doblados mientras avanzábamos, ambos conscientes de lo que podía estar acechando en aquella estructura de mil años de antigüedad, de las sorpresas que nos tendría guardadas. Mientras que en la cámara nuestras palabras tenían eco, ahora las amortiguaban las paredes, rocas húmedas que parecían agolparse sobre nosotros.

—¡Me has enredado para meterme a ciegas en este lío, Kidd! ¿Quién coño era el bufón de antes?

—Ah Tabai —respondió por encima del hombro—, un Asesino y mi mentor.

—Así que todos formáis parte de una estúpida religión.

—Somos Asesinos y seguimos un credo. Pero no nos obliga a actuar o someternos… Solo a ser prudentes.

Salió del túnel de techo bajo para entrar en otro pasillo, pero uno que al menos nos permitía ir derechos.

—Un credo —dije mientras caminaba—. ¡Oh, cuéntame! Me encantaría oírlo.

—«Nada es verdad, todo está permitido». Esa es la única certeza en el mundo.

—¿«Todo está permitido»? Me gusta. Me gusta cómo suena. Pensar lo que me gusta y actuar como me plazca…

—Repites las palabras como un loro, Edward, pero no las entiendes.

Solté una carcajada.

—No te pongas altivo conmigo, Kidd. Te seguí como un amigo y me has engañado.

—Te he salvado el pellejo al traerte aquí, hombre. Estos te querían muerto por confraternizar con los Templarios y les convencí de lo contrario.

—Bueno, brindo por eso.

—Sí, ya puedes brindar.

—Así que los Templarios seguían a los tuyos, ¿no?

James Kidd se rio.

—Hasta que llegaste tú y metiste la pata, éramos nosotros los que les perseguíamos a ellos. Les habíamos hecho salir huyendo de miedo. Pero ahora llevan la delantera.

«Ah…».

Mientras seguíamos avanzando por los pasillos oía ruidos extraños a nuestro alrededor.

—¿Hay alguien aquí con nosotros?

—Es posible. Nos hemos metido en un lugar prohibido.

—¿Están vigilándonos?

—Sin duda.

Nuestras palabras cayeron como una piedra, retumbando en las paredes del templo. ¿Había estado Kidd antes allí? No lo había dicho, pero parecía saber cómo abrir las puertas con las que nos encontrábamos; luego pasamos por escaleras y puentes que subían y subían, hasta que llegamos a una última puerta.

—Lo que sea que nos espere al final de este camino será mejor que merezca la pena por el tiempo que he pasado aquí dentro —dije, irritado.

—Eso dependerá de ti —respondió misteriosamente.

A continuación las piedras bajo nuestros pies cedieron y caímos al agua.

36

El camino estaba bloqueado por escombros —otro reto—, así que nadamos bajo el agua hasta que por fin, justo cuando empezaba a pensar si podría aguantar la respiración un segundo más, salimos a la superficie y nos encontramos en una charca en un extremo de otra gran cámara.

Seguimos adelante, salimos de esa cámara y atravesamos la siguiente donde nos topamos con un busto que mostraba un rostro. Un rostro que reconocí.

—¡Dios! —exclamé—. Es él. El Sabio. Pero esta cosa debe de tener cientos de años.

—Incluso podría ser más antigua —dijo Kidd. Apartó la vista de mí para contemplar el busto—. ¿Estás seguro de que se trata de él?

—Sí, los ojos le distinguen.

—¿Dijeron los Templarios por qué querían al Sabio?

Recordé con desagrado.

—Le sacaron un poco de sangre para meterla en un pequeño cubo de cristal.

«El cubo que les diste», recordé, pero no me sentí culpable. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Como este? —inquirió Kidd, que tenía en sus manos otro vial.

—Sí. Pretendían también preguntarle por el Observatorio, pero escapó.

Kidd hizo desaparecer el vial en las profundidades de su bolsa y pareció considerar algo antes de apartarse del busto del Sabio.

—Ya hemos terminado.

Regresamos y encontramos unas nuevas escaleras que atravesaban las entrañas del templo hasta dirigirnos hacia lo que parecía una puerta. Al deslizarse, vi la luz del sol por primera vez en lo que tenía la sensación de haber sido horas, y al instante estaba cogiendo aire fresco. En vez de

maldecir el calor del sol como de costumbre, lo agradecía tras el frío húmedo del interior del templo.

Kidd se había detenido más adelante y estaba escuchando. Echó un vistazo atrás y me indicó con un gesto que dejase de hacer ruido y me pusiera fuera de la vista. No sabía qué estaba sucediendo, pero le obedecí y luego le seguí. Lenta y silenciosamente nos acercamos a donde se encontraba Ah Tabai escondido tras una roca; estaba escondido porque a lo lejos oímos el inconfundible rebuzno *cockney* de los soldados ingleses trabajando.

Detrás de la roca esperamos en silencio y Ah Tabai volvió su penetrante mirada hacia mí.

—La estatua del templo —susurró—, ¿era el hombre que viste en La Habana?

—Era clavado, sí —le respondí.

Ah Tabai volvió a observar a los soldados por encima del borde de la roca.

—Por lo visto se ha encontrado a otro Sabio —dijo en un susurro—. La carrera hacia el Observatorio empieza de nuevo.

—¿Por eso estamos susurrando? —pregunté.

—Esto es por tu culpa, capitán Kenway —dijo Ah Tabai en voz baja—. Los mapas que les vendiste a los Templarios les han llevado directos a nosotros. Y ahora los agentes de dos imperios saben exactamente dónde operamos.

Kidd estaba a punto de dar un paso hacia delante para llamar a los soldados. Sin duda se sentía más a gusto derribando a soldados ingleses que a indígenas, pero Ah Tabai le detuvo. Con una mano frenó a Kidd mientras dirigía los ojos hacia mí.

—Han cogido también a la tripulación de Edward —dijo.

Me sobresalté. «La tripulación no. Adewalé y mis hombres no». Pero Ah Tabai, con una última mirada de reproche en mi dirección, se escabulló. Tras él dejó lo que era inequívocamente una cerbatana que Kidd recogió.

—Coge esto —dijo, entregándomela—. No atraerás la atención y te cobrarás unas cuantas vidas.

Y mientras me daba unos consejos sobre cómo utilizarla, me pregunté si aquello era parte de otro desafío. ¿O era algo nuevo? ¿Estaban entrenándome? ¿Evaluándome?

«Que lo intenten —pensé con aire amenazante—. No soy hombre de nadie, salvo de mí mismo. Respondo solo ante mí y mi conciencia. ¿Reglas y baratijas? No son para mí, gracias».

Por mí podían meterse su credo donde no brillaba el sol. Además, ¿por qué iban a quererme? ¿Por ese sentido, quizá? ¡Por mi destreza en la batalla!

«No sale barato, caballeros», pensé al llegar al perímetro del claro donde habían depositado a mi tripulación, sentados espalda contra espalda, con las manos atadas.

Buenos chicos, estaban dándoles a los soldados ingleses todo tipo de problemas:

—¡Déjame levantarme, estúpido, y enfréntate conmigo como un soldado!

—Si supieras la que se os viene encima… Creo que haríais el petate y echaríais a correr.

Metí el primero de los dardos en la cerbatana. Sabía lo que se tenía que hacer: eliminar a los soldados ingleses uno a uno, intentar igualar el número un poco. Un pobre indígena desafortunado me ofreció el entretenimiento que me hacía falta. Dando gritos de indignación se puso de pie tambaleándose e intentó huir. Los soldados centraron su atención en él, agradecidos por la diversión, y se llevaron alegremente los mosquetes al hombro para dispararle. *Crac. Crac*. Como ramas que se rompían en el bosque. Se oyeron unas risas cuando cayó en una bruma carmesí, pero no advirtieron que uno de los suyos se desplomaba en silencio también sobre la maleza, mientras llevaba la mano hacia el dardo de cerbatana que salía de su cuello.

Cuando los guardias regresaron al claro, crucé por detrás de ellos y al mismo tiempo lancé un segundo dardo, esta vez al soldado que iba en la retaguardia. Giré sobre mis talones y le agarré al caer, y mientras arrastraba su cuerpo hacia los arbustos, di gracias a Dios por el alboroto que causaban

mis hombres. No tenían ni idea de mi presencia, pero no podrían haberme ayudado más aunque les hubiera avisado.

Un soldado dio media vuelta.

—Oye —dijo al no ver a su amigo—, ¿dónde está Thompson?

Oculto entre la maleza metí el siguiente dardo y llevé la cerbatana a mis labios. Tomé un poco de aire e hinché las mejillas como Kidd me había enseñado. El dardo se le clavó debajo de la mandíbula y probablemente pensó que le había picado un mosquito, justo en el instante en que perdió la consciencia.

Ya estábamos en marcha. Desde mi posición privilegiada entre los matorrales, conté. Tres hombres muertos, seis todavía vivos, y si podía acabar con un par más antes de que los guardias restantes se dieran cuentan de que estaban derribándolos, bueno, entonces podría terminar con los demás yo solo. Yo y mi hoja oculta.

¿Me convertía aquello en Asesino? ¿Ahora que me comportaba y pensaba como uno de ellos? Al fin y al cabo, ¿no había prometido luchar contra los Templarios por lo que había sucedido en Hatherton?

«El enemigo de mi amigo es mi amigo».

No. Yo trabajo solo. No respondo ante nadie. Los credos no son para mí. Había pasado años deseando liberarme de los convencionalismos. No iba a dejar todo eso.

Los soldados estaban mirando a su alrededor. Empezaban a preguntarse dónde estaban sus compañeros. Y me di cuenta de que no tenía el lujo de poder escoger a otro. Tenía que eliminarlos a todos a la vez.

Seis contra uno. Pero tenía la ventaja de la sorpresa y, mientras salía de la maleza de un salto, lo primero que hice fue cortar de un golpe de hoja las cuerdas que ataban a Adewalé. Detrás de mí, se apresuró a buscar un arma. Tenía mi hoja en la mano derecha y la pistola en la izquierda. Colocado entre dos hombres con los brazos extendidos, apreté el gatillo de la pistola y corté con la mano derecha al mismo tiempo, cruzando los brazos delante de mí. Un hombre murió con una bala de metal atravesándole el pecho y el otro con una herida enorme en la garganta.

Dejé caer la pistola vacía, giré sobre mis talones, cogí una nueva pistola del cinturón y descrucé los brazos al mismo tiempo. Dos nuevos objetivos,

y en esta ocasión con un revés de la hoja le abrí el pecho a un hombre, mientras disparaba a un cuarto en la boca. Paré la estocada de una espada con la hoja y entonces un soldado se abalanzó sobre mí enseñando los dientes, sin darme tiempo a coger la tercera pistola. Durante unos instantes intercambiamos golpes y era mejor de lo que me esperaba, mejor de lo que me había atrevido a pensar, porque, mientras malgastaba unos valiosos segundos superándole, su compañero me miraba por el cañón de su mosquete, preparado para apretar el gatillo. Me agaché sobre una rodilla, llevé hacia arriba la hoja y corté al espadachín en el costado.

«Un truco sucio. Una mala jugada».

Hubo algo de su sentido del honor inglés indignado mientras soltaba un alarido de angustia y dolor, y sus piernas cedían hasta caer al suelo, con la espada moviéndose inútilmente, pero no bastó para impedir que mi hoja se clavara bajo su mandíbula y le atravesara el paladar.

Un truco sucio. Una mala jugada. Y una estupidez. Ahora estaba en el suelo (nunca te agaches en una pelea) con la hoja atascada en mi oponente. Una presa fácil. Intenté coger la tercera pistola con la mano izquierda, pero, a menos que su mosquete fallase porque la pólvora se había mojado, yo estaba muerto.

Le miré y vi que ponía cara de estar a punto de disparar.

Una hoja apareció en su pecho cuando Adewalé le atravesó con la espada.

Suspiré, aliviado, mientras me ayudaba a levantarme, pues había estado cerca —así de cerca— de la muerte.

—Gracias, Adé.

Sonrió, me indicó con un gesto de la mano que no hacía falta darle las gracias y ambos miramos al soldado. Su cuerpo se levantó y cayó con el último aliento. Retorció una mano antes de quedarse inmóvil y nos preguntamos a qué podría deberse.

37

Los hombres no tardaron mucho en estar libres, y James y yo estábamos en la playa de Tulum —un Tulum que volvía a estar en manos de los nativos en vez de soldados o esclavistas—, contemplando el mar. Maldiciendo, me pasó el catalejo.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

Una inmensa galera navegaba por el horizonte, alejándose cada vez más según pasaban los segundos. Apenas podía distinguir a los hombres en la cubierta, pero uno en particular parecía dar instrucciones a los demás.

—¿Ves a ese vejete miserable? —dijo—. Es un negrero holandés llamado Laurens Prins. Ahora vive como un rey en Jamaica. El cabrón es nuestro objetivo desde hace años. ¡Maldita sea, casi le teníamos!

Kidd tenía razón. Ese traficante de esclavos se hallaba en Tulum pero ahora iba camino de ponerse a salvo. Consideraba su misión un fracaso, sin duda. Pero al menos había escapado con su libertad.

Otro Asesino no muy contento era Ah Tabai, que llevaba una cara tan seria cuando se reunió con nosotros que no pude evitar reírme.

—¡Por Dios! Vosotros los Asesinos sois un grupo muy alegre, ¿eh? No veo más ceños fruncidos y frentes arrugadas.

Me fulminó con la mirada.

—Capitán Kenway, has demostrado ser muy hábil.

—Ah, gracias, amigo. Es un don natural.

Frunció los labios.

—Pero eres un maleducado y un arrogante que va por ahí con un uniforme que no se ha ganado.

—Todo está permitido. —Me reí—. ¿No es ese vuestro lema?

Puede que el nativo fuese viejo pero su cuerpo era musculoso y se movía como un hombre mucho más joven. No obstante, su rostro podría

estar tallado en madera y en sus ojos había algo realmente oscuro, algo antiguo pero a la vez sin edad. Me puse nervioso cuando me miró fijamente y durante un momento pensé que tal vez no diría nada, que simplemente me haría encogerme bajo el calor de su desprecio.

Hasta que por fin rompió su horrible silencio.

—Te absuelvo de tus errores en La Habana y el resto de los lugares —dijo—, pero no eres bienvenido aquí.

Después de esas palabras se fue y tras su marcha James me lanzó una mirada.

—Perdona, amigo, ojalá fuera de otra forma —dijo y entonces me dejó solo para reflexionar.

«Malditos Asesinos», pensé. Eran igual de malos que los otros. Menuda actitud moralista y santurrona que tenían. Somos esto, somos lo otro. Como los sacerdotes de casa que solían esperar fuera de las tabernas y te maldecían por ser un pecador, exigiendo que te arrepintieras. Querían que te sintieras culpable todo el tiempo.

«Pero los Asesinos no quemaron la granja de tu padre, ¿no? —pensé—. Fueron los Templarios los que hicieron eso».

«Y fueron los Asesinos quienes te enseñaron a utilizar el sentido».

Con un suspiro, decidí que quería limar asperezas con Kidd. No estaba interesado en el camino que él quería que tomara, pero me lo había pedido; creía que era adecuado. Había algo importante en eso.

Le encontré junto al mismo palomar en el que antes me había topado con la indígena. Allí estaba, toqueteando su hoja oculta.

—Menudo grupo alegre que estáis hechos —dije.

Aunque frunció el entrecejo, una luz en sus ojos reveló que estaba contento de verme.

No obstante, dijo:

—Te mereces nuestro desprecio, Edward, al ir por ahí pavoneándote como si fueses uno de nosotros, llevando la vergüenza a nuestra causa.

—¿Qué es eso, vuestra causa?

Comprobó su hoja —la metió y la sacó— y luego dirigió sus ojos hacia mí.

—Para serte sincero… Matamos gente. A los Templarios y a sus cómplices. La gente a la que le gustaría controlar todos los imperios de la Tierra… Y dicen hacerlo en nombre de la paz y el orden.

Sí, ya me había topado antes con ese tipo de personas. Las personas que querían jurisdicción sobre todo el mundo. Había compartido el pan con ellos.

—Suenan a las palabras de DuCasse en su lecho de muerte —dije.

—¿Ves? Tiene que ver con el poder. Con sentirse superior a los demás. Robarnos la libertad.

Y a esa libertad yo le tenía muchísimo cariño.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo uno de esos Asesinos? —le pregunté.

—Ya hace un par de años. Conocí a Ah Tabai en Spanish Town y había algo en él que me inspiraba confianza, una especie de sabiduría.

—Y ¿todo esto es idea suya? ¿Este clan?

Kidd se rio.

—Oh, no, los Asesinos y los Templarios llevan miles de años en guerra por todo el planeta. Los indígenas de este nuevo mundo tenían una filosofía similar durante el tiempo que llevaban aquí y, cuando llegaron los europeos, nuestros grupos digamos que… se juntaron. Las culturas, las religiones y los idiomas mantienen divididos a los pueblos…, pero hay algo en el credo de los Asesinos que cruza todas las fronteras. El cariño por la vida y la libertad.

—Suena un poco como Nasáu, ¿no?

—Parecido. Pero no es exactamente lo mismo.

Cuando nos separamos supe que no sería la última vez que vería a Kidd.

38

Julio de 1716

Mientras los piratas de Nasáu terminaban de derrotar a los guardias de Porto Guarico, entré en la sala del tesoro del fuerte y el sonido de las espadas chocando, el traqueteo de los mosquetes al disparar y los gritos de los moribundos disminuyeron detrás de mí.

Sacudí la sangre de mi espada, disfrutando de la expresión de sorpresa que le produjo mi presencia a su único ocupante.

El único ocupante era el gobernador Laureano Torres.

Estaba igual que como lo recordaba. Con unos anteojos sobre la nariz, una barba bien recortada y unos ojos brillantes e inteligentes que se recuperaron fácilmente de la impresión de verme.

Y detrás de él, se hallaba el dinero. Justo como había prometido Charles Vane…

El plan se había urdido dos días atrás. Estaba en la Old Avery. Había otras tabernas en Nasáu, desde luego, otros burdeles también, y estaría mintiendo si dijera que no me había aprovechado de todos ellos, pero fue a la Old Avery donde regresé, donde Anne Bonny, la mesera, servía las bebidas (y no había ninguna más guapa que Anne Bonny que se inclinara hacia la piquera con una jarra en la mano), donde había pasado tantos ratos felices agradeciendo ese magnífico trasero, riéndome a carcajadas con Edward y Benjamin, donde tras horas bebiendo parecía que el mundo no pudiera tocarnos, y donde, desde que había regresado a Nasáu desde Tulum, descubrí que había renacido mi sed.

Oh, sí. Justo como en los viejos tiempos en Bristol, cuanto más descontento estaba, más sed tenía. En ese momento por supuesto no era

consciente, no era tan propenso a atar cabos como debería haber sido. No, en vez de eso me limitaba a beber hasta saciarme y me ponía incluso más nervioso, dándole vueltas al Observatorio, cómo entraba en mis planes de hacerme rico y derrotar a los Templarios; dándole vueltas a James Kidd y Caroline. Y aquel día en particular debía de parecer que estaba muy absorto en mis pensamientos porque lo primero que me dijo el pirata conocido como Calicó Jack Rackham fue:

—¡Eh, tú! ¿Por qué me miras fijamente? ¿Estás enamorándote de mí?

Le miré con los ojos adormilados. Estaba lo suficientemente borracho para querer pelearme con él; demasiado borracho para hacer algo al respecto. Y, bueno, Calicó Jack estaba junto a Charles Vane, ambos acababan de llegar a Nasáu, y su reputación les precedía. Estaba en boca de todos los piratas que pasaban por Nasáu. Charles Vane era capitán del *Ranger*, y Calicó Jack su intendente. Jack era inglés pero se había criado en Cuba, así que tenía un aire moreno sudamericano. Además del atuendo de calicó que le había dado su apodo, llevaba unos pendientes de aro grandes y un pañuelo en la cabeza que parecía resaltar su larga frente. Puede que yo fuera el menos apropiado para hablar, pero aquel hombre bebía constantemente. Su aliento siempre apestaba a alcohol y tenía los ojos pesados y adormilados.

Vane, entretanto, era el más astuto de los dos, pensando y hablando, aunque tal vez no el más elegante. Tenía el pelo largo y despeinado, llevaba barba y parecía demacrado. Ambos iban armados con pistolas en los cinturones sobre el pecho, y alfanjes, y olían mal tras meses en el mar. Ninguno de los dos era el tipo de persona en la que enseguida confiarías: Calicó Jack, tan distraído como achispado; Vane, pendiente de un hilo, como si estuviera siempre a un lapsus de la violencia repentina. Y tampoco les disgustaba estafar a su propia tripulación.

Aun así, eran piratas, los dos. De los nuestros.

—Sois bienvenidos a Nasáu, caballeros —les dije—. Todo aquel que participa justamente es bienvenido.

Debe decirse una cosa de Nasáu, sobre todo del mantenimiento de Nasáu, y era que como encargados teníamos a buenos piratas.

Al fin y al cabo, practicas bastante cuando estás en el mar y es una cuestión de supervivencia inmediata tener tu barco como una patena. Sin orden ni limpieza estás muerto. Así que en tierra firme, cuando no se trata realmente de sobrevivir —o al menos no es cuestión de supervivencia inmediata—, te da la sensación de que es algo que deberías hacer… Vaya, que aquel lugar era un antro. Nuestro gran fuerte de Nasáu se desmoronaba, por las enormes grietas en sus muros; nuestras chozas se derrumbaban; nuestras reservas y provisiones estaban mal conservadas y desordenadas, y en cuanto a las letrinas…, bueno, sé que hasta ahora no te he ahorrado precisamente los detalles escabrosos de mi vida, pero será aquí donde pare.

Lo peor de todo era el olor, con diferencia. No, no procedía de las letrinas —aunque el de allí también era bastante malo, si me permites decírtelo—, sino que se trataba de un hedor que se había adueñado de todo el lugar, que emanaba de las pilas de pieles podridas de animales que los piratas habían dejado en la costa. Cuando el viento soplaba en la dirección correcta, ¡oh, Dios mío!

Así que no se podía culpar a Charles Vane cuando miró a su alrededor y, aunque era gracioso viniendo de un hombre que olía como alguien que había pasado el último mes en el mar, lo que él había hecho exactamente, dijo:

—¿Y esta es la nueva Libertalia? Apesta igual que todas las pocilgas en las que robé el pasado año.

Una cosa es ser tú mismo grosero respecto a tu propio tugurio, pero es harina de otro costal cuando alguien se mete con el tuyo. De repente te pones a la defensiva. Aun así, lo dejé pasar.

—Nos habían hecho creer que Nasáu era un sitio donde los hombres hacían lo que les venía en gana.

Calicó Jack resopló. Pero antes de que pudiera responder, la salvación llegó en forma de Edward Thatch, quien con un bramido que podía haber sido un saludo, pero también un grito de guerra, apareció en lo alto de las escaleras e irrumpió en la terraza, como si la Old Avery fuera una presa que él estuviera a punto de saquear.

Edward Thatch tenía también un aspecto muy diferente, porque a su impresionante cabellera había añadido una enorme barba negra.

Siempre un espectáculo, se hallaba frente a nosotros con las manos extendidas. «¡Mirad!». Luego me puso sobre aviso y se trasladó al centro de la terraza, asumiendo el mando sin ni siquiera intentarlo. (Lo que es curioso, cuando te paras a pensarlo, porque a pesar de ser una república, un lugar de máxima libertad, seguíamos cumpliendo con nuestras propias formas de jerarquía, y con Barbanegra por allí no cabía duda de quién estaba al mando).

Vane sonrió abiertamente. Al desaparecer su cara de pocos amigos, también se desvaneció la tensión en la terraza.

—¡El capitán Thatch! Ver para creer. ¿Y ese espléndido hocico que has cultivado?

Se frotó su propio vello facial mientras Barbanegra se pavoneaba.

—¿Por qué ondear una bandera negra cuando sirve igual una barba negra?

Thatch se rio.

Ese fue de hecho el momento en el que nació su leyenda. El momento en que tomó el nombre de Barbanegra. Continuaría trenzándose el vello de la cara. Cuando subía a bordo de los barcos, se metía mechas encendidas para aterrorizar a todo aquel que le veía. Eso ayudó a que se convirtiera en el pirata más infame, no solo en las Bahamas, no solo en el Caribe, sino en todo el ancho mundo.

Edward no fue nunca un hombre cruel, aunque tenía una reputación temible. Pero como los Asesinos, con sus túnicas y las despiadadas hojas que saltaban de lugares secretos, como los Templarios, con sus símbolos siniestros y sus constantes insinuaciones sobre fuerzas poderosas, Edward Thatch —Barbanegra, como se le terminó conociendo— conocía muy bien el valor de hacer que tus enemigos se cagaran en los pantalones.

Resultó que la cerveza, el refugio y la buena compañía no eran las únicas razones por las que Charles Vane y Calicó Jack nos habían honrado con su presencia.

—Se dice que el gobernador cubano tiene pensado recibir un montón de oro de un fuerte cercano —dijo Vane cuando nos sirvieron unas jarras y encendimos las pipas—. Hasta entonces, está ahí, deseando que lo cojan.

Y así fue como nos encontramos sitiando Porto Guarico…

Bueno, la lucha había sido sangrienta, pero breve. Con todos los hombres armados y nuestras banderas negras ondeando, llevamos cuatro galeones a la bahía y disparamos a la fortaleza para avisar de que habíamos llegado.

Luego echamos el ancla, lanzamos las yolas, caminamos por los bajíos, gruñendo y dando gritos de guerra, enseñando los dientes. Vi por primera vez a Barbanegra en pleno combate y realmente era aterrador. Para la batalla se vestía todo de negro y las mechas en su barba chisporroteaban de modo que parecía estar llena de serpientes, envueltas en una niebla espeluznante.

No hay muchos soldados que no dieran media vuelta y echaran a correr al ver en la playa aquella carga que se dirigía a ellos; de hecho, fue lo que hizo la mayoría. Aquellos valientes que se quedaron a luchar o morir, acabaron de la última manera.

Yo me llevé unas cuantas vidas, con la hoja en la mano derecha que ya era tan parte de mí como los dedos y la pistola acribillando en la izquierda. Cuando mis pistolas se vaciaron, desenvainé el alfanje. Algunos de nuestros hombres no me habían visto aún en acción y discúlpame por admitir que había cierta espectacularidad en mi combate, mientras iba a gran velocidad de un hombre a otro, eliminando guardias con una hoja en una mano mientras acribillaba a tiros con la otra, acabando con dos, a veces tres, a la vez; guiado no por la furia ni la sed de sangre —no era un animal, había poca ferocidad o crueldad en lo que hacía—, sino por la maña, la gracilidad y la destreza. Había cierto arte en mi forma de matar.

Y entonces, cuando el fuerte fue nuestro, entré en la sala donde Laureano Torres estaba sentado fumando su pipa, supervisando el recuento del dinero, con dos soldados como guardaespaldas.

Había llegado el momento de que sus dos soldados se convirtieran en dos soldados muertos. Me lanzó una mirada de desprecio y desagrado hacia mi atuendo de Asesino, que para entonces ya estaba un poco estropeado, pero todavía era digno de ver, y mi hoja se recogió bajo el puño. La sangre de sus guardias se filtró por la manga.

—Vaya, hola, Su Excelencia —saludé—. Había oído que tal vez estaría aquí.

Se rio.

—Conozco tu cara, pirata. Pero habías tomado el nombre de otro la última vez que hablamos.

«Duncan Walpole». Le echaba de menos.

Adewalé ya se había reunido con nosotros en la sala del tesoro y apartó la vista de los cadáveres de los soldados para mirar a Torres. Se le endurecieron los ojos, quizás al recordar que le habían encadenado en una de las naves del gobernador.

—Bueno —continué—, ¿qué está haciendo un Gran Maestro Templario tan lejos de su castillo?

Torres adoptó un aire altanero.

—Preferiría no responder.

—Y yo preferiría no cortarte los labios para dártelos de comer —dije alegremente.

Funcionó. Puso los ojos en blanco, pero parte de su petulancia se había desvanecido.

—Tras su huida de La Habana, ofrecimos una recompensa por la captura del Sabio. Hoy alguien afirma haberlo encontrado y este oro es su rescate.

—¿Quién lo ha encontrado? —pregunté.

Torres vaciló. Adewalé se llevó la mano a la empuñadura de su espada y los ojos le ardieron de odio al mirar al Templario.

—Un traficante de esclavos llamado Laurens Prins —susurró Torres—. Vive en Kingston.

Asentí.

—Nos gusta esta historia, Torres, y queremos ayudarte a terminarla. Pero vamos a hacerlo a nuestra manera. Utilizándote a ti y a tu oro.

No le quedaba más opción y lo sabía. Nuestra siguiente parada era Kingston.

39

Así fue como unos días más tarde Adewalé y yo nos encontramos asándonos por el calor en Kingston mientras seguíamos de cerca al gobernador, que se dirigía a su reunión con Prins.

Se decía que Prins tenía una plantación de azúcar en Kingston. El Sabio había trabajado para él, pero Prins había oído por ahí lo de la recompensa y pensó en hacer el intercambio.

¿Íbamos a asaltar entonces la plantación? No. Demasiados guardias. Corríamos un alto riesgo de alertar al Sabio. Además, ni siquiera sabíamos con seguridad que se encontraba allí.

En cambio, queríamos usar a Torres para comprar al hombre: Torres se reuniría con Prins, le daría la mitad del oro y le ofrecería la otra mitad a cambio de la entrega del Sabio; Adewalé y yo nos abalanzaríamos sobre ellos, cogeríamos al Sabio, nos esfumaríamos con él y le sonsacaríamos la ubicación del Observatorio. Luego, seríamos ricos.

Sencillo, ¿eh? ¿Qué podía salir mal con un plan tan bien labrado?

La respuesta, cuando llegó, vino acompañada de mi viejo amigo James Kidd.

Torres fue recibido en el puerto por Prins, un viejo obeso que sudaba bajo el sol. Ambos caminaron juntos, hablando, con dos guardaespaldas delante y otros dos detrás.

¿Daría Torres la alarma? Tal vez. Y si lo hacía, entonces Prins seguro que tenía suficientes hombres bajo sus órdenes para vencernos fácilmente. Pero si eso sucedía, Torres sabía que mi primera estocada sería para atravesarle la garganta. Y si eso ocurría, ninguno de nosotros volvería a ver jamás al Sabio.

Lo curioso es que no le vi. No al principio. Era como si le percibiera o fuese consciente de su presencia. Miré a mi alrededor, del modo en que se

hace cuando hueles a quemado cuando no debería oler de esa manera. «¿Qué es ese olor? ¿De dónde viene?».

Solo entonces le vi. Una figura que merodeaba entre la multitud al otro lado del muelle, parte del ambiente, pero visible para mí. Una figura que, al girar la cara, vi quién era. James Kidd. Por su aspecto, no estaba ahí para tomar el aire y contemplar las vistas. Se trataba de un asunto de los Asesinos. Había ido a matar… ¿A quién? ¿A Prins? ¿A Torres?

«¡Jesús!». Nos mantuvimos cerca del muro del puerto mientras conducía hacia allí a Adewalé, cogía a Kidd y le arrastraba hacia un callejón estrecho entre dos cabañas de pesca.

—Edward, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Se retorció en mis manos, pero yo le sujetaba fácilmente. (Y ahora que lo pienso, ¡qué fácil fue inmovilizarle contra la pared de la cabaña!).

—Estoy siguiendo a esos hombres para que me lleven hasta el Sabio —le dije—. ¿Podrías aguantar hasta que apareciera?

Kidd lanzó las cejas hacia arriba.

—¿Está aquí el Sabio?

—Sí, amigo, y Prins está llevándonos directamente a él.

—¡Madre mía! —Puso cara de frustración, pero yo no le daba más opciones—. Me mantendré al margen un rato, pero no mucho.

Torres y Prins se habían alejado y no nos quedaba más remedio que ir tras ellos. Fui detrás de Kidd y aprendí un par de lecciones *in situ* sobre el arte del sigilo de los Asesinos. Y también funcionó. De maravilla. Manteniendo cierta distancia fuimos capaces de permanecer fuera de la vista y captar fragmentos de la conversación, como cuando Torres protestó por hacerle esperar.

—Estoy hartándome de este paseo, Prins —decía—. Ya debemos de estar cerca.

Resultó que así era. Pero ¿cerca de qué? No era la plantación de Prins, eso seguro. Delante había una destartalada valla de madera y el arco de una entrada extraña a lo que parecía un cementerio.

—Sí, ya hemos llegado —respondió Prins—. Debíamos estar en igualdad de condiciones, ¿entiende? Me temo que no me fío de los Templarios más de lo que usted se fía de mí.

—Bueno, si hubiera sabido que eras tan delicado, Prins, te habría traído un ramo de flores —dijo Torres con un humor forzado, y con un último vistazo a su alrededor, entró en el cementerio.

Prins se rio.

—Ah, no sé por qué me molesto… Por el dinero, supongo. Ingentes sumas de dinero…

Su voz se apagó. Con un gesto de la cabeza, entramos en el cementerio detrás de ellos, agachados, usando las lápidas torcidas para cubrirnos, sin perder de vista el centro, donde Torres, Prins y sus cuatro guardaespaldas se habían congregado.

—Ahora es el momento —me dijo Kidd cuando nos reunimos.

—No. No hasta que veamos al Sabio —respondí con firmeza.

Para entonces el Templario y el traficante de esclavos estaban llevando a cabo el trato. De un saco que le colgaba de la cintura, Torres sacó una bolsa que tintineaba con oro y la dejó en las manos extendidas de Prins. Le untaba las manos no con plata sino con oro. Prins lo sopesó, sin apartar los ojos de Torres.

—Esto no es más que una parte del rescate —dijo Torres. Al mover el labio, dio una pista de que no estaba tan sereno como de costumbre—. El resto está muy cerca.

El holandés había abierto la bolsa.

—Me duele traficar con alguien de mi propia raza por dinero, señor Torres. Dígame… ¿Qué ha hecho ese tal Roberts para disgustarle?

—¿Es esto alguna especie de piedad protestante con la que no estoy familiarizado?

—Tal vez otro día —dijo Prins, que inesperadamente le tiró la bolsa a Torres y este la cogió.

—¿Qué?

Pero Prins ya estaba comenzando a alejarse. Les hizo una seña a sus guardias a la vez que le decía a Torres:

—¡La próxima vez asegúrese de que no le sigan! —Y luego se dirigió a sus hombres—: Encargaos de esto.

Pero los hombres no corrieron hacia Torres, sino hacia nosotros.

Con la hoja activada, salí de detrás de mi lápida y me preparé para encontrarme con el primer ataque, que bloqueé con un golpe hacia arriba que alcanzó el costado del primer hombre. Fue suficiente para que se detuviera en seco y le rodeé para clavarle el filo de la hoja en el otro lado del cuello, cortando la arteria carótida, pintando el día de rojo.

Se desplomó y murió. Me limpié su sangre de la cara, luego giré sobre mis talones y perforé el peto de otro. Desvié a un tercer hombre lanzándole contra una lápida, pero luego le hice pagar su error con acero candente. La pistola de Adewalé restalló y, al caer el cuarto hombre, el ataque terminó. Pero Kidd ya había echado a correr detrás de Prins. Con una última mirada hacia donde se encontraba Torres, aturdido e incapaz de asimilar el repentino giro de los acontecimientos, le lancé un grito a Adewalé y luego eché a correr tras ellos.

—Perdiste tu oportunidad, Kenway —me dijo Kidd por encima del hombro mientras ambos corríamos por las calles bañadas por el sol.

—Kidd, no. Vamos, hombre, podemos colaborar en esto.

—Tuviste tu oportunidad.

Para entonces Prins se había dado cuenta de lo que pasaba: sus cuatro hombres, sus mejores guardaespaldas, yacían muertos en el cementerio —qué oportuno—, se había quedado solo, mientras le perseguía un Asesino por las calles de Kingston.

Lo que él no sabía era que su única posibilidad de supervivencia era yo. Era digno de lástima. Nadie en su sano juicio quiere que Edward Kenway sea su única esperanza.

Y entonces alcancé a Kidd, le agarré de la cintura y le tiré al suelo.

(Y te juro por Dios que no lo digo por lo que sucedería después, pero pensé que era muy ligero, que su cintura era demasiado delgada).

—No puedo dejar que lo mates, Kidd —dije jadeando—, no hasta que haya encontrado al Sabio.

—Llevo una semana acechando a ese cerdo, siguiendo sus movimientos —respondió Kidd, enfadado—, y me encuentro aquí no con uno sino con dos de mis objetivos. ¿Vas a quitarme a los dos?

Nuestros rostros estaban tan próximos que podía sentir el calor de su ira.

—Paciencia —dije— y tendrás a tus presas.

Se apartó, ahora furioso.

—Muy bien —aceptó—, pero, cuando localices al Sabio, vas a ayudarme a coger a Prins. ¿Entendido?

Escupimos y estrechamos las manos. El volcán había entrado en erupción, pero ahora parecía calmarse, y nos dirigimos a la plantación de Prins. Después de todo, tendríamos que entrar a la fuerza. ¿Qué te parece eso de tener que tragarte tus propias palabras?

En una baja colina que daba a la plantación de azúcar, encontramos una plataforma y nos sentamos un rato. Observé cómo trabajaban abajo. Los hombres esclavos cantaban tristemente mientras cortaban la caña, cuyo constante susurro parecía flotar en la brisa, y las mujeres pasaban a trompicones, encorvadas por los pesados cestos de la zafra.

Adewalé me había contado cómo era la vida en una plantación: cuando se cortaba la caña y se recolectaba, pasaba por dos rodillos metálicos y era frecuente que esos rodillos se llevaran el brazo de un hombre. Y cuando eso sucedía, la única manera de «sacar al hombre de su aprieto» era cortándole el brazo. Tras recoger el jugo de la caña de azúcar, llegaba el momento de evaporar el agua del azúcar, pero el azúcar hirviendo se convertía en un material pegajoso que quemaba y te dejaba unas cicatrices horribles.

—Tenía amigos que perdieron los ojos —dijo—, los dedos y los brazos. Y como esclavos, créeme si te digo que jamás oímos alabanza o disculpa de ningún tipo.

Pensé en algo que me había dicho: «Con esta piel y esta voz, ¿dónde puedo sentirme a gusto en el mundo?».

Me di cuenta de que los hombres como Prins eran los artífices del sufrimiento de su pueblo, su ideología era lo contrario a todo en lo que yo creía y todo lo que defendíamos en Nasáu. Creíamos en la vida y la libertad. No en esa… subyugación. Esa tortura. Esa muerte lenta.

Apreté los puños.

Kidd se sacó una pipa del bolsillo y fumó un poco mientras observábamos las idas y venidas debajo de nosotros.

—Hay guardias patrullando la ciudad de una punta a otra —dijo—. Me parece que usan las campanas para indicar que hay problemas. ¿Ves? Allí.

—Nos interesa inutilizarlas antes de avanzar demasiado —sugerí pensativamente.

Por el rabillo del ojo vi algo extraño: Kidd se lamía el pulgar, luego lo apretaba contra la cazoleta de su pipa y se frotaba la ceniza por los párpados.

—Con tantos hombres por aquí, no podemos contar solo con el sigilo —dijo—, así que haré lo que pueda para distraerlos y atraer su atención, y de ese modo tú tendrás oportunidad de eliminarlos.

Le observé, preguntándome qué demonios estaba tramando, cuando se cortó el dedo con una navaja minúscula para sacar una gota de sangre y llevársela a los labios. A continuación se quitó el tricornio y el lazo del pelo, se despeinó y se echó el cabello para delante. Se chupó el dorso de un pulgar y, como un gato, lo usó para lavarse la cara. Y entonces empujó los dedos hacia la encía, se quitó unos trozos de algodón mojado que le habían engordado las mejillas y los tiró al suelo.

Después se levantó la camisa y empezó a desabrocharse un corsé que se sacó de debajo; lo tiró al suelo y reveló, al abrirse la camisa por arriba y ensanchar el cuello, lo que sin lugar a dudas eran sus pechos.

La cabeza me daba vueltas. ¿Aquel hombre tenía pechos? No. Era una mujer. Porque cuando finalmente aparté los ojos de sus pechos y le miré a la cara, me di cuenta de que no era ningún hombre.

—No te llamas James, ¿verdad? —dije, aunque no fuera necesario.

Ella sonrió.

—La mayoría de los días no. Vamos.

Y cuando se puso de pie, su postura cambió de tal modo que ya no cabía duda. Antes caminaba y se movía como un hombre, pero ahora estaba tan claro como los pechos que lucía en el torso. Era una mujer.

Empezaba ya a bajar por la colina hacia la valla de la plantación cuando me deslicé para alcanzarla.

—¡Por todos los diablos! ¿Cómo es que eres una mujer?

—Dios, Edward, ¿es necesario explicarlo? Bueno, he venido a hacer un trabajo. Ya te divertirás más tarde.

Pero la verdad era que no me hacía gracia. Para serte sincero, tenía sentido que recurriera a vestirse como un hombre. Los marineros odiaban

llevar a una mujer a bordo del barco. Eran supersticiosos. Si aquella mujer misteriosa quería vivir en el mar, debía hacerlo como un hombre.

Y al reflexionar, aluciné ante aquel puñetero asunto. ¡Cuánto valor debía de tener para hacer lo que había hecho! Y mira, cielo, que he conocido gente extraordinaria. Algunos malos. Algunos buenos. La mayoría una mezcla de bueno y malo, porque eso es lo que somos la mayoría de nosotros. De todos ellos, me gustaría que siguieras el ejemplo de ella. Se llamaba Mary Read. Sé que no lo olvidarás. Es la mujer más valiente que jamás he conocido, sin excepción.

40

Mientras esperaba a Mary en la entrada, oí a unos guardias hablando. Así que Torres se las había apañado para escabullirse. Interesante. Y Prins estaba refugiado en la plantación al temer por su vida. Bien. Esperaba que el miedo se agarrara a su estómago con manos gélidas. Esperaba que el terror le mantuviera despierto por las noches. Ansiaba verlo en sus ojos cuando le matase.

Aunque antes debía conseguir entrar. Y para eso necesitaba…

Ya estaba allí. Y tenía que reconocérselo, era una actriz espléndida. Porque solo Dios sabe cuánto tiempo llevaba convenciéndonos a todos nosotros de que era un hombre y ahora estaba allí representando su nuevo papel, sin cambiar de sexo en esta ocasión sino haciéndose pasar por enferma ante los guardias. Y, sí, actuando de forma magistral.

—¡Alto ahí! —ordenó un soldado en la puerta.

—Por favor, me han disparado —dijo con voz ronca—. Necesito ayuda.

—¡Jesús, Phillips, mírala! Está herida.

El más compasivo de los dos soldados dio un paso adelante y la puerta de la plantación se abrió ante ella.

—Señor —dijo con debilidad—. Me encuentro mal y mareada.

El soldado compasivo le ofreció el brazo para ayudarla a entrar.

—Dios os bendiga, muchachos —dijo y atravesó renqueando la puerta que se cerró tras ellos.

Desde mi lugar estratégico, por supuesto, no veía nada, pero sí lo oía: el susurro de la hoja, el sonido apagado al clavarse en ellos, el suave gemido cuando se les iba el último resquicio de vida y el golpe de los cuerpos al caer al suelo.

Ya estábamos los dos dentro y corríamos por el recinto hacia la casa. Probablemente nos vieran los esclavos, pero solo nos cabía esperar que no

dieran la alarma. Nuestras oraciones fueron atendidas porque unos instantes más tarde entrábamos sigilosamente en la mansión, haciéndonos gestos para movernos sin hacer ruido por las habitaciones, hasta que nos topamos con él en una glorieta de un patio trasero fuera de la casa. Agachados, cada uno a un lado del arco, nos asomamos y le vimos allí, de espaldas a nosotros, con las manos en el estómago, contemplando sus jardines, satisfecho con la suerte que había tenido en la vida. Era un traficante de esclavos gordo, cuya fortuna se había labrado a partir del sufrimiento de otras personas. ¿Recuerdas que he dicho haber conocido a algunos malos? Laurens Prins era el primero de la lista.

Nos miramos. La presa le pertenecía a ella y, aun así, por algún motivo (¿porque intentaban reclutarme?), me hizo una seña con la mano para que pasara delante y después fue a explorar el resto de la mansión. Me erguí, atravesé el patio y me coloqué sigilosamente bajo la glorieta, detrás de Laurens Prins.

Y activé la hoja oculta.

Oh, la mantenía bien engrasada; de lo único que puedes estar seguro en cuanto a los piratas es de que a pesar de no ser unas personas especialmente hogareñas, ni muy hacendosas —el estado general de Nasáu era prueba de ello—, manteníamos nuestras armas en buenas condiciones. La misma filosofía que seguíamos con el barco. Una cuestión de necesidad. Una cuestión de supervivencia.

Lo mismo con mi hoja. Cuando se mojaba la limpiaba a fondo y la engrasaba hasta casi ahogarla, de modo que apenas hacía ruido al expulsarla. Era tan silenciosa, de hecho, que Prins no la oyó.

Lancé una maldición y por fin se dio la vuelta, sorprendido; tal vez esperaba ver a uno de sus guardias y estaba a punto de gritarle por su insolencia, por acercársele tan sigilosamente. No obstante, le clavé la hoja y abrió los ojos de par en par mientras le bajaba al suelo, con la hoja aún dentro de él, sujetándole mientras la sangre inundaba sus pulmones y la vida comenzaba a abandonarle.

—¿Por qué te ciernes sobre mí como un cuervo? —Tosió—. ¿Para ver sufrir a un hombre?

—No es que usted haya causado poco sufrimiento, señor Prins —le dije de modo desapasionado—. Esto es un castigo, supongo.

—Qué ridículas navajas y filosofía tan preciada —se burló, el patético desprecio de un hombre moribundo—. Vivís en el mundo, pero no podéis moverlo.

Le miré sonriendo.

—Se equivoca respecto a mi motivo, anciano. Yo solo voy tras unas monedas.

—Como yo, muchacho —dijo—. Como yo…

Murió.

Estaba saliendo de la glorieta, dejando atrás el cadáver, cuando oí un ruido arriba. Alcé la mirada y vi en un balcón al Sabio Roberts, justo como le recordaba. Tenía a Mary de rehén y le apuntaba con un trabuco de chispa en la sien —chico listo— al tiempo que la agarraba de la muñeca para impedir que activara su hoja oculta.

—He encontrado a tu hombre —dijo Mary, que no parecía preocupada por la pistola en su cabeza.

Al Sabio no le importaría utilizarla. Lo veía en el calor de sus ojos. Ardían. «Me recuerdas, ¿verdad, amigo? —pensé—. Soy el hombre que estaba allí al lado mientras te sacaban sangre».

Y así era.

—El Templario de La Habana —dijo, asintiendo con la cabeza.

—No soy Templario, amigo —respondí—. Eso no fue más que una estratagema. Hemos venido aquí a salvarte el trasero.

(Lo que por supuesto significaba que íbamos a torturarle hasta que nos dijera dónde se hallaba el Observatorio).

—¿A salvarme? Yo trabajo para el señor Prins.

—Pues no es hombre al que llamar señor. Pretendía venderte a los Templarios.

Puso los ojos en blanco.

—Al parecer, no se puede confiar en nadie.

Tal vez se relajó porque Mary eligió ese momento para actuar. Llevó el tacón de su bota a la espinilla del hombre, que profirió un grito de dolor mientras ella se movía a un lado y conseguía liberarse de él. Intentó cogerle

el arma, pero el Sabio la apartó, apuntó y, al disparar, erró el tiro. Ella perdió el equilibrio y él aprovechó la oportunidad para girar sobre la baranda del balcón y golpearla con ambos pies. Con un grito, saltó por la barandilla y me preparé para cogerla, pero ella se agarró al balcón de abajo, donde se quedó colgada balanceándose.

Entretanto, el Sabio había sacado otra pistola, pero los guardias llegaron, alertados por el tiroteo.

—Roberts —grité, pero, en vez de disparar a los guardias, dirigió su segundo tiro a la campana.

Clang.

No podía fallar y tuvo el efecto deseado: mientras Mary caía ágilmente del segundo balcón para reunirse conmigo y activaba su hoja, los guardias entraban en el patio por los arcos. Apoyamos una espalda en la otra, pero no había tiempo de evaluar a nuestros enemigos con tranquilidad. Estaban sacando mosquetes y pistolas, así que entramos en acción.

Creo que salía a seis por cabeza. Fueron doce hombres los que murieron con distintos grados de valentía y destreza, y al menos hubo un caso de dudosa aptitud para cualquier tipo de combate, por el modo en que cerraba los ojos y gimoteaba al entrar corriendo en la batalla.

Oímos los pasos de más hombres que llegaban corriendo y supimos que era el momento de huir; salimos a toda velocidad del patio, cruzamos el recinto y por el camino animamos a los esclavos para que se marcharan y fueran libres. Y si no nos hubieran perseguido tantos soldados, habríamos parado para obligarles a escapar. Por lo que vi, no sé si aprovecharon la ventaja que les habíamos dado.

Más tarde nos detuvimos y, cuando terminé de maldecir mi suerte por haber perdido a Roberts, le pregunté cómo se llamaba de verdad.

—Mary Read como mi madre —respondió y al mismo tiempo noté algo contra la entrepierna.

Al bajar la vista, vi que se trataba de la punta de la hoja oculta de Mary.

Estaba sonriendo, gracias a Dios.

—Pero no le digas ni una palabra a nadie —dijo— o tú también dejarás de ser un hombre.

Y jamás se lo dije a nadie. Al fin y al cabo, esta mujer sabía cómo mear de pie. No iba a subestimarla.

41

Enero de 1718

Querido Edward:

Te escribo para darte una triste noticia. Tu padre falleció hace un mes, debido a una pleuritis. No murió sufriendo y me alegra decir que fue en mis brazos. Así que al menos estuvimos juntos hasta el final.

Éramos pobres cuando falleció y por eso he aceptado un trabajo en una taberna de la zona, donde me encontrarás si quieres mantener correspondencia. Han llegado a mis oídos noticias de tus hazañas. Dicen que eres un pirata de cierta infamia. Ojalá pudieras escribirme y disipar mis miedos en este asunto. Lamento decir que no he visto a Caroline desde que te marchaste y por lo tanto no puedo transmitirte ningún detalle sobre su salud.

Tu madre.

Miré la dirección del remite. No estaba seguro de si echarme a reír o a llorar.

42

Bueno, sé que estuve en Nasáu a principios de 1718 —en qué otra parte iba a estar si no era en mi casa—, pero, para ser sincero, solo recuerdo algunos fragmentos. ¿Por qué? Es una pregunta que tendrás que dirigírsela a esa de ahí, la vocecita del interior que te dice que necesitas otro trago cuando sabes que ya has bebido suficiente. Esa era la vocecita que empezaba a abuchear y no me dejaba pasar por la Old Avery sin entrar para quedarme allí todo el día; me despertaba al siguiente, hecho unos zorros, sabiendo que solo había una cosa que me hacía sentir mejor: que me atendiera Anne Bonny, la camarera de la Old Avery. Y entonces, ¿sabes? Todo el ciclo —ese maldito ciclo atroz— empezaba otra vez.

Y sí, soy consciente de que bebía para ahogar mi descontento, pero eso es lo que pasa con la bebida, a menudo no sabes por qué te emborrachas mientras estás haciéndolo. No te das cuenta de que beber es un síntoma, no una cura. Así que observaba sentado como Nasáu se venía abajo. Al estar tan borracho, se me olvidó indignarme por ello y en su lugar pasaba día tras día en la misma mesa de la Old Avery, ya fuera mirando fijamente el dibujo que había afanado del Observatorio o intentando escribirle una carta a mi madre o a Caroline. Pensando en mi padre. Preguntándome si el incendio de la granja había acelerado su muerte. Me preguntaba si también tenía la culpa de eso y sabía que la respuesta era la razón por la que las cartas a mi madre terminaban arrugadas en el suelo de la terraza.

Claro que no estaba tan absorto en mis problemas como para olvidarme de comerme con los ojos el delicioso trasero de Anne Bonny, aunque estuviera prohibida (oficialmente, lo estaba. Pero a Anne digamos que le gustaba la compañía de los piratas, ya sabes qué quiero decir).

Anne llegó a Nasáu con su marido, James, un bucanero afortunado por haberse casado con ella. Dicho esto, la chica actuaba como si no temiera

echar miradas insinuantes a cualquiera, lo que llevaba a preguntarte si James Bonny tenía las cosas bajo control. Habría apostado que servir cervezas en la Old Avery no fue idea del marido.

—En esta ciudad no hay más que meados e insectos —solía quejarse al tiempo que se retiraba de la cara mechones de pelo.

Tenía razón, pero aun así se quedaba, eludiendo las insinuaciones de la mayoría y aceptando las de unos pocos afortunados.

Fue en esa época, mientras me regodeaba en mi propia desgracia y pasaba los días saliendo de resacas para meterme en otras nuevas, en la que oímos hablar por primera vez del perdón del rey.

—¡Es un montón de mierda!

Eso era lo que opinaba Charles Vane. Sus palabras penetraron en el colocón que me había pillado.

«¿Cómo?».

—Es una estratagema —bramó— para cogernos desprevenidos en su ataque a Nasáu. Ya veréis. Recordad lo que os digo.

«¿El qué es una estratagema?».

—No es ninguna estratagema, Vane —dijo Barbanegra, cuya voz revelaba una seriedad inusual—. Lo he oído directamente de la boca del repulsivo capitán bermudeño. Ofrecen el indulto a cualquier pirata que lo quiera.

«Un indulto». Asimilé las palabras.

Hornigold estaba también allí.

—Sea una treta o no, creo que está claro que los británicos volverán a Nasáu —dijo—. Con armas, sin duda. A falta de ideas, propongo que seamos discretos. Nada de piratería o violencia. No hagáis enfadar al rey por ahora.

—El humor del rey no es asunto mío, Ben —le reprendió Barbanegra.

Benjamin se volvió hacia él.

—Lo será cuando envíe a sus soldados a eliminar nuestros residuos de esta isla. Mira a tu alrededor, hombre, ¿merece la pena morir por esta cloaca?

Tenía razón, por supuesto. Apestaba y cada vez más con el paso de los días: era una mezcla vomitiva de mierda, agua de sentina y cuerpos

podridos de animales muertos. Pero, aunque te resulte difícil de creer, era nuestra mezcla vomitiva de mierda, agua de sentina y cuerpos podridos de animales muertos, y estábamos dispuestos a luchar por ella. Además, no olía tan mal cuando estabas borracho.

—Sí, es nuestra república. Nuestra idea —insistió Barbanegra—. Una tierra libre para hombres libres, ¿recuerdas? Puede que esté sucia, pero ¿no sigue siendo una idea por la que merece la pena luchar?

Benjamin apartó la vista. «¿Ya se había decidido? ¿Había hecho su elección?».

—No puedo estar seguro —dijo—, porque, cuando miro los frutos de nuestros años de trabajo, lo único que veo son vómitos…, holgazanería…, idiotez.

¿Recuerdas lo que dije sobre Benjamin? ¿Que se vestía de forma diferente y que tenía un porte más militar? Mirándolo ahora en retrospectiva creo que nunca quiso ser pirata, que sus ambiciones estaban en el otro bando, con la armada de Su Majestad. En primer lugar, nunca le gustó especialmente atacar barcos, lo que era raro entre nosotros. Barbanegra contó la historia de cómo una nave bajo su mando sitió una vez un balandro solo para que Benjamin robara los sombreros de sus pasajeros. Eso fue todo, solo se llevó los sombreros. Y sí, puede que pienses que era un blandengue y no quería aterrorizar demasiado a los pasajeros, y quizá tengas razón. Pero el hecho es que, de entre todos nosotros, Benjamin Hornigold era el que menos parecía un pirata, casi como si no estuviese dispuesto a aceptar que era uno de nosotros.

Siendo ese el caso, supongo que no debería haberme sorprendido lo que sucedió después.

43

Julio de 1718

Queridísima Caroline…

Y hasta ahí llegué en esa ocasión en particular (ubicación: la Old Avery, como si hiciera falta decirlo).

—¿Dándole forma a tus sentimientos?

Anne Bonny estaba sobre mí, morena y hermosa. Un placer para la vista.

—No es más que una breve carta a casa. De todos modos, me imagino que le trae sin cuidado.

Arrugué el papel y lo tiré.

—Ah, tienes un corazón duro —afirmó Anne mientras salía de detrás de la barra—. Debería ser más blando.

«Sí —pensé—. Tienes razón, chica». Y ese corazón blando pareció derretirse. En los meses transcurridos desde que oímos hablar del indulto del rey, Nasáu quedó dividida en aquellos que aceptaron el perdón, los que planeaban aceptarlo después de un último asalto, y los que estaban a muerte contra el indulto y maldecían a todos los demás, dirigidos por Charles Vane, y…

¿Barbanegra? Mi viejo amigo no gastaba la pólvora en salvas, pero ahora que lo pienso creo que había decidido que la vida de pirata no era para él. Se había ido de Nasáu al acecho de alguna presa. A nuestros oídos llegaban noticias de grandes robos y extrañas asociaciones. Empecé a pensar que cuando Barbanegra dejó Nasáu no tenía ninguna intención de regresar. (Y, por lo que yo sé, nunca volvió).

¿Y yo? Bueno, por un lado, no terminaba de fiarme de Vane. Por otro lado, no quería aceptar el indulto, lo que me convertía en amigo de Vane quisiera o no. Vane había esperado que llegaran los refuerzos jacobitas, pero nunca lo hicieron, así que empezó a hacer planes para marcharse, tal vez para establecer otra república pirata en otra parte. Embarcaría en la *Grajilla* y me marcharía con él. ¿Qué otra opción me quedaba?

Y entonces llegó esa mañana, unos días antes de nuestra partida, en la que estaba sentado en la terraza de la Old Avery, intentando escribirle una carta a Caroline y pasando el tiempo con Anne Bonny, cuando oímos unos cañonazos que provenían del puerto. Se trataba de una salva de once cañonazos y supimos exactamente qué significaba. Los británicos llegaban para tomar el control de la isla.

Y allí estaban. Un asedio que cerraba las dos entradas al puerto. Su fuerza la formaban los barcos de Su Majestad *Milford* y *Rose*. Dos buques de guerra acompañados de una flota de cinco naves en las que había soldados, artesanos, provisiones y materiales de construcción; una colonia entera iba a echar de allí a los piratas y a arreglar Nasáu devolviéndole su respetabilidad.

A la cabeza se encontraba el buque insignia *Delicia*, que enviaba botes de remos para sortear el cementerio de barcos y alcanzar nuestra playa. Al llegar nosotros allí, junto a los demás marineros de Nasáu, sus ocupantes estaban desembarcando. No era otro sino mi viejo amigo Woodes Rogers. Estaban ayudándole a bajar del bote y tenía mejor aspecto que nunca, aunque se le veía más agobiado. ¿Recuerdas su promesa al gobernador de La Habana? La había cumplido. ¿Recuerdas que me dijo que planeaba aplastar a los piratas de Nasáu? Por lo visto también tenía pensado cumplir eso.

Nunca había echado tanto de menos a Barbanegra. Estaba seguro de que mi viejo amigo Edward Thatch habría sabido qué camino tomar. Una mezcla de instinto y astucia le habría impulsado como el viento.

—¡Vaya, que me aspen si el rey Jorge no se ha cansado de nuestras travesuras! —exclamó Calicó Jack a mi lado, tentando al destino.

—Ese es el capitán Woodes Rogers —respondí.

Como no tenía prisa en volver a encontrarme con él, retrocedí entre la muchedumbre, pero seguí lo bastante cerca para oírle mientras le pasaban a Rogers un pergamino que consultó antes de decir:

—Deseamos negociar con los hombres que se hacen llamar gobernadores de esta isla. Charles Vane, Ben Hornigold y Edward Thatch. Acercaos si sois tan amables.

Benjamin dio un paso adelante.

—Rufián cobarde —le insultó Jack, con toda la razón del mundo, puesto que ese fue el momento en que Nasáu llegó a su fin y nuestras esperanzas de la república se truncaron.

44

Noviembre de 1718

No fue hasta que le encontré cuando me di cuenta de lo mucho que le había echado de menos.

No tenía la menor idea de que iba a perderle para siempre.

Fue en una playa de Carolina del Norte, Ocracoke Bay, justo antes del amanecer, y él estaba dando una fiesta, claro, llevaba despierto toda la noche, claro.

La playa estaba salpicada de hogueras, los hombres bailaban una giga al son de un violín que había más allá y otros se pasaban el ron entre ellos, riéndose a carcajadas. Asaban un jabalí y el delicioso aroma me abrió un agujero en el estómago. Tal vez aquí, en Ocracoke Bay, Barbanegra había establecido su propia república pirata. Tal vez no tenía interés en volver a Nasáu y hacer las cosas bien.

Charles Vane ya estaba allí y al acercarme, caminando con dificultad por la arena hacia ellos, anticipando ya el licor en los labios y el jabalí en la barriga, se levantó, terminando sin duda su conversación con Barbanegra.

—¡Eres una gran decepción, Thatch! —bramó cruelmente y, al verme, añadió—: Dice que ha decidido quedarse aquí. ¡Que se vaya a la mierda y que os cuelguen a todos los que seguís a este pobre diablo hacia la oscuridad!

Le habría cortado el cuello a cualquier otro por traicionar la causa. Pero no lo hizo porque era Barbanegra.

Le habría puesto los grilletes a cualquiera por su insolencia. Pero no había sido así. ¿Por qué? Quizá por culpabilidad, porque Barbanegra le había dado la espalda a la piratería. Quizá porque cada vez que pensabas en

Charles tenías que admirar su valor, su devoción por la causa. Ninguno de ellos había luchado tanto contra el indulto como Charles. Ninguno había resultado tan fastidioso a Rogers como él. Había lanzado un brulote contra el asedio y había escapado para luego continuar organizando un asalto en Nueva Providencia, haciendo todo lo que podía para crear problemas en el periodo de gobernador de Rogers mientras esperaba que llegasen los refuerzos. El refuerzo en particular que estaba esperando iba vestido de negro para el combate y se le conocía por el nombre de Barbanegra. Pero cuando llegué a la playa aquella agradable mañana, al parecer se habían truncado las últimas esperanzas de Charles Vane.

Se marchó, levantando nubes de arena mientras regresaba por la playa, lejos del calor titilante de las hogueras, temblando de furia.

Observamos como se marchaba. Miré a Barbanegra. Tenía los cinturones desabrochados, al igual que el abrigo, y su barriga recién adquirida empujaba los botones de la camisa. No dijo nada, tan solo me indicó que me sentara en la arena a su lado, me pasó una botella de vino y esperó a que tomara un trago.

—Ese hombre es un capullo —dijo ligeramente bebido, señalando con la mano el lugar donde Charles Vane había estado.

«Ah —pensé—, pero lo irónico es que tu compinche Edward Kenway quiere lo mismo que ese capullo».

Puede que Vane fuera leal a la causa, pero no tenía la fe de los compañeros. Siempre había sido un hombre cruel y más tarde incluso sería más despiadado y salvaje. Me habían dicho que su nuevo truco era torturar a los cautivos atándolos al bauprés, metiéndoles fósforos bajo los párpados para luego encenderlos. Hasta los hombres que le seguían habían empezado a cuestionarle. A lo mejor Vane sabía igual que yo que Nasáu necesitaba un líder que inspirara a los hombres. Nasáu necesitaba a Barbanegra.

Barbanegra se levantó —Charles Vane ya no era más que un lejano punto en el horizonte— y me hizo señas para que le siguiera.

—Sé que has venido para llevarme a casa, Kenway. —Parecía emocionado—. Tu fe en mí me conmueve, pero, con Nasáu destrozada, creo que he terminado.

Estaba diciendo la verdad cuando dije:

—Yo no opino lo mismo, amigo. Pero no envidio tu estado.

Asintió.

—¡Dios, Edward! Vivir así es como vivir con un gran agujero en las tripas, y cada vez que tus entrañas caen al suelo estás obligado a recogerlas y volver a guardártelas. Cuando Ben y yo nos plantamos por primera vez en Nasáu, infravaloré la necesidad de encontrar gente con carácter que le diera forma y guiara el lugar a su verdadero propósito. Pero no me equivoqué respecto a la corrupción que conlleva ese rumbo.

Durante un momento, mientras caminábamos, escuchamos la marea en la arena, el suave susurro, el ruido del mar al retirarse. Tal vez él, como me pasaba a mí, cuando pensaba en corrupción, se acordaba de Benjamin.

—En cuanto un hombre le coge el gusto al liderazgo, le cuesta imaginar por qué no está al mando del mundo entero.

Señaló hacia atrás.

—Sé que esos hombres creen que soy un buen capitán, pero a mí no me gusta nada. Soy arrogante. Me falta el equilibrio necesario para liderar desde detrás de la multitud.

Creía saber a qué se refería. Creí entenderle. Pero no me gustaba. No me gustaba el hecho de que Barbanegra se distanciara de nosotros.

Caminamos.

—¿Todavía buscas a ese tal Sabio? —me preguntó.

Le contesté que así era, pero no le dije que la búsqueda del Sabio había consistido principalmente en estar sentado en la Old Avery bebiendo y pensando en Caroline.

—Ah, bueno, al tomar una presa el mes pasado, oí que un hombre llamado Roberts estaba trabajando en un barco de esclavos llamado la *Princesa*. Quizá quieras ir a echar un vistazo.

Así que el carpintero de ojos muertos, el hombre con conocimiento eterno, se había trasladado de las plantaciones a los barcos de esclavos. Tenía sentido.

—La *Princesa*. ¡Gracias, Thatch!

45

Los británicos iban a por Barbanegra, por supuesto. Más tarde averigüé que se trataba de una fuerza que tenía al frente al teniente Maynard del barco de Su Majestad *Pearl*. El gobernador de Virginia había puesto precio a la cabeza de Barbanegra después de que los comerciantes protestaran por su hábito de salir de Ocracoke Bay para robar aquí y allá; el gobernador estaba preocupado por que la ensenada de Ocracoke se convirtiera pronto en otra Nasáu. Al gobernador no le gustaba tener al pirata más infame del mundo en su jardín trasero, así que le puso precio a su cabeza. Y entonces llegaron los británicos.

Lo primero que oímos fue el susurro de la alarma: «Vienen los ingleses. Vienen los ingleses». Al mirar por la escotilla de los cañones del balandro de Barbanegra, el *Adventure*, vimos que habían lanzado un pequeño bote e intentaban acercarse a nosotros sigilosamente. Les habríamos destruido completamente, claro, si no hubiera sido por una cosa. Una cosa fundamental. ¿Sabes aquella fiesta de la que te hablaba? ¿Donde había vino y jabalí? Había seguido. Y seguido.

Teníamos una resaca de campeonato.

Y la mejor reacción que tuvimos fue ahuyentar el bote con algunos disparos.

Éramos muy pocos a bordo del barco de Barbanegra aquella mañana. Veinte como mucho. Pero yo era uno de ellos y no tenía ni idea de que iba a participar en lo que sucedió a continuación: el destino del pirata más famoso del mundo.

Había que reconocer que, aunque tuviera resaca, como todos nosotros, Barbanegra conocía los canales alrededor de Ocracoke Bay; partimos, levamos anclas y llegamos rápidamente a los bancos de arena.

Detrás de nosotros iban los hombres de Maynard. Ondeaban la enseña roja y no nos dejaron duda de lo que pretendían. Lo vi en los ojos de Barbanegra. Mi viejo amigo Edward Thatch. Todos los que estábamos a bordo del *Adventure* aquel día sabíamos que iban tras él y solo tras él. La declaración del gobernador de Virginia nombraba a un solo pirata y ese pirata era Edward Thatch. Creo que todos sabíamos que no éramos los verdaderos objetivos de esos ingleses obstinados, sino Barbanegra. Sin embargo, ningún hombre se entregó ni se tiró por la borda. No había ningún hombre entre nosotros que no estuviera dispuesto a morir por él; esa era la devoción y lealtad que inspiraba. Ojalá hubiera utilizado esas cualidades al servicio de Nasáu.

El día estaba tranquilo, no había viento en las velas y tuvimos que usar los remos para avanzar. Podíamos ver el blanco de los ojos de nuestros perseguidores y viceversa. Barbanegra corrió a la popa, donde se inclinó sobre la borda y gritó por el canal en calma hacia el barco de Maynard:

—¡Malditos seáis, villanos! ¿Quiénes sois? Y ¿de dónde venís?

Los del barco de atrás no contestaron, simplemente se quedaron mirándonos con ojos inexpresivos. Lo más seguro era que quisieran desconcertarnos.

—Por nuestros colores ya veis que no somos piratas —bramó Barbanegra, señalando a su alrededor mientras su voz retumbaba extrañamente desde los empinados bancos de arena a ambos lados del estrecho canal—. Tirad un bote para subir a bordo y veréis que no somos piratas.

—No puedo prescindir de un bote —respondió Maynard. Hubo una pausa—. Os abordaré muy pronto con mi balandro.

Barbanegra maldijo y levantó un vaso de ron para brindar por él.

—¡Brindo por tu condenación y la de tus hombres, que no son más que unos cachorros cobardes! No tendré compasión.

—Yo tampoco espero misericordia, Edward Thatch, y no la obtendrás de nosotros.

Los dos balandros bajo el mando de Maynard se acercaron y por primera vez en mi vida vi a mi amigo Edward Thatch sin saber qué hacer. Por primera vez en mi vida, creí ver miedo en aquellos ojos.

—Edward… —intenté decir.

Quería apartarle a un lado, quería que nos sentáramos como habíamos hecho tantas veces en la Old Avery, para tramar un plan, confabular, pero esta vez no se trataba de conseguir una presa, no, sino de escapar de los ingleses. Lograr ponernos a salvo. A nuestro alrededor la tripulación trabajaba bajo una especie de aturdimiento provocado por la bebida. El mismo Barbanegra estaba tomando ron y subía la voz con su embriaguez. Y por supuesto, cuanto más borracho, menos abierto a razonar estaba y más imprudentes y precipitadas eran sus acciones, como cuando ordenó que prepararan los cañones y, como no teníamos balas, los debían llenar de clavos y trozos de hierro viejo.

—Edward, no…

Intenté detenerle al saber que debía de haber una manera mejor de escapar de los ingleses, más discreta. Al saber que el hecho de disparar sería firmar nuestra sentencia de muerte. Nos superaban en número y estaban mejor armados que nosotros. Sus hombres no estaban borrachos ni tenían resaca y ardía la luz del fervor ciego en sus ojos. Querían una cosa y esa cosa era Barbanegra, un Barbanegra borracho, enfadado, furioso y probablemente, en secreto, aterrorizado.

Pum.

La onda expansiva del cañonazo fue amplia, pero no vimos más que un velo de humo y arena que nublaba nuestra visión. Durante unos largos instantes esperamos conteniendo la respiración para ver qué daños había causado nuestro ataque y lo único que oímos fueron gritos y el sonido de la madera al partirse. Fueran cuales fuesen los daños, sonaba grave, y cuando se aclaró la niebla vimos que uno de los barcos que nos perseguían había virado a un lado y se había encallado, mientras que al parecer también habíamos alcanzado al otro, ya que no había indicios de la tripulación a bordo y algunas partes de su casco estaban destrozadas y astilladas. De las bocas de nuestros hombres salió una débil pero sincera ovación y empezamos a preguntarnos si no estaba todo perdido al fin y al cabo.

Barbanegra, a mi lado en la borda, me miró y me guiñó el ojo.

—El otro aún nos sigue, Edward —le advertí—. Responderán a los disparos.

Y así lo hicieron. Utilizaron balas encadenadas, que destrozaron nuestro foque, y lo que antes habían sido gritos de victoria se convirtieron en alaridos cuando nuestro barco dejó de estar en buen estado para navegar, se tambaleó hacia un lado del canal y escoró, con los mástiles astillados rozando los empinados bancos. Mientras nos mecíamos inútilmente en el oleaje, el balandro que nos perseguía se acercó a nuestro estribor, dándonos una buena oportunidad de ver cuánta fuerza les quedaba. Por lo visto, bien poca. Vimos a un hombre al timón, con Maynard a su lado haciendo señas mientras gritaba:

—¡Acércate, acércate…!

Y fue entonces cuando Edward decidió que atacar era la mejor defensa. Ordenó a los hombres que se armaran y se prepararan para abordar, y esperamos con las pistolas listas y los alfanjes desenvainados la última lucha en un canal desierto en las Indias Occidentales.

El humo de la pólvora nos envolvía, unas capas espesas colgaban como hamacas en el aire. Me escocían los ojos y le daba a la escena un toque misterioso, como si el balandro inglés fuese un barco fantasma que aparecía entre los pliegues de una bruma espiritual. Para darle más efecto, sus cubiertas estaban vacías. Solo se veía a Maynard y su oficial al timón, Maynard gritando: «Acércate, acércate…» con ojos de loco. Su aspecto, por no mencionar el del barco, nos dio esperanzas; nos dio esperanzas de que quizás estuvieran peor de lo que pensábamos al principio; que esto no era la última batalla después de todo; que a lo mejor vivíamos para luchar otro día.

Resultó ser una falsa esperanza.

Todo estaba en silencio salvo por los chillidos histéricos de Maynard mientras nos escondíamos agachados tras la borda. No tenía modo de saber cuántos hombres quedaban vivos en el balandro, pero uno de los nuestros al menos tenía seguridad en sí mismo.

—Hemos dado a todos en la cabeza excepto a tres o cuatro —gritó Barbanegra. Advertí que llevaba su sombrero negro y había encendido las mechas de su barba, que estaba envuelta en humo; se había librado de la resaca y resplandecía como un diablo—. Saltemos a bordo y cortémosles en rodajas.

«¿Solo tres o cuatro? Tenían que quedar más vivos, seguro».

Pero para entonces los dos cascos habían chocado y, con un salto, Barbanegra nos guio por el lateral del *Adventure* hasta el balandro británico, rugiendo un brutal grito de guerra mientras los hombres salían en tropel hacia Maynard y el primer oficial al timón.

Pero Maynard actuaba tan bien como mi amiga Mary Read, porque, en cuanto nuestros doce piratas estuvieron a bordo del barco, aquella expresión histérica abandonó su rostro y gritó: «¡Ahora, hombres, ahora!», se abrió una escotilla en el alcázar y caímos en la trampa.

Se habían escondido, habían fingido estar muertos para hacernos subir a su barco. Y ahora salían, como ratas escapando de las alcantarillas, dos docenas contra nuestros doce valientes; enseguida se llenó el ambiente del repiqueteo del acero, el estallido de los disparos y los gritos.

Un hombre se me tiró encima. Le golpeé en la cara, al mismo tiempo activé mi hoja, y me aparté a un lado para evitar la fuente de sangre y mucosidad que salió de su nariz. Con la otra mano sostenía la pistola, pero oí a Barbanegra llamándome:

—Kenway.

Le habían derribado y una pierna sangraba gravemente. Se defendía con la espada y buscaba una pistola. Le tiré la mía, la cogió y la usó para eliminar a un hombre que iba a por él con un alfanje levantado.

Pero estaba muerto. Ambos lo sabíamos. Todos lo sabíamos.

—¡En un mundo sin oro, podríamos haber sido héroes! —gritó mientras se abalanzaban sobre él.

Maynard lideró un nuevo ataque contra él y Barbanegra, al ver que se acercaba su enemigo, mostró los dientes y movió la espada. Maynard chilló con la mano chorreando sangre mientras se apartaba con la guardia baja y su espada caída. Cogió una pistola de su cinturón, disparó y le dio a Edward en el hombro, haciéndole caer otra vez de rodillas al suelo donde lanzó un gruñido y blandió la espada mientras su enemigo se abalanzaba sobre él sin piedad.

A nuestro alrededor vi más de los nuestros derribados. Saqué mi segunda pistola, disparé, y le hice a uno de sus hombres un tercer ojo; pero se abalanzaron sobre mí en masa. Eliminé a unos cuantos. Acabé con ellos

sin misericordia. Y el hecho de saber que mi siguiente atacante moriría del mismo modo mantuvo a raya a unos cuantos, otorgándome la oportunidad de echar un vistazo y ver morir a Edward por los miles de cortes en las rodillas. Pero aun así seguía luchando, rodeado de buitres que le asestaban golpes con sus espadas.

Lancé un grito de frustración y enfado, y giré con las manos extendidas mientras mi hoja formaba un perímetro de muerte que azotaba a los hombres lanzándolos hacia atrás. Cogí la iniciativa: me lancé hacia delante dándole una patada a un hombre que estaba delante de mí, de modo que su pecho y su cara se convirtieron en mi trampolín para derrumbar la barrera de hombres que me rodeaba. Mi hoja destelló en el aire y dos enemigos cayeron con las venas abiertas al tiempo que la sangre llegaba a la cubierta con un golpe audible. Al aterrizar, crucé la cubierta a toda velocidad para ayudar a mi amigo.

Pero no lo conseguí. Por mi izquierda apareció un marinero que detuvo mi avance, un hombre bruto y corpulento que se abalanzó sobre mí. Como ambos nos movíamos muy rápido, ninguno de los dos pudo detener el impulso que nos llevó a un lado de la borda, de cabeza al agua.

Vi una cosa antes de caer. Vi la garganta de mi amigo abierta, una capa de sangre en su pechera y los ojos hacia arriba mientras Barbanegra caía por última vez.

46

Diciembre de 1718

No has oído gritar a un hombre de dolor hasta que no has oído a un hombre al que acaban de volarle la rótula.

Ese fue el castigo que Charles Vane le impuso al capitán del barco de esclavos británico que habíamos abordado. Ese mismo barco había prácticamente acabado con la nave de Vane, por lo que tuvimos que acercar la *Grajilla* y permitir que sus hombres subieran a bordo. Vane se había puesto furioso, pero aun así no era suficiente motivo para perder los estribos. Al fin y al cabo, toda aquella expedición había sido idea suya.

Había tramado su plan poco después de la muerte de Edward.

—Así que han matado a Thatch —dijo mientras estábamos sentados en el camarote del capitán en la *Grajilla*, con Calicó Jack borracho y dormido al lado, tumbado con las piernas rectas en la silla de modo que parecía estar desafiando a la gravedad.

Era otro de los que se habían negado a recibir el indulto del rey, así que teníamos que cargar con él.

—Le superaban en número —dije refiriéndome a Barbanegra. La imagen que acababa de llegar a mi cabeza no era bienvenida—. No pude alcanzarle.

Recordaba su caída, verle morir, la sangre manando de su garganta, cortada como si fuera la de un perro rabioso. Tomé otro largo trago de ron para que desapareciera la imagen.

Había oído que colgaron su cabeza del bauprés como un trofeo.

Y nos llaman a nosotros escoria.

—Maldito diablo, era temible, pero su corazón estaba dividido —dijo Charles.

Había estado jugueteando con la punta de su cuchillo en el tablero de mi mesa. A cualquier otro invitado le habría dicho que parase, pero no a Charles Vane. Un Charles Vane derrotado por Woodes Rogers. Un Charles Vane que lloraba la muerte de Barbanegra. Y sobre todo, un Charles Vane con un cuchillo en la mano.

Pero tenía razón en lo que decía. Aunque Barbanegra hubiera sobrevivido no cabía duda de que pretendía dejar atrás su vida anterior. Estar al frente y sacarnos de la jungla no era algo que le atrajera a Edward Thatch.

Nos callamos. Tal vez ambos estábamos pensando en Nasáu, en que formaba parte del pasado. O tal vez ambos nos preguntábamos qué hacer en el futuro, porque, tras unos instantes, Vane respiró hondo, pareció recobrar la compostura y se golpeó en los muslos con los puños.

—Bueno, Kenway, he estado reflexionando sobre ese plan tuyo —anunció—. Ese… Observatorio del que no dejas de hablar. ¿Cómo sabemos que existe?

Le lancé una mirada de soslayo para ver si estaba bromeando. Al fin y al cabo, no habría sido el primero. Se habían mofado mucho de mis historias del Observatorio y no estaba de humor para más burlas, al menos no en ese momento. Pero no bromeaba, lo decía muy en serio, e inclinado hacia delante en su silla, esperaba una respuesta. Calicó Jack seguía durmiendo.

—Tenemos que encontrar un barco de esclavos llamado la *Princesa*. A bordo debería estar un hombre llamado Roberts, que puede llevarnos hasta allí.

Charles pareció meditarlo.

—Todos los esclavistas trabajan para la Compañía Real Africana. Busquemos cualquiera de sus barcos y empecemos a hacer preguntas.

Pero, por desgracia para todos nosotros, el primer barco de la Compañía Real Africana con el que nos encontramos le hizo unos agujeros a las velas de la embarcación de Vane, el *Ranger*, y este tuvo que ser rescatado. Al final abordamos el barco de esclavos, donde nuestros hombres ya habían acallado a la tripulación, y encontramos al capitán.

—Este capitán afirma que la *Princesa* zarpa de Kingston cada pocos meses —le dije a Vane.

—Muy bien. Fijaremos un rumbo —dijo Vane.

La decisión estaba tomada: íbamos a dirigirnos a Kingston y sin duda el capitán del barco de esclavos habría salido bien parado si no hubiera gritado furiosamente:

—¡Me habéis destrozado las velas y las jarcias, mequetrefes! Me debéis una parte.

Todo hombre que conociera a Charles Vane podría haberte dicho lo que sucedió a continuación. No exactamente, pero algo parecido: violencia terrible, sin remordimientos. Y eso fue lo que ocurrió cuando se dio la vuelta, sacó la pistola y se acercó al capitán con un rápido movimiento furioso. Luego le puso la boca del arma en la rodilla mientras levantaba la otra mano para impedir que la sangre le salpicara, y apretó el gatillo.

Sucedió rápido. Con total naturalidad. Y después Charles Vane se alejó, pasando a mi lado.

—¡Maldita sea, Vane!

—¡Hay que ver, Charles, la mala leche que tienes! —exclamó Calicó Jack, que extrañamente se encontraba sobrio, un hecho que era casi tan sorprendente como los gritos desgarradores del capitán. Pero el borracho de siempre parecía tener ganas de desafiar a Charles Vane.

Vane se volvió hacia su intendente.

—No me jodas, Jack.

—Es mi mandato joderte, Charles —espetó Calicó Jack, que normalmente estaba borracho, pero hoy se encontraba de humor para desafiar la autoridad de Vane, por lo visto—. Muchachos —ordenó y como si fuera una señal, como si hubieran estado esperando aquella oportunidad, varios hombres leales a Calicó Jack dieron un paso adelante con las armas desenfundadas.

Nos sobrepasaban en número, pero eso no detuvo a Adewalé, que estaba a punto de desenvainar su alfanje cuando sintió todo el peso de un guardia en la cara y se desplomó sobre la cubierta.

Yo mismo me encontré con un montón de pistolas apuntándome a la cara cuando hice el ademán de ir a ayudarle.

—Veréis… Los chicos y yo tuvimos una pequeña reunión mientras vosotros perdíais el tiempo con este —dijo Calicó Jack, señalando al negrero capturado—. Y llegaron a la conclusión de que sería un capitán más apropiado en vez de vosotros, perros insensatos.

Hizo una seña hacia Adewalé y me hirvió la sangre cuando afirmó:

—A ese creo que lo venderé por diez libras en Kingston. Pero no puedo arriesgarme con vosotros dos.

Estábamos rodeados. Nuestros hombres, Charles y yo éramos incapaces de hacer nada. Me puse a darle vueltas a la cabeza, preguntándome por qué había salido todo tan mal. ¿Necesitábamos tanto a Barbanegra? ¿Confiábamos tanto en él que se torció todo tan terriblemente en su ausencia? Eso parecía. Eso parecía.

—Lamentarás este día, Rackham —dije entre dientes.

—Ya lamento la mayoría —susurró el amotinado Calicó Jack.

Su camisa india de colores vivos fue lo último que vi cuando otro hombre se acercó con una bolsa negra en la mano con la que a continuación me cubrió la cabeza.

47

Y así fue como nos encontramos aislados en Providencia. Tras un mes a la deriva en el *Ranger* dañado, claro.

Jack nos había dejado comida y armas, pero no teníamos medios para gobernar el barco, así que fue un mes en el mar en el que intentamos en vano reparar las jarcias y los mástiles rotos y pasamos la mayor parte del día ocupándonos del bombeo para mantenernos a flote; un mes en el que tuve que oír a Vane despotricar constantemente. Sacudía el puño en el aire y decía:

—¡Te cogeré, Jack Rackham! Te abriré en canal. Te sacaré los órganos y los usaré como cuerdas para un maldito laúd.

Pasamos la Navidad de 1718 en el *Ranger*, cabeceando en las olas como una botella de licor de la que se habían deshecho, rezando por que el clima fuese misericordioso. Tan solo él y yo. Y por supuesto no teníamos calendarios ni nada por el estilo, así que era imposible saber cuándo caía Navidad o en qué día 1718 se convirtió en 1719, pero te aseguro que pasé el tiempo escuchando a Charles Vane expresar su odio al mar, al cielo, a mí y sobre todo hacia su compinche Calicó Jack Rackham.

—¡Te cogeré! ¡Ya verás, vil canalla!

Y cuando intentaba reprenderle, insinuarle que tal vez sus gritos constantes perjudicaban nuestra moral en vez de beneficiarnos, se volvía contra mí.

—¡Vaya, vaya, el temible Edward Kenway ha hablado! —berreaba—. Le ruego, capitán, que nos diga cómo salir de este apuro y qué se le ocurre para gobernar un barco sin velas ni timón.

Nunca sabré por qué no nos matamos el uno al otro durante ese tiempo, pero ¡Dios, cuánto nos alegramos al avistar tierra! Soltamos grandes carcajadas, nos abrazamos y saltamos arriba y abajo. Lanzamos una yola

del siniestrado *Ranger* y, al caer la noche, remamos hasta la orilla para desplomarnos en la playa, agotados pero eufóricos porque después de un mes a la deriva por fin habíamos encontrado tierra.

A la mañana siguiente nos despertamos para ver al *Ranger* destrozado en la playa y nos insultamos por no haber pensado en echar el ancla.

Y luego maldijimos nuestra suerte al darnos cuenta de lo pequeña que era la isla de la que ahora no podíamos escapar.

Providencia, así se llamaba, era una isla pequeña con bastante historia. Una historia sangrienta, además. Los colonos ingleses, los piratas y los españoles no habían hecho más que luchar por ella durante la mayor parte del siglo. Hacía cuarenta años, el gran pirata capitán Henry Morgan se fijó en ella, la recuperó de los españoles y la usó como base durante un tiempo.

Cuando Vane y yo nos plantamos en la isla, era el hogar de algunos colonos, esclavos fugados, convictos y unos pocos misquitos que quedaban, nativos de allí. Se podía explorar el fuerte abandonado, pero no había mucho más. Al menos, nada que comer o beber. Y sí, podía ir nadando hasta Santa Catalina, pero era incluso más pequeña. Así que principalmente pasábamos los días pescando, buscando ostras en pequeñas charcas y de vez en cuando teníamos una especie de enfrentamientos con grupos de nativos que pasaban, andrajosos colonos errantes o pescadores de tortugas. Los colonos, en particular, siempre llevaban una expresión de terror como si se debatieran entre atacar y salir corriendo, y podían hacer ambas cosas. Sus ojos parecían girar en las cuencas en diferentes direcciones a la vez y hacían extraños movimientos nerviosos con los labios resecos por el sol.

Me volví hacia Charles Vane tras un encuentro en particular para comentarlo y vi que él también tenía esa expresión de loco; sus ojos parecían girar en las cuencas y hacía esos extraños movimientos nerviosos con los labios resecos por el sol.

Hasta que la cuerda frágil que mantenía cuerdo a Charles Vane un día se rompió y creó una nueva tribu en Providencia. Una tribu de una sola persona. Debería haber intentado hablar con él: «Charles, mantengámonos unidos», pero estaba hasta la coronilla de Charles Vane y, de todas formas, no iba a ser la última vez que nos viéramos. Para empezar, se aficionó a robarme las ostras, salía de la jungla correteando, con pelo por todas partes

y sin afeitar, con la ropa hecha jirones y la mirada de un loco en sus ojos. Me robaba las ostras que yo acababa de recoger, me insultaba y luego volvía a escabullirse hacia la maleza desde donde me insultaba un poco más. Yo pasaba los días en la playa, nadando, pescando o examinando el horizonte en busca de naves, todo el tiempo consciente de que Charles me seguía la pista escondido entre la maleza.

Una vez intenté reprenderle.

—¿Por qué no hablas conmigo, Vane? ¿Vas a continuar con esta locura?

—¿Locura? —respondió—. No es ninguna locura que un hombre luche por sobrevivir, ¿no?

—No quiero hacerte daño, figura. Resolvamos esto como caballeros.

—Ah. Dios, qué dolor de cabeza me está dando este parloteo. ¡Apártate y déjame vivir en paz!

—Eso haría si dejases de birlarme toda la comida que recojo y el agua que encuentro.

—No dejaré de hacerlo hasta que me pagues con sangre. Tú fuiste la razón de que nos pusiéramos a buscar negreros. ¡Por tu culpa Jack Rackham se quedó con mi barco!

¿Ves a lo que tenía que enfrentarme? Aquel hombre estaba perdiendo la cabeza. Me culpaba por cosas que claramente habían sido error suyo. Él fue el que sugirió ir a buscar el Observatorio. Fue él quien causó nuestra situación actual al matar al capitán esclavista. Yo tenía tantas razones para odiarle como él para despreciarme. La diferencia entre nosotros era que yo no había perdido la cabeza. Al menos aún no. Por lo visto, estaba esforzándose para remediarlo. Cada vez estaba más loco.

—¡Tus cuentos de hadas nos metieron en este lío, Kenway!

Se quedaba entre los arbustos, como un roedor en la maleza ensombrecida, acurrucado en las raíces, rodeando con los brazos los troncos de los árboles, agachado en su propia pestilencia, observándome con ojos cobardes. Empezó a pasárseme por la cabeza que Vane tal vez quería matarme. Mantenía mis hojas limpias y, aunque no las llevaba encima —me había acostumbrado a llevar poca cosa—, las tenía a mano.

Antes de darme cuenta había pasado de ser un loco que despotricaba contra mí entre la maleza a dejarme trampas.

Hasta que un día decidí que ya era suficiente. Tenía que matar a Charles Vane.

La mañana que me propuse hacerlo, tenía el alma en los pies. Me pregunté si era mejor tener un loco como compañero que no tener compañía. Pero ese loco me odiaba y probablemente quería matarme. Era él o yo.

Lo encontré en una charca, sentado, agachado con las manos entre las piernas, intentando hacer fuego y cantando para sí mismo una canción sin sentido.

Estaba de espaldas a mí, facilitándome que lo matase, e intenté convencerme de que era un acto de humanidad terminar con su sufrimiento, mientras me acercaba sigilosamente y activaba mi hoja.

Pero no pude evitarlo. Vacilé y en ese momento saltó su trampa y me lanzó con un brazo cenizas a la cara. Mientras retrocedía tambaleándome, se puso de pie, con el alfanje en la mano, y empezó la batalla.

Ataque. Parada. Ataque. Utilizaba mi hoja como una espada, chocaba contra su acero y respondía con el mío propio.

Y me pregunté si pensaba que le había traicionado. Probablemente. El odio le daba fuerzas y durante unos instantes dejó de ser el patético troglodita en el que se había convertido al regresar la lucha a su mirada. Pero no era suficiente para darle la vuelta a la batalla. Las semanas que había pasado agachado en la maleza, alimentándose de lo que robaba, le habían debilitado y le desarmé fácilmente. En vez de matarle, guardé la hoja, la desaté y la tiré, arrancándome la camisa al mismo tiempo; y luchamos con los puños, desnudos hasta la cintura.

Entonces, cuando le derribé y empecé a golpearle, me contuve y paré. Me puse en pie, respirando con dificultad, con sangre goteando de los puños. Debajo de mí, en el suelo, se hallaba Charles Vane. Un hombre dejado, con aspecto de ermitaño. Yo, por supuesto, apestaba, pero no hedía tanto como él. Olía a la mierda que vi seca en sus muslos al darse media vuelta en el suelo, y escupió un diente acompañado de un hilo fino de saliva a la vez que reía para sus adentros. Reía para sus adentros como un loco.

—Tú, nenaza —dijo—, solo has hecho la mitad del trabajo.

Negué con la cabeza.

—¿Es esta mi recompensa por creer en lo mejor de los hombres? ¿Por pensar que una rata inmunda como tú podía mostrar un poco de sentido común de vez en cuando? Quizá Hornigold tenía razón. Quizás el mundo sí necesita hombres con ambición, que impidan a los que son como tú estropearlo todo.

Charles se rio.

—O quizá no tienes agallas para vivir sin remordimientos.

Escupí.

—No me guardes un lugar en el infierno, desgraciado. Aún tardaré en ir por allí.

Y entonces le dejé y más tarde, cuando eché mano de la barca de un pescador, me pregunté si debía ir a buscarle, pero decidí hacer lo contrario.

Que Dios me perdone, pero ya había aguantado bastante al maldito Charles Vane.

48

Mayo de 1719

Llegué a Inagua tras meses fuera, agradecido de estar vivo y feliz por ver a mi tripulación. Me alegré incluso más al ver lo contentos que se pusieron al verme. «¡Está vivo! ¡El capitán está vivo!». Estuvieron celebrándolo durante días, dejaron seca la bahía y me regocijó presenciarlo.

Mary también estaba allí, pero vestida como James Kidd, así que aparté el recuerdo de sus pechos y la llamé James cuando otros estaban presentes, incluso delante de Adewalé, que rara vez se alejaba de mí después de mi regreso, como si no quisiera dejarme fuera de la vista.

Entretanto Mary tenía noticias de mis aliados: habían colgado a Stede Bonnet en White Point.

Pobre Stede. Mi amigo comerciante evidentemente había cambiado de opinión en cuanto a los piratas, tanto que había adoptado su modo de vida. Le llamaban «el caballero pirata». Llevaba un batín y trabajó un tiempo las rutas más al norte, antes de encontrarse a Barbanegra en sus viajes. La pareja se había asociado, pero porque Bonnet era tan mal capitán pirata como marinero, es decir, un capitán pirata muy malo, y su tripulación se había amotinado para unirse a Barbanegra. Para Bonnet el insulto definitivo fue que tuvo que quedarse como «invitado» en el barco de Barbanegra, la *Venganza de la Reina Ana*. Bueno, no fue el «insulto definitivo» obviamente. El insulto definitivo fue ser capturado y colgado.

Entretanto en Nasáu —la pobre Nasáu llena de problemas—, James Bonny espiaba para Woodes Rogers, lo que deshonró más a Anne que lo que le había deshonrado ella a él con sus devaneos, mientras Rogers daba un golpe mortal a los piratas. En una demostración de fuerza, había

ordenado que ahorcaran a ocho de ellos en el puerto de Nasáu, y desde entonces su resistencia se había desmoronado. Hasta el plan de matarlo había sido poco entusiasta y enseguida se abandonó.

La gran alegría fue que habían capturado a Calicó Jack y se había recuperado la *Grajilla*. Resultó que el alcohol sacó lo mejor de Jack. Los corsarios bajo las órdenes del gobernador de Jamaica le alcanzaron al sur de Cuba. Jack y sus hombres habían desembarcado y estaban durmiendo la mona bajo las tiendas cuando los corsarios llegaron, así que huyeron hacia la jungla y recuperaron la *Grajilla*. Desde entonces aquel vil canalla había vuelto a Nasáu donde convenció a Rogers de que le concediera el indulto e iba por las tabernas vendiendo relojes robados y medias.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mary tras contarme las noticias—. ¿Todavía buscas esa fortuna difícil de alcanzar?

—Sí, estoy cerca. He oído que el Sabio sale de Kingston en un barco llamado la *Princesa*.

James se había levantado y empezaba a alejarse para dirigirse al puerto.

—Haz mejor uso de tu ambición, Kenway. Encuentra al Sabio con nosotros.

Se refería a los Asesinos, por supuesto. Reinó el silencio cuando pensé en ellos.

—No tengo estómago para vosotros y vuestros misterios…, Mary. Quiero saborear la buena vida. Una vida fácil.

Ella negó con la cabeza y empezó a alejarse, pero dijo por encima del hombro:

—Nadie honrado tiene una vida fácil, Edward. Es dolorosa para aquel que causa el mayor dolor.

Si la *Princesa* zarpaba de Kingston, entonces yo tenía que dirigirme hacia allí.

¡Dios mío, Kingston era precioso! De un campamento de refugiados había pasado a ser la ciudad más grande de Jamaica, lo que no significaba que fuera especialmente grande, sino tan solo la más grande de Jamaica. Los edificios eran nuevos aunque parecían destartalados y tenían vistas a unas colinas pobladas de bonita vegetación, acariciadas por una brisa marina fresca que provenía de Port Royal y se llevaba un poco el calor del

sol abrasador; solo un poco, cuidado, solo un poco. Me encantaba. En Kingston, eché un vistazo a mi alrededor y me pregunté si Nasáu podría haber sido así, si nos hubiéramos quedado allí. Si no nos hubiéramos permitido corrompernos con tanta facilidad.

El mar era de un azul muy claro, parecía relucir y mantenía en alto a los barcos que estaban anclados en la bahía.

Durante un momento, mientras contemplaba boquiabierto la belleza del mar y recordaba los tesoros que ofrecía, pensé en Bristol. Cuando estaba en el puerto y miraba el océano, soñando con ser rico y correr aventuras. Aventuras sí había encontrado. Pero ¿la riqueza? Bueno, la *Grajilla* no había estado totalmente inactiva durante el tiempo que yo había pasado en Providencia. Habían cogido algunas presas. Añadido a lo que ya tenía en mis cofres, no era rico exactamente, pero tampoco era pobre. Tal vez por fin era un hombre acaudalado.

«Ojalá pudiera encontrar el Observatorio».

(¿Ves, cariño? La codicia es la perdición de muchos hombres).

Amarrados al muelle estaban los botes de remos y las yolas, pero no encontraba lo que a mí me interesaba. Me detuve y me llevé un catalejo al ojo, examinando el horizonte en busca de alguna señal de un barco esclavista —la *Princesa*—, parándome a disfrutar de la vista de la *Grajilla* para luego continuar. Ciudadanos y comerciantes pasaban afanosamente, todas las mercancías estaban a la venta. También había soldados. Españoles, con sus tricornios y túnicas azules, y los mosquetes al hombro. Un par de ellos pasó junto a mí, aburridos y chismorreando.

—¿A qué viene este alboroto? Hoy todos tienen un palo metido por el culo.

—Sí, estamos en alerta por la visita de un español. Se llama Toreador, Torres o algo por el estilo.

Así que estaba aquí. Rogers y él. ¿Acaso también sabían lo del Sabio en la *Princesa*?

Entonces se me ocurrió algo muy interesante cuando oí que un soldado decía:

—¿Sabes de qué me he enterado? El gobernador Rogers y el capitán Hornigold son miembros de una sociedad secreta. Una orden secreta

formada por franceses, españoles, italianos y hasta algunos turcos.

Estaba pensando en los Templarios, incluso cuando vi a Adewalé haciéndome señas. Se encontraba acompañado de un marinero sudoroso, de aspecto nervioso, que se presentó como trabajador de la Compañía Real Africana. Un marinero al que Adewalé había persuadido para hablar con un puñal oculto en sus costillas.

—Cuéntale lo que me has dicho —le ordenó Adewalé.

El comerciante parecía incómodo. Como cualquiera, supongo.

—Llevo ocho semanas o más sin ver la *Princesa* —dijo—, lo que significa que pronto regresará.

Le dejamos marcharse y reflexionamos sobre la noticia. La *Princesa* no estaba aquí… todavía. Decidí que podíamos quedarnos. Llevaríamos a los hombres a tierra, nos aseguraríamos de que se comportaban e intentaríamos no llamar demasiado la atención…

Adewalé me llevó a un lado.

—Estoy cansándome de perseguir esas fantasías tuyas, Edward. Y lo mismo le pasa a la tripulación.

«Lo que me faltaba. La maldita tripulación está descontenta».

—Ánimo, hombre, ya estamos cerca —le aseguré.

Mientras tanto se me ocurrió una idea. Ir en busca de Rogers y Benjamin…

Al no alejarme del puerto, los encontré, y empecé a seguirles, recordando lo que me había enseñado Mary. Permanecí fuera de la vista y usé el sentido para escuchar su conversación.

—¿Ha avisado a los hombres? —estaba preguntando Woodes Rogers—. Vamos justos de tiempo.

—Sí —respondió Hornigold—, habrá dos soldados esperándonos en la encrucijada.

—Muy bien.

«Ah, una escolta. ¿Por dónde merodearían?».

Como no quería que me cogieran por sorpresa, eché un vistazo a mi alrededor. Pero Hornigold volvía a hablar.

—Si no le importa que se lo pregunte, señor, ¿para qué son estas muestras de sangre que estamos recogiendo?

—Torres me ha dicho que se necesita sangre para que el Observatorio funcione correctamente.

—¿A qué se refiere, señor?

—Si se desea usar el Observatorio para, digamos…, espiar al rey Jorge, entonces haría falta una gota de sangre del rey para hacerlo. En otras palabras, una muestra de sangre nos da acceso a la vida cotidiana de un hombre.

Tonterías. No le hice mucho caso en ese momento y lo lamentaría más tarde.

—Entonces, ¿Torres tiene pensado espiarme? —quiso saber Benjamin —. Porque le he dado una muestra de mi propia sangre.

—Yo también se la he dado, capitán Hornigold. Así como todos los Templarios. Es una medida de prevención.

—Y de confianza, creo yo.

—Sí, pero no tema. Torres ha enviado nuestras muestras a una casa segura de los Templarios en Río de Janeiro. No seremos los primeros sujetos del Observatorio, se lo aseguro.

—Sí, señor. Supongo que es un pequeño precio a pagar por lo que me han dado a cambio los Templarios.

—Exacto…

Y entonces fue cuando me encontré con la escolta: llamémosles bruto número uno y bruto número dos.

—¿En qué podemos ayudarte?

«Ah —pensé—, así que estos son los dos soldados de los que estabais hablando».

49

El bruto número uno es zurdo pero quiere que piense que usará la derecha. El bruto número dos no es muy diestro en el combate. Demasiado relajado. Cree que podrá derrotarme con facilidad.

—Bueno, ¿adónde ibas? —preguntó el número uno—. Porque mi amigo y yo hemos estado observándote y tendrás que perdonarme, jefe, pero tiene toda la pinta de que estabas siguiendo al señor Rogers y al señor Hornigold para escuchar su conversación…

El señor Rogers y el señor Hornigold en cuestión ignoraban el trabajo que sus guardias estaban haciendo por ellos. Eso era bueno. Lo que no era tan bueno es que estaban alejándose y todavía me quedaba mucho por oír.

«Así que deshazte de estos tipos».

Tenía como ventaja mi hoja oculta. Estaba atada a mi mano derecha. Mi espada colgaba a un lado también, así que la cogería con la izquierda. Un espadachín experimentado esperaría mi ataque por ese lado y se defendería en consecuencia. El bruto grandullón número uno era un espadachín experimentado. Me di cuenta por la forma en que plantaba un pie ligeramente enfrente del otro y ladeaba el cuerpo a un lado (aun así, cuando llegó el momento, cambió enseguida los pies, haciendo el amago de atacarme por otro sitio, pero eso también lo anticipé), y eso es porque el gran bruto número uno esperaba que desenvainara la espada con la mano izquierda. Pero no sabía que tenía una hoja oculta que saldría de la derecha.

Así que nos quedamos mirándonos fijamente. Sobre todo el bruto número uno y yo. Y entonces actué. Estiré la mano derecha como protegiéndome, activé la hoja y ataqué; el bruto número dos todavía estaba sacando su espada cuando le clavé la hoja en el cuello. Al mismo tiempo, saqué la espada del cinturón con la mano izquierda y fui capaz de defender

el ataque del bruto número uno. Nuestras espadas chocaron con la fuerza del primer impacto.

El bruto número dos gorgoteó y murió, mientras la sangre salía entre los dedos que había llevado a la garganta. Ahora estábamos en igualdad de condiciones. Blandí la hoja y la espada ante el bruto número uno y vi que su anterior expresión, una expresión de confianza en sí mismo —hasta incluso se diría de arrogancia—, había sido sustituida por el miedo.

Debería haber corrido. Probablemente le habría atrapado, pero debería haber huido. Debería haber intentado advertir a sus señores de que un hombre estaba siguiéndoles. Un hombre peligroso. Un hombre con las habilidades de un Asesino.

Pero no echó a correr. Se quedó a luchar y aunque era un hombre diestro, y luchaba con más inteligencia y valor de lo que yo estaba acostumbrado, pecó de orgullo, en las calles de Kingston con un grupo de personas mirándonos, un orgullo que no pudo sacrificar y que fue lo que finalmente le llevó a la perdición. Y cuando llegó su fin, que así ocurrió, pero solo tras muchos esfuerzos, me aseguré de que acabase rápido y que el dolor fuera mínimo.

Los transeúntes retrocedieron cuando me escapé en dirección a los muelles con la esperanza de alcanzar a Rogers y Hornigold. Lo conseguí al llegar allí y me agaché junto a dos borrachos en el muro del puerto mientras ellos se reunían con otro hombre: Laureano Torres. Se saludaron con un movimiento de cabeza, sumamente conscientes de su propia importancia. Bajé la cabeza —resoplé, olía demasiado a ron— cuando Torres miró hacia donde yo estaba y luego les comunicó la noticia.

—Unos piratas asaltaron la *Princesa* hace seis semanas —dijo—. Y por lo que sabemos, el Sabio Roberts seguía a bordo.

Maldije para mis adentros. ¡Si los hombres supieran lo cerca que habíamos estado de unas breves vacaciones en Kingston! Pero ahora teníamos que ir a cazar piratas.

Comenzaron a caminar y yo me levanté para unirme a la muchedumbre, para seguirles, invisible. Usando el sentido para oír todo lo que decían.

—¿Qué hay de la ubicación actual del Sabio? ¿La conocemos? —preguntó Torres.

—África, Su Excelencia —respondió Rogers.

—África… ¡Por Dios, los vientos no favorecen esa ruta!

—Estoy de acuerdo, Gran Maestro. Debería haber navegado hasta allí yo mismo. Una de mis galeras de esclavos es más que capaz de hacer un viaje rápido.

—¿Una galera de esclavos? —dijo Torres, descontento—. Capitán, te pedí que abandonaras esa enfermiza institución.

—No logro ver la diferencia entre esclavizar a algunos hombres y a todos los hombres —apuntó Rogers—. Nuestro objetivo es dirigir el rumbo de toda la civilización, ¿no?

—Un cuerpo esclavizado despierta en la mente la sublevación —dijo Torres de manera cortante—, pero, si esclavizas la mente de un hombre, su cuerpo la seguirá de forma natural.

Rogers se dio por vencido.

—Cierto, Gran Maestro.

Habían llegado al perímetro de los muelles, donde se detuvieron en la entrada de un almacén ruinoso y observaron las actividades que se llevaban a cabo al otro lado de la puerta abierta. Unos hombres parecían estar deshaciéndose de cuerpos, despejando el almacén o apartándolos a un lado, quizá para subirlos a un carro o a un barco. O, lo que era más probable, para echarlos directamente al mar.

Torres hizo la pregunta de la que yo mismo quería saber la respuesta.

—¿Qué ha pasado aquí?

Rogers sonrió fríamente.

—Estos hombres opusieron resistencia a nuestras generosas peticiones de sangre. Eran piratas y corsarios en su mayoría.

Torres asintió.

—Entiendo.

Me tensé ante la idea, miré los cuerpos, con brazos torcidos, piernas torcidas y ojos ciegos. No eran hombres diferentes a mí.

—He estado usando mi indulto del rey como excusa para recoger muestras de todos los hombres posibles —dijo Rogers—, y cuando se negaban les colgaba. Todo dentro de los límites del mandato, por supuesto.

—Bien, porque si no podemos vigilar a todos los sinvergüenzas del mundo, será mejor que el mar se deshaga de ellos por completo.

Continuaron avanzando, dirigiéndose a la rampa de embarque, pero Hornigold se quedó atrás. ¿Por qué? ¿Por qué no les acompañaba? Y entonces lo vi. Con los ojos entrecerrados, la mirada experta de un marino, escudriñó el horizonte y estudió los barcos anclados como centinelas en el brillante océano; sus ojos se posaron sobre una nave en particular. Y entonces, con una sacudida de la impresión, me di cuenta de dónde estábamos, de que estábamos mirando en dirección a la *Grajilla*.

Hornigold se puso tenso, llevó la mano a la empuñadura de su espada y se dio la vuelta lentamente. Sabía que estaba buscándome, suponiendo que si estaba allí la *Grajilla* yo no andaría muy lejos.

—Edward Kenway —me llamó, mientras barría los muelles con la mirada—. Imagínate mi sorpresa al ver tu *Grajilla* aquí anclada. ¿Has oído todo lo que has venido a oír? ¿Irás ahora a rescatar al Sabio de nuestras garras?

En retrospectiva, lo que hice fue un poco precipitado. Pero no pude evitar pensar en el hecho de que Benjamin había sido uno de nosotros. Uno de mis mentores. Un amigo de Edward Thatch. Y ahora trabajaba para intentar destruirnos. Toda esa rabia emergió a la superficie cuando salí de detrás de unas cajas para enfrentarme a él.

—¡Maldito seas, traidor! ¡Nos has vendido!

—Porque he encontrado un camino mejor —respondió Hornigold, que, en vez de desenfundar su arma, hizo un gesto con la mano y oí como en el almacén de detrás se desenvainaban unas espadas—. Los Templarios conocen el orden, la disciplina y la estructura —continuó—. Pero tú nunca podrías comprender esas sutilezas. ¡Adiós, viejo amigo! ¡Una vez fuiste soldado! Cuando luchabas por algo real. ¡Algo más allá de ti mismo!

Se marchó, casi echando a correr. Del almacén salieron sus refuerzos y los hombres se acercaron detrás de él, formando una media luna a mi alrededor.

Les cogí por sorpresa al avanzar rápidamente. Cogí a un marinero que movía su espada sin ningún efecto concreto, le di la vuelta para usarlo como

escudo y le empujé hacia delante para que sus botas patinaran por la piedra del puerto.

Al mismo tiempo se oyó el estallido de una pistola, y la bala de un mosquete que iba dirigida a mí alcanzó a mi escudo humano antes de lanzarlo a la fila de hombres. Con la mano izquierda cogí la primera pistola. Disparé a un rufián en la boca, la enfundé y cogí la segunda al tiempo que activaba la hoja y le abría el pecho a un tercer hombre. Descargué la pistola. No obstante, un disparo descarriado le dio a un hombre que sostenía un alfanje y le tiró al suelo con las manos en el estómago.

Me agaché y me di la vuelta para coger las piernas del siguiente hombre, y le eliminé con un rápido y despiadado golpe de hoja en el pecho. Después me puse de pie, dispersando a los dos últimos hombres, cuyas caras eran retratos de terror, que no deseaban unirse a sus compañeros muertos ni desangrarse en el suelo del puerto, y salí corriendo hacia mi bote de remos para volver a la *Grajilla*.

Mientras remaba hacia donde estaba atracado mi barco, me imaginé la conversación con el intendente, en la que me recordaría que los hombres no aprobaban mi búsqueda.

Aunque sí les parecería bien en cuanto encontrásemos el Observatorio. En cuanto encontrásemos al Sabio.

Y tardé un mes, pero lo conseguí.

50

Julio de 1719

Le encontré en Príncipe, una tarde, en un campamento lleno de cadáveres.

Esta fue la información que conseguí del Sabio, Bartholomew Roberts, en parte facilitada por él más tarde, en parte gracias a otros.

En primer lugar, teníamos algo en común: ambos éramos galeses, yo nací en Swansea y él era de Casnewydd Bach, y se había cambiado el nombre de John a Bartholomew. Se echó al mar cuando solo tenía trece años, como carpintero, antes de ser un objeto de interés para esta sociedad secreta conocida como los Templarios.

A principios de 1719, con los Templarios y los Asesinos tras él, el Sabio se hallaba sirviendo como tercer oficial en la *Princesa*, justo como me habían contado, a las órdenes del capitán Abraham Plumb.

Como averigüé en Kingston, a principios de junio la *Princesa* había sido atacada por piratas a bordo del *Royal Rover* y el *Royal James*, dirigidos por el capitán Howell Davis. De alguna manera, Roberts, astuto como él solo, engatusó al capitán Howell Davis. Convenció al capitán pirata, que casualmente también era galés, de que era un magnífico oficial de navegación, que bien podría haberlo sido, pero además era capaz de hablar en galés con el capitán Davis, lo que creó un fuerte vínculo entre los dos hombres.

Se decía que a Bart Roberts al principio no le entusiasmaba la idea de hacerse pirata, pero, como verás, se encontraba en su nuevo trabajo como pez en el agua.

Y entonces desembarcaron en Príncipe. Bueno, el *Royal Rover*, porque al *Royal James* tuvieron que abandonarlo debido a los daños causados por los gusanos. Así que el *Royal Rover* se dirigió a Príncipe y, como izó los colores británicos, le permitieron atracar, mientras la tripulación representaba el papel de marineros ingleses de visita.

Según lo que había oído, el capitán Davis tenía un plan, que consistía en invitar al gobernador de Príncipe a bordo del *Rover* con el pretexto de darle de comer y entonces tomarlo como rehén para exigir un enorme rescate por su liberación.

«Perfecto. No podía fallar».

Pero cuando Davis llevó a los hombres a encontrarse con el gobernador, les tendieron una emboscada en un campamento durante el trayecto.

Y allí fue donde llegué yo.

Entré sigilosamente en el campamento, en la escena desolada de la emboscada, donde el fuego se había consumido hasta solo quedar encendidas las ascuas; de hecho, había un hombre tumbado sobre las brasas que se apagaban, cuyo cadáver se cocinaba lentamente. Esparcidos a su alrededor había más cadáveres. Algunos eran soldados; otros, piratas.

—¿Capitán Kenway? —dijo una voz y me di la vuelta para verle allí.

Era el Sabio. Tal vez me habría alegrado al verle; tal vez habría pensado que mi viaje había llegado a su fin. Si no hubiera estado apuntándome con un arma.

Ante la insistencia del cañón de su pistola, levanté las manos.

—Otra situación terrible, Roberts. Tenemos que dejar de vernos así.

Sonrió forzadamente. «¿Guarda algún resentimiento hacia mí?», me pregunté. Al fin y al cabo, no tenía ni idea de cuáles eran mis planes. La parte loca de mí se dio cuenta de que no se sorprendería si pudiera leer las mentes.

—Deja de seguirme y tu deseo se hará realidad —dijo.

—No hay necesidad de esto. Ya sabes que cumplo con mi palabra.

A nuestro alrededor la selva estaba en silencio. Bartholomew Roberts parecía estar pensando. Me pareció extraño. Ninguno de los dos tenía calado al otro. Ninguno de los dos sabía lo que de verdad quería el otro. Yo sí sabía lo que quería de él, claro. Pero ¿y él de mí? ¿Qué quería? Me daba

la impresión de que, fuera lo que fuese, sería más oscuro y misterioso de lo que podía llegarme a imaginar. Lo único que tenía claro era que la muerte seguía a Bart Roberts y yo no estaba preparado para morir. Todavía no.

Habló.

—Hoy han matado a nuestro capitán Howell en una emboscada portuguesa. ¡Tonto testarudo! Le advertí que no desembarcara.

Ahora Bartholomew Roberts me hablaba del recientemente fallecido capitán. Por lo visto, había decidido que yo no era una amenaza y enfundó la pistola.

Y claro está, el ataque. Creía saber quién estaba detrás.

—Lo organizaron los Templarios —le dije—. Los mismos que te llevaron a La Habana.

Sacudió sus largos cabellos al mover la cabeza y pareció pensar al mismo tiempo.

—Ahora veo que no puedo escapar de ellos, ¿no? Supongo que ha llegado el momento de contraatacar.

«Así me gusta», pensé.

Mientras hablábamos, observaba como se quitaba sus harapos de marinero y se ponía los pantalones del capitán muerto y luego la camisa. La camisa estaba manchada de sangre, por eso se deshizo de ella y volvió a ponerse la suya; después metió los hombros en el abrigo del capitán. Tiró del lazo en el pelo para dejárselo suelto. Se colocó el tricornio del capitán en la cabeza y la pluma se movió al darse la vuelta para mirarme. Aquel era un Bartholomew Roberts distinto. El tiempo que había pasado en el barco le había hecho recuperar la salud en las mejillas. Sus rizos morenos brillaban al sol y estaba resplandeciente con la chaqueta roja y el calzón corto, las medias blancas y el sombrero a juego. Tenía todo el aspecto de un bucanero. Tenía todo el aspecto de un capitán pirata.

—Bueno —dijo—, debemos irnos antes de que lleguen los refuerzos portugueses. Debemos volver al *Rover*. Tengo algo que anunciar y me gustaría que lo presenciaras.

Creí saber lo que era y me sorprendía en cierta manera —no era más que un humilde mozo de cubierta, al fin y al cabo—, pero por otro lado no me sorprendía porque se trataba de Roberts. El Sabio. Y los trucos que

guardaba en la manga eran interminables. (Cuidado, Kenway. Es peligroso). Y efectivamente, cuando llegamos al *Rover*, donde los hombres esperaban nerviosos las noticias de la expedición, se subió a una caja de un salto para que le atendieran. Le miraban con los ojos desorbitados: el humilde mozo de cubierta, un recién llegado a bordo que estaba iniciándose, ahora resplandecía con la ropa del capitán.

—En un trabajo honrado la ración es corta, el sueldo bajo y se trabaja duro. Sin embargo, como caballeros acaudalados disfrutamos de abundancia y satisfacción, placer y comodidad, libertad y poder… Por lo tanto, ¿qué hombre sensato elegiría la antigua vida, cuando el único peligro que corremos los piratas es una mirada avinagrada de los que no tienen fuerza ni esplendor?

»Llevo con vosotros seis semanas y durante ese tiempo he adoptado vuestro punto de vista como el mío propio, con tanta convicción que tal vez os asuste ver reflejadas vuestras pasiones en mí de forma tan clara. Pero… si lo que veis en mí es a vuestro capitán, bien… ¡Seré vuestro maldito capitán!

Se tenía que reconocer que era un discurso entusiasta. Con unas pocas frases breves en las que proclamaba su afinidad, tenía a aquellos hombres comiendo de la palma de su mano. Cuando se disolvió la reunión, me acerqué, pues había decidido que era el momento de hacer mi jugada.

—Estoy buscando el Observatorio —le dije—. La gente dice que eres el único hombre que puede encontrarlo.

—La gente tiene razón. —Me miró de arriba abajo para confirmar sus impresiones—. A pesar de que me desagrada tu impaciencia, veo en ti un toque de genio sin poner a prueba. —Me tendió una mano para que se la estrechara—. Soy Bartholomew Roberts.

—Edward.

—Ahora no tengo secretos que compartir contigo —me dijo.

Me quedé mirándolo, incapaz de creer lo que estaba oyendo. Iba a hacerme esperar.

51

Septiembre de 1719

Maldito hombre. Maldito Roberts.

Quería que esperase dos meses. Dos meses enteros. Después debía encontrarme con él al oeste de las islas de Sotavento, al este de Puerto Rico. Con solo su palabra, navegué con la *Grajilla* de vuelta a Inagua. Allí descansé con la tripulación un tiempo, cogíamos presas cuando podíamos y mis cofres se llenaron; y fue en esa época, creo, cuando le corté la nariz al cocinero de aquel barco.

Cuando no estábamos robando ni yo estaba cortando narices, pensaba en mi casa. Le escribía cartas a Caroline en las que le aseguraba que pronto regresaría siendo un hombre adinerado, y entonces me preocupaba por el Observatorio porque era consciente de que en él había depositado todas mis esperanzas de lograr una fortuna. Todo eso basado en nada más que una promesa de Bartholomew Roberts.

Y luego ¿qué? Mi única idea en la cabeza era el Observatorio, un lugar de enorme potencial de riqueza. Pero incluso si lo encontraba —incluso si Bart Roberts cumplía su palabra— seguía siendo una fuente de riqueza potencial. ¿No era Edward el que se mofaba de aquella idea? Me había dicho que lo que nos interesaba eran los doblones de oro. Tal vez tenía razón. Aunque encontrara esa asombrosa máquina, ¿cómo demonios iba a convertirla en la riqueza que esperaba obtener? Después de todo, si con ella te hacías rico, ¿por qué Roberts no la había aprovechado?

«Porque tenía otro propósito».

Y me acordé de mis padres. Mi mente volvió al incendio de nuestra granja y pensé de nuevo en dar un golpe a los Templarios, esa sociedad

secreta que usaba su influencia y poder para oprimir a cualquiera que los contrariase; a los que guardaban rencor. Todavía no tenía ni idea de quién estuvo exactamente detrás del incendio de la granja. Ni por qué. ¿Me guardaban rencor por haberme casado con Caroline y haber humillado a Matthew Hague? ¿O estaban en contra de mi padre y se trataba de una simple rivalidad de negocios? Sospechaba que probablemente eran ambas cosas. Quizá los Kenway, que habían llegado de Gales y que les habían avergonzado tanto, se merecían que los pusieran en su sitio.

Había decidido saberlo con certeza. Un día regresaría a Bristol y me vengaría.

Y a eso también le daba vueltas. Hasta que un día de septiembre reuní a la tripulación y preparamos la *Grajilla*, la calafateamos, reparamos los mástiles y las jarcias, dejamos listos los obenques, llenamos la cocina hasta arriba, cargamos las municiones y zarpamos hacia nuestro encuentro con Bartholomew Roberts.

Como he dicho, no creo que supiera alguna vez lo que le pasaba de verdad por la cabeza. Él tenía sus propios planes y no me los iba a contar. Lo que sí le gustaba hacer, en cambio, era hacerme adivinar. Tenerme pendiente. Al partir, me había dicho que tenía asuntos que atender y luego me enteré de que pretendía regresar con su tripulación a Príncipe para vengarse por la muerte del capitán Howell Davis luchando con la gente de la isla.

Atacaron por la noche, matando a tantos hombres como fue posible, y huyeron, no solo con todo el tesoro que pudieron llevarse, sino con los comienzos de la temible reputación de Black Bart: misterioso, valiente y despiadado, apto para llevar a cabo temerarios asaltos. Como el que estábamos a punto de realizar. El que empezó con Roberts insistiendo en que la *Grajilla* se uniera a él en una excursión por la costa de Brasil hasta la bahía de Todos os Santos.

No tardamos mucho en averiguar el motivo. Una flota de no más de cuarenta y dos buques mercantes portugueses. Además, sin escolta de la fuerza naval. Roberts no perdió el tiempo en capturar una de las naves alejadas para «dialogar» con el capitán. No fue algo en lo que yo participara, pero del magullado oficial de la marina portugués averiguó que

el buque insignia llevaba un arcón, un cofre que, según me dijo, contenía «unos viales de cristal llenos de sangre. Puede que te acuerdes».

Viales de sangre. ¿Cómo iba a olvidarlos?

Anclamos la *Grajilla* y llevé a Adewalé y la tripulación mínima hasta Roberts para reunirnos en su nave portuguesa robada. Hasta entonces habíamos permanecido en la periferia de la flota, pero ahora parecía dividirse y vimos nuestra oportunidad. El buque insignia estaba probando sus cañones.

Anclamos a cierta distancia, observamos y Bartholomew me miró.

—¿Eres sigiloso, Edward Kenway?

—Así es —respondí.

Le echó un vistazo al galeón portugués. Estaba anclado no muy lejos de tierra con la mayoría de la tripulación en la cubierta de artillería, disparando tierra adentro, realizando ejercicios. No iba a haber un momento mejor para subir a bordo, así que, tras un gesto de cabeza de Bart Roberts, salté por la borda y nadé hacia el galeón, en una misión mortal.

Tras subir por una escala de gato, me encontré en la cubierta, donde me moví en silencio sobre los tablones hasta toparme con el primer hombre. Activé la hoja, le atravesé deprisa la garganta, luego le acompañé hasta el suelo y le tapé la boca con la mano mientras moría.

Todo el tiempo mantuve los ojos en los puestos de vigilancia y las cofas de arriba.

Me deshice de un segundo centinela de la misma forma y luego comencé a trepar por las jarcias hacia la cofa. Allí un vigía escudriñaba el horizonte, moviendo el catalejo de izquierda a derecha, pasando por el barco de Roberts y de vuelta otra vez.

Se centró en la nave de Roberts, detuvo largo rato la mirada en ella, y me pregunté si se estaban despertando sus sospechas. Tal vez. Tal vez estaba preguntándose por qué los hombres a bordo no parecían comerciantes portugueses. Pareció decidirse. Bajó el catalejo y vi que se le hinchaba el pecho como si fuera a gritar, justo cuando salté hacia el puesto del vigía, le agarré del brazo y deslicé mi hoja hacia su axila.

Arrastré mi otro brazo por su cuello para silenciar los gritos mientras la sangre salía a borbotones por debajo de su brazo, y dio el último aliento

cuando le dejé caer en la cofa.

El barco de Bart se acercó y, mientras yo descendía por el flechaste, las dos naves chocaron y sus hombres empezaron a entrar en tropel por los laterales.

Se abrió una escotilla en el alcázar y aparecieron los portugueses, pero no tuvieron la más mínima oportunidad. Les cortaron el cuello y tiraron los cuerpos por la borda. En cuestión de unos puñeteros instantes, el galeón estaba controlado por los hombres de Bart Roberts. No les habían servido de mucho sus prácticas de tiro.

Todo lo que podía saquearse se saqueó. Un mozo de cubierta que arrastró un cofre para ofrecérselo a su capitán con una sonrisa de oreja a oreja, con la esperanza de oír algunos elogios, no recibió ninguno; Roberts le ignoró e indicó que cargaran el arcón en su barco robado.

Luego, de repente, se oyó un grito de los vigías: «¡Barco a la vista!» y al momento regresamos en tropel al barco robado. Algunos de los hombres rezagados incluso cayeron al mar mientras el barco de Roberts se apartaba del buque insignia y nos marchábamos porque dos buques de guerra portugueses se nos estaban echando encima.

Se oía el estallido de los mosquetes, pero estaban demasiado lejos para causar ningún daño. Gracias a Dios estábamos en un barco portugués robado; no deseaban disparar sus cañones con cureñas contra nosotros. Todavía no. Probablemente no habían logrado entenderlo. Probablemente aún estaban preguntándose qué demonios estaba pasando.

Navegamos por la bahía, con las velas hinchadas gracias al viento y los hombres corriendo bajo cubierta para preparar los cañones. Delante de nosotros estaba anclada la *Grajilla* y recé por que Adewalé hubiera ordenado ocupar los puestos de vigilancia. Di gracias a Dios por que mi intendente fuera Adewalé y no Calicó Jack, porque tenía la garantía de que se habría asegurado de que los vigías estuvieran en su sitio. Recé por que esos vigías estuvieran transmitiendo la noticia de que el barco de Roberts se dirigía a toda velocidad hacia ellos con la armada portuguesa detrás y que debían preparar sus posiciones y levar anclas.

Estaban haciéndolo.

Aunque estaban persiguiéndonos, todavía tuve tiempo de admirar lo que a mis ojos es una de las vistas más hermosas en el mar: la *Grajilla*, los hombres en sus jarcias, las velas desplegándose con gracia, cómo las amarraban, y luego el sonido que hacían al inflarse, un ruido que podía oír incluso desde mi posición estratégica a lo lejos.

No obstante, con nuestra velocidad estábamos alcanzándola rápidamente, al igual que la *Grajilla* ganaba velocidad también y, tras intercambiar unas breves palabras con Roberts, me fui a la cubierta de popa y en mi mente volvió a aparecer Duncan Walpole, el que había comenzado todo aquel viaje, mientras saltaba de la popa del barco de Roberts hacia la *Grajilla*.

—¡Ah, no hay nada como los cálidos vientos del infierno soplando en tu cara! —oí que Roberts gritaba mientras yo me agachaba y observaba cómo nuestras dos naves se despegaban.

Di órdenes para que preparasen abajo los cañones a popa. La reticencia de los portugueses a abrir fuego se había terminado, pero su indecisión les había costado cara, puesto que fue la *Grajilla* la que primero derramó sangre.

Oí estallar los cañones a popa y me di la vuelta en la cubierta de abajo. Vi el metal candente cruzar a toda velocidad la superficie del océano para clavarse en la embarcación al frente, vi astillas salir volando de agujeros irregulares en la proa y por el casco, hombres y trozos de hombres uniéndose a los escombros que ya plagaban el mar. En la proa surgieron unas alas de espuma mientras se hundía y pude imaginarme la escena bajo cubierta, con los hombres en las bombas, pero en la nave ya había entrado demasiada agua y pronto…

Se dio la vuelta en el agua y comenzó a escorar mientras las velas se aplanaban. Mis hombres gritaron de entusiasmo, pero a su alrededor apareció un segundo barco y ahí fue cuando Bartholomew Roberts decidió probar sus propios cañones.

El disparo encontró su objetivo, igual que el mío, y una vez más nos encontramos con la escena de la nave portuguesa siguiendo adelante, incluso mientras se hundía por la popa y su casco parecía haber sido víctima del ataque de un tiburón gigantesco.

Ambos barcos no tardaron en dejar de mantenerse a flote, el segundo más dañado que el primero, y lanzaron botes al tiempo que los hombres saltaban por la borda. La armada portuguesa se había olvidado de nosotros, al menos de momento.

Nos marchamos y lo celebramos durante algunas horas hasta que Roberts ordenó que ambas naves echaran anclas. Yo, por mi parte, me quedé alerta en el alcázar preguntándome: «¿Y ahora qué?».

Había cebado mis pistolas y tenía a punto la hoja, y a través de Adewalé le hice saber a la tripulación que, si había indicios de traición, debían luchar para salvarse ellos mismos en vez de rendirse a Roberts, sin importar cómo. Había visto cómo trataba a los que consideraba sus enemigos. Había visto cómo trataba a sus prisioneros.

Aunque ahora me llamaba desde el otro lado y había hecho que sus hombres pasaran una cuerda para que primero yo y después Adewalé cruzáramos a su barco. Me quedé en la cubierta mirándole. Había tanta tensión en el ambiente que casi se podía saborear, porque, si Roberts tenía planeado traicionarnos, aquel era el momento apropiado. Flexioné la mano hacia el mecanismo de la hoja.

Roberts, en cambio, fuera lo que fuese lo que estuviera planeando —no me equivocaba al decir que planeaba algo—, no iba a llevarlo a cabo en ese instante. Al pronunciar una palabra, dos miembros de su tripulación avanzaron con un arcón que habíamos liberado del buque insignia portugués.

—Aquí está mi botín —dijo Roberts, con los ojos en mí.

Era un cofre lleno de sangre. Eso era lo que había prometido. No era precisamente lo que yo buscaba. Pero veríamos. Veríamos.

Los dos marineros dejaron el arcón en el suelo y lo abrieron mientras la tripulación se reunía alrededor para mirarnos. Me recordó el día que había luchado con Blaney en la cubierta del galeón de Edward Thatch. Ahora hacían lo mismo. Treparon a los mástiles y las jarcias, y se colocaron sobre la borda para ver mejor como el capitán llevaba las manos al interior del arcón, cogía uno de los viales y lo examinaba a la luz.

Un murmullo de desilusión recorrió a los que estaban mirando. No hay oro, muchachos. No hay monedas de plata. Lo siento. Solo unos frascos que

probablemente para quien no era experto podía parecer que contenían vino, pero yo sabía que era sangre.

Haciendo caso omiso de la decepción de su tripulación, que no le importaba nada, Roberts examinaba los viales uno a uno.

—Ah, veo que los Templarios han estado ocupados.

Dejó el frasco con dedos ágiles que danzaban sobre los cristales resplandecientes para coger otro, levantarlo a la luz y examinarlo. A nuestro alrededor los hombres, desconsolados por el giro de los acontecimientos, bajaban por el flechaste, saltaban de la borda y volvían a sus asuntos.

Roberts estudió con detenimiento otro cristal.

—Es la sangre de Laurens Prins —dijo y me la lanzó—. Ya no sirve para nada.

Me fijé bien en ella mientras Roberts repasaba rápidamente los contenidos del cofre, diciendo nombres.

—Woodes Rogers. Ben Hornigold. Hasta el mismísimo Torres. Son cantidades pequeñas, guardadas con un propósito especial.

Tenía algo que ver con el Observatorio. Pero ¿qué? Ya no iba a burlarse de mí con más promesas. Noté que empezaba a enfadarme. La mayoría de sus hombres habían vuelto al trabajo, el intendente y el primer oficial estaban cerca, pero yo tenía a Adewalé. Quizá, solo quizás, era el momento de demostrarle a Bartholomew Roberts lo serio que yo era. Quizás era el momento de demostrarle que estaba harto de hacer el idiota. Quizás era el momento de usar mi hoja para insistir en que me contara lo que quería saber.

—Tienes que llevarme al Observatorio, Roberts —dije con firmeza—. Necesito saber qué es.

Roberts parpadeó.

—¿Para qué, eh? ¿Lo venderás delante de mis narices? ¿O trabajarás conmigo y lo utilizarás para aumentar nuestras ganancias?

—Lo que sea que mejore mi suerte en la vida —respondí con cautela.

Cerró el arcón de un golpe y apoyó ambas manos en la tapa curva.

—¡Qué ridículo! Mi lema es una vida corta pero feliz. Es todo el optimismo que puedo mostrar.

Pareció reflexionar. Contuve la respiración y volví a pensar: «¿Y ahora qué?». Entonces me miró y aquella expresión maliciosa había abandonado sus ojos, ahora inexpresivos.

—Muy bien, capitán Kenway. Te has ganado un vistazo.

Sonreí.

«Por fin».

52

—¿Lo sientes, Adewalé? —le pregunté mientras seguíamos al *Rover* por la costa de Brasil—. Estamos a solo unos instantes del botín más grande de todos.

—No siento nada más que el aire caliente en mis oídos, capitán —dijo enigmáticamente, con la cara al viento, respirando la brisa.

Le miré. Una vez más me sentí casi dominado por la admiración hacia él. Ahí estaba un hombre que probablemente me había salvado la vida cientos de veces y no cabía duda de que me la había salvado por lo menos tres. Ahí estaba el intendente más leal, talentoso y entregado a su trabajo que ningún capitán pudiera tener; que había escapado de la esclavitud pero aun así había tenido que lidiar con las burlas de amotinados como Calicó Jack, que se creían superiores a él por su color. Ahí estaba un hombre que había superado la vida de pantoque que le había tocado, y allí había mucha porquería, el tipo de horrores que solo conocía un hombre al que habían vendido como esclavo. Un hombre que estaba a mi lado en la *Grajilla* día tras día sin exigir grandes botines, ninguno que le hiciera rico, que pedía poco más que el respeto que se merecía y parte de las ganancias para poder vivir, un lugar donde descansar la cabeza y comida hecha por un cocinero sin nariz.

Y ¿cómo se lo había pagado?

Hablando, hablando y hablando sobre el Observatorio.

Y aún no había dejado el tema.

—Vamos, hombre. Cuando consigamos ese tesoro, tendremos la vida resuelta. Todos nosotros. Multiplicado por diez.

Asintió.

—Como desees.

Para entonces la *Grajilla* no estaba lejos del *Rover* y miré por la cubierta para ver a su capitán, igual que él me miró a mí.

—¡Ah del barco! —exclamé—. Echaremos anclas y nos reuniremos en tierra.

—Te siguen, capitán Kenway. Me pregunto durante cuánto tiempo.

Le cogí el catalejo a Adewalé, subí rápidamente por el flechaste y aparté a un vigía en la cofa mientras me llevaba el catalejo al ojo.

—¿Qué crees que es eso, muchacho? —reprendí al vigía.

Era joven, tan joven como yo cuando me uní a la tripulación del *Emperador*.

—Es un barco, señor, pero hay muchísimos barcos en estas aguas y no creí que estuviera tan cerca como para dar la alarma.

Cerré el catalejo y le fulminé con la mirada.

—Tú no piensas, ¿no? Ese barco de ahí es nada más y nada menos que el *Benjamin*.

El muchacho palideció.

—Sí, exacto, el *Benjamin*. Capitaneado por Benjamin Hornigold. Si no nos han alcanzado es porque no querían alcanzarnos.

Comencé a bajar por el flechaste.

—Venga, chico —le grité al vigía—. Da la alarma, aunque sea tarde.

—¡Barco a la vista!

La costa cubana estaba a nuestro estribor y el *Benjamin* detrás de nosotros. Pero ahora me hallaba al timón, que se quejó cuando viré, y los hombres buscaron dónde asirse cuando nuestros mástiles se balancearon, se sumergió el lateral a babor y empezamos a girar, hasta que la maniobra se completó. Los hombres refunfuñaban y protestaban mientras sacábamos los remos, arrizábamos las velas y comenzábamos a avanzar para encontrarnos de frente con el *Benjamin*. «No te esperabas esto, ¿verdad, Benjamin?».

—Capitán, piensa con detenimiento lo que estás a punto de hacer —dijo Adewalé.

—¿De qué te quejas, Adewalé? Es Ben Hornigold el que viene a matarnos.

—Sí, y ese traidor tiene que morir. Pero ¿y entonces? ¿Podrás saber con seguridad que mereces el Observatorio más que él y los Templarios?

—No. Pero no me importa intentarlo. Aunque, si tienes una idea mejor, dímela sin falta.

—Olvídate de trabajar con Roberts —dijo con una pasión repentina, algo que rara vez había visto en él, pues normalmente era muy tranquilo—. Díselo a los Asesinos. Tráelos aquí y permíteles que protejan el Observatorio.

—Sí, los traeré aquí. Si están dispuestos a pagarme una buena suma por ello, lo haré.

Emitió un sonido de indignación y se marchó.

Delante de nosotros, el *Benjamin* había dado la vuelta —Hornigold no tenía ganas de luchar, por lo visto— y vimos a los hombres en los mástiles sujetando las velas. Aparecieron los remos y pronto estuvieron azotando el agua, y nuestros dos barcos comenzaron una carrera de remos. Durante un buen rato lo único que oí fue el grito del timonel, el crujido del barco y el chapoteo de los remos en el agua mientras yo estaba en la proa de la *Grajilla* y Hornigold se hallaba en la popa del *Benjamin*, sin apartar los ojos el uno del otro.

Mientras íbamos a toda velocidad, el sol se hundía en el horizonte, titilando una luz naranja, los últimos rayos antes de caer la noche, y traía consigo viento del noroeste que arrastraba niebla tierra adentro. El *Benjamin* previó el viento con más éxito que nosotros. Nos dimos cuenta al verles desplegar las velas, y pusieron distancia entre ellos y nosotros.

Unos quince minutos más tarde, estaba oscuro y la bruma avanzaba hacia esa parte de la costa cubana que llaman el Espinazo del Diablo, unos peñascos que parecen la columna vertebral de un monstruo gigantesco; la luna le otorgaba a la niebla un resplandor fantasmal.

—Será una lucha difícil si Hornigold nos arrastra más hacia esa niebla —le advertí a Adewalé.

Ese era el plan de Hornigold, pero había cometido un error, un error muy importante para un marinero tan experimentado. Se encontró con que el viento lo empujaba. Entraba desde el mar abierto, le llevaba hacia donde no quería en la costa, convirtiendo los bancos de arena del Espinazo del Diablo en una confusión de capas impenetrables de niebla y arena.

—Los vientos están sacudiéndolos como si fueran un juguete —dijo Adewalé.

Me subí la capucha de la túnica para protegerme del viento frío que acababa de empezar a azotarnos al estar dentro de su alcance.

—Podemos aprovecharlo para acercarnos.

Me miró.

—Si es que no acabamos hechos trizas.

Volvieron a recogerse las velas, pero el *Benjamin* no lo hizo a tiempo. Les estaba zarandeando. Vi a hombres intentando arrizar las velas, pero les resultaba muy difícil en aquellas condiciones. Uno se cayó y nos llegaron sus gritos por las ráfagas.

El *Benjamin* estaba en apuros. Se mecía en un mar cada vez más picado, azotado por el viento que se llevaba las velas, primero hacia un lado y luego hacia otro. Viró cerca de los bancos del Espinazo. Los hombres correteaban por las cubiertas. Otro salió disparado por la borda. Habían perdido el control. Estaban a merced de los elementos.

Yo me encontraba en el castillo de proa, con una mano apoyada y la otra extendida, sintiendo el viento en la palma. Noté la presión de la hoja oculta en mi antebrazo y supe que probaría la sangre de Hornigold antes de que avanzara la noche.

—¿Puedes hacerlo, hermano? ¿Estás seguro de esto?

Benjamin Hornigold, que me había enseñado tanto sobre el mar. Benjamin Hornigold, el hombre que se había consagrado como pirata, que había sido el mentor de mi gran amigo Edward Thatch, que luego había sido mi mentor. En realidad, no sabía si era capaz.

—Para ser sincero, esperaba que el mar se lo tragase y que hiciera el trabajo por mí —le dije—, pero haré lo que se tiene que hacer.

Mi intendente. Dios bendiga a mi intendente. Supo el destino del *Benjamin* antes incluso de que las Parcas lo supieran. Y mientras la nave se estrellaba de costado contra un banco de arena alto, que por lo visto se había desplazado por una ráfaga de viento, transformado en una nube de arena y niebla, Adewalé vio que también nos arrastraría a nosotros.

Vimos las siluetas de algunos miembros de la tripulación rodando por las cubiertas superiores, unas figuras que apenas se distinguían en la

oscuridad. Me acerqué a la borda del castillo con una mano apoyada en la pletina de proa y luego usé el sentido, tal como James Kidd me había enseñado. Y entre aquellos cuerpos de hombres caídos que se deslizaban por la cubierta del barco hacia los cenagosos bancos de arena y el agua, fui capaz de distinguir la forma de Benjamin Hornigold.

—Volveré —dijo por encima del hombro.

Y entonces salté.

53

El ruido de los mosquetes en la *Grajilla* comenzó tras de mí en una batalla desigual entre mi barco y la tripulación del ahora varado *Benjamin*. Mis sentidos habían vuelto a la normalidad, pero Hornigold estaba haciéndome un favor al animar a sus hombres a gritos a la vez que los maldecía.

—Lo habéis hecho muy mal ahí atrás, muchachos. Y si sobrevivimos a este día, por Dios que os voy a desollar vivos. Manteneos firmes y estad preparados para cualquier cosa.

Pero en el momento en que aparecí de entre la niebla en un banco de arena cercano, en lugar de ser fiel a sus palabras, puso pies en polvorosa, subió a la cima de la pendiente y la cruzó.

Mis hombres habían empezado a usar morteros contra la tripulación del *Benjamin* que huía, y cuando esos proyectiles empezaron a caer en la arena a mi alrededor, mi situación se tornó peligrosa. Hasta que uno explotó cerca de Benjamin y, acto seguido, este desapareció de mi vista al otro lado del banco en una lluvia de sangre y arena.

Subí hasta la cima a toda velocidad deseoso de saber cuál había sido su destino y lo pagué con una estocada en el brazo que me hizo un corte sangrante. Con un solo movimiento me di la vuelta y accioné la hoja para recibir su siguiente ataque, y nuestro acero echó chispas al chocar. La fuerza de su ataque bastó para enviarme rodando banco abajo y él se lanzó tras de mí por la pendiente, blandiendo un alfanje. Le alcancé con mis botas y le aparté de una patada, mientras la punta de su espada cortaba el aire junto a mi nariz. Rodé, me puse en pie y eché a correr tras él hasta que nuestras hojas se encontraron de nuevo. Durante unos instantes intercambiamos golpes. Era bueno, pero estaba herido y yo era más joven, además de estar encendido por el fuego de la venganza, así que le corté el

brazo, el codo y el hombro hasta que apenas podía tenerse en pie o levantar la espada, y le maté.

—Podías haber sido un hombre que defendiera algo verdadero —dijo mientras moría. Los labios pronunciaban las palabras con cuidado y tenía los dientes manchados de sangre—. Pero ahora tienes corazón de asesino.

—Bueno, es mucho mejor que lo que tú tienes, Ben —respondí—. El corazón de un traidor, que se cree mejor que sus compañeros.

—Sí, y está demostrado. ¿Qué has hecho tú desde que cayó Nasáu? Nada más que matar y sembrar el caos.

Perdí los estribos y exclamé:

—¡Te fuiste con los que antes odiabas!

—No —dijo. Fue a cogerme para expresar su opinión, pero aparté sus manos con ira—. Estos Templarios son distintos. Ojalá pudieras verlo. Pero si continúas con el rumbo que llevas ahora, encontrarás que lo sigues tú solo y al final solo existe la horca.

—Puede ser —contesté—, pero ahora el mundo tiene un traidor menos y eso me basta.

Pero no me oyó. Ya estaba muerto.

54

—¿Está muerto el cazador de piratas? —preguntó Bartholomew Roberts.

Miré a Bartholomew Roberts, ese personaje misterioso, un Sabio, un carpintero que había elegido la vida de un pirata. ¿Era esta la primera vez que visitaba el Observatorio? ¿Por qué me necesitaba allí? Había muchas preguntas, unas preguntas de las que sabía que jamás obtendría respuesta.

Nos encontrábamos en Long Bay, en la costa norte de Jamaica. Había estado cargando pistolas mientras llegábamos. Luego hizo su pregunta a la que contesté:

—Sí, lo maté yo mismo.

Asintió y continuó limpiando sus armas. Le miré y de pronto me embargó la cólera.

—¿Cómo es que solo tú puedes encontrar lo que buscan tantos?

Se rio.

—Nací con recuerdos de este lugar. Recuerdos de una época completamente diferente, creo. Como… como otra vida que ya viví.

Negué con la cabeza y me pregunté si alguna vez me liberaría de aquel galimatías.

—Deja de dar rodeos, hombre, y habla con sentido.

—Hoy no.

«Ni ningún otro día», pensé, enfadado, pero antes de poder encontrar una respuesta se oyó un ruido en la selva.

¿Nativos? A lo mejor les habíamos molestado con la batalla entablada entre la *Grajilla* y el *Benjamin*. Se obligó a subir a bordo a los que quedaban de la tripulación de Hornigold y dejé que mis hombres se encargaran de eso. «Ocupaos de los prisioneros y esperadme. Volveré

pronto». Me había embarcado solo en esa reunión con Bartholomew Roberts.

Me hizo un gesto para que pasara delante de él y dijo:

—Detrás de ti, capitán. El camino que nos espera es peligroso.

Acompañados de una docena de hombres suyos empezamos a movernos por la jungla, abriéndonos camino por entre la maleza mientras comenzábamos a ascender. Me pregunté si debería poder ver ya el Observatorio. ¿No eran grandes edificios, construidos en picos altos? Alrededor de las laderas la vegetación nos saludaba. Arbustos y palmeras. Nada más alcanzábamos a divisar, excepto nuestros barcos en la bahía.

Habíamos avanzado unos cientos de metros cuando oímos un sonido entre la maleza y algo salió como un rayo hacia uno de nuestros laterales. Uno de los hombres de Roberts cayó y allí donde debía estar su cabeza no había más que un agujero brillante lleno de sangre. Conozco el golpe de un barrote cuando lo veo, pero se había marchado tan rápido como había llegado.

La tripulación se estremeció de miedo y desenvainaron las espadas, cogieron los mosquetes a su espalda y las pistolas de sus cinturones. Se agacharon. Preparados.

—Los nativos de estas tierras opondrán resistencia, Edward —dijo Roberts en voz baja mientras recorría con la vista una maleza silenciosa, que guardaba sus secretos—. ¿Les harás retroceder si es necesario? ¿Matarás, si hace falta?

Activé mi hoja oculta.

—Pronto sabrás de mí.

Entonces me agaché, rodé de lado hacia la selva y me convertí en parte de ella.

55

Los nativos conocían bien su tierra, pero yo estaba haciendo algo que simplemente no esperaban, estaba llevando hacia ellos la pelea. Y de ese modo, el primer hombre con el que me topé no esperaba verme y su sorpresa fue su perdición. No llevaba más que un taparrabos, el pelo negro recogido y un garrote que aún brillaba con la sangre del bucanero; y los ojos abiertos de par en par por la impresión. Los nativos solo estaban protegiendo lo que era suyo. No era ningún placer deslizar mi hoja entre sus costillas y confié en que su muerte fuera rápida, pero tampoco iba a dejar de matarle. Luego, continué. En la selva comenzaron a resonar los gritos y los disparos, pero me encontré con más nativos y maté a unos cuantos más hasta que por fin la batalla terminó y regresé con el grupo principal.

Habían caído ocho. La mayoría de los nativos habían muerto bajo mi hoja.

—Los guardianes del Observatorio —me dijo Bartholomew Roberts.

—¿Cuánto tiempo lleva esta gente aquí? —le pregunté.

—Oh… Al menos mil años o más. Unos hombres muy entregados. Muy mortíferos.

Eché un vistazo para ver lo que quedaba de su grupo, de los hombres aterrorizados y traumatizados que habían visto como se cargaban uno a uno a sus compañeros de barco. Después continuamos nuestro viaje, seguimos subiendo hasta que nos topamos con unos muros de piedra gris que contrastaban con los colores vibrantes de la jungla, un edificio monolítico que se alzaba muy por encima de nosotros.

El Observatorio.

Me pregunté por qué no se veía. Cómo había permanecido invisible.

—¿Es eso, entonces?

—Sí, un lugar casi sagrado. Lo único que hace falta es una gota de sangre…

En su mano apareció una pequeña daga y no apartó los ojos de los míos mientras la usaba para pincharse el pulgar; luego colocó el dedo con unas gotas rojas en un hueco diminuto junto al lateral de la puerta, que empezó a abrirse.

Los seis nos miramos los unos a los otros. Tan solo Bart Roberts parecía estar disfrutando.

—Y se abre la puerta —dijo con la voz de un hombre del espectáculo— tras casi ochenta mil años.

Se apartó a un lado para que sus hombres pasaran. Los nerviosos miembros de la tripulación se miraron entre ellos, luego obedecieron las órdenes de su capitán y comenzaron a avanzar hacia la puerta…

Y entonces, por algún motivo que solo él conocía, Roberts los mató, a los cuatro. Con una mano hundió la daga en la cuenca del ojo del primer hombre y apartó el cuerpo de un empujón al mismo tiempo que desenfundaba una pistola y disparaba al rostro del segundo. Los últimos dos miembros de la tripulación no tuvieron tiempo de reaccionar cuando Black Bart desenfundó la segunda pistola y disparó a quemarropa en el pecho de un tercer hombre, sacó la espada y atravesó con ella al último superviviente.

Era el mismo hombre que había llevado el arcón a la cubierta, el que había mirado a Roberts esperando algún elogio. Emitió un extraño sonido de asfixia y Roberts lo sostuvo así un segundo para luego clavarle el alfanje hasta la empuñadura y girarlo. El cuerpo en su hoja se tensó y el mozo de cubierta miró a su capitán con ojos suplicantes y desconcertados hasta que su cuerpo se relajó, se deslizó del acero y cayó al suelo con un golpe. El pecho se elevó un par de veces y después permaneció inmóvil.

Muchas muertes. Muchas muertes.

—¡Jesús, Roberts! ¿Te has vuelto loco?

Sacudió la sangre de su alfanje y después la limpió escrupulosamente con un pañuelo.

—Más bien lo contrario, Edward. Estos bromistas se habrían vuelto locos al ver lo que hay al otro lado de esta puerta. Pero supongo que tú estás hecho de una pasta más dura. Bueno, coge ese arcón y tráelo para acá.

Hice lo que me pidió, aunque sabía que seguir a Roberts era mala idea. Una idea terrible. Pero fui incapaz de no hacerlo. Había llegado muy lejos para ahora echarme atrás.

Dentro, una especie de antiguo templo.

—Sucio y deteriorado —dijo Roberts—, no es exactamente como yo lo recordaba. Pero eso fue hace ochenta milenios.

Le fulminé con la mirada. «Más galimatías».

—¡Qué bobadas, eso es imposible!

Su rostro era inescrutable.

—Pisa como si caminaras sobre hielo fino, capitán.

Por unos escalones de piedra descendimos por el centro del Observatorio y entramos en una gran cámara puente. Todos mis sentidos estaban vivos cuando miré a mi alrededor y asimilé la vasta amplitud del espacio.

—Es bonito, ¿eh? —dijo Roberts en voz baja.

—Sí —respondí y me di cuenta de que estaba susurrando—, como sacado de un cuento de hadas, uno de aquellos viejos poemas.

—Antes había muchas historias sobre este lugar. Unas historias que se convirtieron en rumores y luego en leyendas. El proceso inevitable de los hechos que se convierten en ficción antes de desaparecer por completo.

Entramos en una nueva sala juntos, una sala que únicamente podía describirse como un archivo, un espacio enorme con estanterías bajas en las que había apilados cientos de pequeños viales con sangre, iguales que los del cofre, iguales que el que había visto usar a Torres en Bartholomew Roberts.

—Más viales de sangre.

—Sí. Estos cubos contienen la sangre de un pueblo antiguo. Una raza maravillosa en su época.

—Cuanto más hablas, hombre, menos te entiendo —dije, irritado.

—Solo recuerda una cosa: la sangre de estos viales ya no vale ni un real para nadie, pero puede que sí valga otra vez en un futuro. Pero no en esta era.

Ahora nos hallábamos en las entrañas de la tierra y atravesamos los archivos hacia lo que era la sala principal del Observatorio. Volvía a ser

sorprendente y nos quedamos un segundo estirando el cuello para ver desde un lado de la gran cámara abovedada al otro.

En un extremo de la sala había lo que parecía un pozo, donde se oía un chapoteo muy lejos que indicaba que corría agua por alguna parte, mientras que en el centro se elevaba una tarima con un complicado dibujo tallado en la piedra. Mientras Roberts me pedía que dejara el arcón en el suelo, comenzó a oírse un ruido bajo. Un ligero zumbido que al principio resultaba enigmático pero empezaba a hacerse…

—¿Qué es eso?

Sentí como si tuviera que gritar para que se me oyera, aunque no era necesario.

—Ah, sí —dijo Roberts—, una medida de seguridad. Es solo un momento.

A nuestro alrededor las paredes habían empezado a resplandecer y desprendían una luz blanca titilante tan hermosa como perturbadora. El Sabio se acercó a la plataforma elevada en el medio y llevó la mano hacia una marca en el centro. El sonido desapareció de inmediato y la sala a nuestro alrededor volvió a quedar en silencio, aunque las paredes seguían brillando.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté a Roberts.

—Considéralo un gran catalejo. Un artefacto capaz de ver a una gran distancia.

El resplandor. La sangre. Este «artefacto». La cabeza comenzaba a darme vueltas y lo único que podía hacer era observar boquiabierto como Roberts llevaba la mano al cofre con dedos expertos para sacar un vial, como si fuese algo que hubiera hecho muchas veces antes, y lo llevaba hacia la luz, igual que el día en que había obtenido el arcón.

Satisfecho, se inclinó hacia la tarima elevada delante de él y dejó dentro el cristal. Y entonces, algo sucedió, algo que aún me cuesta creer. El resplandor de las paredes pareció ondular y extenderse como una bruma que se transformaba no en niebla sino en imágenes, una serie de imágenes opacas como si estuviera viendo por una ventana a…

56

«Calicó Jack Rackham, como que me llamo Edward Kenway».

Pero no estaba mirándole. No. Era como si yo fuera él. Como si mirase a través de sus ojos. De hecho, la única razón por la que sabía que se trataba de Calicó Jack era la tela india de la manga de su abrigo.

Estaba subiendo las escaleras hacia la Old Avery. Me dio un vuelco el corazón al ver aquel viejo lugar, más deteriorado de lo que nunca antes había estado…

Lo que significaba que no era una imagen del pasado. No era una imagen que yo mismo hubiera experimentado, porque nunca había visto la Old Avery en ese estado de deterioro. No había visitado Nasáu desde que se pudrió de verdad.

Y aun así…, aun así… Estaba viéndolo.

—¡Esto es brujería! —farfullé.

—No. Ese es Calicó Jack Rackham… En algún lugar del mundo en este momento.

—En Nasáu —dije tanto para él como para mí mismo—. ¿Esto está pasando ahora mismo? ¿Estamos viendo a través de sus ojos?

—Sí —respondió Roberts.

No fue como si volviera mi atención a la imagen. Simplemente estaba delante de mí. Como si yo fuera parte de ella, como si estuviera dentro de ella. En cierto modo lo estaba, porque cuando Calicó Jack movió la cabeza, la imagen se movió con él. Observé como miraba hacia una mesa donde Anne Bonny estaba sentada con James Kidd.

Le echó un buen vistazo a Anne Bonny. A ciertas partes de ella. Cabrón asqueroso. Pero entonces, ¡oh, Dios mío! Se dio la vuelta en la mesa en la que estaba sentada con James Kidd y le devolvió la mirada. Me refiero a

que lo miró con lascivia. ¿Sabes esa expresión que te desnuda con los ojos? Se estaba beneficiando al viejo Calicó Jack.

«Maldita sea. Tienen una aventura».

A pesar de todo —a pesar de las maravillas del Observatorio—, me encontré conteniendo la risa al pensar en James Bonny, ese chaquetero traidor, al que le ponían los cuernos. ¿Calicó Jack? Bueno, aquel puñetero cretino me había abandonado, ¿no? Por lo que no le podía ni ver. Pero nos había dado armas, munición y manduca, y, bueno, estaba calentando la cama de Anne, así que había que reconocerle el mérito.

Ahora Calicó Jack estaba escuchando charlar a Anne y James.

—No sé, Jim —decía Anne—. No tengo ni la más mínima idea de cómo dirigir un barco. Ese no es un trabajo para una mujer.

¿Qué demonios estaban tramando?

—Paparruchas. He visto a un montón de mujeres que saben arrizar una vela y girar el cabrestante.

—¿Y me enseñarías a luchar? ¿Con un alfanje o algo así? ¿Quizás a manejar una pistola?

—Todo eso y más. Pero tienes que quererlo. Y trabajar para conseguirlo. No hay tropiezos en el verdadero éxito.

Y entonces Calicó Jack confirmó lo que yo pensaba. Su voz incorpórea pareció retumbar en la piedra.

—Oye, muchacho, la chica a la que estás cortejando está conmigo. No molestes o te rajo.

—Que te den por culo, Rackham. «Muchacho» es lo último que deberías llamarme…

«¿Ah, sí?», pensé. ¿James Kidd estaba a punto de revelar su disfraz?

James estaba metiendo la mano debajo de su camisa mientras Calicó Jack bramaba:

—Ah, ¿en serio…, muchacho?

Roberts sacó el cubo de los controles del Observatorio y la imagen se esfumó.

Me mordí el labio y pensé en la *Grajilla*. A Adé no le gustaba nuestra situación actual. Se moría por zarpar.

Pero no lo haría sin mí.

¿Verdad?

Pero ahora el resplandor que se adueñaba de la cámara ante nosotros se volvió a transformar en otra cosa y olvidé cualquier pensamiento sobre las intenciones de la *Grajilla* cuando Roberts dijo: «Probemos con otro. El gobernador Woodes Rogers». Colocó otro cubo de cristal en la consola y se formaron nuevas imágenes.

Estábamos viendo a través de los ojos de Woodes Rogers. A su lado se encontraba Torres y no muy lejos El Tiburón. De pronto la visión se llenó de la imagen de un vial con sangre que alzaba Rogers para examinarlo.

Estaba hablando.

—Es una idea atrevida, pero debo pensármelo detenidamente.

La sala del Observatorio se llenó del sonido de la voz de Torres al responder.

—Una simple promesa de lealtad es lo único que tienes que sugerirle a la Cámara de los Comunes. Un juramento, un gesto y un sencillo trámite ceremonial de sangre que cogeremos del dedo. Eso es todo.

¡Cristo! Lo que fuese que estuvieran tramando Anne y Mary no era nada comparado con lo de esta gente. Todavía intentaban sangrar al condenado mundo. «Sangrar» era la palabra clave. Y ¿cómo iban a hacerlo? Pretendían controlar el parlamento inglés.

Ahora hablaba Rogers.

—Los ministros pueden traerme problemas, pero debería ser bastante fácil convencer a la Cámara de los Lores. Adoran el exceso de pompa y solemnidad.

—Exacto. Diles que es una muestra de fidelidad al rey… contra aquellos que se alzan contra los jacobitas.

—Sí, claro —respondió Rogers.

—El detalle fundamental es la sangre. Debes obtener una muestra de cada hombre. Queremos estar seguros cuando encontremos el Observatorio.

—Estoy de acuerdo.

Roberts retiró el cubo de la consola y me miró, con el triunfo en los ojos. Ahora sabíamos lo que tramaban los Templarios. No solo eso, sino que íbamos un paso por delante.

Las imágenes habían desaparecido, el extraño resplandor había vuelto a las paredes y yo me quedé pensando si me lo había imaginado todo. Entretanto, Roberts sacó algo de la consola y lo sostuvo en lo alto. Una calavera. La calavera en la que colocó los viales de sangre.

—Una herramienta muy valiosa, ¿ves?

—Brujería, eso es lo que es —dije.

—Nada de eso. Cada mecanismo que da a este artefacto su luz es algo físico y verdadero. Antiguo, sí, pero no es nada sobrenatural ni extraño.

Le miré con reserva, pensando: «Estás engañándote a ti mismo, amigo», pero decidí no seguir por ahí.

—Con eso seremos los señores del océano —dije.

Quería sostener la calavera y alargué la mano para cogerla, dominado por el deseo de sentir su peso en la palma de mi mano. Creí temblar cuando se acercó con ella, con la mano extendida. Pero entonces, en vez de entregármela, se dio la vuelta de pronto, golpeándome la cara con el cráneo, y me lanzó al suelo del Observatorio hasta el abismo del pozo.

Caí y, al bajar, choqué con la piedra y la vegetación pegada a la cara de la roca, pero fui incapaz de agarrarme para detener la caída. Noté un dolor punzante en el costado y di con el agua de abajo mientras daba gracias a Dios por tener el aplomo de convertir mi caída en lo más parecido a una zambullida. Desde aquella altura aquella reacción podía haberme salvado la vida.

Aun así mi entrada en el agua fue desagradable. Al impactar, me esforcé por mantenerme a flote mientras tragaba agua e intentaba no dejar que el dolor en el costado me arrastrara hacia abajo. Cuando salí a la superficie para coger aire, alcé la vista y vi a Roberts mirándome.

—En mi código no existe la lealtad, joven —se mofó de mí, con su voz retumbando en el espacio entre ambos—. Desempeñaste tu papel, pero nuestra colaboración ha terminado.

—Eres hombre muerto, Roberts —bramé, solo que no salió como el rugido que pretendía.

Tenía la voz débil. De todas maneras ya se había marchado y yo estaba demasiado ocupado intentando ocuparme del maldito dolor en el costado y ponerme a salvo.

Cuando me recompuse, encontré una rama saliendo de mi costado y la herida que me teñía la túnica de rojo. Tiré con un grito, me deshice del palo y apreté los dientes mientras me llevaba la mano a la herida y notaba que la sangre se filtraba por mis dedos. Roberts, cabrón. «Eres un cabrón».

De algún modo, a pesar del dolor, conseguí trepar por las paredes del pozo hasta llegar al Observatorio. Volví sobre mis pasos, atravesé la cámara puente y pasé los cadáveres de la entrada, para renquear de vuelta a la playa mientras no dejaba de sudar por el dolor. Pero en cuanto salí tambaleándome del apuro y llegué a la playa, lo que vi me llenó de angustia. La *Grajilla*, mi querida *Grajilla*, se había marchado. Ahora solo estaba el *Rover* anclado en la costa.

Y allí donde la playa se encontraba con el mar, había amarrada una yola. El timonel y los remeros aguardaban a su capitán en silencio como centinelas, con el mar a sus espaldas. Esperaban al capitán Bartholomew Roberts que estaba delante de mí.

Se agachó. Le brillaron los ojos y sonrió con aquella peculiar sonrisa falta de alegría.

—Oh… Tu *Grajilla* ha volado, ¿eh, Edward? Esa es la belleza de una democracia… La mayoría gana. Sí, puedes navegar conmigo, pero con un temperamento tan fuerte como el tuyo me temo que nos harás arder hasta que solo queden las cenizas. Por suerte sé que la recompensa que le ha puesto el rey a tu cabeza es generosa y tengo intención de cobrarla.

El dolor resultaba insoportable. No podía aguantarlo más y sentí que me desmayaba. Lo último que oí cuando la oscuridad me reclamó fue que Bartholomew Roberts se burlaba de mí en voz baja.

—¿Alguna vez has visto el interior de una prisión jamaicana, chico? ¿Lo has visto?

CUARTA PARTE

57

Noviembre de 1720

Pueden pasar muchas cosas en seis meses. Pero en los seis meses hasta noviembre de 1720 esas cosas le pasaron a otra gente. Yo estuve pudriéndome en la cárcel de Kingston. Mientras Bartholomew Roberts se convertía en el pirata más temido del Caribe, al frente de un escuadrón de cuatro naves, con el buque insignia *Royal Fortune* a la cabeza, yo intentaba sin éxito dormir hecho un ovillo en el suelo de una celda donde había tan poco sitio que no podía tumbarme estirado. Cogía larvas de la comida y me tapaba la nariz para tragármelas. Bebía agua sucia y rezaba para que no me matara. Observaba la luz gris a rayas que entraba por los barrotes de la puerta y escuchaba el clamor de la cárcel: los insultos; los gritos nocturnos; un constante repiqueteo que no cesaba jamás, como si alguien, en alguna parte, pasara el día y la noche haciendo ruido con una taza en los barrotes; y, a veces, escuchaba mi propia voz, solo para recordarme que seguía vivo, y maldecía mi suerte, maldecía a Roberts, maldecía a los Templarios, maldecía a mi tripulación…

Me había traicionado Roberts, por supuesto —aunque eso no era ninguna sorpresa—, pero también la *Grajilla*. El tiempo que pasé en la cárcel me dio la distancia que necesitaba para ver que mi obsesión por el Observatorio me había cegado respecto a las necesidades de mis hombres y dejé de culparles por abandonarme en Long Bay. Decidí que si tenía bastante suerte como para volver a verlos, les saludaría como hermanos, les diría que no les guardaba rencor y me disculparía. Aun así, la imagen de la *Grajilla* marchándose sin mí se había grabado a fuego en mi cerebro.

No estuve allí durante mucho más tiempo. Sin duda mi juicio se acercaba, aunque todavía tenían que avisarme, claro. Y después del juicio me colgarían.

El día anterior se lo habían hecho a uno. Me refiero a que habían colgado a un pirata. El juicio se celebró en Spanish Town, y cinco de los hombres juzgados acabaron en la horca al día siguiente en Gallows Point. A los otros seis los ahorcaron al día siguiente en Kingston.

Uno de los que habían colgado era el capitán John Rackham, el hombre al que todos conocíamos como Calicó Jack.

Pobre Jack. No era un buen hombre, pero tampoco era especialmente malo. ¿Quién puede ser más imparcial? Esperaba que hubiera podido beber suficiente alcohol antes de que le enviaran al patíbulo y así mantenerse caliente para el viaje al otro lado.

El asunto era que Calicó Jack tenía un par de tenientes y su juicio empezaba aquel mismo día. Me llevaron a la sala del tribunal, porque decían que era un testigo, aunque no me habían comunicado si de la defensa o de la acusación.

Verás, aquellos dos tenientes no eran otros que Anne Bonny y Mary Read.

Y eso tenía su historia. Había presenciado el principio de la historia con lo que vi en el Observatorio: Calicó Jack y Anne Bonny eran amantes. Jack había usado sus encantos para apartarla de James (aquel tipo detestable) y llevársela al mar.

A bordo se vestía como un hombre. Y no era la única. Mary Read también iba a bordo de aquel barco, vestida como James Kidd, y los tres, Calicó Jack, Anne y Mary estaban involucrados. Las dos mujeres vestían con chaqueta de hombre, pantalones largos y pañuelo al cuello. Llevaban pistolas y alfanjes y eran tan temibles como cualquier hombre (y más peligrosas, puesto que tenían más que demostrar).

Durante algún tiempo navegaron por la zona aterrorizando a los buques mercantes, hasta que a principios de año se detuvieron en Nueva Providencia. Era el 22 de agosto del año de Nuestro Señor 1720, cuando Rackham y unos cuantos miembros de su tripulación, incluidas Anne y Mary, robaron del puerto de Nasáu un balandro llamado el *William*.

Por supuesto, Woodes Rogers sabía exactamente quién era el responsable. Hizo pública una proclamación y envió un balandro abarrotado de sus propios hombres para coger a Calicó Jack y a su tripulación.

Pero el viejo Calicó Jack estaba en buena racha y mientras tanto bebía en la bodega del almirante, lo que es lo mismo que decir que se iba de juerga, al tiempo que atacaba barcos pesqueros, buques mercantes y una goleta.

A Rogers no le gustaba nada y envió una segunda nave a por él.

Pero a Calicó Jack no le importaba y continuó su piratería hacia el oeste hasta la punta de Jamaica, donde se encontró con un corsario llamado capitán Barnet, quien vio la oportunidad de ganar un poco de dinero a cambio del pellejo de Jack.

En efecto, Jack fue abordado y su tripulación se rindió, es decir, todos excepto Mary y Anne. Según lo que había oído, Jack y su tripulación se habían ido de jarana y estaban borrachos o habían perdido el conocimiento cuando los hombres de Barnet les atacaron. Como unas fieras, Mary y Anne maldijeron a la tripulación y lucharon con pistolas y espadas, pero las vencieron y cruzaron con todos la isla hasta la cárcel de Spanish Town.

Como he dicho, ya habían juzgado y colgado a Jack.

Ahora les tocaba a Anne y Mary.

No había visto muchas salas de tribunales en mi vida, gracias a Dios, pero aun así jamás había visto una tan llena como aquella. Mis guardias me hicieron subir unas escaleras de piedra hasta una puerta con barrotes, la abrieron, me empujaron hacia una galería y me pidieron que me sentara. Les miré desconcertado. «¿Qué está pasando?». Pero me ignoraron y se quedaron de pie de espaldas a la pared, con los mosquetes preparados por si acaso intentaba escaparme.

Pero ¿escaparme a dónde? Tenía las manos esposadas y a mi alrededor metían a presión a hombres en la galería para que tomaran asiento: espectadores, testigos… Todos ellos llevaban los ojos hacia las dos infames piratas, Anne Bonny y Mary Read.

Estaban juntas ante el juez, que las fulminó con la mirada mientras golpeaba el mazo.

—Los cargos, señor, los oiré de nuevo —le dijo al alguacil, que se puso de pie y se aclaró la garganta.

—El tribunal de Su Majestad sostiene que las acusadas, Mary Read y Anne Bonny, atacaron de forma hostil, delictiva y pirática siete barcos pesqueros determinados.

Durante el pequeño alboroto que hubo a continuación, sentí que alguien se sentaba detrás de mí. Dos personas, de hecho, pero no les presté mucha atención.

—En segundo lugar —continuó el alguacil—, este tribunal sostiene que las acusadas vagaban por alta mar atacando y disparando hasta tomar dos buques mercantes determinados, cuyos capitanes y tripulaciones temieron por sus vidas.

Entonces los asuntos del tribunal se alejaron hasta convertirse en un ruido de fondo cuando uno de los hombres sentados detrás de mí se inclinó hacia delante y habló.

—Edward James Kenway… —Reconocí la voz de Woodes Rogers enseguida—. Nacido en Swansea, hijo de padre inglés y madre galesa. Casado a los dieciocho años con la señorita Caroline Scott, de la que ahora vive separado.

Levanté los grilletes y me di la vuelta en el asiento. Ninguno de los guardias con los mosquetes se había movido, pero observaban con detenimiento. Junto a Rogers, de arriba abajo un hombre de alto rango, estaba sentado Laureano Torres, elegante y sereno en el calor templado de la sala del tribunal. Aunque no estaban allí por asuntos de piratas. Habían ido por asuntos de Templarios.

—Me han dicho que es una mujer preciosa —dijo Torres, saludando con un gesto de la cabeza.

—Si la tocáis, cabrones… —gruñí.

Rogers se inclinó hacia delante. Noté que me empujaban en la camisa y al bajar la vista vi la boca de su pistola en mi costado. Desde mi caída en el Observatorio, por algún milagro había evitado la gangrena o la infección, pero la herida no se había terminado de curar. Él no lo sabía, por supuesto; no podía saberlo. Pero aun así consiguió darme justo ahí con el cañón de su arma e hice un gesto de dolor.

—Si conoces la ubicación del Observatorio, dínosla y saldrás de aquí enseguida —dijo Rogers.

Por supuesto. Esa era la razón por la que aún no había sentido el ardor de la soga del verdugo.

—Rogers puede mantener a raya a esos sabuesos británicos durante un tiempo —dijo Torres—, pero este será tu destino si no cooperas.

Estaba señalando a la sala del tribunal, donde el juez estaba hablando, donde los testigos estaban contando las cosas horribles que Anne y Mary habían hecho.

Al terminar su advertencia, Torres y Rogers se levantaron justo cuando una testigo describía intensamente y con detalle cómo la habían atacado las dos piratas. Decía que se había dado cuenta de que eran mujeres «por lo grandes que eran sus pechos». El tribunal se rio al oír aquello hasta que el mazo del juez silenció las risas y el golpe ahogó el ruido de la puerta cuando Rogers y Torres salieron de allí.

Anne y Mary, entretanto, no habían dicho ni una palabra. «¿Qué pasa? ¿Os ha comido la lengua el gato?». Nunca antes las había visto tan calladas, pero ahí estaban, tan mudas como una tumba. Se contaron historias de sus hazañas y en ningún momento metieron baza para corregir nada ofensivo; no dijeron ni pío cuando el tribunal las encontró culpables. Permanecieron calladas hasta cuando les preguntaron si podían dar algún motivo por el que la sentencia de muerte no debiera ser aprobada.

Así que el juez, que no conocía a las dos mujeres, y tal vez las tomó por reservadas, dictó sentencia: muerte por ahorcamiento.

Y entonces, solo entonces, abrieron la boca.

—Señor, se lo suplicamos por nuestros vientres —dijo Mary Read, rompiendo el silencio.

—¿Qué? —exclamó el juez, palideciendo.

—Estamos embarazadas —dijo Anne Bonny.

Se armó el escándalo.

Me pregunté si los dos retoños serían de Calicó Jack, el viejo diablo.

—No puede colgar a una mujer con un niño, ¿no? —dijo Anne por encima del tumulto.

La sala del tribunal estaba desconcertada. Como si previera mis pensamientos, uno de los guardias me empujó desde atrás con el cañón de su mosquete. «Ni se te ocurra».

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritó el juez—. Si lo que afirmáis es cierto, se suspenderán vuestras ejecuciones, pero solo hasta que salgáis de cuentas.

—¡Entonces tendré un bombo la próxima vez que llame a mi puerta! —bramó Anne.

Esa era la Anne que yo recordaba, con la cara de un ángel y la boca del marinero más rudo. Y volvió a agitar al tribunal mientras el juez, con la cara colorada, daba golpes con el mazo y ordenaba que se las llevaran. La sesión estalló en el caos.

58

—Edward Kenway. ¿Recuerdas que una vez me amenazaste con cortarme los labios y dármelos de comer?

El rostro de Laureano Torres apareció de entre la penumbra al otro lado de la puerta de mi celda en la prisión, enmarcada por las ventanas, divididas por los barrotes.

—Aunque no lo hice —le recordé con la voz ronca por la falta de uso.

—Pero lo habrías hecho.

«Cierto».

—Pero no lo hice.

Sonrió.

—Las típicas tácticas de terror de un pirata: simples y poco sutiles. ¿Qué dices tú, Rogers?

También merodeaba por allí. Woodes Rogers, el gran cazador de piratas. Cerca de la puerta de mi celda.

—¿Por eso me habéis negado comida y agua? —dije, afónico.

—Oh. —Torres se rio—. Aún te espera mucho. Todavía queda la cuestión de arrancarte la ubicación del Observatorio. También está lo que le hiciste a Hornigold. Ven, déjanos mostrarte lo que te aguarda. ¡Guardias!

Llegaron dos hombres, el mismo par de secuaces de los Templarios que me habían acompañado hasta la sala del tribunal. Torres y Rogers se marcharon mientras me ponían grilletes en las muñecas y los tobillos. Luego, arrastrándome por los adoquines, me sacaron de la celda y me llevaron por un pasillo para sacarme al patio de la prisión, donde parpadeé por el sol cegador, respiré aire fresco por primera vez en semanas y después, para mi sorpresa, cruzamos al otro lado de la puerta principal de la cárcel.

—¿Adónde me lleváis? —dije respirando con dificultad.

La luz del sol era demasiado intensa. No podía abrir los ojos. Parecía que los tenía pegados.

No respondieron. Oía los sonidos de Kingston. La vida cotidiana continuaba a mi alrededor.

—¿Cuánto os pagan? —intenté decir—. Sea lo que sea, soltadme y lo doblaré.

Se detuvieron de repente.

—Buen hombre, buen hombre —mascullé—. Puedo hacerte rico. Solo llevadme…

Recibí un puñetazo en la cara que me partió el labio y rompió algo en mi nariz que la hizo empezar a sangrar. Tosí y gemí. Cuando me colgó la cabeza hacia atrás, un rostro se acercó al mío.

—Calla. En marcha.

Parpadeé, intentando enfocar la vista, intentando recordar su cara.

—Te lo haré pagar —murmuré. Me chorreaba de la boca sangre o saliva —. Acuérdate de mis palabras.

—Cállate o la próxima vez será la punta de mi espada.

Me reí.

—Estás hasta arriba de mierda, amigo. Tu señor me quiere vivo. Si me matas, ocuparás mi lugar en esa celda. O algo peor.

A través de un velo de dolor, sangre y la penetrante luz solar, vi que su expresión se oscurecía.

—Ya lo veremos —gruñó—. Ya lo veremos.

Y entonces el viaje continuó mientras yo escupía sangre e intentaba aclarar mi cabeza casi inútilmente, hasta que llegamos a lo que parecía el pie de una escalera. Oí murmurar a Torres y Rogers, y luego un crujido; cuando levanté la barbilla y eché la vista hacia arriba, vi una jaula colgante. Uno de los secuaces había subido por la escalera para abrirla y la puerta se entreabrió con un quejido del metal oxidado. Aquel sol de justicia estaba abrasándome.

Intenté hablar, traté de decirles que estaba muerto de sed y que podía morir al sol. Y si eso sucedía —si moría—, entonces nunca averiguarían dónde estaba el Observatorio. Solo Black Bart tendría esa información y qué miedo daba, ¡Black Bart a cargo de todo ese poder!

«Ya lo tiene, ¿verdad? Por eso le ha salido todo tan bien».

Pero no tuve la oportunidad de decirlo, porque me encerraron en la jaula colgante. Me encerraron en esa jaula para que el sol hiciera su trabajo. Para que me cocinara lentamente.

59

Al atardecer mis dos amigos vinieron a buscarme y me llevaron de vuelta a la celda.

Mi recompensa por sobrevivir fue agua, un cuenco que me dejaron en el suelo, justo la suficiente para mojarme los labios, mantenerme con vida y usarla sobre las ampollas y pústulas que me había causado el sol.

Llegaron Rogers y Torres.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el Observatorio?

Con unos labios secos y agrietados les sonreí, pero no les dije nada.

«Os está dejando a dos velas, ¿eh? Roberts, quiero decir. Está destrozando todos vuestros planes».

—¿Quieres volver allí mañana?

—Claro —susurré—. Sí. Me va bien el aire fresco.

No fui todos los días. Algunos me quedaba en la celda. Otros solo me dejaban allí colgado unas horas.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el Observatorio?

Algunos días me dejaban allí hasta bien entrada la noche. Pero no estaba tan mal cuando el sol se ocultaba. Seguía hecho un ovillo dentro de la jaula como un hombre metido en una letrina, con todos los músculos y huesos del cuerpo aullando de dolor; seguía muriéndome de sed y de hambre, con la carne enrojecida por las quemaduras del sol. Pero aun así no estaba tan mal. Al menos el sol se había ocultado.

—¿Dónde está? ¿Dónde está el Observatorio?

«Cada vez que me subís ahí os resulta más molesto, ¿no? Cada día malgastado es un triunfo de Black Bart sobre los Templarios. Al menos está eso».

—¿Quieres volver ahí mañana?

—Claro.

No estaba seguro de aguantar allí otro día. Por algún extraño motivo confiaba en que no me mataran. Confiaba en que mi determinación fuese mayor que la suya. Confiaba en mi propia fuerza interior.

Pero estuve allí colgado otro día, agachado, hecho un ovillo en la jaula. Y cuando volvió a caer la noche, oí que los guardias se mofaban de mí; se recreaban en la desgracia de Calicó Jack y en cómo habían arrestado a Charles Vane.

«Charles Vane —pensé—. Charles Vane… Le recuerdo. Intentó matarme. ¿O intenté matarle yo a él?».

Luego oí el sonido de una breve batalla campal, en la que cayeron cuerpos y hubo gemidos apagados.

Y después se oyó una voz.

—Buenas noches, capitán Kenway. Tengo un regalo para ti.

Abrí los ojos muy, muy despacio. En el suelo, debajo de mí, teñidos de gris bajo la luz mortecina del día que se apagaba, había dos cadáveres. Mis amigos, los secuaces de los Templarios. Ambos tenían la garganta cortada. Un par de sonrisas carmesíes adornaban sus cuellos.

Agachado junto a ellos, buscando en sus túnicas las llaves de la jaula, estaba el Asesino Ah Tabai.

Había supuesto que no volvería a verlo jamás. Al fin y al cabo, el Asesino Ah Tabai no era un gran seguidor de Edward Kenway. Probablemente preferiría haberme cortado el cuello en vez de rescatarme de la cárcel.

Por suerte para mí, había escogido rescatarme de la cárcel.

Pero…

—No confundas mis intenciones —dijo mientras subía por la escalera, tras haber encontrado la llave correcta de la cerradura, y me cogió justo cuando estuve a punto de caerme de la jaula.

Tenía un odre lleno y sostuvo la tetina contra mis labios. Mientras bebía noté lágrimas de alivio y gratitud surcando mis mejillas.

—He venido por Anne y Mary —estaba diciendo mientras me ayudaba a bajar por la escalera—. No me debes nada por esto. Pero si me ofreces tu ayuda, te prometo un salvoconducto para escapar de este lugar.

Me había desplomado en el suelo, donde Ah Tabai me permitió recomponerme y volvió a darme el odre.

—Necesitaré armas —dije al cabo de unos minutos.

Sonrió y me entregó una hoja oculta. No era poca cosa para un Asesino darle una hoja a un intruso y, mientras me ponía en cuclillas en el suelo para atármela al brazo, me di cuenta de que me estaba honrando de alguna manera. Aquella idea me dio fuerzas.

Me puse en pie y engrané el acero, comprobé el funcionamiento de la hoja y volví a guardarla. Había llegado el momento, el momento de ir a salvar a Anne y Mary.

60

Había que provocar algunas distracciones. Así que yo debía buscar a las mujeres mientras él se encargaba de eso. Muy bien. Sabía dónde las tenían y no mucho más tarde, cuando la primera de sus explosiones me proporcionó la distracción que necesitaba, pude colarme en el recinto de la prisión y dirigirme hacia ellas.

Entonces, mientras me acercaba, oí unos gritos y la voz inconfundible de Anne Bonny.

—Ayudadla, por el amor de Dios. Id a buscar ayuda. Mary está enferma. Que alguien nos ayude, por favor.

Como respuesta oí el sonido de los soldados intentando acallarla, golpeando los barrotes de su celda con las culatas de los mosquetes.

Anne no se callaba, es más, ahora les chillaba.

—Está enferma. Por favor, está enferma —gritaba—. Se está muriendo.

—Un pirata menos, qué más da —dijo uno de los hombres.

Eché a correr, con el corazón saliéndoseme del pecho al tiempo que notaba el dolor en el costado, pero lo ignoré al doblar una esquina en el pasillo de ese pabellón; mientras avanzaba con una mano en la piedra fría para estabilizarme, la otra ya estaba activando la hoja.

Los guardias estaban nerviosos por las explosiones de Ah Tabai y los gritos de Anne. El primero se dio la vuelta y levantó el mosquete, pero pasé la hoja por debajo y por arriba, para atravesarle la caja torácica, le agarré por la nuca y se la clavé hasta el corazón. Su compañero se había dado la vuelta al oír el cuerpo caer sobre la piedra y abrió los ojos de par en par. Fue a coger su pistola, pero le alcancé antes de que sus dedos se curvaran para desenfundarla y, con un grito, salté y golpeé hacia abajo, clavándole a él también mi hoja.

«Estúpido movimiento». No estaba en condiciones de emprender ese tipo de acción.

Inmediatamente sentí un dolor punzante en el costado, que ardía como el fuego. Comenzaba en la herida y subía y bajaba por el cuerpo. Sacudiendo brazos y piernas, caí con la hoja incrustada en el guardia y aterricé mal, pero la saqué y rodé para encontrarme con el ataque del último guardia…

Gracias a Dios, Ah Tabai apareció por mi derecha, con su hoja activada, y unos segundos más tarde el último guardia yacía muerto en la piedra.

Se lo agradecí con la mirada y centramos nuestra atención en las celdas, en los gritos.

Había dos celdas una junto a la otra. Anne se puso de pie, con su cara desesperada apretada entre los barrotes.

—Mary —estaba suplicando—, ocupaos de Mary.

No hizo falta que lo repitiera. Del cinturón de un guardia cogí las llaves y abrí la puerta de Mary. En el interior, la mujer usaba las manos como almohada en el bajo y sucio catre en el que estaba tumbada. Su pecho se movía con una respiración débil y, aunque tenía los ojos abiertos, su vista permanecía clavada en la pared sin verla.

—Mary —dije, inclinándome sobre ella y hablando en voz baja—. Soy yo, Edward.

Respiraba de forma regular, pero dificultosa. Sus ojos permanecieron donde estaban, parpadearon pero no se movieron, no enfocaron. Llevaba un vestido, pero hacía frío en la celda y no había mantas para taparla. Ni agua que echarle a los labios resecos. Le brillaba la frente por el sudor y noté que ardía como una caldera cuando puse una mano sobre ella.

—¿Dónde está el niño? —pregunté.

—Se lo llevaron —respondió Anne desde la puerta.

«Menudos cabrones», pensé con los puños apretados.

—No tengo ni idea de dónde está —continuó Anne y de repente gritó al sentir ella dolor.

«¡Jesús! Precisamente lo que necesitábamos».

«Bien, vámonos».

Tan cuidadosamente como pude, ayudé a Mary a sentarse, luego pasé su brazo por mi hombro y me puse de pie. Mi propia herida se quejó, pero Mary gritó de dolor y pude imaginarme el sufrimiento por el que estaba pasando. Después de dar a luz necesitaba descansar. Su cuerpo necesitaba un tiempo para recuperarse.

—Apóyate en mí, Mary —le dije—. Vamos.

Por alguna parte se oyeron los gritos de unos soldados que se acercaban. Las distracciones de Ah Tabai habían funcionado; nos habían dado el tiempo que necesitábamos, pero ahora las tropas se habían recuperado.

—Buscad en todas las celdas —oí.

Comenzamos a avanzar a trompicones por un pasillo para regresar al patio, con Ah Tabai y Anne a la cabeza.

Pero Mary pesaba y yo estaba débil después de pasar días y noches colgado en la jaula; además, en la herida del costado —¡Dios, cómo dolía! — algo debió de romperse porque estalló el dolor y noté la sangre, caliente y húmeda, corriendo por la cinturilla de mi calzón.

—Por favor, ayúdame, Mary —le supliqué, pero sentía que su cuerpo flaqueaba, como si dejara de luchar y la fiebre fuera demasiado para ella.

—Para, por favor —me decía.

Su respiración era incluso más irregular. La cabeza iba de un lado a otro. Las rodillas parecían haber cedido y se hundió en las baldosas del pasillo. Más adelante, Ah Tabai ayudaba a Anne, que se agarraba el vientre con las manos, y se volvieron para pedirnos que nos diéramos prisa, al oír más gritos detrás de nosotros, más soldados que llegaban.

—¡Aquí no hay nadie! —gritó alguien.

Ya habían descubierto la fuga. Se oyeron los pasos rápidos de más soldados.

Ah Tabai y Anne llegaron a la puerta del patio. Un cuadrado negro se convirtió en gris y el aire nocturno se filtró hacia el pasillo.

Los guardias estaban detrás de nosotros. Delante, Ah Tabai y Anne ya habían cruzado el patio y estaban en la puerta principal, donde el Asesino sorprendió a un guardia que se deslizó por el muro y murió. Anne se puso a gritar porque necesitaba ayuda para atravesar la portezuela del recinto de la

prisión y salieron al resplandor anaranjado del incendio que habían provocado las explosiones de Ah Tabai.

Pero Mary no podía andar. Ya no. Hice una mueca de dolor al agacharme para cogerla en brazos y noté otra vez la sensación de desgarro en el costado, como si la herida, aunque tuviera un año, simplemente no pudiera soportar peso extra.

—Mary…

Ya no podía cargar con ella y tuve que dejarla sobre las piedras del patio. A nuestro alrededor oía las fuertes pisadas y los soldados que se llamaban entre sí.

«Muy bien —pensé—, que vengan. Me quedaré a luchar. Es un buen lugar para morir como otro cualquiera».

Mary me miró, fijó la vista y consiguió sonreír antes de que una nueva oleada de dolor le recorriera el cuerpo.

—No mueras por mí —logró decir—. Vete.

Intenté decir no.

Pero tenía razón.

La tumbé e intenté ponerla lo más cómoda posible sobre los adoquines. Tenía los ojos llorosos cuando hablé.

—Maldita sea. Deberías haber vivido más que yo.

Me dedicó una sonrisa casi imperceptible.

—Ya he cumplido con mi parte. ¿Cumplirás tú con la tuya?

Su imagen se dividió como si mirase a través de un diamante y me sequé las lágrimas de los ojos.

—Si vinieras conmigo, podría —le pedí.

No dijo nada.

«No, por favor. No te vayas. Tú no».

—¿Mary…?

Estaba intentando decir algo. Llevé mi oreja a sus labios.

—Estaré contigo, Kenway —susurró y noté su último aliento caliente en mi oído—. Estaré contigo.

Me levanté y miré a Mary Read, sabiendo que ya habría tiempo para llorar más tarde su pérdida, cuando recordaría a una persona extraordinaria, tal vez la más extraordinaria que había conocido. Pero de momento pensaba

en que los soldados británicos habían dejado dar a luz a aquella buena mujer, le habían arrebatado al bebé y la habían dejado herida y febril en la celda de una prisión. Sin mantas que la taparan. Sin agua que rozara sus labios.

Oí a los primeros soldados británicos aparecer en el patio detrás de mí. «Justo a tiempo para vengarme un poco antes de mi huida».

Activé la hoja y me di la vuelta para enfrentarme a ellos.

61

Supongo que se podría decir que bebí un poco después de eso y vi a personas en mi delirio, figuras del pasado: Caroline, Woodes Rogers, Bartholomew Roberts.

Y a fantasmas también: Calicó Jack, Charles Vane, Benjamin Hornigold, Edward Thatch.

Y a Mary Read.

Finalmente, tras una juerga que no sé cuánto duró, la salvación llegó en forma de Adewalé. Se acercó a mí en la playa de Kingston y al principio pensé que se trataba de otro fantasma, otra figura de mis visiones. Que venía a mofarse de mí. A recordarme mis fracasos.

—Capitán Kenway, pareces un cuenco de pudin de ciruelas.

«Una de mis visiones. Un fantasma. Un truco que estaba jugándome mi pobre mente con resaca. Y sí, ya que hablamos de ella, ¿dónde está mi botella de licor?».

Hasta que me tocó con la mano y yo le toqué a él, esperando que sus dedos se convirtieran en volutas de humo y se desvanecieran, pero eran reales. Tan duros como la madera, igual de fiables. Y reales.

Me incorporé.

—¡Dios, tengo la cabeza…!

Adewalé me levantó.

—En pie.

Me levanté frotándome mi pobre cabeza a punto de estallar.

—Me pones en un apuro, Adewalé. Después de dejarme con Roberts, debería guardarte rencor al verte aquí. —Le miré—. Pero la verdad es que me alegro, maldita sea.

—Yo también, hermano, y estarás contento al saber que tu *Grajilla* sigue de una pieza.

Me cogió del hombro y señaló al mar. Quizá fue la bebida que me hizo emocionarme más de la cuenta, pero se me llenaron los ojos de lágrimas al volver a ver mi barco. Los hombres estaban en la borda y también los vi en las jarcias, sus rostros en las escotillas de los cañones de popa, todos y cada uno de ellos mirando hacia la playa, donde Adewalé estaba conmigo ahora. «Vinieron», pensé, y cuando bajó una lágrima por mi mejilla, me la sequé con la manga de mi túnica (un regalo de despedida de Ah Tabai, aunque desde entonces había hecho bien poco por honrarles).

—¿Zarpamos ya? —le pregunté, pero en ese momento Adewalé ya estaba alejándose y subía por la playa hacia el interior—. ¿Te marchas? —le grité.

—Sí, Edward, porque me reclaman en otra parte.

—Pero…

—Cuando tu corazón y tu mente estén preparados, visita a los Asesinos. Creo que entonces lo entenderás.

Así que seguí su consejo. Navegué con la *Grajilla* hacia Tulum, donde había descubierto mi sentido y había conocido a Ah Tabai. Allí, dejé a la tripulación a bordo y fui a buscar a Ah Tabai, solo para llegar tras un ataque. Entré en las humeantes ruinas del pueblo de los Asesinos y encontré allí también a Adewalé. Allí era donde le reclamaban.

—¡Jesús, Adewalé! ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Tú eres lo que ha pasado, Edward. El daño que causaste hace seis años no ha terminado.

Me estremecí. Así que era eso. Los Asesinos seguían sufriendo las repercusiones de aquellos mapas que había vendido a los Templarios.

Le miré.

—No es fácil llamarme amigo, ¿verdad? ¿Por eso estás aquí?

—Luchar al lado de un hombre que se deja llevar tanto por el beneficio personal y la gloria es difícil, Edward. Y he llegado a la conclusión de que los Asesinos (su credo) son un rumbo mucho más honorable.

Así que era eso. Las palabras de Mary Read y Ah Tabai no habían servido de nada conmigo, pero Adewalé les había prestado atención. Ojalá yo me hubiera esforzado más por hacer lo mismo.

—¿He sido injusto? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Durante años he ido por ahí cogiendo lo que se me antojaba, sin importarme un pimiento aquellos a los que hacía daño. Y aquí estoy…, con riqueza y reputación, pero sin sentirme más sabio que cuando me fui de casa. Aun así, cuando me doy la vuelta para mirar el rumbo que he llevado…, no hay ningún hombre ni ninguna mujer a los que he querido que siga a mi lado.

Habló una nueva voz: Ah Tabai.

—Hay tiempo para redimirse, capitán Kenway.

Le miré.

—Mary… Antes de morir me pidió que hiciera el bien por ella. Que arreglara el lío que había armado. ¿Puedes ayudarme?

Ah Tabai asintió con la cabeza. Adewalé y él se volvieron hacia la ciudad y yo caminé junto a ellos.

—Mary te tenía aprecio, Edward —apuntó Ah Tabai—. Veía algo en tu comportamiento que le hacía tener esperanzas en que algún día lucharías con nosotros. —Hizo una pausa—. ¿Qué opinas sobre nuestro credo? —inquirió.

Ambos sabíamos que hacía seis años —¡Dios, hacía solo un año!— me habría burlado y habría dicho que era una tontería. Ahora, en cambio, mi respuesta fue diferente.

—Es difícil decirlo, porque si nada es verdad, entonces ¿por qué creer en algo? Y si todo está permitido… ¿Por qué no perseguir cualquier deseo?

—Sí, ¿por qué?

Ah Tabai sonrió misteriosamente.

Las ideas chocaban en mi cabeza y mi cerebro cantaba con nuevas posibilidades.

—Puede que esta idea sea solo el principio de la sabiduría y no su última forma —dije.

—Ese es un gran paso del Edward que conocí hace muchos años —dijo Ah Tabai, asintiendo con satisfacción—. Edward, eres bienvenido aquí.

Se lo agradecí y pregunté:

—¿Cómo está el hijo de Anne?

Sacudió la cabeza y bajó la mirada: era un gesto que lo decía todo.

—Es una mujer fuerte, pero no invencible.

Me la imaginé en la cubierta del *William*, llamando cobardes a sus compañeros de barco. Se decía que había disparado a los hombres mientras se encogían de miedo, borrachos, bajo cubierta. Podía creérmelo. Podía imaginarme lo terrible y magnífica que había estado aquel día.

Fui hacia donde estaba sentada para reunirme con ella, con la vista clavada por encima de las copas de los árboles, en el mar. Se abrazó sus propias piernas y giró la cara pálida hacia mí con una sonrisa.

—Edward —me saludó.

—Siento tu pérdida —dije.

Sabía un par de cosas sobre lo que significaba la pérdida y aprendía más cada día.

—Si me hubiera quedado en la cárcel, se lo habrían llevado… —Suspiró al volver su rostro hacia la brisa—. Y ahora estaría vivo. Quizás esta sea la manera que Dios tiene de decirme que no podía ser madre por la vida que llevo. Maldiciendo, bebiendo y luchando.

—Eres una luchadora, sí. En la cárcel, oí historias sobre las infames Anne Bonny y Mary Read, que se enfrentaban juntas a la armada del rey. Solo vosotras dos.

Soltó una carcajada que en parte era un suspiro.

—Todo es cierto. Y hubiéramos ganado aquel día si Jack y sus muchachos no hubieran perdido el conocimiento por la bebida. Ah… Edward… Ya no queda nadie, ¿no? Mary. Rackham. Thatch. Y todos los demás. Les echo de menos, a pesar de lo brutos que eran. ¿Te pasa a ti también? ¿Sientes ese vacío?

—Sí —respondí—. ¡Que se me lleve el diablo si no!

Recordé cuando Mary me puso la mano en la rodilla y yo le hice lo mismo a Anne. La miró allí apoyada un momento, al saber que era tanto una invitación como un gesto de consuelo. Y entonces colocó su propia mano sobre la mía, apoyó la cabeza en mi pecho y nos quedamos así un rato.

Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta.

62

Abril de 1721

Había llegado el momento de arreglar las cosas. Era el momento de atar los cabos sueltos, de ocuparme de algunos asuntos; había llegado el momento de vengarme. Rogers, Torres, Roberts… Todos tenían que morir.

Me hallaba en la cubierta de la *Grajilla* con Adewalé y Ah Tabai.

—Conozco bastante bien a mis objetivos. Pero ¿cómo los encontraré?

—Tenemos espías e informadores en todas las ciudades —dijo Ah Tabai —. Visita nuestras oficinas y los Asesinos de allí te ayudarán.

—Eso soluciona lo de Torres y Rogers —le dije—, pero Bartholomew Roberts no estará cerca de ninguna ciudad. Puede que tarde meses en encontrarle.

—O años —estuvo de acuerdo Ah Tabai—, pero eres un hombre con talento y cualidades, capitán Kenway. Creo que le encontrarás.

Adewalé me miró.

—Y si estás perdido, no temas pedirle ayuda a tu intendente.

Sonrió.

Se lo agradecí con un gesto de la cabeza y después continué hacia la toldilla, dejando que Ah Tabai y Adewalé bajaran por una escalera de cuerda hacia el bote de remos que se mecía junto a nuestro casco.

—Intendente —dije—, ¿cuál es nuestro rumbo actual?

Ella se dio la vuelta, resplandeciente con su traje de pirata.

—Hacia el este, capitán, si es que aún nos dirigimos a Kingston.

—Así es, señorita Bonny, así es. Da la orden.

—¡Levad anclas, desplegad la vela mayor, muchachos! —gritó y resplandeció de felicidad—. ¡Nos dirigimos a Jamaica!

Primero, a por Rogers. En la oficina de Kingston me dijeron su paradero; que asistiría a un acto político en la ciudad aquella misma noche. Después de eso, sus movimientos no estaban claros; tenía que ser esta noche, me gustase o no.

Y ¿cómo? Decidí disfrazarme de un diplomático de visita, Ruggiero Ferraro, y antes de marcharme cogí una carta que guardaba en mi túnica y se la entregué al jefe de la oficina. Era una carta dirigida a Caroline Scott Kenway de Hawkins Lane, Bristol. En ella le preguntaba si estaba a salvo, si se encontraba bien. Era una carta llena de esperanza pero cargada de preocupación.

Más tarde aquella noche encontré al hombre que buscaba, Ruggiero Ferraro. Le maté enseguida, cogí su ropa y junto a los demás me dirigí a la fiesta donde nos recibieron en el interior.

El hecho de estar allí me recordó a cuando me hice pasar por Duncan Walpole, cuando visité por primera vez la mansión de Torres. Aquella intimidación, sentirme fuera de lugar, posiblemente sin entender nada, pero persiguiendo cierta idea de fortuna, buscando la manera más rápida de conseguir dinero fácil.

Ahora también buscaba algo. Buscaba a Woodes Rogers. Pero las riquezas ya no eran mi principal preocupación. Ahora era un Asesino.

—Supongo que usted es el señor Ferraro —dijo una hermosa invitada —. Adoro su fruslería. ¡Qué elegancia y color!

«Gracias, señora, gracias». Le hice una reverencia, tal como esperaba que fuera costumbre en Italia. Puede que fuera hermosa, pero ya tenía suficientes mujeres en mi vida de momento. Caroline me esperaba en casa, por no mencionar ciertos… sentimientos hacia Anne.

Y entonces, justo cuando me di cuenta de que *grazie* era la única palabra italiana que sabía, Woodes Rogers se puso a pronunciar su discurso.

—¡Damas y caballeros, un brindis por mi breve ocupación como gobernador de las Bahamas! Puesto que, bajo mi supervisión, no menos de trescientos piratas declarados aceptaron el indulto del rey y juraron fidelidad a la Corona.

Su rostro adoptó un aire despectivo, amargo y sarcástico.

—Y sin embargo, debido a todos mis éxitos, Su Majestad ha considerado que lo más adecuado es despedirme y obligarme a regresar a Inglaterra. ¡Genial!

Fue un final malhumorado, lleno de resentimiento para un discurso, y como era de esperar los invitados no supieron cómo tomárselo. Durante el tiempo que estuvo en Nasáu había repartido panfletos religiosos para intentar convencer a los alegres bucaneros de Nueva Providencia para que dejaran de beber tanto y abandonaran la costumbre de frecuentar prostitutas, así que tal vez no estaba acostumbrado al alcohol y parecía bambolearse en su propia fiesta, despotricando contra cualquier desafortunado que se encontrara a su alrededor.

—¡Hurra, hurra por los innobles e ignorantes mojigatos que gobiernan el mundo con un palo metido en el culo! ¡Hurra!

Continuó y el siguiente invitado puso una mueca de dolor mientras el anfitrión seguía soltando sus quejas.

—Llevé a esos brutos a Nasáu para que se curasen, por Dios, y así me lo agradecen. Increíble.

Le seguí por la sala, manteniéndome fuera de su vista, intercambiando saludos con los invitados. Debí de hacer cientos de reverencias y murmurar *grazie* cien veces. Hasta que por fin Rogers, por lo visto, agotó la buena voluntad de sus amigos y, al dar otra vuelta por el salón, se encontró con que cada vez había más personas que le daban la espalda. A continuación se tambaleó, aislado en la sala, mirando a su alrededor, y descubrió que sus antiguos amigos estaban entablando conversaciones más emocionantes. Durante un segundo vi al Woodes Rogers de antes: recobró la compostura, echó hacia atrás los hombros, levantó la barbilla y decidió coger un poco de aire. Sabía a dónde iba, probablemente antes que él, así que fue fácil salir al balcón delante de él y esperarle allí. Entonces, cuando llegó, le clavé la hoja en el hombro y, con una mano sobre su boca para impedir que gritara, le bajé hasta el suelo del balcón y le apoyé en la balaustrada.

Todo sucedió demasiado rápido para él. Demasiado rápido para contraatacar. Demasiado rápido para incluso sorprenderse, e intentó fijarse en mí con sus ojos ebrios y afligidos.

—Una vez fuiste corsario —le dije—. ¿Cómo tienes tanta falta de respeto por los marineros que solo intentan abrirse camino en este mundo?

Miró hacia donde estaba mi hoja todavía incrustada en su hombro y su cuello. Era lo que le mantenía con vida porque, en cuanto la retirara, se abriría la arteria, el balcón quedaría inundado de sangre y él estaría muerto en un minuto.

—Tú no puedes entender mis motivos —respondió con una sonrisa sardónica—. Tú que has pasado toda una vida desmantelando todo lo que hace brillar a nuestra civilización.

—Sí que lo entiendo —insistí—. He visto el Observatorio y conozco su poder. Usarías ese artefacto para espiar. Vosotros los Templarios lo utilizaríais para espiar, chantajear y sabotear.

Asintió con la cabeza, pero el movimiento le produjo dolor y la sangre empapó su camisa y su chaqueta.

—Sí, pero sería por una buena causa. Para garantizar la justicia. Para eliminar las mentiras y buscar la verdad.

—No existe ningún hombre en la Tierra que necesite ese poder.

—Sin embargo, dejas que el forajido Roberts lo use…

Negué con la cabeza para sacarle de su error.

—No. Voy a recuperarlo. Y si me dices dónde está, detendré a Roberts.

—En África —contestó y retiré mi hoja.

La sangre salió a borbotones de su cuello y el cuerpo se hundió contra la balaustrada, muriendo de forma indecorosa. ¡Qué diferente era el hombre que había conocido hacía tantos años en la mansión de Torres! Un hombre ambicioso con un apretón de manos tan firme como su determinación. Y ahora su vida terminaba no solo a causa de mi hoja, sino en una fuga etílica, un cúmulo de amargura y sueños rotos. Aunque había expulsado a los piratas de Nasáu, no le habían otorgado el apoyo que necesitaba para terminar su trabajo. Los británicos le habían dado la espalda. Sus esperanzas de reconstruir la isla se habían truncado.

La sangre estaba formando un charco en la piedra y aparté los pies para no mancharme. Su pecho se movía lentamente. Tenía los ojos entrecerrados y la respiración comenzó a ser irregular mientras la vida se le esfumaba.

Entonces oí un grito detrás y me sobresalté. Me di la vuelta y vi a una mujer, cuya elegante ropa contrastaba con la expresión de pánico: con una mano se tapaba la boca y abrió los ojos de par en par, aterrorizada. Se oyó el murmullo de pies corriendo y aparecieron más figuras en el balcón. Nadie se atrevía a enfrentarse a mí, pero tampoco se retiraban. Solo miraban.

Maldije, me puse en pie y brinqué a la balaustrada. A mi izquierda quedó el balcón lleno de invitados.

—*Grazie* —les dije, después extendí los brazos y salté.

63

Febrero de 1722

Y me dirigí a África, donde Black Bart —ahora el pirata más temido e infame del Caribe— continuaba eludiendo a los británicos. Sabía cómo lo hacía, desde luego, porque poseía la calavera del Observatorio y estaba utilizándola para prever cualquier movimiento en su contra.

Mientras navegaba con la *Grajilla* para darle caza, Roberts robaba barcos franceses y los llevaba a la costa de Sierra Leona. Su *Royal Fortune* permanecía al frente de la flota y continuaba navegando al suroeste por la costa africana: asaltando, saqueando y desvalijando a su paso, mejorando constantemente sus naves y consiguiendo mejores armas, más poder y convirtiéndose en un hombre más temible de lo que ya era.

Nos topamos con las espeluznantes pruebas de su campaña de terror en enero, cuando navegamos por las secuelas no de una batalla sino de una masacre: Roberts con su *Royal Fortune* había atacado doce barcos anclados en Ouidah. Todos se habían rendido salvo un barco de esclavos inglés, el *Porcupine*, y cuando se negaron a deponer las armas, Roberts se puso tan furioso que ordenó abordar el barco y prenderle fuego.

Sus hombres inundaron las cubiertas de brea e incendiaron el *Porcupine* con los esclavos todavía a bordo, encadenados en parejas bajo cubierta. Los que saltaron por la borda para escapar del fuego fueron desmembrados por los tiburones y los demás se quemaron vivos o murieron ahogados. Una muerte horrible, horrible.

Para cuando llegamos, el mar estaba repleto de escombros. Un repugnante humo negro envolvía toda la zona y ardiendo en el océano, casi en la línea de flotación, se hallaba el casco calcinado del *Porcupine*.

Indignados por lo que habíamos visto, seguimos el rastro de Roberts hacia el sur, hacia Príncipe, donde había anclado su barco en la bahía y se había llevado a un grupo de hombres a tierra para acampar y recoger provisiones.

Esperamos. Entonces, al caer la noche, di órdenes a la tripulación de la *Grajilla* para que esperara una hora antes de atacar al *Royal Fortune*. Después cogí un bote de remos para ir a la costa, me puse la capucha de la túnica y me dirigí al interior, guiado por los gritos y las canciones que oía a lo lejos. Y entonces, al aproximarme, me llegó el penetrante olor de la hoguera. Me agaché por allí cerca y vi el suave resplandor dividido por la maleza.

No estaba de humor para hacer prisioneros y usé granadas. Igual que su capitán era famoso por decir que no daba cuartel, yo tampoco, y mientras el campamento estallaba en explosiones y gritos, y se formaba una nube asfixiante de humo negro, me dirigí al centro a grandes zancadas con la hoja y una pistola preparadas.

La batalla fue breve porque fui implacable. No importó que algunos estuvieran durmiendo, otros desnudos y la mayoría desarmados. Tal vez los hombres que vertieron brea en las cubiertas del *Porcupine* se encontraban entre los que murieron con la punta de mi hoja clavada. Eso esperaba.

Roberts no se quedó a luchar. Cogió una antorcha y salió corriendo. Detrás de nosotros se oían los gritos de la matanza en el campamento, pero dejé a su tripulación moribunda y fui tras él, le perseguí por un sendero hasta una torre de vigilancia sobre un promontorio.

—¡Vaya, mira quién me persigue ahora! —exclamó—. ¿Es un espectro que ha venido a asustarme? ¿O los demacrados restos de un hombre que envié al infierno, que ahora vuelve arrastrándose para molestarme?

—No, Black Bart Roberts —le contesté a gritos—. ¡Soy yo, Edward Kenway, que ha venido a detener tu imperio de terror!

Entró corriendo en la torre de vigilancia y subió. Le seguí y salí de vuelta a la noche en la parte superior para ver a Roberts al borde del edificio, junto al precipicio. Me paré. Si saltaba, perdería la calavera. No podía permitirme dejarle saltar.

Movió el brazo que sostenía la antorcha. Estaba haciéndole señas a alguien, pero ¿a quién?

—No lucharé teniendo tú ventaja, muchacho —dijo, respirando con dificultad.

Dejó la antorcha en el suelo.

Iba a saltar.

Comencé a avanzar para intentar cogerle pero se había ido. Me acerqué al borde sobre mi vientre para asomarme y vi lo que me había estado ocultando, lo que Black Bart sabía que estaba allí, a lo que le había estado haciendo señas.

Era el *Royal Fortune*, y bajo el resplandor de sus lámparas vi que Roberts había caído en la cubierta y estaba quitándose el polvo de encima mientras miraba hacia la pared de la roca en la que yo estaba tumbado. Le rodeaban sus hombres y al instante me aparté puesto que los mosquetes habían empezado a disparar y las balas comenzaban a alcanzar la piedra a mi alrededor.

Y entonces, no muy lejos, vi la *Grajilla*. Justo a tiempo. Buenos muchachos. Cogí la antorcha y comencé a hacerles señas. En cuanto estuvieron lo bastante cerca y vi a Anne al timón, con los cabellos ondeando al viento mientras llevaba la *Grajilla* junto a la pared del acantilado, y se acercó lo suficiente…

Salté.

Y la persecución continuó.

Fuimos detrás de él por unos pasadizos rocosos de la costa al tiempo que disparábamos nuestros cañones de cureña cuando podíamos. Como respuesta sus hombres nos disparaban con mortero y los míos les atacaban con mosquetes y granadas cada vez que estaban a su alcance.

Un «¡Barco a la vista!» alertó de un buque de guerra británico, el barco de Su Majestad *Swallow*, y con horror advertí que también iba detrás de Roberts. Ese buque de guerra tan armado y decidido sin duda estaba tan harto de las historias de sus hazañas como nosotros.

¿Se lo íbamos a dejar a ellos? No. No podía permitir que hundieran el *Fortune*. Roberts llevaba la calavera del Observatorio consigo. No podía arriesgarme a que terminara en el fondo marino y no volviera a verse jamás.

—Ahí llevan un artefacto que tenemos que recuperar —le dije a Anne —. Tengo que abordar el barco yo mismo.

Los cañones estallaron. Ahora las tres embarcaciones habían entrado en combate, la *Grajilla* y el *Swallow* con un enemigo común pero sin ser aliados. Nos atacaban por todas partes. Mientras los británicos acribillaban nuestra borda y sacudían nuestros obenques, le di a Anne la orden de darse prisa.

Por mi parte, había decidido nadar.

No es fácil nadar de un barco a otro, sobre todo si ambos están involucrados en una batalla. Pero no todo el mundo posee mi determinación. Tenía la protección de la penumbra de mi lado, por no mencionar el hecho de que la tripulación del *Fortune* ya tenía bastante con lo que lidiar. Al subir a bordo, me encontré el barco sumido en el caos. Un barco por el que podía pasar prácticamente desapercibido.

Me llevé unos cuantos por delante en el camino, y le corté el cuello al primer oficial y maté al intendente antes de encontrar a Black Bart, que se dio la vuelta para enfrentarse a mí con la espada desenvainada. Me asombró y hasta casi encontré gracioso que se hubiera cambiado de ropa. Se había puesto de tiros largos para encontrarse con los ingleses: un calzón y un chaleco carmesí, un sombrero con una pluma roja, y llevaba un par de pistolas en unas fundas de seda en los hombros. Lo que no había cambiado eran aquellos ojos suyos. Unos ojos oscuros que seguramente eran un reflejo del alma ennegrecida y corroída de su interior.

Luchamos, pero no fue una pelea que destacara. Black Bart Roberts era un hombre cruel, un hombre astuto, si es que la sabiduría podía existir en un hombre tan carente de humanidad. Pero no era un espadachín.

—¡Caramba, Edward Kenway! —exclamó mientras luchábamos—. ¿Cómo no iba a impresionarme la atención que me has prestado?

Le negué la cortesía de una respuesta. Seguí luchando implacablemente, seguro no de mi destreza —puesto que ese habría sido el Edward Kenway arrogante del pasado—, sino porque creía que saldría victorioso. Y así fue. Por fin cayó al suelo con mi hoja clavada, obligándome a agacharme.

Sonrió y llevó los dedos a donde la hoja estaba clavada en su pecho.

—Una vida corta pero feliz, como prometí —dijo—. ¡Qué bien me conozco a mí mismo! —Sonrió con un poco de suficiencia y clavó los ojos en mí—. ¿Y tú, Edward? ¿Has encontrado la paz que buscabas?

—No apuntaba tan alto —le dije— porque ¿qué es la paz sino una confusión entre dos guerras?

Pareció sorprendido un segundo, como si no me creyera capaz más que de gruñir, exigir oro u otra jarra de cerveza. Qué placentero fue que en sus últimos momentos Bartholomew Roberts presenciara el cambio en mí, que supiera que el responsable de su muerte no estuvo guiado por la codicia sino por una causa mucho más noble.

—Eres un estoico, entonces. —Se rio—. Tal vez te juzgué mal. Puede que le sirvas de algo después de todo.

—¿Que le sirva de algo? —repetí, desconcertado—. ¿De quién hablas?

—Oh… Está a la espera. Sepultada. Esperaba encontrarla, verla de nuevo. Abrir la puerta del templo y oírla pronunciar mi nombre una vez más. Aita…

«Galimatías. Más galimatías».

—Habla claro, hombre.

—Nací demasiado pronto, como muchos otros antes.

—¿Dónde está el artefacto, Roberts? —le pregunté, cansado ya de sus acertijos incluso al final.

De su ropa sacó la calavera y me la ofreció con los dedos temblorosos.

—Destruye este cuerpo, Edward —dijo mientras la cogía y se apagaba su última chispa de vida—. Los Templarios… Si me atrapan…

Y murió. No tiré el cuerpo por la borda, encomendándolo a las profundidades, por él, ni por la paz de su alma, sino para que los Templarios no lo encontraran. Quienquiera que hubiera sido —o lo que hubiera sido— aquel Sabio, el lugar más seguro para su cuerpo era el fondo del mar.

«Y ahora, Gran Maestro Torres, voy a por ti».

64

Al llegar a La Habana unos cuantos días antes, encontré la ciudad en estado de alerta máxima. Por lo visto, habían avisado a Torres de mi llegada inminente y no quiso correr ningún riesgo: los soldados patrullaban las calles, registraban a los ciudadanos y les obligaban a revelar sus rostros, y el mismo Torres se había escondido, acompañado, por supuesto, de su fiel guardaespaldas El Tiburón.

Había utilizado la calavera del Observatorio. Bajo la atenta mirada de la jefa de la oficina de los Asesinos, Rhona Dinsmore, cogí un vial de la sangre de Torres con una mano y la calavera con la otra. Mientras observaba como lo hacía funcionar, me pregunté qué opinión tendría de mí. ¿Me vería como a un loco? ¿Un mago? ¿Un hombre que usaba la ciencia antigua?

—Gracias a la sangre del gobernador vemos a través de sus ojos —le dije.

Parecía tan intrigada como escéptica. Y al fin y al cabo, ni siquiera yo estaba seguro de eso. Lo había visto funcionar en el Observatorio, pero en imágenes invocadas dentro de la cámara por Roberts. Ahora estaba intentando algo nuevo.

No tenía por qué preocuparme. La sangre roja del vial pareció teñir el interior de la calavera y las cuencas de los ojos ardieron de color escarlata cuando empezó a resplandecer y a mostrar imágenes en la parte superior de su lustroso cráneo. Estábamos viendo a través de los ojos del gobernador Laureano Torres, que estaba mirando…

—Eso es… Eso es junto a la iglesia —dijo, atónita.

Al cabo de unos instantes salí en su búsqueda y seguí a Torres hasta su fuerte, donde se había preparado la trampa. En algún punto un señuelo había sustituido a Torres. Fue él quien cayó bajo mi hoja, y allí,

esperándome tras los muros del fuerte, implacable, silencioso como siempre, estaba El Tiburón.

«Debiste haberme matado cuando tuviste oportunidad», pensé. Porque la última vez que me había vencido se había enfrentado a un Edward Kenway distinto; las cosas habían cambiado desde entonces —yo había cambiado— y tenía mucho que demostrarle…

Así que, si esperaba ganarme tan fácilmente como lo había hecho antes, iba a llevarse una decepción. Avanzó, fintó, cambió de lado, pero yo anticipé el movimiento, me defendí sin problemas, contraataqué y le hice un corte en la mejilla.

No gruñó de dolor, no oiría eso de El Tiburón. Pero en aquellos ojos turbios había una ligera insinuación, un diminuto atisbo, de algo que no había visto la última vez que habíamos luchado. Miedo.

Y aquello me estimuló más que cualquier trago de licor. Volví a avanzar con la hoja destellando. Se vio obligado a retroceder, defendiéndose a izquierda y derecha, intentando sin éxito encontrar un punto débil en mi ataque. ¿Dónde estaban sus guardias? No los había llamado al creer que me mataría sin dificultad.

Pero qué equivocado estaba, pensé mientras seguía adelante, esquivaba a mi izquierda y golpeaba de revés con la hoja, cortándole la túnica y abriéndole una herida profunda en el estómago que comenzó a chorrear sangre.

Le hizo ir más lento. Le debilitó. Le permití que caminara hacia delante, contento al ver que sus estocadas cada vez eran más desesperadas y al azar mientras yo seguía atormentándole con pequeños pero sangrientos golpes. Agotándole.

Ahora era lento, el dolor le hacía descuidado. Volví a avanzar con mi alfanje, le corté con la hoja oculta y la retorcí en su estómago. Un golpe mortal, seguro.

Tenía la ropa hecha jirones y manchada de sangre. La sangre de su estómago salpicó el suelo y el hombre se tambaleó por el dolor y el agotamiento; me miró en silencio, pero con toda la angustia de la derrota en sus ojos.

Hasta que al final acabé con él y yació perdiendo las fuerzas, muriendo lentamente bajo el despiadado sol de La Habana. Me agaché y llevé la hoja a su garganta, dispuesto a clavársela bajo la barbilla hasta el cerebro. Terminó rápido.

—En cierta ocasión me diste una lección de humildad que me ayudó a mejorar… —le dije—. Muere sabiendo que, a pesar de nuestros conflictos, ayudaste a que un sinvergüenza se convirtiera en soldado.

Mi hoja hizo como un ruido de succión al acabar con él.

—Abandona esta vida por una paz duradera, abajo entre los muertos —le dije a su cadáver y me marché.

65

Torres, desesperado, había huido. Al lanzar los dados por última vez, había decidido buscar él solo el Observatorio.

Fui a buscarle con la *Grajilla*, pero el alma se me caía a los pies con cada hora que pasaba sin ver ni rastro de Torres, y conforme pasaban las horas también nos acercábamos más a Tulum. ¿Lo encontraría? ¿Ya sabía dónde estaba? ¿Había encontrado a otra pobre alma que torturar? ¿Un Asesino?

Y entonces llegamos a la costa de Tulum y vimos el galeón de Torres anclado, acompañado de otras embarcaciones más pequeñas meciéndose a los lados. Vimos el brillo de unos catalejos y ordené virar a babor. Al cabo de unos instantes, aparecieron unos cuadrados negros en el casco del galeón español y el sol se reflejó débilmente en los tubos de los cañones antes de que se oyera un ruido sordo y una ráfaga de fuego, humo y balas que chocaron contra nosotros y contra el agua a nuestro alrededor.

La batalla en el barco continuaría pero tendría que hacerlo sin su capitán y también sin su intendente, ya que insistió en acompañarme. Juntos Anne y yo saltamos por la borda para sumergirnos en el agua azul y brillante; nadamos hasta la orilla y luego comenzamos a caminar por un sendero hasta el Observatorio.

No tardamos mucho en toparnos con los primeros cadáveres.

Igual que los hombres en el galeón luchaban por sus vidas contra el ataque de la *Grajilla*, los hombres que acompañaban a Torres habían tenido también que luchar. Los nativos, los guardianes del Observatorio, les habían tendido una emboscada y más adelante oímos que seguía el conflicto: emitieron unos gritos desesperados cuando los hombres en la retaguardia de la columna intentaron en vano ahuyentar a los nativos.

—Esta tierra está bajo la protección del rey Felipe. ¡Decidle a vuestros hombres que se dispersen o morid!

Pero serían ellos los que morirían. Al atravesar la maleza a poca distancia de ellos, vi que sus expresiones de incomprensión se apartaban del edificio monolítico del Observatorio —¿de dónde ha salido eso?— para examinar la alta hierba a su alrededor. Morirían así: aterrorizados y sin entender nada.

En la entrada del Observatorio había más cuerpos, pero la puerta estaba abierta y algunos hombres evidentemente habían conseguido entrar. Anne me pidió que entrara yo; ella montaría guardia. Y así, por segunda vez, entré en aquel extraño lugar sagrado, aquel templo enorme.

Al poner un pie en su interior, recordé la última vez que había estado allí, cuando Roberts había matado a sus hombres en vez de dejar que se trastornaran cuando vieran lo que había dentro. Como era de esperar, cuando entré sigilosamente en la enorme cámara del principio, unos soldados españoles aterrorizados huían gritando, con la mirada perdida, como si la vida en sus ojos se hubiera extinguido. Como si fueran cadáveres corriendo.

Me ignoraron y les dejé marchar. Bien. Distraerían a los guardianes del Observatorio que había fuera. Y continué adelante, subí las escaleras de piedra, pasé por la cámara puente —más soldados aterrorizados— y después me dirigí a la sala de control principal.

Estaba casi allí cuando el Observatorio comenzó a zumbar. El mismo sonido que te destrozaba el cráneo y que había oído en mi primera visita. Eché a correr, abriéndome camino entre más soldados desesperados que trataban de escapar, y entré a toda velocidad en la cámara principal: las paredes de piedra comenzaban a desmoronarse mientras el Observatorio parecía sacudirse y vibrar con aquel zumbido.

Torres estaba en el panel de control elevado, intentando hacerse oír por encima del estruendo, llamando a los guardias que o bien no estaban ya allí o intentaban escapar, tratando de sortear las piedras que caían a su alrededor.

—Examinad la zona. Encontrad el modo de detener esta locura —gritó con las manos en los oídos. Se dio la vuelta y, al verme, se sobresaltó—.

Está aquí. Matadlo —gritó, señalándome, salpicando con saliva.

En sus ojos había algo que jamás creí que fuera capaz de sentir: pánico.

—¡Matadlo!

Tan solo quedaban dos de sus hombres dispuestos a luchar, valientes pero insensatos, y mientras la cámara se sacudía, como si quisiera soltarse, acabé con ellos en breve. Ahora solo quedábamos Torres y yo.

El Gran Maestro Templario echó un vistazo a la cámara, apartó la mirada de los cadáveres de sus hombres y volvió a centrarse en mí. El pánico había desaparecido. Había vuelto el Torres que yo recordaba y en su rostro no había derrota ni miedo, ni siquiera tristeza por su inminente muerte. Había fervor.

—Podríamos haber trabajado juntos, Edward —dijo con las manos extendidas—. Podríamos haber tomado este poder para nosotros y poner de rodillas a esos imperios miserables.

Negó con la cabeza como si estuviera frustrado por mí, como si yo fuera un hijo descarriado.

«No, lo siento, amigo, pero ya no soy un hijo descarriado».

—Hay tanto potencial en ti, Edward —insistió—, te queda tanto por hacer… Podría enseñarte cosas. Misterios más allá de cualquier cosa que puedas imaginar.

No. Él y los suyos no habían hecho nada más que buscar la restricción de mi libertad y terminar con la vida de mis amigos. Empezando por la noche en Bristol cuando lanzaron una antorcha a mi corral, los suyos no me habían traído más que desgracias.

Le clavé la hoja y gruñó de dolor mientras la boca se le llenaba de sangre que derramó por los labios.

—¿Te sientes realizado con mi asesinato? —preguntó débilmente.

La verdad era que no.

—Solo he llevado a cabo mi trabajo, Torres. Igual que tú habrías hecho conmigo.

—Como hemos hecho, creo —logró decir—. Ya no tienes familia, ni amigos, ni futuro. Tus pérdidas son mayores que las nuestras.

—Puede, pero al matarte he enmendado mi más grave error.

—¿De verdad crees eso?

—Acorralaríais a toda la humanidad en una prisión bien amueblada: segura y sobria, aunque aburridísima y desprovista de alma. Así que sí, después de todo lo que he visto y aprendido en estos últimos años, lo creo.

—Llevas bien tus convicciones —dijo—. Te pegan…

Era como estar en trance. El ruido del Observatorio, las piedras cayendo a mi alrededor, los gritos de los soldados que huían… Todo había quedado de fondo mientras Torres hablaba y solo fui consciente de ello otra vez cuando su último aliento murió en los labios y su cabeza cayó sobre la piedra. Se oyó el sonido de una batalla a lo lejos, los soldados eran eliminados sin compasión, antes de que irrumpieran en la cámara Anne, Adewalé y Ah Tabai. Tenían las espadas desenvainadas, manchadas de sangre. Sus pistolas humeaban.

—Torres despertó algo terrible en el Observatorio —le dije a Ah Tabai —. ¿Estamos a salvo?

—Creo que sí, en cuanto devolvamos el artefacto —respondió, señalando la calavera.

Anne estaba mirando a su alrededor, boquiabierta. Incluso medio destrozada por el desprendimiento de rocas, la cámara todavía era un espectáculo.

—¿Cómo llamáis a este sitio? —preguntó, atónita.

—La estupidez del capitán Kenway —dijo Adewalé, dedicándome una sonrisa.

—Sellaremos este lugar y tiraremos la llave —anunció Ah Tabai—. Hasta que aparezca otro Sabio, esta puerta permanecerá cerrada.

—La última vez que estuve aquí, había viales —le dije— llenos con la sangre de hombres antiguos, según me dijo Roberts. Pero ahora ya no hay nada.

—Entonces debemos recuperarlos —dijo Ah Tabai con un suspiro— antes de que los Templarios se enteren de esto. Podrías unirte a nosotros en esa causa.

«Podría. Podría. Pero…».

—Solo después de arreglar lo que he arruinado en casa.

El viejo Asesino asintió con la cabeza y entonces, como si se hubiera acordado de pronto, sacó una carta de su túnica y me la entregó.

—Llegó la semana pasada.
Me dejaron mientras la leía.
Y creo que sabes la noticia que contenía, ¿verdad, cariño?

66

Octubre de 1722

Teníamos un buen motivo de celebración y eso hicimos. Sin embargo, con aquella noticia había disminuido mi interés en la embriaguez, así que dejé la euforia a los miembros de la tripulación de la *Grajilla*, que encendieron hogueras, asaron cerdos y bailaron y cantaron hasta que no pudieron más; luego se desplomaron y durmieron allí mismo, después se pusieron de pie, cogieron la botella de licor más próxima y comenzaron otra vez.

Yo me senté en la terraza de mi casa con Adewalé y Ah Tabai.

—Caballeros, ¿qué os parece? —les pregunté.

Les había ofrecido mi casa como base.

—Nos vendrá bien —dijo Ah Tabai—, pero nuestro objetivo a largo plazo debe ser dispersar nuestras operaciones. Vivir y trabajar entre las personas que protegemos, tal y como recomendó una vez Altaïr Ibn-La'Ahad.

—Bueno, hasta entonces, es vuestra para lo que creáis conveniente.

—Edward…

Ya me había levantado para ir a buscar a Anne, pero me volví hacia Adewalé.

—¿Sí?

—El capitán Woodes Rogers sobrevivió a sus heridas —me dijo. Maldije al recordar la interrupción—. Después regresó a Inglaterra. Avergonzado y con una gran deuda, pero no deja de ser una amenaza.

—Terminaré el trabajo cuando vuelva. Tenéis mi palabra.

Asintió con la cabeza y nos abrazamos antes de separarnos para reunirme con Anne.

Nos sentamos en silencio un momento, sonriendo por las canciones, hasta que dije:

—Navegaré a Londres los próximos meses. Me haría ilusión que me acompañaras.

Se rio.

—Inglaterra no es sitio para una irlandesa.

Asentí. Tal vez era lo mejor.

—¿Te quedarás con los Asesinos? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. No albergo ese tipo de convicción en mi corazón. ¿Y tú?

—A la larga, sí. Cuando la mente se serene y la sangre se enfríe.

Justo entonces oímos un grito a lo lejos, un barco entraba en la ensenada. Nos miramos el uno al otro, al saber ambos lo que significaba la llegada de aquel barco: una nueva vida para mí, una nueva vida para ella. La quería a mi modo y creo que ella también a mí, pero había llegado el momento de separarnos y lo hicimos con un beso.

—Eres un buen hombre, Edward —dijo Anne, con los ojos brillantes al levantarme—. Y si aprendes a establecerte en un sitio durante más de una semana, también serás un buen padre.

La dejé y me dirigí a la playa, donde un gran barco entraba en el muelle. Bajaron la plancha y apareció el capitán, sosteniendo la mano de una niña pequeña, que brillaba más que la esperanza con tan solo nueve años.

Y pensé que eras el vivo retrato de tu madre.

67

Eras una pequeña visión. Jennifer Kenway, una hija que nunca supe que tenía. Embarcaste en un viaje, en contra de los deseos de tu abuelo, pero con la bendición de tu abuela, para encontrarme y darme la noticia.

Mi amada estaba muerta.

(¿Te preguntaste por qué no lloré mientras estábamos en el muelle de Inagua? Yo también, Jenny. Yo también).

Y en aquel viaje a casa llegué a conocerte. Aun así había cosas que no podía contarte, porque todavía tenía mucho por hacer. Antes he hablado de atar cabos sueltos, de asuntos de los que debía encargarme. Bien, aún quedan cabos por atar y asuntos que resolver.

Llevé a Bristol a la tripulación indispensable, algunos de mis hombres más leales. Navegamos por el Atlántico, una travesía dura y agitada, que se hizo soportable tras una parada en las Azores para luego continuar el viaje a las islas británicas y llegar a Bristol. A casa, a un lugar que no había visitado desde hacía casi una década. Un lugar al que me habían advertido que no volviese.

Al entrar en el canal de Bristol, la bandera negra de la *Grajilla* se bajó, se dobló y se guardó con cuidado en un arcón de mi camarote. En su lugar izamos la enseña roja. Al menos bastaría para que nos permitieran desembarcar, y en cuanto las autoridades portuarias descubrieran que la *Grajilla* no era una nave de la marina, me llevarían a tierra y anclarían el barco a cierta distancia de la costa.

Entonces vi el muelle de Bristol después de tanto tiempo y contuve la respiración. Me había encantado Kingston, La Habana y sobre todo Nasáu, pero, a pesar de todo lo que había sucedido —o a lo mejor por ello—, este seguía siendo mi hogar.

Las cabezas se volvían en mi dirección mientras caminaba a zancadas por el puerto, una figura misteriosa, vestida no como un pirata sino como otra cosa. Tal vez algunos de los más viejos se acordaban de mí: los comerciantes con los que había hecho negocios cuando era un criador de ovejas, los hombres con los que bebía en las tabernas cuando alardeaba de irme al mar. Se movían las lenguas, la noticia corrió. «Hasta dónde», me pregunté. ¿Llegaría a Matthew Hague y Wilson? ¿A Emmett Scott? ¿Sabría que Edward Kenway había regresado, más fuerte y poderoso que antes, y que tenía asuntos pendientes?

Encontré una casa de huéspedes en la ciudad y allí pasé la noche. A la mañana siguiente conseguí un caballo ensillado y partí hacia Hatherton, cabalgando hasta que llegué a la vieja granja de mi padre.

No estoy muy seguro de por qué fui allí. Creo que solo quería verla. Y durante algunos instantes eso fue lo que hice. Me quedé junto a la puerta bajo la sombra de un árbol y contemplé mi antiguo hogar. La habían restaurado, por supuesto, y solo en parte reconocía la casa en la que había crecido. Pero una cosa que estaba igual era el edificio anexo donde había empezado mi matrimonio con Caroline; el cobertizo en el que te concebimos, Jennifer.

Me marché y a medio camino entre Hatherton y Bristol, un trayecto que conocía muy bien, me detuve en un lugar que también conocía bien. La Auld Shillelagh. Até mi caballo fuera, me aseguré de que tuviera agua, y luego entré para encontrarla exactamente igual a como la recordaba: con techos bajos y una oscuridad que parecía filtrarse de las paredes. La última vez que estuve allí, había matado a un hombre. Mi primer hombre. Muchos más habían caído bajo mi hoja desde entonces.

Y mataría a más en el futuro.

Detrás de la barra había una mujer de unos cincuenta años, que alzó su cansada cabeza para mirarme mientras me acercaba.

—Hola, madre —la saludé.

68

Me llevó a una mesa apartada, lejos de los ojos fisgones de unos cuantos borrachos.

—Así que es cierto —dijo.

Sus largos cabellos tenían canas. Su rostro estaba demacrado, cansado. Solo —¿solo?— hacía diez años desde la última vez que la había visto, pero era como si hubiese envejecido veinte, treinta o más.

«Todo es culpa mía».

—¿Qué es cierto, madre? —le pregunté con prudencia.

—¿Eres un pirata?

—No, madre, no soy un pirata. Ya no. Me he unido a una orden.

—¿Eres un monje?

Le echó un vistazo a mi túnica.

—No, madre, no soy un monje. Es otra cosa.

Suspiró, sin dar muestras de estar impresionada. Al otro lado de la barra, el dueño estaba secando unas jarras y nos observaba con ojos de lince. Le reprochaba el tiempo que pasaba fuera de la barra, pero no iba a decirle nada. No con el pirata Edward Kenway por allí.

—Y has decidido regresar, ¿no? —dijo—. Oí que habías vuelto. Que entraste ayer en el puerto, que bajaste de un reluciente galeón como si fueras un rey. El gran Edward Kenway. Eso es lo que siempre habías querido, ¿no?

—Madre…

—Siempre fuiste detrás de eso, ¿no? Querías marcharte a hacer fortuna, convertirte en un hombre de provecho, ¿no? Eso incluía hacerte pirata, ¿eh? —dijo con desprecio. No creí haber visto jamás a mi madre con esa expresión de desdén—. Has tenido suerte de que no te hayan colgado.

«Todavía pueden hacerlo, si me cogen».

—Ya no es así. He venido a hacer bien las cosas.

Puso una cara como si hubiera probado algo desagradable. Otra expresión que no le había visto jamás.

—Ah, sí, ¿y cómo piensas hacerlo?

Hice un gesto con la mano.

—Para empezar, no tienes que trabajar aquí.

—Trabajaré aquí cuando me plazca, jovencito —replicó—. No creas que vas a comprarme con oro robado. Un oro que era de otra gente antes de que les obligaras a dártelo con la punta de tu espada. ¿Eh? ¿No es así?

—No es así, mamá —susurré, sintiéndome joven de repente.

Había dejado de ser el pirata Edward Kenway. No era así como había imaginado que sería. Lágrimas, abrazos, disculpas, promesas. No así.

Me incliné hacia delante.

—No quiero que sea así, mamá —le dije en voz baja.

Ella sonrió con suficiencia.

—Ese fue siempre tu problema, ¿no, Edward? Nunca eres feliz con lo que tienes.

—No… —comencé a decir, exasperado—. Me refiero a…

—Ya sé a qué te refieres. Te refieres a que liaste las cosas y nos dejaste a nosotros el problema. Ahora vienes aquí con tus ropas elegantes y un poco de dinero, creyendo que puedes volver y comprarme. No eres mejor que Hague y Scott y sus amigotes.

—No, no, eso no es así.

—He oído decir que has llegado acompañado de una niña. ¿Es tu hija?

—Sí.

Frunció los labios y asintió, reflejando un poco de compasión en los ojos.

—Fue ella la que te contó lo de Caroline, ¿no?

Apreté los puños.

—Sí.

—Te dijo que Caroline tenía viruela, que su padre le negó la medicina y terminó consumida en esa casa de Hawkins Lane. Te dijo eso, ¿no?

—Sí, me dijo eso, mamá.

Se rascó la cabeza y apartó la mirada.

—Quería a esa chica. A Caroline. La quería de verdad. Para mí fue como una hija, hasta que se marchó. —Me lanzó una mirada de reproche. «Eso fue culpa tuya»—. Fui al funeral, solo para presentar mis respetos, me quedé en la entrada, pero Scott estaba allí con sus amigotes, Matthew Hague y aquel tipo, Wilson. Me echaron del cementerio. Dijeron que no era bienvenida.

—Lo pagarán, mamá —dije con los dientes apretados—. Pagarán por todo lo que han hecho.

Me miró enseguida.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo van a pagar, Edward? Dime. Vas a matarlos, ¿no? ¿Con tu espada? ¿Tus pistolas? Se dice que los hombres a los que buscas se han escondido.

—Mamá…

—¿A cuántos hombres has matado, eh? —preguntó.

La miré. La respuesta, por supuesto, era «innumerables».

Me di cuenta de que estaba temblando. De furia.

—Crees que eso te convierte en un hombre, ¿no? —dijo y supe que sus palabras estaban a punto de hacerme más daño que ninguna hoja—. Pero ¿sabes a cuántos hombres mató tu padre, Edward? A ninguno. Ni uno. Y él era el doble de hombre que tú.

Me estremecí.

—No seas así. Sé que podía haber hecho las cosas de otra manera. Ojalá hubiera sido diferente. Pero ahora he vuelto… He vuelto a arreglar el lío que armé.

Estaba negando con la cabeza.

—No, no, no lo entiendes, Edward. Ya no hay ningún lío. Las cosas deberían haberse arreglado cuando te marchaste. Tenían que haberse arreglado cuando tu padre y yo limpiamos lo que quedaba de nuestra casa y empezamos de nuevo. Aquello le envejeció años, Edward. Años. El lío tenía que haberse arreglado cuando nadie quería hacer negocios con nosotros. No recibimos ni una carta tuya. Ni una palabra. Nació tu hija, tu padre murió y no supimos del gran explorador.

—No lo entiendes. Me amenazaron. Os amenazaron a vosotros. Me dijeron que si regresaba os harían daño.

—Tú hiciste más daño del que ellos podrían habernos hecho, hijo mío. Y ahora has venido a removerlo todo otra vez, ¿verdad?

—Tengo que hacer bien las cosas.

Se levantó.

—No en mi nombre. No tendré nada que ver contigo.

Alzó la voz para dirigirse a todos en la taberna. Solo unos pocos la oirían, pero pronto correría la noticia.

—¿Lo oís? —dijo en voz alta—. Le repudio. El gran y famoso pirata Edward Kenway no tiene nada que ver conmigo. —Con las manos planas sobre la mesa, se inclinó hacia delante y dijo entre dientes—: Ahora lárgate, que ya no eres mi hijo. Vete antes de que les diga a los soldados dónde pueden encontrar al pirata Edward Kenway.

Me marché y cuando, de camino a la casa de huéspedes en Bristol, me di cuenta de que tenía mojadas las mejillas, me permití llorar, agradecido por una cosa. Agradecido por que no hubiera nadie a mi alrededor que viera mis lágrimas ni oyera mis gemidos de dolor.

69

Pues sí, los culpables se habían escondido. Y allí les acompañaban otros esa noche, los Cobleigh entre ellos. Pero no deseaba acabar con todos ellos. No me apetecía eliminar a unos hombres que habían recibido órdenes. Los que me interesaban eran los que habían dado esas órdenes: Hague, Scott y, por supuesto, el hombre que me había marcado la cara con la insignia de los Templarios hacía tantos años. Wilson.

Unos hombres que se escondían de mí. Cuya culpabilidad confirmaba el hecho de que se escondieran de mí. Bien. Que se escondieran. Que temblaran de miedo.

Sabían que iba tras ellos. Y así era, iba a por ellos. Aquella noche, si todo salía bien, Scott, Wilson y Hague estarían muertos.

Pero sabían que iba a por ellos y por eso mis investigaciones tendrían que llevarse a cabo de forma un poco más discreta. Cuando dejé la casa de huéspedes a la mañana siguiente, lo hice sabiendo que estaba bajo la mirada de espías Templarios. Me metí en una taberna que conocía hacía años —mejor que mis perseguidores, sin duda— y di gracias por tener la suerte de que siguiera teniendo la misma letrina en la parte trasera.

Contuve la respiración en la puerta para no aspirar el hedor, me quité rápidamente la túnica y me puse una ropa que había cogido de la *Grajilla*, una ropa que había llevado puesta hacía muchas, muchas lunas: mi chaleco largo abotonado, el calzón por la rodilla, las medias blancas y un tricornio marrón estropeado. Y así vestido abandoné la taberna, saliendo por una calle diferente como otra persona. No era más que otro comerciante de camino al mercado.

Allí la encontré, exactamente donde esperaba, y le di en el cesto que llevaba al brazo para que supiera que estaba detrás de ella.

—Recibí tu mensaje —susurré.

—Bien —dijo Rose sin girar la cabeza, inclinándose para examinar unas flores. Con un vistazo a izquierda y derecha sacó de repente un pañuelo y se lo ató sobre la cabeza—. Sígame.

Al cabo de un instante Rose y yo merodeábamos cerca de unos establos ruinosos en un rincón desierto del mercado. Miré la estructura y me sobresalté al reconocerla. Yo mismo había guardado mi caballo en aquellas cuadras hacía muchos años. Entonces eran nuevas y prácticas para el mercado, pero la expansión de los puestos había cambiado con el paso de los años, las entradas se habían trasladado y los establos habían caído en desuso y ya solo servían para deambular por allí cerca, para llevar a cabo reuniones clandestinas como la nuestra.

—Ha conocido a la pequeña Jennifer, ¿verdad? —preguntó.

Se cambió el cesto de brazo. Era una chica joven la primera vez que me la encontré en la Auld Shillelagh. Diez años más tarde seguía siendo joven, pero le faltaba aquella chispa, aquella vena rebelde que la había hecho huir. Eran las consecuencias de una década de trabajo monótono.

Pero, como las brasas de un fuego casi apagado, todavía le quedaba algo de su antigua naturaleza, porque me había enviado una carta donde me pedía que me reuniera con ella; y allí estaba, tenía cosas que contarme. Entre ellas, esperaba que me revelara el paradero de su señor y sus amigos.

—Sí —respondí—, he conocido a mi hija. Está a salvo en mi barco.

—Tiene sus ojos.

Asentí.

—Tiene la belleza de su madre.

—Es una niña preciosa. Le teníamos mucho cariño.

—¿Y obstinada?

Rose sonrió.

—Oh, sí. Decidió que tenía que verle cuando la señora Caroline falleció el año pasado.

—Me sorprende que Emmett se lo permitiera.

Rose se rio de satisfacción.

—No se lo permitió, señor. Fue la señora de la casa quien lo organizó, ella y la señorita Jennifer lo planearon todo. El señor se enteró un día en

que al despertar la señorita Jennifer ya no estaba. Se enfadó. Se enfadó mucho, señor.

—¿Hubo reuniones?

Me miró.

—Sí, podríamos llamarlas así, señor.

—¿Quién fue a verle, Rose?

—El señor Hague…

—¿Y Wilson?

Asintió con la cabeza.

«Todos los conspiradores».

—Y ¿dónde están ahora?

—No lo sé exactamente, señor.

Suspiré.

—Entonces, ¿por qué me has invitado a venir aquí si no tienes nada que decirme?

Volvió su cara hacia mí.

—No sé dónde se esconden, señor, pero sí sé dónde planea estar esta noche el señor Scott, porque me ha pedido que le lleve ropa limpia a sus oficinas.

—¿Al almacén?

—Sí, señor. Tiene que ir por asuntos de negocios, señor. Tiene pensado estar allí personalmente y me ha pedido que vaya cuando se haga de noche.

Me quedé mirándola un buen rato.

—¿Por qué, Rose? ¿Por qué estás ayudándome?

Miró a un lado y a otro.

—Porque una vez ayudó a salvarme de un destino peor que la muerte. Porque la señora Caroline le quería. Y porque…

—¿Qué?

—Porque ese hombre se quedó de brazos cruzados mientras moría. No le consiguió la medicina que necesitaba, ni a ella ni a la señora Scott, que también estaba enferma. La madre se recuperó, pero la señora Kenway no.

—¿Por qué no les dio la medicina?

—Por orgullo, señor. Fue él quien trajo la viruela, pero se recuperó. Creía que la señora Scott y la señora Kenway también se recuperarían. Pero

empezaron a salirle unas ampollas terribles en toda la cara, señor. ¡Oh, jamás ha visto algo parecido…!

Alcé una mano, al no querer oír más, al desear preservar la imagen que tenía de Caroline.

—Hubo una epidemia en Londres y creemos que el señor Scott contrajo allí la enfermedad. Hasta la familia real la temía.

—¿Tú no te contagiaste?

Me miró con culpabilidad.

—Nos vacunaron con esa cosa. El mayordomo jefe se encargó de ello y nos hizo jurar silencio.

Suspiré.

—Bien por él. Puede que os ahorrase un gran sufrimiento.

—Señor.

La miré.

—¿Esta noche, entonces?

—Sí, esta noche, señor.

70

Y tenía que ser esa noche.

—¿Es usted Edward Kenway? —me preguntó la dueña de la casa de huéspedes.

Se llamaba Edith. Llamó a la puerta de mi habitación y se quedó en el umbral, sin aventurarse a ir más allá. Estaba pálida, la voz le temblaba y sus dedos jugueteaban con el dobladillo del delantal.

—¿Edward Kenway? —Sonreí—. ¡Vaya! ¿Por qué dices algo así, Edith?

Se aclaró la garganta.

—Dicen que llegó un hombre en un barco. Un hombre que iba vestido como usted ahora, señor. Y que ese hombre es Edward Kenway, que una vez consideró Bristol su hogar.

El color había vuelto a sus mejillas y se ruborizó al continuar hablando.

—Hay otros que dicen que Edward Kenway ha vuelto a casa para vengarse y que aquellos a los que guarda rencor se han escondido, pero, al ser unos hombres poderosos, han reunido recursos contra usted, quiero decir, contra él.

—Entiendo —dije con prudencia—. ¿Y qué tipo de recursos pueden ser esos?

—Una tropa de soldados se dirige a Bristol, señor, y se espera que llegue esta misma noche.

—Ya veo. Y sin duda irán directos a donde esté hospedándose ese tal Edward Kenway, con lo cual Edward Kenway tendrá que defenderse, y seguramente será una batalla sangrienta, con muchas vidas perdidas y muchos daños causados.

Tragó saliva.

—Sí, señor.

—Bueno, puedes estar segura, Edith, de que no ocurrirá nada desagradable aquí esta noche. Pues sin duda Edward Kenway se ocupará de ello. Y has de saber una cosa de él, Edith. Es cierto que antes era un pirata y que participó en cosas despreciables, pero ahora ha escogido un camino distinto. Sabe que para ver diferente se ha de pensar diferente. Y ha cambiado su manera de pensar.

La mujer me miró perpleja.

—Muy bien, señor.

—Y ahora debo marcharme —le dije—. Indudablemente no regresaré.

—Muy bien, señor.

Sobre mi cama había un fardo con mis cosas, que recogí y me eché al hombro. Luego me lo pensé mejor y solo me llevé lo que necesitaba: la calavera y una bolsa pequeña con dinero, que abrí para dejar una moneda de oro en la mano de Edith.

—Oh, señor, esto es más que generosidad.

—Has sido muy amable, Edith —contesté.

Se apartó a un lado.

—Hay una puerta trasera, señor —dijo.

Fui a una taberna donde sabía que encontraría al timonel de la *Grajilla*, que estaba esperando mis órdenes.

—Birtwistle.

—Sí, señor.

—Trae la *Grajilla* al puerto esta noche. Nos marchamos.

—Sí, señor.

Y después me dirigí a la zona de almacenes, por callejuelas y tejados, permaneciendo agachado y en las sombras.

Y pensé: «¡Oh, Mary, ojalá pudieras verme ahora!».

El almacén de Scott era uno de los muchos cerca del puerto, donde los mástiles de los barcos atracados se veían sobre los tejados. La mayoría de los almacenes estaban desiertos, cerrados por la noche. Solo el suyo tenía señales de vida: unas antorchas encendidas teñían una pequeña zona de carga con un tono de naranja titilante. Cerca había unas cajas vacías y junto a la puerta un par de guardias. Al menos no eran soldados —¿habrían llegado ya a la ciudad?—, sino caracortadas de la zona que golpeaban

garrotes en las palmas de sus manos, que probablemente pensaban que aquel era un trabajo fácil y seguramente esperaban tomar una cerveza más tarde.

Me quedé en mi sitio, una sombra en la oscuridad, observando la puerta. ¿Ya estaría allí dentro? Todavía estaba considerando en qué momento entrar en acción, cuando llegó Rose. Llevaba el mismo pañuelo de antes y el cesto lleno de ropa para su odiado amo y señor, Emmet Scott.

Los dos forzudos que vigilaban la puerta le lanzaron una mirada lasciva al dar un paso al frente para detenerla. Pegado al lateral del almacén adyacente, avancé sigilosamente para oír qué decían.

—¿Está aquí el señor Scott? —preguntó.

—Ah —dijo uno de los caracortadas con un fuerte acento del suroeste de Inglaterra, sonriendo burlonamente—. Eso depende de quién lo pregunte, ¿no, querida?

—Le traigo ropa.

—Debes de ser la criada, ¿no?

—Eso es.

—Bueno, está aquí, así que será mejor que entres.

Estaba lo bastante cerca para ver que ponía los ojos en blanco mientras se apartaban para dejarla entrar.

«Bien. Así que Scott está ahí dentro».

En la oscuridad comprobé el funcionamiento de mi hoja. No debía precipitarme, pensé. No debía matarle. Antes de morir, Scott tenía que hablar.

Doblé la esquina del almacén y vi a los dos forzudos a tan solo unos pasos de mí. No era más que cuestión de esperar el momento adecuado para…

Oí un grito dentro. Rose. Y dejó de ser cuestión de esperar el momento indicado. Había llegado la hora de entrar en acción. Salí de la oscuridad, salvé la distancia que me separaba de los centinelas, activé la hoja y le corté el cuello al primero antes incluso de que el grito de Rose se hubiera apagado. El segundo maldijo e intentó golpearme con su garrote, pero le agarré del brazo que movió, le llevé contra la pared del almacén y le maté clavándole la hoja en la espalda. Se deslizó por la pared incluso mientras yo

me agachaba junto a la portezuela del almacén y levantaba una mano para abrirla.

La bala de un mosquete pasó silbando sobre mi cabeza mientras entraba rodando y echaba un vistazo rápido a un almacén lleno de arcones de té, con una grúa pórtico donde estaban las oficinas en un extremo.

En la grúa pórtico había tres figuras, una de ellas en el riel, como si estuviera a punto de saltar los seis metros que había hasta el suelo.

Fui a parar detrás de un montón de cajas, me asomé y retrocedí cuando otra bala dio contra la madera que tenía al lado, llenándome de astillas. Pero aquel vistazo rápido bastó para confirmar que, sí, había tres personas en la grúa pórtico sobre mí. Estaba Wilson, que apuntaba con una pistola a mi escondite. A su lado estaba Emmett Scott, sudando mientras con unos dedos agitados y temblorosos intentaba recargar otra pistola para pasársela a Wilson.

Y encima de ellos estaba Rose, que se tambaleaba de un modo inseguro en la baranda, aterrorizada. Le sangraba la boca. El castigo por el grito de advertencia, sin duda. Tenía las manos atadas y le habían puesto una soga alrededor del cuello. Lo único que impedía que cayera de la horca improvisada era Wilson, que la sostenía con la otra mano.

Si la soltaba, se caería.

—Quédate ahí, Kenway —dijo Wilson mientras el polvo se asentaba—, o serás responsable de la muerte de la criada.

Me habían desarmado. Me matarían y luego colgarían a Rose por su traición.

«No si puedo evitarlo».

Saqué la pistola de mi cinturón y comprobé que estuviera cargada.

—Fuiste tú el de aquella noche, ¿verdad, Wilson? ¿El líder? ¿Eras el que llevaba capucha?

«Tenía que saberlo. Tenía que estar seguro».

—Sí. Y si lo hubieran dejado en mis manos, habríais muerto todos aquella noche.

Casi sonreí.

«Perdiste tu oportunidad».

Arriba en la baranda, Rose gimoteaba pero se controlaba.

—Tira la hoja oculta, Kenway, no voy a sujetarla eternamente —le advirtió Wilson.

—¿Y qué hay de ti, Emmett? —dije—. ¿Estabas allí?

—No —replicó, nervioso y asustado.

—Aunque habrías celebrado mi muerte.

—Eras como tener una espina clavada, Kenway.

—Tu orgullo ha sido tu perdición, Scott. Tu orgullo ha sido la perdición de todos nosotros.

—No sabes nada.

—Sé que dejaste morir a mi amada.

—Yo también la quería.

—No es un tipo de amor que yo reconozca, Scott.

—No lo entenderías.

—Entiendo que tu ambición y tus ansias de poder han llevado a la muerte a muchas personas y ahora lo pagarás.

Del interior de mi túnica saqué un cuchillo arrojadizo y lo sopesé en la mano. «Un poco distinto a usar árboles como blanco para practicar el tiro».

Me levanté y me moví poco a poco hacia el borde de la pila, respirando lenta y profundamente.

—¿Preparado?

«Preparado».

—Vamos, Kenway —dijo Wilson—, no tenemos toda la…

Salí rodando de mi escondite a toda velocidad y alcancé mi objetivo, al disparar con la pistola y usar el cuchillo arrojadizo al mismo tiempo.

Alcancé mis dos objetivos. Emmett Scott giró con un agujero en la frente, su pistola cayó sobre los tablones del pórtico mientras Wilson respondía a los disparos antes de que mi cuchillo le diera en el hombro. Retrocedió gritando de dolor y cayó contra la pared de la oficina con la hoja clavada al tiempo que la sangre salía a chorros mientras intentaba coger sin éxito la segunda pistola.

Su bala había dado en el blanco. Noté que se introducía en mi hombro, pero no iba a dejar que me derribara. Ni siquiera iba a permitir que aminorara mi ritmo. Porque Wilson había soltado a Rose y la chica estaba

cayendo, con la boca abierta por un grito que no oí por encima del eco de los disparos y el fuerte dolor en mi cabeza.

Cayó. La cuerda se desenrolló detrás de ella. Y me vino la imagen del fracaso, una imagen en la que la cuerda se tensaría, tiraría de su cuerpo y el cuello se rompería.

«No».

A toda velocidad le di a una caja, me subí a ella corriendo y pegué un salto. Giré, activé la hoja y, con un grito por el esfuerzo, corté la cuerda, cogí a Rose por la cintura y ambos caímos con un fuerte golpe sobre el suelo de piedra del almacén.

Pero vivos.

Arriba oí a Wilson que maldecía. Cogí una segunda pistola del cinturón, miré entre los huecos de los tablones encima de mí y, al ver que la luz parpadeaba, disparé una vez. Se oyó otro grito en el pórtico y luego un golpe mientras se dirigía a las oficinas.

Me obligué a ponerme en pie. El dolor de mi herida era intenso y la antigua herida del costado empeoró también, lo que me hizo renquear mientras me dirigía a las escaleras de la grúa pórtico para perseguir a Wilson. Atravesé la oficina, donde encontré una puerta trasera abierta que llevaba a otras escaleras, y al final contuve la respiración y me incliné por la barandilla para echar un vistazo a los almacenes.

Ni rastro. Solo el ruido distante de los barcos parados y el graznido de las gaviotas. Me concentré para usar el sentido y oí algo. Pero no era Wilson. Lo que oí fue el sonido de unos pasos marchando al acercarse a la zona portuaria.

«Estaban llegando. Los soldados estaban llegando».

Lancé una maldición y regresé cojeando al interior para ver cómo estaba Rose. Se pondría bien. Volví a correr para seguir un rastro de sangre que había dejado Wilson.

71

Estabas a salvo en mi camarote. Dormida, según me dijeron. Así que te perdiste lo que sucedió a continuación. Y doy gracias por ello.

Llegué al puerto y me encontré con que Wilson había muerto por el camino. Su cuerpo estaba al pie de las escaleras. Se dirigía a un barco que reconocí. Uno que la última vez que lo había visto se llamaba *Caroline*, pero desde entonces le habían cambiado el nombre en honor de la mujer con la que se había casado Matthew Hague. Se llamaba *Charlotte*.

Hague estaba allí. Un hombre que aguardaba la muerte, aunque aún no lo supiera. En la gris neblina del atardecer distinguí a unas figuras no muy definidas que se movían por la borda de popa. Guardias. Pero no me importaba. Nada iba a impedirme que subiera a bordo de ese barco.

Si los guardias habían visto u oído la caída de Wilson, probablemente pensarían que era un borracho. Y si me veían agachado junto a su cuerpo, probablemente pensarían que yo era otro borracho. No les importaba. Aún no.

Conté cuatro mientras corría junto al muro del puerto hasta llegar a donde la *Grajilla* ya no estaba atracada. Entre los dos barcos había otro más pequeño sujeto con cuerda que desenrollé y solté, dándole un empujón a la popa de la embarcación para que se alejara antes de salir corriendo hacia mi barco.

—Hanley —dije dirigiéndome a mi intendente.

—¿Sí, señor?

—Prepara los cañones.

Estaba sentado con los pies sobre la mesa de navegación y los bajó.

—¿Qué? ¿Por qué, señor? Y maldita sea, señor, ¿qué le ha pasado?

—Me han disparado una bala de mosquete en el hombro.

—¿Encontró a los hombres que buscaba?

—A dos de ellos.

—Iré a llamar al doc…

—Déjalo, Hanley —gruñí—. Puede esperar. Mira, hay una nave a nuestro estribor que se llama *Charlotte*. Allí está el tercer hombre que busco. Preparad los cañones de estribor y, si mi plan falla, hacedla volar por los aires.

Corrí hacia la puerta del camarote, me detuve y arrugué la cara de dolor al volverme hacia él.

—Ah, ¿Hanley?

—¿Sí, señor?

Se había levantado y su rostro reflejaba preocupación.

—Será mejor que también prepares los cañones de popa. Y asegúrate de que la tripulación esté armada. Hay soldados en camino.

—¿Señor?

Le lancé una mirada de disculpa.

—Tú date prisa, Hanley. Si todo sale bien, nos marcharemos de aquí en unos instantes.

No parecía haberle tranquilizado. De hecho, se le veía más preocupado. Le dediqué lo que esperaba que fuera una sonrisa de seguridad y saqué una cuña de debajo de la puerta del camarote al marcharme.

El barco de vela había empezado a alejarse en el mar a la deriva. Oí un grito en la cubierta del *Charlotte* cuando lo vieron. La risa. «Idiotas». Lo vieron como una broma, no un peligro. Salté por la borda, planté los pies en el suelo del puerto y corrí unos cuantos metros hasta la popa del *Charlotte*.

—Soy Wilson —grité en mi mejor imitación del sicario muerto mientras subía por la escalera de cuerda.

Un rostro apareció por la borda para saludarme y le di un puñetazo, le arrastré por encima de la baranda y le tiré al suelo. Sus gritos alertaron a un segundo hombre que se acercó corriendo a lo que suponía que era la escena de un accidente… Hasta que me vio a mí y la hoja, que brilló bajo la luz de la luna antes de pasarla de revés por su garganta.

Ignoré a los dos últimos centinelas y corrí por la cubierta hacia el camarote del capitán, me asomé por la ventana y tuve el placer de ver a

Matthew Hague, a un Matthew Hague mayor, que por lo que parecía estaba preocupado, de pie junto a la mesa, acompañado de su delineante.

Al echar un vistazo, vi a dos centinelas moviéndose atropelladamente por la cubierta hacia mí y abrí la puerta del camarote.

—Tú —le dije al delineante.

Hague dejó caer una copa que sostenía en las manos. Ambos me miraban con ojos desorbitados.

Arriesgué otra mirada a los centinelas. Maldije y cerré de un portazo el camarote, coloqué la cuña y me di la vuelta para enfrentarme a los dos guardias.

«Podrían haber escapado», dije para mis adentros mientras morían. Fue decisión suya luchar contra mí. A babor se abrían las escotillas de la cubierta de artillería de la *Grajilla* y aparecieron las bocas de los cañones. «Buenos chicos». Vi hombres en la cubierta blandiendo mosquetes y espadas. Alguien gritó:

—¿Necesita una mano, capitán?

No, no hacía falta. Me volví hacia la puerta del camarote, saqué la cuña y abrí la puerta.

—Bien, última oportunidad —le ordené al delineante, que prácticamente se me echó encima.

—Archer —gimió Hague, pero ninguno de nosotros estaba escuchando cuando saqué a Archer del camarote y volví a cerrar la puerta, dejando a Hague aprisionado.

—Bájate del barco —le ordené a Archer, que no necesitó más invitaciones y corrió hacia la popa.

Comencé a oír la marcha de los soldados mientras se acercaban al muro del puerto.

—¡Brea! —le pedí a mi tripulación en la otra cubierta—. ¡Traed barriles de brea y daos prisa!

Me tiraron un barril desde la *Grajilla* y me lancé a por él, lo abrí y lo esparcí por la puerta hacia el camarote.

—Por favor… —oí que Hague suplicaba desde el interior. Estaba golpeando la puerta atrancada con la cuña—. Por favor…

Pero hice oídos sordos. La marcha estaba más cerca ahora. Cascos de caballos. El estruendo de las ruedas de los carros. Miré hacia el muro del puerto, esperando ver la parte superior de las bayonetas mientras vaciaba el segundo barril de brea en la cubierta.

¿Sería suficiente? Eso serviría.

Y entonces los vi. Vi los mosquetes de los soldados cuando aparecieron perfilados en la parte superior del muro del puerto. En ese instante ellos también me vieron a mí y cogieron los mosquetes de los hombros para apuntarme. A mi lado la tripulación de la *Grajilla* hizo lo mismo mientras yo levantaba una antorcha y saltaba al flechaste, trepando hasta un punto en que podía soltar la antorcha, saltar de las jarcias y escapar de las llamas.

Si los mosquetes no me alcanzaban antes, claro.

Y entonces se oyó la orden.

—¡Alto el fuego!

72

La orden venía de un carruaje que se había detenido en el puerto, cuya puerta se abrió antes incluso de haberse parado.

De él salieron dos hombres: uno vestido de lacayo, que dispuso los escalones para el segundo, un caballero alto y delgado que llevaba ropa elegante.

Y luego apareció un tercer hombre. Un señor corpulento con una larga peluca blanca, una camisa con chorreras, calzón y una fina chaqueta de satén. Un hombre que parecía haber disfrutado de muchas comidas en su época y más de una copa de oporto y *brandy* para acompañar esos almuerzos.

El lacayo y el hombre alto se quedaron boquiabiertos al ser conscientes de todos los cañones que estaban apuntando en su dirección. Por accidente o a propósito se habían colocado en medio: las armas de los soldados a un lado, los cañones en cureña y los mosquetes de la *Grajilla* al otro, y yo en las jarcias, preparado para dejar caer la antorcha encendida en la cubierta de abajo.

El caballero corpulento movió la boca como si la ejercitara antes de ponerse a hablar. Entrelazó las manos sobre el pecho, se meció sobre sus talones y se dirigió a mí:

—¿Tengo el placer de dirigirme al capitán Edward Kenway?

—¿Y quién es usted? —respondí.

Mis palabras les resultaron graciosas a los soldados en el muro del puerto.

El hombre grueso sonrió.

—Lleva fuera mucho tiempo, capitán Kenway.

Estaba de acuerdo.

Se relamió los labios y formó una sonrisa.

—Entonces le perdono por no saber quién soy. Sin embargo, creo que conocerá mi nombre. Me llamo Walpole. Sir Robert Walpole. Soy el Primer Lord del Tesoro, ministro de Hacienda y Líder de la Cámara de los Comunes.

Y justo estaba pensando que era un título impresionante y que debía de ser uno de los hombres más poderosos del país, cuando… «Walpole. No podía ser».

Pero estaba asintiendo.

—Sí, capitán Kenway. Duncan Walpole, cuya vida e identidad tomó como propias, era mi primo.

Sentí que me ponía incluso más tenso. ¿A qué estaba jugando? ¿Y quién era el hombre alto a su lado? Se me pasó por la cabeza que tenía cierto parecido a Matthew Hague. ¿Era ese su padre, Sir Aubrey Hague?

Walpole me hizo un gesto tranquilizador con la mano.

—Está bien. Mi primo no solo estaba involucrado en asuntos de los que yo me mantenía al margen, sino que era un traidor. Me temo que se trataba de un hombre con pocos principios. Un hombre dispuesto a vender al mejor postor los secretos de aquellos que confiaban en él. Me avergonzaba ver que llevaba el apellido Walpole. Creo que tal vez usted le hizo a mi familia un favor en muchos sentidos.

—Ya veo —dije—. ¿Y por eso está aquí? ¿Para agradecerme que asesinara a su primo?

—Oh, no, nada de eso.

—Entonces ¿a qué debo el placer de su visita? Como puede ver, tengo otros asuntos que atender.

La antorcha hizo un ruido cuando la moví para causar efecto. En el camarote cerrado del *Charlotte* se oyeron los golpes de Hague mientras intentaba escapar de allí. Por lo demás, había un silencio tenso entre los soldados y los marineros que se miraban entre sí por los cañones de sus armas, ambos bandos esperando sus órdenes.

—Bueno, capitán Kenway, son precisamente esos asuntos los que nos han traído aquí, me temo —respondió Walpole—, puesto que no puedo permitir que continúe con su actual línea de actuación. A decir verdad, voy

a tener que pedirle que tire esa antorcha al mar y baje de ahí ahora mismo. Eso o, lamentándolo, tendré que decirles a mis hombres que le disparen.

Me reí alegremente.

—Si me dispara, mis hombres devolverán los disparos, Sir Robert. Me temo que hasta usted saldrá perjudicado en el tiroteo. Por no mencionar a su amigo… Sir Aubrey Hague, ¿no?

—Así es, señor —dijo el hombre alto dando un paso adelante—. He venido a pedir clemencia para mi hijo.

Sabía que para él aquel chico había sido una decepción.

—Déjeme ver sus dedos —le pedí.

Hague levantó las manos y relució un anillo templario. Se me endureció el corazón.

—Y usted, Sir Robert.

Continuaba con las manos enlazadas sobre el estómago.

—Verá que no llevo ningún anillo, capitán Kenway.

—¿Por qué le parece divertido? Según he visto, los Templarios disfrutan de cierto rango y estatus. ¿Cómo sé que no estoy dirigiéndome a su Gran Maestro?

Sonrió.

—Porque ningún poder es absoluto, y mi propósito aquí no es actuar como embajador de un lado u otro. Mi intención es impedir un acto de barbarie.

Me mofé. «¿Barbarie?». No pareció molestarles cuando incendiaron la casa de mis padres. ¿Dónde estaba entonces, Sir Robert Walpole? ¿Bebiendo oporto, tal vez, con sus amigos Templarios? ¿Vanagloriándose por abstenerse de sus planes? Podía permitírselo, claro. Su riqueza y poder ya estaban asegurados.

En el camarote Matthew Hague lloriqueaba y gimoteaba.

—Ha regresado a estas costas para vengarse, ¿verdad? —dijo Walpole.

—Había personas con las que tengo asuntos pendientes, sí.

Walpole asintió.

—¿Woodes Rogers es uno de ellos?

Solté una breve carcajada de sorpresa.

—Sí. Él sería uno de ellos.

—¿Habría alguna diferencia si le dijera que Rogers actualmente está pudriéndose en la prisión de los deudores? ¿Que las heridas que le causó han dejado su salud en un terrible mal estado? ¿Que su orden le ha repudiado? Su fuerte temperamento, su continuo tráfico de esclavos. Es un hombre destrozado, capitán Kenway. Me preguntaba si podría considerar ese asunto zanjado.

Tenía razón. ¿Qué más daños podía causarle mi hoja a Rogers aparte de librarle de su sufrimiento?

—No es lo que más me preocupa ahora mismo —contesté—. Ese honor se lo lleva el hombre de ese camarote ahí abajo.

Walpole sonrió con tristeza.

—Un chico tonto y superficial, que se deja influenciar por otros. Créame cuando le digo, capitán Kenway, que los principales malhechores en aquel episodio en particular ya han muerto por sus propias manos. Tenga la certeza de que la vergüenza que está sufriendo Matthew es castigo suficiente por sus fechorías.

Respiré hondo. Pensé en mi madre preguntándome cuántas personas había matado. Pensé en la crueldad de Black Bart. Pensé en el espíritu de Mary Read, el valor de Adewalé y la generosidad de Barbanegra.

Y pensé en ti. Porque Torres se había equivocado al decir que yo no tenía a nadie. Sí que tenía a alguien. Te tenía a ti. A ti que brillabas de esperanza.

—Me gustaría hacerle hoy una oferta, capitán Kenway —continuó Walpole—. Una oferta que espero que encuentre favorable, que por fin terminará con todo este asunto lamentable.

Explicó resumidamente su propuesta. Yo escuché. Y cuando terminó, le di mi respuesta y tiré la antorcha.

73

Pero, por supuesto, la lancé al mar.

Porque había ofrecido el perdón para mis hombres y para mí; cada uno de aquellos rostros se volvió para mirarme, expectantes; los rostros de unos hombres en busca y captura que tenían la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva. Nos ofreció a todos, a cada uno de aquellos marineros, otra vida.

Y Walpole había ofrecido mucho más. Una propiedad. La oportunidad de convertirme en un hombre de provecho con contactos en Londres. Cuando por fin bajé de las jarcias, los soldados habían retirado los mosquetes y la tripulación de la *Grajilla* se había relajado. Después se había liberado a Matthew Hague, que corrió hacia su padre y se disculpó ante mí llorando, mientras Walpole me cogía del brazo y me apartaba a un lado para hablarme de a quién me presentarían en Londres: a la familia Stephenson-Oakley, un abogado, un ayudante llamado Birch que me ayudaría en mis nuevos negocios.

Me aseguró que mi misericordia se recompensaría generosamente. A cambio se encargaría de que me convirtiera en el hombre que siempre había querido ser: un hombre de calidad.

Por supuesto, desde entonces he aumentado mis expectativas. Pero el dinero, los negocios y una casa en Londres serían unos buenos cimientos sobre los que construir una nueva vida más rica. Eran unos cimientos muy buenos, desde luego.

Un lugar que podría usar para atender mis otros asuntos. Los asuntos de los Asesinos.

¿Vamos, cariño? ¿Zarpamos a Londres?

Lista de personajes

Adewalé: antiguo esclavo y, más tarde, intendente y Asesino
Ah Tabai: Asesino
Blaney: marinero
Anne Bonny: camarera en la Old Avery y, más tarde, pirata
Calicó Jack Rackham: pirata
Seth Cobleigh: hijo de Tom Cobleigh
Tom Cobleigh: padre de Seth Cobleigh
Alexander Dolzell: el primer capitán de Edward
Julien DuCasse: Templario
El Tiburón: verdugo y guardaespaldas de Torres
Matthew Hague: pretendiente sin éxito de Caroline Scott, hijo de Sir Aubrey Hague
Benjamin Hornigold: pirata fundador de Nasáu
Julian: amigo de los Cobleigh
Bernard Kenway: padre de Edward
Caroline Kenway, de soltera Scott: esposa de Edward
Edward Kenway: Asesino
Jennifer (Jenny) Kenway: la hija de Edward y Caroline
Linette Kenway: madre de Edward
James Kidd: pirata
Laurens Prins: esclavista holandés
Mary Read: la verdadera identidad de James Kidd, Asesina
Bartholomew Roberts, también conocido como Black Bart: Sabio y pirata
Woodes Rogers: Templario cazador de piratas y, más tarde, gobernador de las Bahamas

Rose: criada de los Scott
Emmett Scott: padre de Caroline, comerciante de té en Bristol
Señora Scott: madre de Caroline
Edward Thatch, también conocido como Barbanegra: corsario que se volvió pirata
Laureano Torres: Templario gobernador de La Habana
Charles Vane: pirata
Dylan Wallace: hombre de reclutamiento
Duncan Walpole: Templario
Wilson: criado de Matthew Hague

Agradecimientos

Agradecimientos especiales a:

Yves Guillemot
Julien Cuny
Aymar Azaizia
Jean Guesdon
Darby McDevitt

Y también a:

Alain Corre
Laurent Detoc
Sébastien Puel
Geoffroy Sardin
Xavier Guilbert
Tommy François
Cecile Russeil
Joshua Meyer
El departamento legal de Ubisoft
Chris Marcus
Etienne Allonier
Antoine Ceszynski
Maxime Desmettre
Two Dots
Julien Delalande
Damien Guillotin
Gwenn Berhault

Alex Clarke
Hana Osman
Andrew Holmes
Virginie Sergent
Clémence Deleuze

OLIVER BOWDEN. Seudónimo de Anton Gill, escritor e historiador británico nacido en Illford, Essex (Inglaterra) el 22 de octubre de 1948. Bajo su propio nombre, ha publicado una serie de novelas de suspense ambientadas en el antiguo Egipto, *The Egyptian Mysteries*. Graduado en Literatura Inglesa del Clare College de Cambridge, ha sido un escritor independiente desde 1984, y ha sido traducido y publicado en todo el mundo. Ha escrito una gran variedad de libros de historia, y ha trabajado previamente en el teatro, la radio y la televisión. Anton está casado con la actriz Marji Campi, y divide su tiempo entre Londres y París.